



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
DOCTORADO EN PSICOLOGÍA Y EDUCACIÓN**

**“EL JUEGO Y LA ESCRITURA FREUDIANA EN
LA PRÁCTICA PSICOANALÍTICA CON NIÑOS”**

TESIS

**QUE COMO PARTE DE LOS REQUISITOS
PARA OBTENER EL GRADO DE:**

DOCTOR EN PSICOLOGÍA Y EDUCACIÓN

PRESENTA

VÍCTOR HERNÁNDEZ MATA

DIRIGIDA POR:

DRA. RAQUEL RIBEIRO TORAL

SANTIAGO DE QUERÉTARO, QRO., OCTUBRE DE 2008.



Universidad Autónoma de Querétaro
 Facultad de Psicología
 Doctorado en Psicología y Educación

“El juego y la escritura freudiana en la práctica psicoanalítica con niños”

TESIS

Que como parte de los requisitos para obtener el grado de
 Doctor en Psicología y Educación

Presenta:
 Víctor Hernández Mata
Dirigido por:
 Dra. Raquel Ribeiro Toral

SINODALES

Dra. Raquel Ribeiro Toral
 Presidente


 Firma

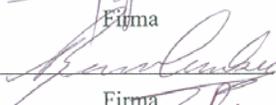
Dra. Ma. Guadalupe Reyes Olvera
 Secretario


 Firma

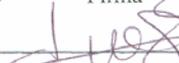
Dra. Jacqueline Zapata Martínez
 Vocal


 Firma

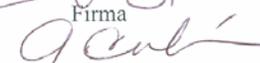
Dra. Ana María del Rosario Asebey Morales
 Vocal

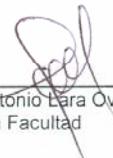

 Firma

Dr. Luis Gregorio Iglesias Sahagún
 Vocal


 Firma

Dra. María del Carmen Araceli Colin Cabrera
 Suplente


 Firma


 Lic. Jorge Antonio Lara Ovando
 Director de la Facultad


 Dr. Luis Gerardo Hernández Sandoval
 Director de Investigación y Posgrado

Centro Universitario
 Querétaro, Qro.
 Octubre 2008
 México

RESUMEN

En el trabajo, *El juego y la escritura freudiana en la práctica psicoanalítica con niños*, mostramos la conjetura de que el juego de los niños tiene la consistencia de una escritura inconsciente y las pruebas que le dan apoyo. En primera instancia, ofrecemos la referencia conceptual de que el juego freudiano es un acto creador de sentido, de suerte que puede reconocerse su pleno sentido simbólico. Nos servimos para ese fin de la técnica freudiana del Chiste, de la comparación que hace Freud entre el niño que juega y el creador literario y del ejemplo del <<fort-da>>. Aprovechamos esas consideraciones en torno al juego y su capacidad creadora de sentido para abrir la pregunta de si esa disposición del juego es semejante a una escritura inconsciente; una que Freud había equiparado a lo inconsciente.

En un segundo momento, intentamos una respuesta a esa interrogante mediante el escrutinio de la noción de escritura inconsciente freudiana. Dicha revisión de la noción de escritura en ningún momento, así lo procuramos, queda separada de la noción de juego. Ahora bien, como parte de ese entrecruzamiento, ofrecemos una analogía del juego como escritura con la escritura semasiográfica (Gelb, 1952) o pictográfico-ideográfica (Moorhouse, 1953).

Luego, con ese bagaje conceptual hicimos el contraste con el trabajo que había realizado Aída Dinerstein sobre la escritura pulsional. Quisimos saber si ella había sustentando la conjetura de que el juego tiene la consistencia de una escritura inconsciente. Comprobamos que su fundamentación incurría en ambigüedades. Y que la principal de ellas era que separaba, de algún modo, a la imagen de la palabra, en su conceptualización del juego. Ese fenómeno de disociación creaba cierta confusión tanto en lo doctrinario como en lo clínico pues hacía suponer que el psicoanálisis con niños era viable sólo con el recurso de la palabra. De ahí que consideramos necesario incluir al final de la tesis, la discusión del material de algunos casos clínicos publicados por psicoanalistas, para retomar las implicaciones clínicas de la conjetura de que el juego de los niños tiene la consistencia de una escritura inconsciente.

(Palabras Clave: juego freudiano, escritura inconsciente, psicoanálisis de niños).

ABSTRACT

In this work, *Play and the Freudian Writing in Psychoanalytical Practice with Children*, we sustain the thesis that the games that children play have the consistency of unconscious writing. In the first place we offer a conceptual reference, to bring the full symbolic sense and show that, for Freud, playing is an act that creates meaning. For this purpose we use the Freudian technique for interpreting jokes, the comparison between the child playing and the literary creator, and the example of <<fort-da>>. We take advantage of these considerations, around play and its capacity for creating meaning, to question whether, in Freud's view, disposition for playing is similar to an unconscious writing. Freud himself saw this unconscious writing as the unconscious itself.

On second place, we try to give an answer to the above question through the search for a notion of Freudian unconscious writing. We try to maintain inseparable the notions of "writing" and "play". As part that intercrossing, we offer an analogy of play as writing with semasiographic writing (Gelb, 1952) or pictographic-idiography (Moorhouse, 1953).

Later, with the above conceptual tools we contrasted Aida Dinerstein's work on "*trieb*" writing. We wanted to know if she had sustained her notion that "playing has the consistency of an unconscious writing". We proved that her argument had ambiguities. The most important of them was that, in her conception of play, she somewhat separated the image from the word. Such dissociation created a bit of theoretical, as well as clinical, confusion for it seems to suggest that child psychoanalysis is only viable through the word. Therefore, at the end of our work, and in order to show the clinical implications of posing that children's play has the consistency of an unconscious writing, we considered it necessary to discuss some case studies published by psychoanalysts.

(Key Words: Freudian game, unconscious writing, child psychoanalysis).

DEDICATORIA

A mis hijos Omar, Rodrigo y Flor María.

A mi esposa Ma. Antonieta.

A mi madre Aurora y a mis hermanos Amparo, Enrique, María Delfina, José y María Elena.

A la memoria de mi padre y a la de mis hermanos Marcial y Dionisia.

Agradecimientos

A la Dra. Raquel Ribeiro Toral, amiga y colega, le expreso mi pleno reconocimiento y total gratitud por la dirección del trabajo de tesis. Ella supo conciliar perfectamente la lectura cuidadosa del documento con las sugerencias pertinentes, sin menoscabo de la rigurosidad y del entendimiento mutuo. Pudimos entonces aprovechar el caudal de conocimientos que ofrece el psicoanálisis, del que ella ha sabido obtener una perspectiva doctrinaria y clínica.

Al Dr. Helí Morales Asencio le agradezco su apoyo y orientación en los inicios de la investigación que dio lugar a la tesis. Espero que los logros de la tesis en algún modo pudieran justificar el tiempo y el trabajo que él dispensó a la investigación y puedan, también, compensar de alguna forma los distanciamientos surgidos con algunos de sus colegas por motivo de la defensa de nuestro trabajo. La posición contraria a todo dogmatismo que sustentó siempre el Dr. Helí Morales será una fuente continua de inspiración. Veo en ello su gran enseñanza en el campo del psicoanálisis.

A la Dra. Bertha Blum le agradezco la revisión de los primeros avances de la tesis. Sus objeciones fueron un importante acicate para precisar uno de los objetivos de la tesis, a saber: demostrar que los argumentos de autoridad constituyen una guía importante, tanto para confirmar los asertos de la investigación como para refutarlos. Pese a lo difícil que resultaba en sus inicios la conjetura de que el juego de los niños tiene la consistencia de una escritura no alfabética, es hoy una perspectiva que ofrece un amplio horizonte para la investigación psicoanalítica.

A la Dra. Ana María del Rosario Asebey le correspondo con la presentación del documento final de tesis a la lectura atenta y a la revisión de dicho trabajo a largo de todo el proceso. Su interés por la investigación y los comentarios que fue haciendo del trabajo fueron una importante orientación y un aliento constante en la consecución del documento final.

A la Dra. Jacqueline Zapata Martínez, quien tuvo a bien acompañarme con sus comentarios pertinentes y su cálida solidaridad en los momentos difíciles del Doctorado, le expreso mi afecto y el reconocimiento a su amplio sentido humano. Ella es para mí la confirmación del compromiso ético de todo universitario. Le agradezco además la revisión crítica de la tesis y sus valiosos comentarios. Aprecio en mucho el preciosismo de su expresión verbal y escrita que doy por supuesto en todo doctor, pero, en lo que a mi respecta, reconozco que aún estoy en vías de conseguirlo.

A la Dra. Araceli Colín le hago patente mi gratitud por la lectura tan minuciosa del documento de tesis que hizo necesarias diversas enmiendas, resultando un trabajo de mayor rigurosidad. Coincido plenamente con ella en que la lectura y la escritura demandan, a quienes nos dedicamos al campo psicoanalítico, un ejercicio de comprensión y de expresión de gran solvencia.

Al Dr. Gregorio Iglesias Sahún le agradezco la lectura y los comentarios de la tesis. Coincidimos en la importancia de cuidar que el documento fuera legible. Coincidimos también en la amplitud que posee el tema del juego. De suerte que fuese necesario dejar fuera de nuestro estudio, por razones de espacio, diversos aspectos de gran interés que pudimos vislumbrar en conjunto. Empero, esos recortes, necesarios en toda tesis, serán objeto de futuras publicaciones.

A la Dra. Guadalupe Reyes Olvera le agradezco los valiosos comentarios emanados de una lectura cuidadosa de la tesis. Aguzar la mirada resulta muy valioso como ayuda para quien elabora una tesis puesto que a cierta altura del proceso uno se vuelve miope a los errores de digitalización del documento. Y aguzar la mirada para situar los puntos problemáticos del trabajo es todavía una mejor ayuda. Así que agradezco infinitamente su apoyo académico y sus comentarios de aliento.

Al Dr. Rubén Martínez Miranda le agradezco sus valiosos comentarios sobre la metodología y el contenido de la tesis. En particular me resultó sumamente alentador que insistiera en mantener en el centro del contenido del documento los trabajos de Winnicott, pues representa para mí una perspectiva fundamental del psicoanálisis de niños. Sin embargo, quedo en deuda con esa petición pues fue necesario retomar las sugerencias de otros sinodales que perfilaban la tesis en un sentido diferente y de algún modo opuesto a ese afán. Ese perfil no era nuevo pues en realidad constituía su eje fundamental, el de que el juego de niños tiene la consistencia de una escritura, de ahí que optáramos, la directora de la tesis y el que esto escribe, por darle cause. Por otra parte, su dimisión como sinodal, inesperada y enigmática, sustentada desde luego en el principio de libre elección, me dejó un serio cuestionamiento con respecto a lo que implica el trabajo académico universitario y la forma de dirimir cuestiones tales como la rigurosidad y la trascendencia de las investigaciones. Sin duda, toda institución académica requiere de transparencia en las acciones de sus actores.

Al Dr. José López Salgado, con quien he compartido los esfuerzos por alcanzar para la Facultad de Psicología una perspectiva académica y política, le agradezco que haya aceptado revisar el documento de tesis y que me haya entregado de forma expedita sus apreciaciones y sugerencias. Desafortunadamente no fue reconocido el cabal cumplimiento de su trabajo pues nunca se realizó el trámite administrativo de cambio de sinodal. Cambio que solicité insistentemente al Director de la Facultad de Psicología, el Lic. Jorge Lara Ovando, sin obtener una respuesta positiva. Así, me fue preciso realizar los trámites administrativos sin el voto aprobatorio del Dr. López Salgado.

Al Licenciado en Lenguas Clásicas Pedro Martínez Figueroa, amigo y maestro, le hago patente mi más profundo agradecimiento por sus enseñanzas acerca del modo en el que la escritura adquiere el carácter de rigurosidad propio de las producciones universitarias. Con él aprendí a mirar lo que antes era invisible, pues los errores de la escritura son difícilmente detectables para quienes hemos sido formados en el sistema educativo mexicano. Ahora bien, los

errores de escritura del documento de tesis son imputables exclusivamente a mi persona.

A la Licenciada en Psicología Clínica Eva Léautaud de los Santos le agradezco su ayuda en la traducción de algunos textos en francés. Pero sobre todo le agradezco su amistad y apoyo constante.

Al Mtro. Rafael Ruiz Nava le agradezco su apoyo para la traducción del escrito de resumen al inglés. Le agradezco también la amistad entrañable que nos une.

Al Mtro. José Juan Martínez Juárez le agradezco la ayuda brindada en la transformación del documento de tesis a un formato electrónico.

A los profesores del Doctorado en Psicología y Educación de la Facultad de Psicología de la UAQ les expreso mi pleno reconocimiento académico. Especialmente al Dr. Luis Tamayo.

A los compañeros del Doctorado, de quienes recibí muestras de apoyo y aliento constante, les digo: ¡mil gracias! Particularmente le agradezco al Dr. José Casas las sugerencias metodológicas y al Dr. Carlos Galindo las doctrinarias.

A los compañeros de trabajo de la Facultad de Psicología de la UAQ, con quienes he compartido múltiples experiencias y con quienes me une, en muchos casos, una entrañable amistad, les expreso una afectuosa solidaridad que nace precisamente de lo mucho que he recibido de ellos. A la Facultad de Psicología, en tanto ha sido el espacio formativo como el de trabajo, le debo mucho.

A los alumnos de la Facultad de Psicología de la UAQ les expreso todo mi afecto por permitir que sea la enseñanza del psicoanálisis y de la psicología el motivo que nos une y que me hace trascender subjetiva y académicamente.

Al Lic. Jorge Lara y al Dr. Marco Carrillo les agradezco su intervención administrativa en la obtención de las descargas laborales, a fin de dedicarme de lleno al trabajo de tesis. En su momento, fue la Mtra. Dolores Cabrera Muñoz quien apoyó mi causa y después lo hizo el Mtro. Raúl Iturralde, una y otro en su calidad de Rectores de la UAQ. Por tal motivo les expreso también a ellos mi gratitud.

A la Lic. Liliana Luján, Coordinadora de Becas de la UAQ, y a las secretarías de la Facultad de Psicología, la Sra. Graciela Espíndola y la Sra. Pilar Chávez, les agradezco su gentileza y el profesionalismo con el que realizan su labor.

A los niños que han sido confiados a mí para su tratamiento psicoterapéutico les expreso mi más profundo agradecimiento porque han sido ellos los que me han enseñado.

A mis hijos, Omar, Rodrigo y Flor María, y a mi esposa, Ma. Antonieta, les agradezco su comprensión y apoyo. La generosidad manifiesta en ellos ha permitido una aceptación plena de mi persona pese a mis muchos defectos y limitaciones. Y sobre todo el amor que recibo de ellos -y que les correspondo de todo corazón- se ha constituido en la mayor motivación en mi vida y en particular en mi trabajo.

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| INTRODUCCIÓN | 1 |
| CAPÍTULO 1 | 8 |
| EL JUEGO FREUDIANO | |
| 1.1. El juego de palabras del chiste | 8 |
| 1.2. El juego, la compulsión de repetición y la transferencia | 23 |
| CAPÍTULO 2 | 29 |
| UN PUNTO INTERMEDIO ENTRE EL JUEGO Y LA ESCRITURA | |
| 2.1. La comparación entre el niño que juega y el poeta | 30 |
| 2.2. La comparación entre el jugar y el fantasear | 37 |
| 2.3. La comparación entre quien sueña despierto (extensión del niño que juega) y el poeta | 42 |
| CAPÍTULO 3 | 44 |
| LA ESCRITURA INCONSCIENTE FREUDIANA | |
| 3.1. Su implicación con el simbolismo (La interpretación de los sueños (1900) y Piaget) | 47 |
| 3.2. Su implicación con la escritura semasiográfica o pictográfico-ideográfica (El interés por el psicoanálisis, Gelb y Moorhouse) | 63 |
| 3.3. Su vinculación con el método y la teoría | 72 |
| CAPÍTULO 4 | 85 |
| LA CONJETURA DE QUE EL JUEGO TIENE LA CONSISTENCIA DE UNA ESCRITURA INCONSCIENTE | |
| 4.1. El juego como la escritura pulsional en Aída Dinerstein | 85 |
| 4.2. El juego y la escena de la escritura | 96 |
| 4.2.1. La primera prueba: el abrirse paso y la diferencia | 98 |
| 4.2.2. La segunda prueba: la lámina y el suplemento de origen | 100 |
| 4.2.3. La tercera prueba: la dióptica y los jeroglíficos | 104 |
| 4.2.3. La cuarta prueba: el trozo de cera de Freud y las tres analogías de la escritura | 106 |
| 4.3. La <<conjetura de Lacan>> sobre el origen de la escritura | 109 |
| CAPÍTULO 5 | 114 |
| IMPLICACIONES CLÍNICAS DE LA CONJETURA DEL JUEGO COMO ESCRITURA EN LA PRÁCTICA PSICOANALÍTICA CON NIÑOS | |
| 5.1. Hans: el saber, el jugar, los trazos de escritura | 116 |
| 5.2. Dick y el inicio del juego | 121 |
| 5.3. Edmund: el enlace entre el discurso y el juego | 125 |
| CONCLUSIONES | 132 |
| BIBLIOGRAFÍA | 141 |

INTRODUCCIÓN

El problema a investigar comenzó con preguntas relativas a la práctica psicoanalítica con niños. Me inicié¹ en este campo de la clínica hace aproximadamente 25 años; en ese entonces las tendencias psicoanalíticas en general y específicamente en la Facultad de Psicología de la UAQ, comenzaban a dar relevancia a la palabra separada de la imagen, quizá debido a la influencia de un pensamiento lacaniano mal entendido. En esa confusión sólo se destacaba el orden Simbólico, dejando como aspectos desarticulados a los registros de lo Imaginario y lo Real, en una posición contraria al sentido del saber lacaniano el que concibe a los tres registros anudados.

Ejemplo de ello son los trabajos de Frida Saal (1982); de Aída Dinerstein (1987); de Maud Mannoni (1965); de Françoise Dolto (1971); de Ricardo Rodulfo (1989) y (1992), entre otros. Pero además otros psicoanalistas habían incurrido en tergiversaciones y esquematismos reductores al concebir al psicoanálisis como una teoría que, alcanzada ya una supuesta unificación, implicaba en su transmisión la simple presentación esquemática de los conceptos, tal como ocurrió con el texto de los Bleichmar (1989).

Estos malentendidos trajeron por consecuencia que se desvirtuara el sentido freudiano de la práctica clínica con niños, limitándola a analizar las prácticas verbales y dejando de lado lo que hacían jugando, por considerar al juego² como una expresión no analizable.

Nos resultaba difícil comprender la separación entre la imagen y la palabra, pues de hecho las concebíamos juntas como parte indisoluble del proceso de significación. ¿Acaso corroborar su enlace daría sustento a la idea de que el juego era una actividad inconsciente creadora de sentido, en el plano del saber subjetivo? Tal interrogante se sumaba a otra en la que sospechábamos que el juego implicaba cierto saber para el niño, que no podía reducirse a una suerte de racionalidad, y que aludía al proceso de comprensión de su subjetividad y al cambio de aquello que le resultaba adverso.

Ahora bien, la situación que prevalecía no era una simple y tajante separación de la imagen y la palabra sino que lo prevaleciente era una contradicción. En efecto, coexistían de algún modo las dos posiciones contrarias, por un lado, aquella en la que se defendía la separación y por otra, la que promovía la integración de la imagen y la palabra. Ejemplo de ello es el libro de Aída

¹ En lo sucesivo utilizaré el plural mayestático del que hace referencia Umberto Eco en su libro *Cómo se hace una tesis*, de 1977, porque considero que mi posición coincide con la de otros; tanto con la de los autores revisados que le dan sustento argumental a la tesis como con el lector. Pues como dice Eco: "Se dice <<nosotros>> porque se supone que aquello que se afirma puede ser compartido por los lectores" (Op. Cit. Pág. 162).

² Corominas establece: "Juego (hacia 1140), del latín JOCUS 'broma, chanza', 'diversión'. Derivado jugar hacia 1140 (jogar en los siglos XII-XIV), del latín JOCARI 'bromear'. Jugada, jugador, jugarreta, 1734. Juguete 1335, quizá tomado del occitano antiguo (occitano o lengua de Oc, la lengua de los trovadores y hablas populares modernas del sur de Francia), siglo XIII juguetero; jugar, 1734; jugueteo; jugueteón, 1605. Juglar, 1220-50 (juglar, 1062), descendiente semiculto del adjetivo latino JOCULARIS 'gracioso, risible' (de JOCULUS, diminutivo de JOCUS); [...]" (Corominas, 1961).

Dinerstein *¿Qué se juega en el psicoanálisis de niños?*, en el capítulo titulado, *El juego. Escritura pulsional, constitución del yo*, pues sostiene una posición ambigua con respecto a la designación de lo inconsciente ya como un lenguaje ya como una escritura, de modo que la imagen y la palabra quedan separadas. Mientras que en el ámbito clínico afirma, con una claridad meridiana, que cuando Winnicott analizaba niños, concebía al juego y a la subjetividad del niño en una trabazón que hacía de ellas una consistencia indisoluble. Es decir, en lo conceptual lo inconsciente seguía unido al lenguaje mientras que su noción del análisis trascendía el ámbito verbal. Sin embargo, Dinerstein no aprovechó ese descubrimiento clínico para cuestionar sus fundamentos conceptuales. La práctica clínica le estaba mostrando que el juego era constitutivo de la subjetividad del niño y que el análisis de niños no podía circunscribirse a los contenidos verbales desdeñando el riquísimo material que el niño producía con sus juegos a favor de su transformación subjetiva. A tal punto le resultaba claro que escribió: “Ya no se trataría del juego sino del jugar (en una división si se quiere arbitraria), actividad creadora que no podríamos adjudicar a un sujeto sino que, al contrario, lo soporta, lo trabaja, lo constituye. El jugar produciendo un sujeto. Winnicott, creemos, es quien más se ha acercado a aprehender la importancia de esta faceta” (Dinerstein, A., 1987: 98). Luego entonces, para nosotros fue necesario revisar y estudiar ese desfase entre lo doctrinario y lo clínico. Ahora bien, nuestras pesquisas no están dirigidas a dilucidar el anudamiento o desanudamiento de los registros lacanianos del Simbólico, el Imaginario y el Real. Nuestro estudio está enfocado primordialmente en la perspectiva freudiana del juego y la escritura.

De este modo la designación del juego como un instrumento pedagógico (Anna Freud, 1927) y de diversión –designación ampliamente difundida en nuestra cultura- quedaba seriamente cuestionada. Es decir, la noción de juego freudiana dilucidaba aspectos que la noción de juego evolutiva no retomaba. Así, el juego de los niños se presentaba como un medio constitutivo de la subjetividad³. Al manipular objetos y palabras el niño se encontraría definiendo lo que lo designa y lo que lo separa de los demás. Esta importante vertiente del psicoanálisis nos resultó francamente apasionante y nos llevó a preguntarnos ¿cuál es la consistencia del juego de los niños que la hace proclive a transformar la subjetividad del niño? Entendiendo por consistencia una trabazón, una coherencia entre las partículas de una masa o los elementos de un conjunto.

Nuestra pregunta fue entonces: ¿Cuál es la designación del juego que mejor enuncia esa idea? De ahí que resultara necesario rastrear el término de juego y determinar su vinculación con la escritura, de modo que pudiésemos constatar sus consecuencias en la práctica clínica.

Nos pareció un hecho de gran trascendencia el que el juego fuese concebido como un acto creador. Necesariamente su consistencia debía ser la de una escritura peculiar, una escritura –que para algunos era un lenguaje (en un

³ Aclaración de términos: **subjetivo, va.** (Del. lat. *subiectivus*). adj. Pertenciente o relativo al sujeto, considerado en oposición al mundo externo. // 2. Relativo a nuestro modo de pensar o de sentir, y no al objeto en sí mismo. (Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española, 2002: 2100).

sentido, Klein⁴, 1953; en otro diferente, Dolto⁵, 1971)- capaz de eslabonar los elementos adecuados para la producción de nuevos sentidos. Entonces, formulamos la conjetura de que el juego de los niños tendría la consistencia de una escritura inconsciente.

Para nosotros el texto de Dinerstein fue un antecedente importante al vislumbrar la articulación entre el juego y la escritura. Nosotros habíamos supuesto esa vinculación luego de una detallada revisión bibliográfica y de la lectura cuidadosa de algunos casos clínicos publicados. Pero ¿qué importancia tenía esa supuesta vinculación entre el juego y la escritura? Creímos que el juego y la escritura, en tanto fenómenos y conceptos, no habían sido investigados con la suficiente acuciosidad. Supusimos también que era necesario indagar los motivos que habían llevado a algunos psicoanalistas (M. Klein, 1953; F. Saal, 1982; Dinerstein, 1987; Mannoni, 1965; Dolto, 1971; Rodulfo, 1989, 1992; entre otros) a considerar el juego como un lenguaje, mientras que en cierta forma comenzaba a plantearse que el juego tendría la consistencia de una escritura (Dinerstein, 1987; y de manera implícita Winnicott, 1951, 1971). Lo que por cierto había trascendido en una práctica clínica disociada, pues se daba énfasis ya a la palabra ya a los símbolos lúdicos, distanciándose cada vez más las posiciones contrapuestas. De ahí que el problema fuera el preguntarnos sobre la consistencia de lo inconsciente y la naturaleza del juego como mencionamos antes.

Ahora bien, siendo el propósito de Dinerstein esa articulación, supusimos que su trabajo escrito contendría el camino trazado por Freud en la designación del juego y la escritura. Sospechamos también que Dinerstein habría alcanzado una presentación integral de las nociones freudianas de juego y de escritura.

Sin embargo, las nociones de juego y de escritura, verdaderos enigmas psicoanalíticos, requerían de una amplia y detallada revisión, de modo que el trabajo de Dinerstein, siendo pionero en ese terreno, pudiese requerir de nuevas ampliaciones en la investigación. Sospechábamos que las implicaciones clínicas de concebir el juego como una escritura, demandaban también una revisión cuidadosa, por lo que su texto, una vez más resultaba una sugerente invitación para cumplir con esa tarea. Todo ello lo habremos de constatar en la sección correspondiente a la presentación de su texto. Por cierto que su trabajo no convertía el nuestro en un esfuerzo vano, sino que abría el camino para ampliar lo que la psicoanalista argentina había iniciado. Además, permitía pesquisar los efectos que había tenido la relación entre la

⁴ Melanie Klein concibió a los símbolos del juego como un lenguaje cuando los equiparó a las asociaciones verbales de los adultos. De ahí que para ella fuese pertinente interpretar su sentido simbólico. Toda su obra es particularmente diáfana con respecto a este tema. De cualquier forma para corroborar lo dicho se puede consultar su obra: *La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado*, de 1953.

⁵ Dolto propone lo siguiente: “En el niño, el método de asociaciones libres no es posible, por lo cual se emplea en los análisis el método del juego, del dibujo espontáneo, de la <<conversación>> entendida como la provocación de las variadas ocurrencias del niño” (1971:135). Y agrega: “[...] queremos hablar a su inconsciente –que nunca es <<lógico en nadie>>, por eso empleamos con toda naturalidad el lenguaje simbólico y afectivo, que es el suyo y lo toca directamente” (Ibidem, pág. 137). Es ese, pues, el sentido que Dolto le otorga al lenguaje del juego.

lingüística y el psicoanálisis que planteó Freud en su texto *El interés por el psicoanálisis*, de 1913. Particularmente queríamos conocer los efectos que esa situación había tenido en el psicoanálisis de niños. Sospechábamos que con la designación de que el juego es una escritura, el trabajo psicoanalítico basado en el juego se tornaba más congruente, en lo conceptual y en lo práctico.

Por otra parte, la lectura de los textos de Winnicott (1951, 1960, 1967, 1971, entre otros) siempre nos había intrigado cuando sostenía que había que dejar jugar al niño. Después, la lectura de textos alusivos a su obra (Rodulfo, 1992; Bleichmar, 1989, Greco, 1996, entre otros) carentes en muchos aspectos de una exposición favorable de la propuesta clínica del psicoanalista inglés, nos hicieron preguntarnos sobre las circunstancias que intervinieron para que eso ocurriera.

Nos pareció que la noción de juego como acto creador, siendo en sí misma clara y comprensible, no era fácilmente asequible para algunos analistas. Incluso, la consulta de los textos de Winnicott nos mostraba los huecos que había en la exposición del psicoanalista inglés, huecos que era conveniente llenar haciendo expreso tanto el sentido de los conceptos como el entramado conceptual. Realizando ese trabajo fue que nos resultó evidente la vinculación entre diversas concepciones psicoanalíticas del juego. Así, se hacía imperativo demostrar que el juego era, propiamente, una escritura de lo inconsciente.

Habíamos investigado el tema del juego creativo en varios autores. Revisamos los textos de Huizinga (1954), Piaget (1959), Klein (1927, 1929, 1930, 1953), Freud (1905b, 1908a, 1908b, 1909, 1913, 1920, 1925b) y de Winnicott (1951, 1960, 1967, 1971), todos ellos coincidentes en la designación del juego como un acto creador. Esa noción particularmente clara en Winnicott había sido el eje de tal revisión. Por cierto, en el proceso de investigación resultó evidente que el aspecto creativo de juego provenía de su naturaleza inconsciente, y ésta de su consistencia de escritura inconsciente. De ese modo la conjetura que defendíamos en este trabajo había tomado forma.

Sin embargo, se habían acumulado muchos temas. De suerte que una vez realizada la investigación, y ya en el momento de las últimas revisiones de la tesis, se nos sugirió una reconfiguración que colocara en primer término el trabajo de Freud, pues de ahí tomaba forma la conjetura de que el juego tiene la consistencia de una escritura. Propuesta que nos pareció una solución favorable, de modo que se hizo el ajuste metodológico requerido, guiándonos en nuestras pesquisas en torno a la tesis sustentada por las siguientes preguntas: ¿el juego, en tanto fenómeno y concepto, dilucida que lo inconsciente freudiano tiene la consistencia de una escritura? y ¿concebido así lo inconsciente implica para el psicoanálisis de niños un modo específico de trabajar con los símbolos lúdicos y los signos?

Entonces conjeturamos que, desde una perspectiva freudiana, el juego tiene una consistencia semejante a la de la escritura inconsciente. Luego, concebir el juego como una escritura, conduce a practicar una clínica que no separa la imagen de la palabra (como pretendían quienes hablaban indistintamente del lenguaje y la escritura). Por eso, es nuestro propósito constatar el modo en el

que la imagen y la palabra se articulan mediante el juego, en el tránsito de la significación de los objetos a los símbolos lúdicos y de éstos a los signos, lo que da por efecto la modificación subjetiva del niño en el análisis.

Cabe señalar que en la cura analítica de Freud se renuncia al uso prepotente de la palabra, dirigiendo la atención, libremente flotante, al decir de los pacientes. Éstos elaboran y aportan también libremente diversas teorías a favor de la comprensión de su condición neurótica, y si por ello mismo, el psicoanálisis es una doctrina y no una teoría (sistema de pensamiento estructurado en una unidad) (Sladogna, A., 2005: 69), en tanto cuanto no se propone dar una explicación de la condición del analizante, entonces, de lo que se trata en el análisis, y desde luego en el análisis con niños, es de poner en juego el saber del propio analizante. La cura analítica es el despliegue del saber del analizante sobre las determinaciones de su subjetividad mediando en ello la presencia y la disposición del analista. Y en el análisis de los niños, el juego implica para el niño, de algún modo que no puede reducirse a cierta racionalidad, el saber que se encuentra en un proceso de comprensión de su subjetividad y de transformación de aquello que le resulta adverso. Empero, cuando el analista trabaja con un estilo como el que propone Dinerstein, Mannoni o Dolto, por mencionar algunos nombres, sólo escucha lo verbal, y deja de lado los restos que son constitutivos de la subjetivación. Mientras que analistas como Winnicott recuperan esos restos, que son justamente los que le dan consistencia al juego puesto en acto en su consultorio como una escritura inconsciente.

En este trabajo nos proponemos ofrecer los argumentos de que el juego tiene una consistencia similar a la escritura freudiana. Siempre que constatemos que los términos de juego y escritura son nociones freudianas en toda regla. De suerte que establecida la condición inconsciente del juego y la escritura, podamos dar evidencia, primero, de que el inconsciente freudiano tiene la consistencia de una escritura y, después, de que el lenguaje y la escritura son nociones freudianas diferentes.

Una vez corroborado lo anterior nos proponemos mostrar algunas de las implicaciones teóricas y clínicas que ha suscitado la falta de claridad y de separación de tales términos.

Por cierto, la consistencia de escritura del juego no ha sido demostrada fehacientemente. De hecho han sido pocos los intentos por alcanzar esa meta. Y cuando se ha intentado, como en el caso de Dinerstein, se ha realizado en medio de la contradicción entre la perspectiva de lo inconsciente como un lenguaje y como una escritura.

Además, no ha sido desentrañado el carácter enigmático de las nociones freudianas de juego y de escritura. La cualidad polisémica de los términos freudianos constituye una fuente valiosa y rica para la investigación filológica y conceptual. Sin embargo, también ha propiciado yerros importantes pues no ha sido posible desentrañar los enigmas creados por los términos de lenguaje, de juego y de escritura. Prevaleciente tal uso terminológico, se ha creado una disposición poco propicia para el cabal aprovechamiento doctrinario y clínico

del psicoanálisis de niños. De este modo no se ha sabido aprovechar los aportes que la práctica ha ofrecido a favor de la función constitutiva del juego.

En lo concerniente a la transmisión del psicoanálisis, la situación muestra los efectos adversos del dogmatismo en el que se incurre por motivos de adhesión doctrinaria y que propicia la separación entre la doctrina y la clínica. La frecuencia y la trascendencia de tales dogmatismos en el psicoanálisis, justifican plenamente su estudio crítico y su develamiento. Ejemplo de ello es la posición asumida por varios psicoanalistas a favor de concebir lo inconsciente como un lenguaje no obstante que Freud había planteado que era una escritura. Tampoco los descubrimientos clínicos los hicieron desistir de tal postura.

Entendemos que el trabajo de reflexión psicoanalítica constituye una zona muy amplia de experiencias. En ella se incluyen tanto la presentación detallada de experiencias analíticas como el rastreo del patrimonio conceptual legado por los grandes psicoanalistas. Por momentos se hace énfasis en una de esas vertientes para que poco después se subraye la otra. La investigación de las temáticas del juego y la escritura harán evidente el advenimiento del sujeto como tal, precisamente en un movimiento en el que al mismo tiempo que juega, escribe. Del mismo modo, el proceso de escritura de esta tesis dará espacio y consistencia a la expresión de la subjetividad que implica la clínica, pues en ningún momento podríamos estar ausentes de comparecer ya mediante una nueva mirada clínica ya con una posición distinta en el propio trayecto de subjetivación. Aportará, creemos, nuevos elementos para discernir las diferencias entre el juego y otras actividades espontáneas de los niños. Permitirá, también, considerar la función analítica de algunas actividades lúdicas: la manera en la que jugando, el niño vincula los símbolos lúdicos con los signos lingüísticos. Así, el carácter clínico de nuestro trabajo será evidente, como evidente también será su recorrido y exploración teórica.

Para argumentar las conjeturas que componen la tesis planteada en la presente investigación, nos propusimos estudiar en algunos textos freudianos los términos de juego y escritura, examinando el modo en que son enunciados por Freud, qué vinculación guardan entre ellos y con el tejido conceptual de la doctrina psicoanalítica.

Nuestras pesquisas se realizan sobre textos freudianos en los que se dilucidan las nociones del juego y de la escritura y que ofrecen, así creemos, los asideros necesarios y suficientes para dar sustento a la supuesta relación entre ambas; aunque hemos de aclarar que no son las únicas referencias, pues incluimos otros textos freudianos que no remiten directamente a tales nociones. Por ejemplo, revisamos de Freud (1895, 1905a, 1908b, 1914, 1915a, 1915b, 1923a, 1925a), entre otros. Textos que contienen importantes contribuciones al tema del juego y la escritura. Además consultamos los textos de otros psicoanalistas alusivos al tema. Por ejemplo, Saal (1982); Dinerstein (1987); Mannoni (1965); Dolto (1971); Rodolfo (1989, 1992), entre otros.

La metodología utilizada consistió en revisar la forma de enunciar los términos psicoanalíticos, tanto en los textos freudianos como en los de otros

psicoanalistas. Porque enunciar es expresar breve y sencillamente una idea. Y si analizamos cómo enuncian los psicoanalistas podremos arribar a un saber más preciso sobre el sentido de las nociones que utilizan, pues esta visto que tales nociones son enigmáticas debido a su polisemia. De suerte que cumpliríamos así con algunos de los objetivos que nos propusimos. Por ejemplo, determinar que el juego y la escritura inconsciente son nociones freudianas en toda regla. Que son nociones que Freud tejió sobre la base de la teoría del sueño, del chiste y de la compulsión de repetición. Que la noción de juego remite necesariamente a la reinscripción psíquica y a la transformación subjetiva. Además, el análisis de la forma de enunciar de los psicoanalistas nos permitirá diferenciar el sentido de las nociones de lenguaje y de escritura, consideradas por muchos como sinónimos. Incluso ese tipo de análisis nos permitirá detectar la solidez de las analogías freudianas y ciertas incongruencias entre lo conceptual y lo clínico como las que evidencian diversos textos consultados, en particular el texto de Aída Dinerstein. En efecto, su forma de enunciar nos permitirá ubicar la promisorio perspectiva de Winnicott sobre el análisis de niños en medio de un texto que supondríamos ajeno a esa visión.

También revisaremos la forma en que los autores argumentan, porque argumentar es aducir razones a favor de alguna conclusión. Y si analizamos cómo los psicoanalistas construyen los argumentos, podremos arribar a los fundamentos de las analogías en las que Freud apoya sus asertos. También nos permitirá revisar la claridad y solidez de las pruebas que ofrecen a favor de sus conclusiones. Y así cumplir otros de los objetivos que nos propusimos. Por ejemplo, determinaremos las implicaciones conceptuales y clínicas de las analogías freudianas entre el juego de palabras del chiste y el juego; entre el simbolismo de los sueños y la escritura figural antigua; entre el niño que juega y el poeta; por mencionar algunas de la analogías que habremos de revisar. Además, si analizamos cómo argumentan los psicoanalistas podremos determinar que no designan lo mismo las nociones de lenguaje y de escritura, y que el juego tiene la consistencia de una escritura. Por último, constataremos que concebido el juego como una escritura permite una perspectiva clínica en la que resulta claro que el juego es una actividad constitutiva de la subjetividad del niño.

CAPÍTULO 1

EL JUEGO FREUDIANO

Indagaremos el estado conceptual de las ideas de Freud sobre el juego. Nos interesa conocer el modo en el que la noción de juego se entrama en su tejido conceptual. Al mismo tiempo examinaremos si es posible una vinculación entre el juego y la escritura de modo que pudiésemos conocer la naturaleza del juego en la perspectiva freudiana, aquella que nosotros conjeturamos como la consistencia de escritura inconsciente del juego.

Seguiremos el proceso mediante el cual el juego de los niños se convirtió en un verdadero enigma psicoanalítico. Veremos también cómo el término de juego pasó de su sentido convencional de diversión y pasatiempo, y aún de instrumento pedagógico y de etapa del desarrollo, a integrarse en el cuerpo teórico freudiano. Ahí hubo de vincularse necesariamente a la dimensión de lo inconsciente. Conoceremos su primer enlace como expresión plenamente inconsciente en el juego de palabras. Su constitución como dispositivo en el que se elude la censura por mediación de las argucias del intelecto y de las enormes posibilidades que ofrece la palabra. En ese sentido, estableceremos la veracidad de que los juegos de palabras de los niños resultaron sumamente ilustrativos del proceso de cumplimiento de deseos. Conoceremos después una segunda manifestación de la conexión del juego con lo inconsciente, en la definición del juego como movimiento de inscripción psíquica. De ese modo constataremos la ampliación y el complemento de la anterior designación del juego. Y evidenciaremos el movimiento propio del aparato psíquico, el de ausencia y de creación de sentido. De esa suerte, el juego habría logrado un estatuto conceptual favorable para guiar y comprender el psicoanálisis de niños, puesto que jugando el niño crea un mundo nuevo, un mundo simbólico coincidente con sus deseos y vinculado con las experiencias más crudas y angustiantes de su naciente existencia.

1.1. El juego de palabras del chiste

Hay que tener en cuenta que la posición de Freud, en sus investigaciones, fue siempre la de la óptica de la inclusión, delimitando un terreno donde lo uno no era sin lo otro. Incursionó con plena libertad y sin prejuicio alguno en los diferentes ámbitos en que las investigaciones psicoanalíticas lo iban involucrando, de modo que pudo formular una teoría en la que coexistían lo inconsciente (Unbewusste), el simple jugar, el jugar y la palabra, el chiste y el humor.

Leamos cómo vincula Freud el juego y el chiste:

“Antes de todo chiste existe algo que podemos designar como *juego* o *“chanza”*. El juego –atengámonos a esta designación– aflora en el niño mientras aprende a emplear palabras y urdir pensamientos. Es probable que ese juego responda a una de las pulsiones que constriñen al niño a ejercitar sus capacidades (Groos, 1899); al hacerlo tropieza con unos efectos placenteros que resultan de la repetición de lo semejante, del redescubrimiento de lo consabido, la homofonía, etc., y se explican como insospechados ahorros de gasto psíquico. No es

asombroso que esos efectos placenteros impulsen {antreiben} al niño a cultivar el juego y lo muevan a proseguirlo sin miramiento por el significado de las palabras y la trabazón de las oraciones. Un juego con palabras y pensamientos, motivado por ciertos efectos de ahorro placenteros, sería entonces el primero de los estadios previos del chiste” (Freud, S., 1905b: 123).

Así, el libro de Freud (1905), se nos ha revelado pleno de sugerencias para el estudio psicoanalítico del juego y del jugar. Las conclusiones de Freud, de que lo fundamental del chiste es el juego de palabras; de que el juego aflora en el niño en el momento mismo en el que articula las primeras palabras y teje los primeros pensamientos; y de que el juego es el medio que le permite más tarde emanciparse de esa racionalidad estricta provista por la educación, ofrecen una fuente de inspiración y un sustrato analítico con cuya óptica se une el sentido del juego en tanto simbolismo lúdico, con el lenguaje convencional. En efecto, jugando el niño se apropia del lenguaje.

Siendo el trabajo sobre el chiste una perspectiva favorable para el estudio psicoanalítico del juego, abre el camino para preguntarnos si el juego es, como los sueños y los chistes, una formación del inconsciente; también pretendemos establecer los argumentos que sustentan que el juego es expresión del pensamiento inconsciente, habiéndose de constituir, por ende, en herramienta de análisis; nos pone, finalmente, las bases para elaborar la trama argumentativa con la que sustentáramos que el juego es una forma de escritura semejante a la del sueño, propósito de esta Tesis.

Nuestra revisión del texto freudiano acerca del chiste se circunscribe a tres tópicos. Iniciaremos con la primera parte que Freud denomina <<Analítica>>. Ahí define el chiste y lo cómico y caracteriza la técnica del chiste. De tales definiciones, dadas en términos del juego, la palabra y lo inconsciente (Unbewusste), podemos inferir asimismo que el juego es, en el ámbito freudiano, escritura e inconsciente. Luego, con la parte del texto que se designa como <<Sintética>> continuaremos con las referencias a los mecanismos de placer y a la psicogénesis del chiste, a fin de exponer los argumentos de que el juego es una más de las derivaciones del inconsciente freudiano con todas las implicaciones de obtención de placer y de transformación mediante el desplazamiento⁶ (Verschiebung) y la condensación⁷ (Verdichtung) que le son propias. Finalmente, en la parte <<Teórica>> en la que se propone el vínculo del chiste y del sueño con lo inconsciente (Unbewusste), retomaremos la idea de que el juego es el pensamiento inconsciente, y que constituye, en el análisis, expresión del juego de símbolos y de palabras. Cabe aclarar que Freud estudió el chiste sin ceñirlo a la experiencia del análisis, sin embargo, sus conclusiones pueden, con pleno derecho, aplicarse al terreno del análisis puesto que los chistes en él no hacen intervenir modificación alguna que cuestione los resultados obtenidos en forma distinta a la analítica.

⁶ Veamos como describe Freud el proceder del mecanismo de desplazamiento: “Mediante la libre trasferibilidad de las intensidades y al servicio de la condensación se forman también *representaciones intermedias*, compromisos, por así decir...” (Freud, 1900:85).

⁷ Dice Freud: “En el proceso de la condensación todo nexos psíquico se traspone a la intensidad del contenido de representación” (1900:585).

Una vez establecidas las coordenadas sobre las que se organizará la presente sección del trabajo de tesis en la que buscaremos establecer un vínculo fructífero entre la teoría del chiste y la del juego, podemos dedicarnos al primer punto planteado por Freud en su texto sobre el chiste, es decir, al tema de la definición del chiste y de lo cómico.

Iniciaremos su exposición mencionando que Freud no encontró en el material examinado una definición precisa del chiste y de lo cómico. De hecho las diversas definiciones compiladas por él, habían creado, en su heterogeneidad, un mosaico conceptual que hacía necesario un trabajo de ensamble en un todo orgánico. Ese fue el trabajo que Freud realizó. Y lo inició citando una definición que hizo que la nuestra no fuera una pesquisa inútil pues al mencionar al filósofo Kuno Fisher (1889), quien designó al chiste como el juicio que juega, precipitó el vínculo entre las teorías del chiste y del juego. Con lo cual se produjo el primer eslabón del tema buscado por nosotros. Pues bien, el entendimiento, la razón, el discernimiento, por citar sólo algunos de los múltiples sentidos que poseyó entonces el término juicio, se ejercería en una forma lúdica.

Ahora bien, el juicio que juega procede de acuerdo con los mecanismos de lo inconsciente: la libre transferencia de las intensidades psíquicas al servicio de la condensación para formar representaciones intermedias, compromisos. Para ilustrar tal proceder consideremos brevemente el ejemplo de Hans⁸, quien en su proceso de análisis muestra, de forma por demás evidente, la manera en la que jugando realiza sus pesquisas en el terreno de la sexualidad. En efecto, Hans despliega su curiosidad en torno a lo que él denomina el <<hace-pipí>>, las funciones fisiológicas de la micción y la defecación, así como por el nacimiento de los niños. Esta inclinación del niño a la investigación sexual, Freud la denominó <<Teorías sexuales infantiles>> (Cfr. Sobre las teorías sexuales infantiles, de 1908b). Su expresión en el juego es conocida por todos. Freud la explica así:

“A la par que la vida sexual del niño alcanza su florecimiento, entre los tres y los cinco años, se inicia en él también aquella actividad que se adscribe a la pulsión de saber o de investigar” (Freud, S., 1905a:176).

De suerte que establecido al lado del razonamiento estricto proveniente de la educación, al chiste, a lo cómico y al jugar, se aportaba una nueva perspectiva en la que el jugar con palabras y con ideas era la base de la investigación sexual y por extensión del análisis pues esa era la tarea que el niño realizaba allí. En términos de Freud se expresa así:

“La noticia acerca de las teorías sexuales de los niños, tal como ellas se configuran en el pensar infantil, puede resultar interesante en diversos contextos; también –cosa sorprendente- para entender los mitos y cuentos tradicionales⁹. Y resulta indispensable para la concepción de las neurosis mismas, en las cuales

⁸ Un niño de cinco años con fobia a los caballos que fue atendido por Freud.

⁹ A propósito de los mitos y los cuentos puede consultarse el libro de Huizinga, *Homo ludens*, de 1954, en el que queda expreso que la constitución de la cultura se hace con el ánimo de un juego. El vínculo entre la cultura y el juego se establece por medio del juego de competencia y la disposición lúdica de los mitos y las consagraciones.

estas teorías infantiles conservan vigencia y cobran un influjo que llega a comandar la configuración de los síntomas” (Freud, S., 1908b:189).

Sin embargo, eso no era todo. Luego de hacer mención de que el juego se produce de acuerdo con los mismos mecanismos inconscientes del sueño, el chiste y el síntoma, y de referir la vinculación realizada por Freud del juego con el saber y la sexualidad, temas indiscutiblemente freudianos, ahora debíamos considerar lo siguiente: un substrato anterior del juego en el que predominaban los símbolos lúdicos¹⁰ y no los signos lingüísticos (éstos eran propiamente los que hacían posible el juego de palabras), consideración hecha en favor de nuestra conjetura de que el juego es una escritura.

Veámoslo así: en la perspectiva del niño que juega, el juego implica primeramente la creación de símbolos ya sea mediante la transformación lúdica de un objeto o por el uso de un juguete o por la invención de una historia imaginaria; luego, en otro momento, el niño jugará predominantemente con palabras. En el primer caso es necesaria la presencia de un objeto en el que recae la producción simbólica; dicho objeto es transformado simbólicamente. Luego, en el segundo caso, es irrelevante la presencia de algún objeto pues es suficiente con el lenguaje para la procuración del simbolismo. De cualquiera manera son características del juego que se suceden de forma casi imperceptible pues muchas veces coexisten; aunque debemos señalar que no siempre es reconocida esa diferencia del juego con símbolos y con palabra en la teoría y en la clínica, motivo por el que nosotros hacemos aquí énfasis sobre eso.

En el contexto del análisis, el juego comienza con la creación de un sentido inédito, en parte debido a la iniciativa lúdica del niño o por la intervención del analista a favor del juego, ya por una comunicación verbal ya por un acto. Así la forma específica del juego infantil es la producción de algo simbólico con signos o con símbolos lúdicos; en la perspectiva de Freud del juego de palabras y del juego del <<fort-da>> (juego del nietecito de Freud que se hizo célebre porque fue utilizado para exponer los dinamismos de la compulsión de repetición) esa diferenciación no es suficientemente clara pues queda la impresión de que todo ocurre en el ámbito del lenguaje oracionalmente articulado. De ser así, el simbolismo del juego sería propiamente un lenguaje, algo factible de traducirse. Sin embargo, no es eso lo que prevalece. Los símbolos lúdicos no son directamente traducibles. Incluso, al igual que los símbolos del sueño, parecen realmente imposibles de una comprensión plena, de manera que sólo es posible conseguir cierta aproximación mediante su enlace con las representaciones verbales. En su momento, cuando mostremos las dos perspectivas de la escritura, la ideográfica y la fonográfica podremos ofrecer mayores explicaciones al respecto.

¹⁰ Cfr. *La formación del símbolo en el niño* (Piaget, 1959). En tal estudio resulta por demás evidente ese proceso de diferenciación del juego. Tal diferenciación no está consignada ni desarrollada en la bibliografía psicoanalítica consultada. De suerte que su exposición constituiría una importante fuente de reflexión para la comprensión del juego en el análisis. Sin embargo, en el presente trabajo, dado el tema a desarrollar del juego y la escritura, optamos por algunas breves referencias.

En ese devenir de la creación de símbolos en el análisis, resulta necesario el supuesto de que antes de que el niño juegue no hay creación de símbolos. Por lo menos no para él. Y luego, ya con el juego, se abren nuevos caminos de significación. Sobre esto volveremos al exponer la técnica del chiste (Cf. La idea freudiana de que el pensamiento inconsciente corresponde a la infancia, lo mismo que el juego, Freud, S., 1905b:162-163).

Regresemos al contenido específico del texto del chiste recordando que habíamos consignado que esa diversidad de definiciones del chiste y de lo cómico no le satisfacía a Freud pues no había entre ellas una conexión en un todo orgánico. Sin embargo, ese estado de cosas no duró mucho pues apenas hubo planteado las definiciones e iniciado las investigaciones acerca de la técnica del chiste pudo aportar una estructura simbólica que, explicando las cosas mediante el desplazamiento (*Verschiebung*) y la condensación (*Verdichtung*), colocaban en el centro de los esclarecimientos al juego con símbolos y con palabras.

Esa conclusión resultará por demás evidente, apenas revisemos los rasgos principales de las definiciones del chiste y de lo cómico y caractericemos esas definiciones tal como lo hizo Freud en sus pesquisas: la búsqueda activa de lo cómico por parte del sujeto; la operación del juicio que hace posible el contraste de lo cómico; el carácter de juicio que juega; el apareamiento de lo desemejante; el contraste de representaciones; el sentido en el sin sentido; la sucesión de desconcierto e iluminación; la rebusca de lo escondido y, finalmente, la brevedad del chiste. En vista de que en todos ellos es posible discernir, como los elementos sustantivos al juego de símbolos y al de palabras, es decir, los procesos de condensación y de sustitución involucrados, que hace posible el juego de ideas, es evidente que el chiste y el juego se encuentren entramados en el tejido conceptual freudiano. Además, esa comparación entre lo que discierne Freud del chiste con lo que puede pesquisar del juego¹¹ -cada uno de esos aspectos descritos antes-, permite clarificar el uso de símbolos y de palabras en el juego. Un ejemplo del juego de símbolos sería: cuando el niño aparea lo desemejante, en un afán de personificación del juego, vinculado simbólicamente su persona con un tren, de modo que se convierte en un niño-tren. Un ejemplo del uso de signos en el juego sería: el ingenioso juego de palabras del chiste. Freud nos ofrece el siguiente ejemplo:

“El médico que viene de examinar a la señora enferma dice, moviendo la cabeza, al marido que la acompaña: <<No me *gusta* nada su señora>>. <<Hace mucho que tampoco a mi me *gusta*>>, se apresura a asentir aquél” (Freud, S., 1905b: 37).

¹¹ Contrastemos estas ideas de Freud sobre el chiste y lo cómico que nosotros extendemos en la comprensión del juego, con la definición de Huizinga del juego: “[...] el juego es una acción u ocupación libre, que se desarrolla dentro de unos límites temporales y espaciales determinados, según reglas absolutamente obligatorias, aunque libremente aceptadas, acción que tiene su fin en sí misma y va acompañada de un sentimiento de tensión y alegría y de la conciencia de <<ser de otro modo>> que en la vida corriente” (Huizinga, J., 1954: 45-46). Obtendremos entonces la evidencia del acento que Freud pone en el pensamiento inconsciente cuando caracteriza el chiste, el sueño, el síntoma y el juego.

Es evidente que el juego homofónico de este segundo ejemplo no puede ser comprendido ni realizado por un niño. De suerte que hacer esa diferenciación entre el juego de símbolos y el de palabras, resulta pertinente para el análisis de niños, en el que a veces puede caerse en juegos de palabras incomprensibles para el niño.

A fin de apuntalar lo anterior describamos otros ejemplos. Primero mencionemos, como un claro ejemplo de juego con símbolos, uno citado en el trabajo de Huizinga *Homo ludens*, de 1954: un niño que juega a ser una locomotora le pide a su padre, al momento que éste lo besa que no lo haga, porque los vagones podrían pensar que no es una locomotora de verdad. Vemos en este ejemplo un trabajo incipiente de representación simbólica, la personificación de un objeto; hay en él un efecto de comicidad por el uso demasiado laxo del lenguaje propio del mundo infantil (dice Freud: "... reímos siempre por la <<tontería infantil>>. Cada descubrimiento de algo así inconciente produce sobre nosotros un efecto <<cómico>>" (Ibíd: 162-163). En cambio, como ejemplos específicos de juegos de palabras tenemos el chiste de Heine recopilado por Freud de los trabajos de Heymans (1896) y que refiere a uno de sus personajes, el agente de lotería Hirsch-Hyacinth, quien pretendía olvidar su pobreza gloriándose de haber sido tratado por el gran barón de Rothschild como uno de los suyos, es decir, *famillona*mente. Esta formación léxica defectuosa, que resulta de principio incomprensible y desconcertante nos dice Freud, una vez resuelto el enigma, surge el efecto cómico por la comprensión de lo que quiere indicar esa nueva palabra. Y el otro, el ejemplo de la exclamación ¡*Traduttore-Traditore!* ("¡Traductor, traidor!"), evidente sin más del juego de palabras por homofonía. En los ejemplos referidos son evidentes el desplazamiento (*Verschiebung*) y la condensación (*Verdichtung*), mecanismos específicos de lo inconciente (*Unbewusste*), mediante los cuales se combinan subrepticamente un sentido subyacente y un contenido manifiesto. Ahora bien, la sustitución del primer ejemplo, el del niño que juega a ser una locomotora, se basa, sobre todo, en símbolos, mientras que en el segundo y en el tercero hay una sustitución significativa. Con el enunciado del primer ejemplo queremos decir que el juego hace intervenir un símbolo por mediación de la personificación del niño-locomotora, en tanto que en el segundo y el tercer ejemplos, el juego se realiza propiamente con significantes, pues ya no se requiere del apoyo simbólico de algún objeto, en tanto se ha establecido el uso convencional del lenguaje.

Dado que en materia de definición del chiste y de lo cómico Freud no ofreció, del cúmulo de definiciones por él recopiladas, una definición convincente, en la primera sección de su texto sobre el chiste, es decir, en la introducción a la primera parte denominada <<Analítica>>, debimos esperar hasta la revisión del apartado dedicado a la técnica del chiste para obtener esa precisión. En efecto, para Freud lo fundamental del chiste y de lo cómico es el juego de palabras; ya sea el juego que implica el uso de un sentido laxo o ya sea el uso de significantes. De hecho ya habíamos adelantado esa conclusión en la página anterior, pero no habíamos dado su localización precisa en el texto referido.

Nuestro interés en ofrecer las razones propuestas por Freud en la investigación de las técnicas del chiste es para apoyar la idea de que el chiste y el juego

mantienen una profunda trabazón y que el juego de palabras es el que establece la naturaleza del juego y del jugar. Por cierto, nosotros debimos ampliar la conclusión de Freud y decir, entonces, que el juego de palabras es también la técnica del juego (mantendremos esa equiparación en el estricto sentido de que la técnica del juego es un juego de palabras sin involucrar otras connotaciones del término técnica).

Ahora bien, a fin de dar sustento a esa conjetura de que el juego de palabras, en tanto técnica del chiste, es equiparable a una supuesta técnica del juego, haremos la comparación de tres juegos de palabras, el de un infante (no es un contrasentido hablar de juego de palabras en un ser que justo carece de ellas puesto que en el infante existe ya un incipiente trabajo verbal), el de un niño y el de un adulto. Dado que no siempre se toma en cuenta la edad del niño en el psicoanálisis, se puede incurrir entonces en juegos de palabras ininteligibles para él. Por lo que nos proponemos hacer tal comparación de los juegos de palabras. Veamos el primer caso: El juego del infante procura su continuidad, la prosecución y fluidez del juego mediante la unión de símbolos con símbolos, es decir, instaurando apenas un trazado de escritura, abriendo el espacio de significación pero sin precipitar todavía un sentido del juego. Citemos como ejemplo de ello el juego del nietecito de Freud:

“Ahora bien, este buen niño exhibía el hábito, molesto en ocasiones, de arrojar lejos de sí, a un rincón o debajo de la cama, etc., todos los pequeños objetos que se hallaban a su alcance, de modo que no solía ser tarea fácil juntar sus juguetes. Y al hacerlo profería, con expresión de interés y satisfacción, un fuerte y prolongado <<o-o-o-o>>, que según el juicio coincidente de la madre y de este observador, no era una interjección, sino que significaba <<fort>> {se fue}. Al fin caí en la cuenta de que se trataba de un juego y que el niño no hacía otro uso de sus juguetes que el de jugar a que <<se iban>>” (Freud, S., 1920: 14-15).

De acuerdo con Freud este juego correspondía al primer acto de un jocoso y divertido juego de <<desaparecer y volver>> en el que se sumergía su nietecito. El segundo acto comprendía el uso de un carretel de madera atado a un piolín que en lugar de utilizarse como un carrito era arrojado por el niño tras la baranda de su cunita con mosquitero; el carretel desaparecía ahí dentro al tiempo que el niño pronunciaba el significativo <<o-o-o-o>> pero agregando ahora el saludo al regreso del carretel con un amistoso <<Da>>. Vemos entonces que los objetos no son utilizados en el sentido convencional de un juguete sino que adquieren el sentido de símbolos para designar un proceso que al niño le resulta significativo. Para el caso que nos ocupa, según lo señala Freud, el proceso de que se trata en el juego es el de la separación de la madre. Ahora bien, el infante pretende alcanzar cierto entendimiento de la situación, ejerciendo en una forma lúdica la razón, el discernimiento. Así, el juego con los objetos, transformados por la personificación, se acompaña de una incipiente uso verbal, un gracioso juego de palabras propio de un infante. En efecto, el <<o-o-o-o>> y el <<Da>> se aplican indistintamente, en tanto expresiones de júbilo por la desaparición o la reaparición, a los objetos y a las personas, a la madre y al infante mismo. Por último, tomemos nota de que el proceso se consuma con el principio de economía psíquica, como en el caso del chiste, pues ante la situación dolorosa de la separación de la madre, el infante se yergue con la capacidad transformadora del juego y la palabra.

Agreguemos ahora algunas de las consideraciones que hizo Dinerstein sobre ese caso, a fin de constatar que para ella el juego del infante debe situarse en el momento de vida por el que pasa. En el análisis que realizó del juego del <<fort-da>> del nietecito de Freud, tomó en cuenta la edad del niño. Pensó que contando éste con una año y medio se encontraba tanto en el proceso de separación de la madre -separación real pero sobre todo separación que instaura la presencia del objeto que causa el deseo, nos dice-, como en el de la constitución subjetiva, de obtención de la capacidad de referirse a sí mismo mediante el pronombre yo (Cfr., Dinerstein, A., 1987: 95-96). Dinerstein afirma que es el juego el que hace posible esos dos procesos (ofrece también una explicación del sentido que tiene el juego en tanto compulsión de repetición y que nos ofrece elementos para diferenciarlo del juego de palabras vinculado con el principio de placer). Luego, cuando presentemos detalladamente el juego y la compulsión de repetición profundizaremos al respecto. Por ahora es suficiente con señalar que para ella el factor cronológico y madurativo incide en las condiciones simbólicas del niño. O dicho de manera más precisas, para Dinerstein es evidente que las condiciones simbólicas del niño de ninguna manera pueden desprenderse de las condiciones de vida.

Contrastemos ahora el juego de palabras del infante con el juego de palabras de una niña. Se trata de un fragmento clínico tomado del texto de Dinerstein, *¿Qué se juega en psicoanálisis de niños?*, de 1987. Por medio de él podremos contraponer los rasgos que distinguen al juego de palabras en los infantes y los niños.

Veamos el ejemplo:

“Marcela, en un momento de su análisis en que predominan fantasías agresivas hacia su analista como primera forma de imaginarizar un corte tanto más deseado cuanto más inaccesible le parece, juega durante varias sesiones a las compañías de aviación. Ordena el juego de manera tal que, una y otra vez, ella, como encargada de la venta de boletos, dispondrá de todo lo necesario para que la analista obtenga un pasaje hacia diferentes lugares de la república. El juego consiste solamente en eso: la analista debía comprar un boleto y una vez adquirido, el juego recomenzaba otra vez. Todo este despliegue lúdico, llevado a cabo a lo largo de varios encuentros, puede resumirse en esta única frase: <<Te mando a volar>>” (Dinerstein, A., 1987: 103).

El juego de Marcela hace un uso convencional de los objetos convertidos en juguetes. Se ha construido una escena de juego. En ella se representa a los personajes y se da un trato simbólico a los objetos de acuerdo con la historia que se desarrolla. La niña es la guionista del cuento fantástico. Es el centro, la heroína. Sin embargo, no disponemos de los juegos de palabras de la niña. Sólo contamos con la interpretación que la psicoanalista hace del juego y que se formula como un juego de palabras <<te mando a volar>>.

A diferencia del juego del infante, en el juego de Marcela están desplegados todos los aspectos del juego. Sin embargo, como veremos más adelante con el juego de palabras del adulto, el uso de la palabra en su juego todavía no tiene los rasgos característicos de la verbalización del adulto.

En el juego de Marcela se imbrican símbolos y signos, pero para nosotros no ofrece los elementos necesarios y suficientes para otorgarle el sentido de <<te mando a volar>> que le asigna Dinerstein. Entendemos que es una deducción de la analista. Recurre a la idea freudiana de vincular el sentido oculto de los derivados del inconsciente (Unbewusste), en ese caso el de un juego, con los giros idiomáticos para obtener de esa conexión un sentido. De ese modo quiere enlazar el juego y la situación que viven ella y su paciente, con la expresión idiomática de <<te mando a volar>>, que en nuestro medio cultural expresa claramente la idea de una separación forzada por ciertos sentimientos agresivos. Ahora bien, suponemos que Marcela cuenta tanto con la edad suficiente, pero sobre todo con la disposición simbólica necesaria, para ofrecer los elementos que permitieran corroborar ese supuesto, pero Dinerstein no ofrece en su texto las expresiones verbales de la niña, que creemos son imprescindibles para reconstruir el caso. Queda entonces sobreentendido el significado del juego.

De modo que en el caso de Marcela, aparte todo el proceso subjetivo en el que la niña se encontraba, sería posible el juego significativo por los factores de edad, de madurez y de disposición simbólica, pero Dinerstein no hace una referencia clara sobre tal influencia. Mientras que en el análisis del caso del nietecito de Freud –cuyas observaciones no provienen de un análisis sino del registro de sus juegos en el medio familiar-, la analista sí considera los factores de la edad y el desarrollo madurativo, en todo caso sus condiciones de vida.

Para nosotros es evidente que el juego de palabras de un infante y de un niño es diferente. El primero no puede intervenir en un juego de palabras reconociendo y diferenciando el significado y el significante más que de manera incipiente. Acaso el uso diferenciado de uno y otro lo haga sobre la base de una comparación jocosa y quizá disparatada. Su proceso es diferente al del niño. Consideramos que en el psicoanálisis de niños y de infantes es conveniente tener presente el factor cronológico y madurativo, no como factor decisivo, sino como uno de los puntos de referencia para el trabajo simbólico, pues hemos visto las diferencias que existen entre el juego de palabras de un infante y de una niña. Acaso el factor primordial del trabajo simbólico sea el juego mismo. Por lo demás, no siempre ha sido establecida esa diferenciación, tal como lo muestra el texto de Dinerstein.

Consideramos ahora el juego de palabras en el análisis de los adultos. En ese caso el juego de palabras es manifiesto y muchas veces sofisticado, como veremos a continuación con el sueño referido en el texto de Jean Allouch (1984).

El juego de palabras basado en la sustitución significativa, apenas alcanza una forma incipiente en algunos niños y en los infantes todavía no se manifiesta. Hemos hecho referencia a esto antes, sin embargo, consideramos que es necesario ofrecer distintos ángulos del problema. Así, pongamos por caso el siguiente sueño con el que se busca ilustrar la diferencia entre traducir, transcribir y transliterar pues se acepta que lo escrito para el psicoanálisis, tal como lo afirma Lacan en su texto de *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, de 1966, distingue la preeminencia del texto, es decir,

la lectura letra por letra. Es la temática, nos dice Allouch, en la que se pretende saber lo que se impone entre la letra y el sentido, ya sea una traducción, una transcripción o una transliteración; o dicho de manera más rigurosa, si deben aceptarse en el psicoanálisis dos formas de lectura, una en la que prevalezca la letra y otra, el sentido; ¿será una dicotomía que resulte reductora? o incluso ¿comprometerá las expectativas sobre el escrito, desprovisto de pronto, de cualquier refrenamiento del mismo por adelantado?

No hay duda de que el psicoanálisis aporta una nueva dimensión sobre el escrito cuando designa al simbolismo inconsciente como una escritura y abre esa perspectiva de lectura de letra por letra, dadas las características del método con el que se lee. Entonces, de regreso a esas operaciones, se dice que la traducción implica la preeminencia del sentido y más aún del sentido único, de un solo sentido que sirve de parámetro para establecer un posible sentido falso o incluso un contrasentido. En lo que ve a la transcripción, ésta se caracteriza por regular lo escrito no por el sentido como en la traducción sino por el sonido. Un sonido por letra, una letra por sonido, dice Allouch. En todo esto de la traducción y la transcripción, dice Allouch que nos encontramos con una laxitud que no viene bien a las expectativas psicoanalíticas de la escritura, las de que el espacio entre el imaginario y el simbólico sea estrecho. Por ello, la opción no es regular el escrito por el sentido, tampoco por el sonido sino por la letra.

La transliteración es para Allouch la manera de leer del psicoanálisis que se rige por la preeminencia de lo textual, siendo entonces esa su operación específica. Ahora bien, establecido que la lectura es de letra por letra, volvamos al sueño que habrá de confirmar esa conjetura. El sueño es intercalado en el texto, en la siguiente secuencia: observación de la víspera, sueño y chiste. Siguiendo ese orden describamos los acontecimientos. El soñante, analizante de Allouch, la víspera de su sueño, había sido visto desnudo por su mujer y ella le había hecho notar que había engordado; él, por su parte, reconocía la situación y planeaba emprender un régimen alimenticio para bajar de peso. Luego, el contenido del sueño es el siguiente:

"[...] él había soñado que un hombre llevaba sobre el hombro (*épaule*) un cuerpo humano plegado en dos, y de pronto, ese cuerpo cargado aparecía como el de un pescado (*poisson*)" (Ibíd: 69).

Finalmente, sin poder ubicar en el texto quién hizo la acotación, sí fue el soñante o su mujer, recogemos la siguiente interpretación del sueño:

"[...] el '*poisson*' (pescado) del sueño quería decir al revés, al vés-re, '*son poids*' (su peso), y así él 'cargaba su peso' al menos en el sueño" (Ibíd: 69-71).

Es evidente pues que la propuesta de lectura de letra por letra que hace Allouch es ilustrada fehacientemente con el análisis de ese sueño¹². En efecto,

¹² Allouch recurre tanto al análisis de un sueño como a una referencia breve al trabajo de interpretación de los jeroglíficos realizada por Champollion y la transliteración del término alemán *Unbewusste* (inconsciente) al francés *une-bevue* (equivocación), para mostrar la manera en la que opera la transliteración. A fin de exponer la metodología en la que nos hemos basado para realizar el análisis del texto de Allouch, remitimos al lector a uno de los referentes

nos dice que el *poisson* es enlazado al *poïd son* por homofonía de modo que ahí no hay ni traducción, ni transcripción, sino transliteración. Entonces, el sueño escribe el *son poïd* con la imagen del *poisson*, he ahí el estrechamiento entre lo imaginario y lo simbólico que requiere la escritura en el análisis. Y luego, el *épaule* (hombro) escribe *épaule* (paleta, espaldilla de res, de ternera, etc.); este efecto de homofonía vino a completar el sentido del sueño que en la interpretación de Allouch sería, tal como lo escribe él en primera persona:

“Yo soy cargado sobre el hombro y cargaré su peso, el peso de ese cuerpo que yo llamo ‘su’ porque no lo admito como mío, ya que me obliga (al menos así lo imagino) a escoger entre la satisfacción de mi mujer y la de mi paladar, inclinado a la paleta” (Ibíd: 75-76).

Y agrega, por cierto, que Freud identifica el sueño con el acertijo o *rébus*, de donde desprende la idea de que el sueño es una escritura por imágenes. Para nosotros es una escritura que no es alfabética. Además, Allouch concluye que las imágenes del sueño no deben leerse de acuerdo con su valor de imágenes sino por el vínculo que cada una de ellas pueda establecer con un signo; y que en el terreno de los estudios sobre la escritura se denomina como <<*rébus* de transferencia>> o <<*rébus* ficticio>>. Ahora bien, la atadura entre la imagen y el signo es el resultado de la intervención del método analítico; entonces, en el trabajo de la homofonía que hace posible esa continuidad, participa ya la escritura alfabética. Cabe mencionar que en reiteradas ocasiones se ha atribuido erróneamente el mismo valor a los símbolos oníricos y a los signos, cuando no son lo mismo pues, como ya expusimos antes, los símbolos oníricos (y los lúdicos) no tienen un sentido convencional sino uno particular y específico, mientras que los signos, por el contrario, lo obtienen de la convención social y mantienen formas de asociación siguiendo reglas y respetando estructuras precisas. El trabajo del análisis es, pues, para nosotros, la unión, mediante la homofonía, entre el símbolo y el signo. Seguimos en ello las ideas de Allouch para quien el trabajo de transliteración es:

“[...] [aquella] operación en la que lo que se escribe pasa de una manera de escribir a otra manera” (Ibíd: 74).

Entonces, para nosotros, en el juego de palabras del adulto es evidente la sustitución significativa, pues se prescinde de cualquier objeto como apoyo para la simbolización la que depende exclusivamente del discurso. Además, en el juego de palabras del adulto se corrobora la creatividad y el ingenio que hace posible la palabra, mientras que en el juego del infante y en el del niño se requiere de la manipulación y el uso simbólico de objetos. El adulto crea con la palabra mientras que el niño y el infante lo hacen con los símbolos lúdicos.

que dan fundamento a nuestra apreciación. Dicen los autores consultados con respecto a la comprensión de un texto: “Los enunciados de apoyo como ejemplo son otra forma de explicación, explicar ejemplificando” (Argudin, Y., y Luna, M., 1996: 141). En efecto, los enunciados principales necesitan de los enunciados de apoyo para expresar y explicar mejor lo que quieren decir. Así, lo dicho por Allouch sobre la transliteración busca apoyo en el ejemplo. Será en esos enunciados, los de los ejemplos, donde encontraremos las justificaciones y las explicaciones de las ideas principales de Allouch.

Los argumentos que nos asisten en estas reflexiones sobre el juego de los niños son, de acuerdo con los conceptos de Freud: Primero, que el niño trata a las palabras como cosas y, por extensión, nosotros decimos que el niño también trata a las cosas como palabras. De donde se sigue que el niño produce símbolos (escribe) al manipular los juguetes aunque esos símbolos lúdicos o escritura no corresponden a un lenguaje convencional sino en uno creado por él de acuerdo con sus necesidades; se produce de esa manera una forma de significación en la que el significante hace posible significar otra cosa que lo que el código le atribuye en cuanto a la designación de un objeto (Allouch, J., 1984: 74). Recordemos aquí nuevamente que es la naturaleza del símbolo la que le confiere un significado específico y de contexto. Segundo, dice Freud que en el chiste coexisten las palabras plenas y vacías de sentido (es decir, el transvasar el sentido de unas en otras) pues en parte de eso depende la técnica del chiste. Luego, podemos plantear algo semejante con respecto al juego pues en él también se yuxtaponen la palabra plena y la vacía cuando un objeto adquiere un sentido simbólico o cuando se crean los neologismos o las jerigonzas. Tercero, Freud compara la técnica del chiste con el llamado trabajo del sueño. Éste explica la transformación de los pensamientos oníricos latentes en el contenido manifiesto del sueño. En ello participa el proceso de condensación, semejante al empleado en la técnica del chiste, y al igual que ella, lleva, en el sueño, a la creación de formas sustitutivas breves. La comparación puede extenderse al juego. Y aunque Freud no hace tal comparación de manera explícita, para nosotros es una acción plenamente justificada en el terreno doctrinario puesto que en el juego opera la condensación en la misma forma que en el sueño y en el chiste. Entonces, la técnica del juego (y no solamente la del chiste) es un juego de símbolos en el que las palabras son tratadas como cosas y viceversa.

Una vez establecidos de manera sólida los símbolos lúdicos, poco a poco van adquiriendo el valor y el uso de signos, es decir, de verdaderas palabras con las que se puede jugar. Un ejemplo de tal proceso es la creación del término *Lumpf* por parte de Hans; recordemos que se trata del caso freudiano en el que se exponen las circunstancias de un niño con fobia a los caballos. El simbolismo se había originado de la siguiente forma: el término *Lumpf*, formulado por Hans con ocasión de una deposición, se produjo por el transvasar el sentido del término alemán *Strumpf*, calcetín, al que encontró parecido en forma y color al excremento, permitiendo con esa asociación de ideas construir el simbolismo. Resulta evidente en tal proceso, un desplazamiento por homofonía entre los términos *Strumpf* que significa calcetín, y *Lumpf* que significa excremento para Hans, y una condensación por semejanza en la forma y el color de esos dos elementos comparados por él, lo que finalmente produjo metafóricamente el símbolo *Lumpf*. Además, para Hans tuvo el doble valor, de un símbolo y de un signo. En efecto, se trata de un símbolo porque el término *Lumpf* reconoce un significado de contexto pues no ha recibido un significado por convención social; y al mismo tiempo, en ese ámbito familiar ha tomado ya el sentido de un significante pues se conoce el sentido atribuido por el niño y se le concede ese valor. Así las cosas, tenemos en este proceso de juego con las palabras de Hans, un elemento de comprobación de que es mediante el juego que los símbolos se transforman en signos, aprovechando, para ello, todos los recursos del lenguaje con los que el

individuo y sus familiares cuentan. Ahora bien, si el juego produce símbolos es porque posee una disposición creadora.

Situamos el contexto freudiano de investigación cuyo espíritu de inclusión trabaja a favor de la concatenación de los descubrimientos y su plena integración en el esquema conceptual de Freud. Del sueño se sigue el chiste y de ahí nosotros enlazamos el juego. Cada una de esas nociones corresponden a las formaciones del inconsciente en tanto cuanto constituyen productos de los mecanismos de condensación y desplazamiento. La técnica del chiste, el juego de palabras, se basa en ese proceso. Para nosotros la técnica del chiste es la técnica del juego. Mostramos diversos ejemplos en los que se analiza la forma de producción y de expresión de los juegos de palabras. En esos ejemplos intercalamos un problema central del análisis de niños, la diferenciación entre el símbolo y el signo. Esa diferenciación es crucial para el análisis y para dar fundamento a nuestra conjetura de que el juego tiene la consistencia de una escritura. Enseguida incluiremos en el análisis de los mecanismos del inconsciente su motivación, es decir, el cumplimiento de deseos.

Puestos los aspectos de definición y de la técnica del chiste a favor de la continuidad conceptual entre la teoría del chiste y la del juego, hemos cubierto, de acuerdo con nuestros propósitos, la exposición y los comentarios de la parte denominada <<Analítica>> del texto del chiste. Ahora, corresponde el estudio de la sección denominada <<Sintética>>, de la que obtendremos los argumentos para proseguir con nuestro tema de investigación. Ahí los temas sobresalientes son el mecanismo del placer y la psicogénesis del chiste.

El efecto placentero del chiste, dado el esquema doctrinario de Freud, en el que el principio de placer ocupa un lugar fundamental pues rige el proceder del aparato anímico, difícilmente sería olvidado en un texto como el del chiste. En tanto aspecto propio de toda formación del inconsciente, el efecto placentero significa un ahorro en el gasto de inhibición o de sofocación de tendencias inconscientes. Eso vale tanto para el chiste tendencioso como para el inocente. Este último es de gran importancia para el tema del juego pues constituye el paradigma del ahorro en la perspectiva económica del psiquismo, mediando en ello el jugar con las palabras. Es decir, el recurso de las palabras y su uso lúdico permite que ideas y afectos, es decir, deseos inconscientes, que de otro modo resultarían inconciliables para la conciencia, puedan ser expresados sin ninguna complicación pues ha sido, mediante el recurso del juego, burlado el proceso represor. Este proceso es consumado –no hay que olvidarlo- en un doble movimiento: el primero, dado a partir de que las cosas son tratadas como palabras y las palabras como cosas, en la primacía del pensamiento simbólico (como ha sido ilustrado con el ejemplo del <<fort-da>>, y cuya referencia ampliaremos más adelante); el segundo, en los momentos iniciales del pensamiento racional cuando los símbolos lúdicos son transformados por el niño en signos.

Pues bien, las teorías del chiste, del sueño y ahora, en nuestra propuesta, la teoría del juego, corroboran la satisfacción de deseos tanto sexuales como hostiles e incluso de castigo pues explican el mecanismo que da lugar al

principio económico del psiquismo. La dinámica de su realización ofrece algunas variedades pues tratándose del sueño es, fundamentalmente, un cumplimiento alucinatorio de deseo aunque pueden haber excepciones como la del famoso caso <<Autodidasker>>¹³ (Freud, S., 1900: 305); en el chiste sin duda es mediante un proceso verbal que se cumplen los deseos pero también puede incluir formas gráficas; y, en el juego, además de lo verbal y lo gráfico, el cumplimiento de deseos puede incluir las acciones y la manipulación de objetos y de juguetes. En todos los casos está implícito un simbolismo que, en la forma de un lenguaje no convencional, da cauce a un sentido o varios sentidos psíquicos que en el sujeto pugnan por producirse. Es pues un asunto de escritura que habremos de continuar estudiando.

Antes debemos detenernos en algunas de las consideraciones que hace Freud con respecto a la coincidencia temporal y formal del surgimiento del juego, de la palabra y del pensamiento:

“En la época en la que el niño aprende a manejar el léxico de su lengua materna, le depara un manifiesto contento ‘experimentar jugando’ con ese material, y entrama las palabras a la condición de sentido, a fin de alcanzar con ellas el efecto placentero del ritmo o de la rima. Ese contento le es prohibido poco a poco, hasta que al fin sólo le restan como permitidas las conexiones provistas de sentido entre las palabras. Pero todavía, años después, los afanes de sobreponerse a las limitaciones aprendidas en el uso de las palabras se desquitan deformándolas por medio de determinados apéndices, alterándolas a través de ciertos arreglos (reduplicaciones, jergonzas) o aun creando un lenguaje propio para uso de los compañeros de juego, empeños estos que vuelven a aflorar en ciertas categorías de enfermos mentales” (Freud, S., 1905b: 120-121).

Tenemos, entonces, la tesis de que el niño en sus juegos crea símbolos de cierta singularidad que convierte en un lenguaje propio (una escritura) para uso de los compañeros de juego. Ocurre lo mismo con los símbolos oníricos. Éstos tienen la doble composición de un carácter general de significados y sentidos promovidos por el lenguaje en una cultura determinada y un carácter singular de acuerdo con las necesidades de construcción de significados del soñante. Entonces, el motivo fundamental para la creación de símbolos, oníricos y lúdicos, es el cumplimiento de deseos que opera mediante la transformación de las palabras.

Hemos visto que la doctrina del juego se integra plenamente en el tejido conceptual freudiano por medio de la noción del deseo. Siendo, como toda formación del inconsciente, una forma de economía psíquica al permitir el cumplimiento encubierto de los deseos sexuales y hostiles, el juego implica el principio de placer, el mecanismo represor y al mismo tiempo una solución creativa al conflicto psíquico.

¹³ Freud propone este ejemplo del <<Autodidasker>>, que es un sueño suyo en el que están ausentes las imágenes, para indicar la atadura tan estrecha que existe entre el sueño y el chiste por el proceso de condensación que implican pues tal neoformación se compone de <<Autodidakt>> y <<Lasker>> (Freud, S., 1905b: 29). Y cuando analiza ese sueño menciona en forma más detallada las diversas ideas por él condensadas, la de autor, la de autodidacta y la de Lasker (que a su vez se asocia con el nombre de Lassalle) (Freud, S., 1900: 305-307). Remitimos al lector a este texto para la ampliación de la información sobre las asociaciones del sueño de Freud. Recordemos que se trata de un sueño que entrafía aspectos de gran interés en la vida del pionero del psicoanálisis.

El texto del chiste es quizá uno de los que ofrecen con mayor claridad el fundamento de lenguaje para el psicoanálisis. Siendo la obra de Freud una en la que las referencias filológicas, el aprovechamiento de la polisemia, el estudio de las formas retóricas del lenguaje por citar sólo algunos de los aspectos de lenguaje que la caracterizan, ocupan un porcentaje realmente elevado, detenernos en la perspectiva del lenguaje del chiste, del sueño y del juego resulta algo valioso.

Desde luego que eso ha sido reconocido ya en muchas ocasiones. Y la nuestra es una más de las confirmaciones acerca de la importancia de la concepción de lo inconsciente (Unbewusste) unido al lenguaje, a la comicidad y al chiste, al sueño, al juego y a toda una serie de fenómenos del pensamiento infantil. Recordamos que Allouch afirma que el inconsciente es poeta (Allouch, J., 1984: 76). Cuando hace esa afirmación no ofrece mayores detalles. No dice por ejemplo que Freud hizo la comparación entre el niño que juega y el poeta. Que esa comparación da como fruto la idea de creación. Tampoco que la noción freudiana de lo inconsciente alude a un vacío y a una producción de sentido siempre inédito. De ahí que sea creador, que sea poeta que crea por medio de la palabra. En estas ideas apreciamos nuestra contribución junto con otros que también han querido destacar la idea de que el juego es una escritura. Antes de continuar abocándonos con mayor detalle en esa idea, y a manera de resumen de lo planteado hasta ahora del texto del chiste, citemos a Freud:

“Me refiero a estas dos tesis: por una parte, el chiste pudo producir en el curso de su desarrollo, en el estadio del juego (vale decir, en la infancia de la razón), esas condensaciones placenteras; por la otra, en estadios más altos consume esa misma operación mediante la zambullida del pensamiento en lo inconsciente. Es que lo infantil es la fuente de lo inconsciente, y los procesos del pensar inconsciente no son sino los que en la primera infancia se establecieron en forma única y exclusiva. El pensamiento que a los fines de la formación del chiste se zambulle en lo inconsciente sólo busca allí el viejo almácigo que antaño fue el solar del juego con palabras. El pensar es retraído por un momento al estadio infantil a fin de que pueda tener de nuevo al alcance de la mano aquella fuente infantil de placer. Si no se lo supiera ya por la exploración de la psicología de las neurosis, por fuerza se vislumbra a raíz del chiste que esa rara elaboración inconsciente no es otra cosa que el tipo infantil del trabajo de pensamiento. Sólo que no es muy fácil atrapar en el niño este pensar infantil con sus peculiaridades, que se conservan en lo inconsciente del adulto; en efecto, las más de las veces se lo corrige por así decir *in statu nascendi*. Pero en una serie de casos se lo consigue, y entonces, reímos siempre por la ‘tontería infantil’. Cada descubrimiento de algo así inconsciente produce sobre nosotros un efecto ‘cómico’. (Freud, S., 1905b: 162-163).

Finalmente, hemos expuesto lo central de la parte <<Teórica>> en la que se propone el vínculo del chiste y del sueño con lo inconsciente (Unbewusste). El chiste produce en el juego las condensaciones placenteras que en épocas posteriores se consigue por medio de las zambullidas del pensamiento en la lógica inconsciente del chiste. No hay duda ya de que el juego es el pensamiento inconsciente. Que el chiste, el sueño y el juego comparten los mecanismos de la condensación y el desplazamiento. Que el cumplimiento de deseos sexuales y hostiles es el motor de la transformación de las palabras, a

fin de obtener un ahorro psíquico y una ganancia de placer. Que el juego constituye, en el análisis, expresión de la creación de símbolos y de palabras.

El recurso de las palabras y su uso lúdico permite que ideas y afectos, es decir, deseos inconscientes, que de otro modo resultarían inconciliables para la conciencia puedan ser expresados sin ninguna complicación pues ha sido, mediante el recurso del juego, burlado el proceso represor.

1.2. El juego, la compulsión de repetición y la transferencia

Demos paso ahora al estudio de la perspectiva del juego y el fenómeno de la compulsión de repetición, expuesto por Freud en *Más allá del principio del placer*, de 1920, una vez examinada la noción del juego como juego de palabras. Ahora indagaremos si esta segunda concepción del juego freudiana constituye, en tanto juego del <<fort-da>>, una noción freudiana en toda regla, pues todo hace suponer que por mediación suya se establece una especie de conjugación de las designaciones del juego, al tiempo en que se vinculan los modelos pulsionales. De igual manera averiguaremos las razones, presentes en los textos freudianos, que llevaron a varios psicoanalistas de niños a establecer una aparente oposición entre dos designaciones del juego, una que lo concibe como un lenguaje y otra como una escritura.

Puesto que nuestra tarea general es investigar si es posible una vinculación entre las nociones de juego y de escritura, las pesquisas sobre el juego del <<fort-da>> estarán orientadas de modo tal que pudiésemos conocer la naturaleza del juego en la perspectiva de la inscripción psíquica (el tema de la huella mnémica será tratado con detenimiento en el apartado dedicado al texto derridiano). Todos sabemos que la inscripción psíquica comprende la simbolización inconsciente o escritura. Esa visión del juego supone la elaboración de las experiencias traumáticas¹⁴, proceso que habremos de documentar en la obra de Freud, y que designa del juego cierta consistencia de una escritura inconsciente, pues implica la simbolización y su articulación con los signos convencionales del lenguaje. Recordemos que la simbolización cumple con la función de inscripción psíquica y prepara, por eso mismo, el terreno para la instauración del simbolismo convencional del lenguaje.

Ahora bien, el juego del <<fort-da>> realizado por el nietecito de Freud, consistía en que el niño lanzaba un carretel atado con una cuerda fuera de su vista para luego regresarlo en medio de una respuesta de júbilo. Dicho juego tenía la función de simbolizar la separación entre él y su madre, de acuerdo con la interpretación de la madre y el abuelo. Ese proceso de simbolización del juego implicaba también una incipiente verbalización, justamente la expresión

¹⁴ Citemos el texto freudiano a fin de esclarecernos lo que designa el término de trauma: "Llamemos *traumáticas* a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo" (Freud, S., 1920: 29). Y agrega Freud: "Ya no podrá impedirse que el aparato anímico quede anegado por grandes volúmenes de estímulo; entonces, la tarea planteada es más bien esta otra: dominar el estímulo, ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que penetraron violentamente a fin de conducirlos, después, a su tramitación" (Ibid: 29). Es preciso aclarar que el origen del estímulo traumático no es necesariamente externo, pues en gran medida los estímulos internos son la fuente principal del efecto traumático.

del idioma alemán del <<fort>> y del <<da>> que equivalían al español de <<se fue>> y <<acá está>>.

Freud eligió el juego infantil, los sueños de la neurosis traumática y la transferencia como los fenómenos y los conceptos apropiados para hacer evidente el proceso de repetición. Se trata de fenómenos en los que la reiteración constituye el componente fundamental de su constitución. El juego del <<fort-da>> consistía en la repetición de las mismas conductas lúdicas del niño, el sueño de la neurosis traumática repetía las mismas escenas de terror, y la transferencia reproducía los recuerdos con un gran sentido de actualidad, de modo que el paciente repetía en lugar de recordar. La elección de Freud del juego como uno de los tres fenómenos ilustrativos de la compulsión de repetición supondría su estudio pormenorizado. Sin embargo, no fue eso lo que ocurrió. El estudio del juego no alcanzó las proporciones de los estudios del sueño y del chiste. De cualquier manera permitió la comprensión de que el juego se encontraba también más allá del principio del placer.

Se ha dicho, y con toda razón, que este texto marca un antes y un después en la obra de Freud debido a la introducción del segundo modelo pulsional, el que se basa en la oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte¹⁵. Éste nuevo modelo pulsional parecía contradecir el principio del placer pues la compulsión de repetición mostraba una forma de placer distinto, un placer del displacer, lo que Freud llamó goce. A propósito de ello, Dinerstein se interroga:

“¿Y por qué la repetición de lo displacentero? Freud dirá que el principio del placer quedará abolido frente a una tarea más primordial para el psiquismo: ligar la excitación de impresiones traumáticas” (Dinerstein, A., 1987: 94).

La compulsión de repetición escribe el fracaso en la anulación de displacer al mismo tiempo en el que escribe también la posibilidad de su triunfo o éxito mediante la apertura de la simbolización. Así, la tarea del psiquismo humano conjuga la eventual solución de los eventos traumáticos con la obtención de placer.

De modo que, siguiendo el trayecto que ya nos es familiar de la obra freudiana, el segundo modelo pulsional parece integrar al primero. Justamente donde el principio de placer resulta insuficiente para explicar el dinamismo psíquico, aparece un más allá del placer. De donde se sigue que la entronización del deseo que implica el principio de placer no puede entenderse a cabalidad sin la concurrencia de la noción de repetición y de diferimiento. Aquello que se instaura como apetencia no sigue un proceso lineal y expedito. El proceso de

¹⁵ Señala Freud lo siguiente: “Nuestra concepción fue desde el comienzo *dualista*, y lo es de manera todavía más tajante hoy, cuando hemos dejado de llamar a los opuestos pulsiones yoicas y pulsiones sexuales, para darles el nombre de pulsiones de vida y pulsiones de muerte” (Freud, S., 1920: 51-52). Aclara además que el principio de placer queda vinculado al nuevo principio de nirvana en los siguientes términos: “Y puesto que hemos discernido como la tendencia dominante de la vida anímica, y quizá de la vida nerviosa en general, la de rebajar, mantener constante, suprimir la tensión interna de estímulo (el *principio de Nirvana*, según la terminología de Barbara Low [1920, pág. 73]), de la cual es expresión el principio de placer, ese constituye uno de nuestros más fuertes motivos para creer en la existencia de pulsiones de muerte” (Ibíd: 54).

inscripción psíquica confronta las dificultades de la permeabilidad del psiquismo y de su resguardo como huella mnémica. Sin duda Freud alcanzó en esto una enorme profundidad.

Por cierto, todos sabemos que Freud explicó la noción de sexualidad infantil sobre la base de varios conceptos, entre otros, el de la pulsión. Había descubierto que la noción popular de la sexualidad no era de utilidad en el trabajo clínico. Puesto que suponía como único fin de la sexualidad a la procreación, mediante la unión de los genitales y los productos genésicos, otros aspectos de la sexualidad que se alejaban de esos fines, y que los neuróticos manifestaban mediante sus síntomas, resultaban incomprensibles. El análisis practicado por Freud a esos síntomas, como es el caso del pequeño Hans que padecía fobia a los caballos, lo puso en contacto con diversas formas de expresión sexual, lo mismo que frente a fines distintos a la procreación y la unión genital. En efecto, Hans estaba sumamente concentrado en una parte del cuerpo que él designó el <<hace-pipí>>, una preocupación semejante tenía hacia el embarazo y parto de su madre, en fin, toda una serie de aspectos de interés de los niños. De donde resultó necesario, por ese caso en particular y por el de muchos adultos, proponer la noción de sexualidad infantil. Por lo demás, Hans llevó esos temas al campo del juego en el que los escenificó y en el que indagó y discernió en parte sus enigmas sexuales.

Esa noción de sexualidad era comprensible en la medida en la que se sustentaba en el concepto de pulsión que Freud designó como el concepto límite entre lo psíquico y lo somático (Freud, S., 1915b). Freud buscaba salir de los límites estrechos del concepto de instinto. También trataba de esclarecer los vínculos de la sexualidad con el psiquismo, particularmente la oposición entre la sexualidad y el yo. Puesto que el proceso de la represión de las representaciones unidas a la sexualidad se había descubierto como la fuente principal del origen de los síntomas neuróticos, era conveniente desentrañar los fundamentos en los que se apoyaba tal situación.

Reiteremos que Freud da cuenta de la compulsión de repetición mediante el análisis de los sueños repetitivos de la neurosis traumática, la repetición en la transferencia y el juego repetitivo de los niños, el que fue expuesto con la descripción detallada de los juegos realizados por un niño pequeño, el nietecito de Freud. Éste, de un año y medio de edad, era un niño <<juicioso>> que permitía a sus padres descansar por la noche, no tocaba los objetos y no visitaba los lugares que le tenían prohibidos, a pesar del gran amor que le profesaba a su madre, quien lo había amamantado por sí misma y cuidado y criado sin ayuda ajena, no lloraba durante los períodos en los que ella se ausentaba; mantenía buena relación con los padres y otras personas cercanas a él, no se había adelantado en su desarrollo intelectual y su lenguaje estaba compuesto por pocas palabras inteligibles y varios sonidos que le eran significativos tanto a él como a sus familiares. El primero de los juegos que observó Freud, consistió en que el niño arrojaba lejos de sí al tiempo que profería un prolongado <<o-o-o-o>>, todos los pequeños objetos que tenía a su alcance de suerte que no resultaba sencillo recoger sus juguetes, los que debían ser recogidos de un rincón o de debajo de la cama. Profería, a todo pulmón, su gozosa y prolongada expresión que no era, según lo apreciaron la

madre y el propio Freud, una interjección, sino que significaba <<fort>>, término alemán que expresa la idea de <<se fue>>. De lo anterior se desprende la siguiente interpretación realizada por Freud: el niño juega a que sus juguetes se van. Corroboró y amplió su punto de vista sobre esa interpretación cuando observó la siguiente secuencia de juego complementaria de la anterior: arrojaba dentro de la cuna un carretel atado a una cuerda, mientras lo hacía profería el consabido <<o-o-o-o>>, de forma que el carretel desaparecía de su vista, después, tirando de la cuerda lo hacía regresar y entonces saludaba su reaparición con un amistoso <<da>> que significaba, en tanto término alemán, <<acá está>>. La interpretación completa era entonces: el niño juega a que los juguetes desaparecen y vuelven. También en el sentido de confirmación Freud ofreció una nueva secuencia lúdica: de regreso de una prolongada ausencia la madre fue recibida con la expresión <<¡Bebé o-oo-o!>> (en forma análoga a esto y ante la inminencia de la separación con su padre había exclamado <<¡Papá, papá ... Nene!>>) (Freud, S., 1900: 459), el sentido de tal expresión, incomprensible al inicio se resolvió cuando se enlazó esa secuencia con otra en la que el niño jugó ante un espejo, ubicado en el vestuario y que casi llegaba al suelo: al descubrir su imagen pudo luego hurtarla de manera que la imagen de su cuerpo <<se fue>>. La interpretación formulada por Freud de todas las secuencias de juego anteriores es que el niño trataba de aceptar, en la medida de sus posibilidades, las ausencias tanto de su madre como de su padre mediando en ello el jugar. Vienen luego algunas reflexiones de Freud quien supuso que era la gozosa reaparición, en la que el niño trueca su vivencia pasiva de ser abandonado por la activa de abandonar, de vengarse ante la madre por su partida con la expresión arrogante de <<Y bien, vete pues; no te necesito, yo mismo te echo>>, la principal fuente de motivación del juego pero de inmediato reconoció que no, ya que era el primer acto, el de la separación, el que se escenificaba con mayor frecuencia. Podemos decir entonces, que la posición de Freud fue esta: el juego junto con otras expresiones de la actividad artística no ahorran las impresiones más dolorosas acaso sólo permiten sentir las con un elevado goce.

Para cerrar con las referencias del texto de Freud acerca del juego y la compulsión de repetición citemos un fragmento en el que se resumen sus puntos de vista:

“Ahora bien, el estudio del juego infantil, por más que lo profundicemos, no remediará esta fluctuación nuestra entre dos concepciones. Se advierte que los niños repiten en el juego todo cuanto les ha hecho una gran impresión en la vida; de ese modo abreaccionan la intensidad de la impresión y se adueñan, por así decir, de la situación. Pero, por otro lado, es bastante claro que todos sus juegos están presididos por el deseo dominante en la etapa en que ellos se encuentran: el de ser grandes y poder obrar como los mayores. También se observa que el carácter displacentero de la vivencia no siempre la vuelve inutilizable para el juego.” (Freud, S., 1920: 16).

Ya podemos ahora vincular entre sí las dos concepciones freudianas del juego, una vinculada al chiste en la forma de juego de palabras y otra unida a la compulsión de repetición. Por tanto el juego asoma en el horizonte subjetivo del niño mientras comienzan a fluir de él las palabras y los pensamientos, inmerso en su comunidad lingüística el niño se comporta como un poeta, en tanto que al jugar recrea su mundo, inserta las cosas de su mundo (cosas palpables y

visibles) en un nuevo orden que le agrada, de manera que el juego junto con otras expresiones de la actividad artística no ahorran las impresiones más dolorosas de su vida acaso sólo permiten sentir las con un elevado goce. Es menester decir aquí que hay una enorme diferencia entre los conceptos del juego y del jugar de las distintas disciplinas, la historia¹⁶ y la psicología¹⁷, y los conceptos elaborados por el psicoanálisis. Esa diferencia indica que para los primeros el juego es un medio de expresión, de manifestación de alguna capacidad humana ya sea de comunicación, de afecto, de desarrollo cognitivo, de tarea social, sin embargo, al definir de esa suerte, se olvidan del sujeto y de su emergencia por el juego y el jugar.

Por otra parte, observamos que los conceptos de juego y de jugar son usados indistintamente en las diversas concepciones que hasta ahora hemos revisado, lo que crea un efecto de ambigüedad poco recomendable en lo teórico y en lo práctico. Quizá hablar de ellos a la par, en la forma latina de ludus [juego] y ludere [jugar], de referirlos como dos partes de un todo, ofrezca nuevas posibilidades en términos de una definición más rigurosa de los términos. Además, la investigación de Freud, en su permanente resignificación, en su ir y venir constante sobre cada uno de los aspectos estudiados para ofrecer cada vez nuevas formas de nombrar los fenómenos, de incursionar en el lenguaje que da cuenta de ellos, de volver sobre sí mismo en una actitud reflexiva digna de emular; por todo ello, consideramos que las definiciones freudianas son de las más rigurosas en el conjunto de las obras que hemos revisado con respecto al juego y al jugar.

Indudablemente la noción de juego como expresión de la compulsión de repetición es de gran importancia en el pensamiento freudiano. El juego del <<fort-da>> muestra, en su reiteración, el proceso mediante el cual las intensidades de la investidura que habían anegado el aparato psíquico van progresivamente drenándose a la par de su reinscripción psíquica. El niño que juega alcanza así el dominio que implica la creación de un universo simbólico, un mundo en el que no es solamente escrito por otros sino uno en el que él también escribe su propia versión. Así el niño que juega se ve envuelto en una red de relaciones significativas en las que prima el cumplimiento del deseo.

Ahora bien, ¿qué relación existe entre el juego y la transferencia? Para dar una respuesta a la pregunta recordemos que Dinerstein hace esa relación cuando

¹⁶ Cf. Nota a pie número 11, en la que se define el juego desde la perspectiva del historiador Huizinga y se contrasta con la de Freud.

¹⁷ Piaget incluye el estudio del juego simbólico en su investigación cognitiva. Dice: "Las tesis que vamos a intentar desarrollar en este volumen son principalmente dos: La primera es la de que, sobre el terreno del juego y de la imitación, se puede seguir de una manera continua el paso de la asimilación y de la acomodación sensorio-motora (dos procesos que nos han parecido esenciales en la construcción de las formas primitivas y preverbales de la inteligencia) a la asimilación y la acomodación mentales que caracterizan los comienzos de la representación. La representación comienza cuando, simultáneamente, hay diferenciación y coordinación entre significantes y significados" (Piaget, J., 1959: 9-10). Agrega: "[...] se puede decir que el juego es esencialmente asimilación o asimilación que prima sobre la acomodación" (Ibíd: 123). Es evidente que Piaget coloca su interés en los procesos cognitivos y no en los asuntos de subjetividad que ellos implican. También es evidente para todos que la visión de Piaget no es la visión de la Psicología, sino una de las tantas perspectivas que existen en ese ancho mundo.

menciona que Winnicott ofrece una concepción original del juego en tanto experiencia constitutiva de la subjetividad del niño. Citemos su texto para corroborar ese vínculo entre el juego y la transferencia:

“Quizás no sea superfluo remarcar que aquí se relacionan una concepción sobre el juego con una sobre la transferencia. Y que responden ambas a poner en evidencia que, en un caso como en el otro y, en análisis con niños en la conjunción de los dos, de lo que se trata es de ir más allá de la repetición en la apuesta de constituir una experiencia nueva, singular, inédita, en que algo nuevo se produzca como acontecer subjetivo” (Dinerstein, A., 1987: 98).

Entonces, una de las implicaciones clínicas de esta visión del juego es que el analista de niños puede participar en la promoción, la continuidad y el fortalecimiento del juego, sin experimentar por ello duda alguna de su reserva analítica, puesto que su concepto del juego no está circunscrito a la expresión del psiquismo del niño sino que designa el escenario en el que se construye la subjetividad. Creemos que no es suficiente con interrogar el sentido del juego. Por más que como lo señala Dolto se siga una comunicación abierta, un diálogo respetuoso y libre con el niño. ¿Dónde quedaría ubicada la importancia de la repetición del juego? ¿Dónde podría retomarse la diferencia que acompaña a esa repetición de lo supuestamente igual? Para nosotros es en la promoción, en la continuidad y el fortalecimiento del juego donde se inserta el diferimiento.

La noción de juego del <<fort-da>> difícilmente podría comprenderse como un lenguaje puesto que su naturaleza es contraria a la comunicación de un significado establecido de antemano. Es justamente lo que el juego evidencia en su manifestación repetitiva. Es en la repetición en donde podemos localizar la construcción de la significación. Es en la reiteración de lo aparentemente igual donde nace la diferencia. Es en el diferimiento, en la demora, en donde el juego abre el espacio de la simbolización.

CAPÍTULO 2

UN PUNTO INTERMEDIO ENTRE EL JUEGO Y LA ESCRITURA

La designación del juego como espacio de simbolización es el fundamento de la conjetura de que el juego tiene la consistencia de una escritura. Lo constatamos mediante la revisión de algunos pasajes de la obra freudiana en los que es innegable la conexión entre el juego y lo inconsciente (los textos del Chiste y del Más allá del Principio del placer). Pudimos corroborar también que ese vínculo nace de la combinación de los mecanismos de desplazamiento y de condensación con los que se estructura el cumplimiento de deseos en el juego; esa disposición inconsciente del juego posee la tendencia de enfrentar de manera solvente la oposición que ejerce la censura sobre algunos deseos. Además, el cumplimiento de deseos que hace evidente el juego quedó plenamente integrado en un más allá del principio del placer, cuando la perspectiva freudiana fue enfocada en la elaboración de las situaciones traumáticas. En efecto, el juego funge como el espacio simbólico en el que se registra, al mismo tiempo, el fracaso y el éxito de la inscripción psíquica, y se abre la posibilidad de producción de un sentido inédito. Ahora bien, ese proceso creador de símbolos puede concebirse como una escritura. Empero es menester ampliar las fuentes bibliográficas que le dan sustento. Conocer en detalle otras razones que pueden ofrecer los textos freudianos de que lo inconsciente tiene la consistencia de una escritura. Sin olvidar que en este asunto las opiniones están divididas pues para algunos lo inconsciente es un lenguaje. Revisemos entonces algunos textos de Freud y de otros psicoanalistas, en los que podamos fundamentar nuestras pesquisas.

Más que iniciar la revisión del término de escritura de Freud, lo que se impone es la continuación de su examen. Lo haremos presentando un eslabón de gran importancia para el esclarecimiento de las posibilidades de articulación de los términos de juego y de escritura freudiana: la analogía freudiana entre el poeta y el niño que juega. Esta analogía constituye, de acuerdo con nuestra lectura, la primera referencia directa en la obra freudiana sobre la relación entre el juego y la escritura; un verdadero punto intermedio en la reflexión conceptual freudiana sobre el juego y la escritura. Consultaremos entonces concienzudamente el texto freudiano que versa sobre esos temas. Constataremos hasta qué punto esa analogía da pie para la integración de una teoría freudiana del juego y la escritura.

Freud (1908) realiza varias comparaciones, fecundas desde nuestro punto de vista. La primera de ellas es entre el niño que juega y el poeta; después entre el jugar y el fantasear; y, por último, entre el individuo que sueña despierto y el poeta. Con que ese texto es central para nosotros. Como puede inferirse, ofrece los argumentos freudianos que hacen viable el supuesto de que el poeta hace lo mismo que el niño que juega: crea un mundo de fantasía al que toma muy en serio, pues lo dota de grandes montos de afecto, al tiempo que lo separa tajantemente de la realidad efectiva. De ello se desprende, por extensión, que el niño, al jugar, instaura una actividad netamente inventiva, una acción creadora de sentido. Más tarde, con la segunda comparación, la del

jugar con el fantasear, se deriva la conjetura de que el juego es una formación del inconsciente; también, de que el juego se encuentra determinado, en su condición inconsciente, por el régimen del principio del placer, de modo que constituye un cumplimiento imaginario de deseos. Finalmente, de la tercera comparación, la del individuo que sueña despierto (por extensión el niño que juega) y el poeta, nace la sospecha de que el juego es una forma de escritura (en tanto escenificación y transformación simbólica de la realidad efectiva) como la que producen las narraciones egocéntricas: aquella en la que se muestra en el centro de su interés a un héroe que constituye la expresión majestuosa del yo. Así, el poeta y el niño que juega convocan y personifican las distintas escisiones del yo en sus producciones. Pasemos entonces a dar cuenta de tales asertos.

2.1. La comparación entre el niño que juega y el poeta

Primeramente Freud expresa la intriga que siempre le despertó el modo en el que el poeta elige sus materiales y los resultados que consigue con ellos, al grado de despertar en sus interlocutores emociones insospechadas. Declara, no obstante, que ni la mejor comprensión de las circunstancias en las que el poeta elige sus materiales y el arte con el que los transforma, habrán de conducir a nadie a convertirse en poeta. Sabemos que Freud, además de expresar una natural curiosidad hacia el arte en general, recurre a él y a sus categorías para ilustrar y fundamentar sus asertos. Entre otros, citemos el ejemplo de cuando diferencia la técnica del psicoanálisis de la técnica de sugestión por medio de la comparación entre la técnica de la escultura y la pintura, sobre la base de los conceptos de Leonardo da Vinci. En efecto, nos dice Freud, que la sugestión procede en forma análoga a la pintura, *per via di porre*, es decir, agregando algo, para el caso, el efecto de la sugestión sobre el paciente (como ocurre en la pintura mediante el depósito de los distintos colores en la tela en blanco), mientras que el psicoanálisis procede en una forma semejante al procedimiento de la escultura, *per via di levare*, es decir, retirando aquello que impide ver el origen de los síntomas (como ocurre en la escultura al quitar de la piedra todo lo que recubre las formas de la estatua contenida en ella) (Freud, S., 1905c: 250).

Dice Freud, por otra parte, que para el poeta no existe una profunda separación entre su peculiar condición y la naturaleza humana universal. Para el artista, en todo hombre se esconde un poeta. Y entonces Freud, en su escrito, da un giro temático, propicio para nuestros intereses. Se pregunta y comenta:

“¿No deberíamos buscar ya en el niño las primeras huellas del quehacer poético? La ocupación preferida y más intensa del niño es el juego. Acaso tendríamos derecho a decir: todo niño que juega se comporta como un poeta, pues se crea un mundo propio o, mejor dicho, inserta las cosas de su mundo en un nuevo orden que le agrada. Además, sería injusto suponer que no toma en serio ese mundo; al contrario, toma muy en serio su juego, emplea en él grandes montos de afecto. Lo opuesto al juego no es la seriedad, sino... la realidad efectiva. El niño diferencia muy bien de la realidad su mundo del juego, a pesar de toda su investidura afectiva y tiende a apuntalar sus objetos y situaciones imaginados en cosas

palpables y visibles del mundo real¹⁸. Sólo ese apuntalamiento es el que diferencia aún su <<jugar>> del <<fantasear>>.

Ahora bien, el poeta hace lo mismo que el niño que juega: crea un mundo de fantasía al que toma muy en serio, vale decir, lo dota de grandes montos de afecto, al tiempo que lo separa tajantemente de la realidad efectiva. Y el lenguaje ha recogido este parentesco entre juego infantil y creación poética llamando <<juegos>> {<<Spiel>>} a las escenificaciones del poeta que necesitan apuntalarse en objetos palpables y son susceptibles de figuración, a saber: <<Lustspiel>> {<<comedia>>; literalmente, <<juego de placer>>}, <<Trauerspiel>> {<<tragedia>>; <<juego de duelo>>}, y designando << Schauspieler>> {<<actor dramático>>; <<el que juega al espectáculo>>} a quien las figura “(Freud, S., 1908a: 127-128).

La vinculación que hace Freud de la creación poética con la creación lúdica resulta favorable para nuestra indagación. Definitivamente el juego, para él, implica un acto creador¹⁹. Observamos en la cita del texto freudiano que el inventor del psicoanálisis se muestra dispuesto favorablemente hacia la manifestación artística de la palabra, en su condición de escritura o de expresión verbal. Para él, lo humano implica lo sublime y lo patológico. Además, considera la frontera entre un estado y otro como una delgada línea divisoria. Así, una forma se continúa en la otra. Para nosotros es una incógnita a despejar la manera en la que transitan tales estados psíquicos. Por ejemplo: en un momento observamos en el caso Hans, las expresiones de angustia de un niño de cinco años ante los caballos ya sea porque teme que lo muerdan ya sea por que teme que se caigan y se hagan daño; luego, en un siguiente episodio, disfruta creando palabras mediante el juego o simplemente apoyando en objetos palpables y susceptibles de figuración sus <<comedias>> y <<tragedias>>, en fin su disposición a las escenificaciones. Es un supuesto que nosotros derivamos de lo anterior, que el proceso que instaura el juego creador freudiano es el medio por el cual algo conflictivo en el psiquismo del niño puede transformarse en algo sublime. En apoyo de la sospecha de que el juego creador es base de la sublimación (Sublimierung), recordemos los asertos de Freud sobre las consecuencias del mundo creado por la técnica artística: dice que muchas cosas que no depararían ningún goce pueden conseguirlo en el juego de la fantasía; asimismo, excitaciones penosas en verdad, pueden, por ese medio, transformarse en fuentes de placer para el auditorio y los espectadores del poeta (Ibíd: 128). Y agrega que: “(...) el goce genuino de la obra poética proviene de la liberación de tensiones en el interior de nuestra alma” (Ibíd: 135).

Por otra parte, al considerar al poeta con una penetrante aptitud para escudriñar la naturaleza humana, Freud le reconoce una relativa facilidad para dilucidar lo humano, mientras que él requiere de grandes esfuerzos y de arduas investigaciones para alcanzar la misma meta. El poeta es, de acuerdo con esas ideas, un explorador nato de lo inconsciente.

¹⁸ Ante la duda de la traducción de ese fragmento, recurrimos a la traducción de la obra de Freud de López-Ballesteros en la que se dice: “El niño distingue muy bien la realidad del mundo y su juego, a pesar de la carga de afecto con que lo satura, y gusta de apoyar los objetos y circunstancias que imagina en objetos tangibles y visibles del mundo real” (Freud, S., 1908: 1343). Comprobamos así que las dos traducciones coinciden.

¹⁹ Esta idea es coincidente con el concepto de juego de Winnicott (1971).

Y cuando Allouch dice que el inconsciente es poeta (Allouch, J., 1984:76), hace referencia a su naturaleza de creación de sentido y a la forma específica en la que lo inconsciente (Unbewusste) es escrito. Lo inconsciente es ante todo una fuente de creación, una fuente de significación. Y en tanto tal, se encuentra dispuesto para ser escrito, aunque no es simplemente una situación conveniente, abierta y expedita. Por cierto, dice Freud, que lo inconsciente habla más de un dialecto (Freud, S., 1913: 180). En efecto, lo inconsciente se manifiesta en la escritura de los síntomas, de los sueños, del juego, de las equivocaciones.

Por lo que corresponde al niño, la creatividad lúdica, de acuerdo con Freud, no dista mucho de cumplir con las características propias del proceder poético. En efecto, en ambos casos se crea un mundo imaginario de gran importancia, tal que se le dota de grandes montos de afecto, al tiempo que se lo separa tajantemente de la realidad efectiva. Además, nos parece que el juego con su capacidad creadora, constituye una vía hacia el conocimiento de lo inconsciente²⁰ semejante a la del sueño de la que habla Freud (1900: 597). Las asociaciones que muestran el sentido oculto del sueño en el análisis del adulto, no tiene una correspondencia exacta en el niño que juega, pues él no asocia de la misma manera. Las asociaciones del niño son realmente libres de todas las ataduras que nos imponen la razón y las convenciones sociales. Empero, para el niño no es claro el proceso, difícilmente puede observar en sí mismo la descomposición de las representaciones que propicia la asociación. Ahora bien, en rigor tanto el sueño como el juego muestran lo inaccesible de lo inconsciente (Unbewusste). Puesto que lo inconsciente tiene como elemento característico la singularidad del significado que entraña cada símbolo inconsciente y que las asociaciones verbales acaso le aportan necesariamente un sentido general, quedamos ante un acceso siempre parcial a lo inconsciente.

Por otro lado, en un sentido descriptivo, el juego crea un mundo imaginario separado de la realidad efectiva. Sin embargo, visto con más detalle, nos parece que el juego produce precisamente la vinculación entre uno y otra. Creemos que el juego borra la escisión freudiana de la realidad psíquica y la realidad material (Freud S., 1900: 600-607) que se supone del lado de cierto racionalismo, pues mezcla y transforma dialécticamente la percepción con la memoria y nos coloca ante lo psíquico verdaderamente real, lo inconsciente (Unbewusste), fuente de significación, un inconsciente poeta. Opinamos también que el juego, por mediación de su capacidad creadora, permite considerar, en los conceptos de Freud, una nueva noción de espacio, un "adentrofuera"²¹, puesto que el niño transforma, mediante el juego, la realidad material; la convierte en una nueva realidad simbólica. Para recopilar mayores fundamentos de esa idea, hagamos mención de lo que Freud plantea con respecto a la cancelación de una tajante separación entre el juego y la realidad:

²⁰ Sería del todo conveniente revisar la idea de Melanie Klein de que el juego del niño es el medio propicio para el acceso a lo inconsciente. Sin embargo, no es claro si este es el contexto adecuado para tales pesquisas.

²¹ Winnicott (1951, 1971) conceptuó ese espacio en el que existe continuidad entre el adentro y el afuera como el espacio transicional.

mediante el humor (que incluye frecuentemente una disposición lúdica), el adulto puede conquistarse una ganancia de placer al despojarse de la pesada carga que le suponen las actividades serias de la vida (Freud, S., 1908a: 128)²². Luego, Freud describe con precisión el devenir de la vida. Dice que primero el niño deja de jugar para tomar con seriedad las ocupaciones de la vida. Después el adulto puede remontarse a esa época en la que cultivó sus juegos infantiles. De ese modo puede convertir las ocupaciones que se suponen serias en una actividad lúdica y humorística. Veremos enseguida la función del juguete en la situación del niño que juega.

Ahora bien, si el lector dudara de lo que aquí exponemos, y si sus observaciones del juego de los niños no le aportasen la confirmación del aserto de que el niño encuentra en el juego el escenario para transformar en algún modo las determinaciones inconscientes y la vulnerabilidad que lo caracteriza en el plano psíquico, permítanos distraer un momento su atención hacia un maravilloso cuento, titulado <<La muñeca>> del escritor mexicano Alfonso Reyes. Hemos decidido reproducirlo de forma completa por varios motivos: primero porque es un cuento corto y no le insumirá mucho tiempo al lector; segundo, porque esperamos que disfrute la exquisitez de la pluma de Reyes sin pérdida de tiempo para el reconocimiento y la apreciación de la valoración que él hace de la función psíquica de un juguete. ¡Helo pues aquí!

“LA MUÑECA

Sin darme cuenta de que no hacía más que repetir algo que acababa de leer no sé dónde, yo me decía, acariciando el paquete traído de la juguetería:

-Ha sido una buena idea el comprarle esta muñeca a mi nietecita: le será más útil que una aya: Lo que la niña necesita no es tanto un preceptor como una amiga. En último extremo, una criada propia. Alguien en quien poder confiar sin reservas. La mujer necesita desahogar sus pequeños conflictos, y sólo se decide a hacerlo sin mentir cuando reconoce que su confidente le es inferior o siquiera igual. Después de todo, si nos da por hablar nos basta que parezcan escucharnos, aunque ni siquiera nos hagan caso. Y eso es lo que hará la muñeca. Por desgracia, a partir de cierta edad llegamos ya a la certidumbre de que las muñecas no oyen, y por eso las abandonamos. Pero mi nietecita todavía no lo sabe, y formulará ante esta figura complacientemente su pensamiento y sus impresiones. Así averiguará que tiene impresiones y pensamientos; es decir, así adquirirá conciencia de sí misma, lo cual nos ha sido facilitado por la magia de las palabras. Pues, contra lo que opinan muchos espíritus distinguidos, me inclino a creer que nada existe, ni siquiera el <<meollo del corazón>>, mientras no le hemos ajustado un término conveniente que venga a vestirlo como un guante. Pero estas reflexiones me llevarían demasiado lejos... Por ahora, se trata simplemente de un abuelito que le ha comprado un juguete a su nieta, y nada más.

Pero cada alma busca su economía a su modo, y yo no esperaba la sorpresa. La nietecita se aquerenció con la muñeca, y ciertamente que hablaba a solas con ella: la dotaba de vida sin necesidad de darle un alma, como el piadoso aristócrata arruinado de Anatole France lo hacía con sus títeres; desquitaba sobre ella la autoridad de que la rodeaban las personas mayores; en ella ejercitaba su instinto maternal y sus tentaciones de educadora, y por rechazo, se engrandecía a sí misma. Hasta aquí nada inesperado.

Pero hubo más. La niña resultó dotada de una sensibilidad vivísima: Las agencias exteriores, que caen y resbalan sobre una epidermis normal, a ella la lastimaban casi. El mantenerse en cambio y relación ecológica con el ambiente

²² Cfr. Freud, S., 1905b: 216-221.

era demasiado para ella. Si nada sucediera, pase. Pero esto de vivir se reduce a darse cuenta de que están sucediendo sin cesar cosas y cosas. ¡Insoportable! Había que buscar un biombo protector contra la brutalidad del suceder, como ese guardafuego que nos defiende del excesivo calor del fogón o de la chimenea. O había que buscar, como lo hacen la superstición y la magia, algunos simulacros en quienes descargara toda la fuerza de los destinos y donde perdiera su virulencia el acontecimiento nefasto (y lo es todo acontecimiento para el que lo siente y percibe con demasiada agudeza), de suerte que éste llegue a nosotros como fulminante ya quemado, como flecha ya despuntada o como cuchillo embotado.

Y pronto la nietecita descubrió que la muñeca –no en vano se usan muñecos en las brujerías- podía servirle como la capa ante el toro o como el pararrayos bajo la nube tempestuosa. En su trato con los demás, se escondía detrás de la muñeca. Cuando alguien se le acercaba, no huía; había inventado algo mejor. Corría al encuentro del importuno, del intruso que irrumpía en su independencia y en su soledad, y exhibiendo ostentosamente la muñeca, como el esgrimista que ofrece “la tentación del vientre”, exclamaba: <<Mira mi muñeca>>. Nos tapaba los ojos con el juguete. Era lo que se proponía. Y si se hubiera atrevido a tanto y sus recursos hubieran sido mayores, de seguro nos hubiera dicho:

-No te me acerques, no me hables, trata lo que quieras con mi muñeca. Ella me lo transmitirá después y te llevará la respuesta. A mí no me perturbes. No entres en mí, rompiendo la bóveda de mi cielo. No me despedaces, no me hagas daño, no me disminuyas ni desmedres con tu presencia, con tu acción sobre mí. Habla con mi muñeca, mira mi muñeca. Es mi escudo y mi defensa. Déjame a mí vivir a mi modo.

¿Y no será este el origen de la abogacía y cuantas profesiones se le parecen? El especialista en hacer y padecer a cuenta de nosotros (oficio de la muñeca) lo toma a su vez con cierto despego y serenidad, por lo mismo que es afán ajeno. De suerte que la electricidad se descarga un poco en el vacío. De aquí que la caridad instituida, profesional, sea siempre algo fría. De aquí muchas otras consecuencias que se me ocurren... ¡Pero basta ya!”. (Reyes, A., 1948: 174-176).

Queremos destacar del relato de ficción del cuento, la función psíquica que el juguete le ofrece a la niña. Le proporciona, de acuerdo con la agudeza del escritor, una interlocutora, una figura complaciente, ante quien puede formular su pensamiento y sus impresiones. De ese modo la niña averiguará que tiene impresiones y pensamientos y adquirirá, en consecuencia, una conciencia de sí misma cada vez mayor, todo ello por medio de la magia de las palabras. Esta ficción en modo alguno se diferencia de lo que realmente le ocurre a los niños con sus juguetes. Alfonso Reyes afirma: “(...) contra lo que opinan muchos espíritus distinguidos, me inclino a creer que nada existe, ni siquiera el <<meollo del corazón>>, mientras no le hemos ajustado un término conveniente que venga a vestirlo como un guante”. ¿A qué se referirá Reyes con la expresión <<meollo del corazón>>? ¿Podría equipararse, en una ocurrencia un tanto arbitraria, a lo inconsciente, en tanto fuente de significación? No sabríamos dar una respuesta a ese supuesto y tampoco una explicación a una ocurrencia de esa naturaleza. Lo que si constatamos es lo que afirma Freud del creador literario: su agudeza para comprender en un todo integrado a las impresiones y los pensamientos, la conciencia de sí, las palabras y el juego, como ocurre con el cuento de Reyes. Pero sobre todo, verificamos que el juego coloca en un plano de correspondencia a la realidad y al lenguaje. Ella se viste con los ropajes que le ofrece el lenguaje, mejor dicho, se viste en la escritura. En todo caso, la escritura (y el lenguaje) le proporciona la consistencia de ser nombrado. Citemos las palabras del todo coincidentes de Huizinga:

“Jugando fluye el espíritu creador del lenguaje constantemente de lo material a lo pensado. Tras cada expresión de algo abstracto hay una metáfora y tras ella un juego de palabras. Así, la humanidad se crea constantemente su expresión de la existencia, un segundo mundo inventado, junto al mundo de la naturaleza” (Huizinga, J., 1954:16).

O las palabras de Lacan:

“Se le aparecería entonces que lo que busca, a saber el efecto de la sustitución significante, es precisamente lo que el niño primeramente encuentra, o sea [en francés] *trouve*, vocablo que debe tomarse literalmente en las lenguas romances donde *trouve* viene de: tropo, pues es por el juego de la sustitución significante como el niño arranca las cosas a su ingenuidad sometiéndolas a sus metáforas” (Lacan, J., 1959: 687).

Por estas razones el juego designa ese movimiento en el que brota espontáneamente el espíritu creador del lenguaje enlazando lo material y lo pensado. A la creación del lenguaje le corresponde la creación del juego. En tanto existe creación del lenguaje, cabe suponer la presencia innegable del juego de palabras. Y en tanto existe el juego, cabe suponer el espíritu creador del lenguaje que se extiende sobre lo material con el manto de la abstracción de las metáforas. Además, el acceso al espíritu creador del lenguaje y a la creación lúdica le permite al niño transformar la realidad material y subjetiva.

De regreso al texto freudiano del creador literario, digamos que el recurso filológico al que apela Freud para mostrar las relaciones que tiene el juego con la poesía y otras creaciones literarias, como la comedia y la tragedia, pudiera considerarse poco relevante. Apenas un aspecto circunstancial. Algo que revelaría simplemente el contexto terminológico. Pero no es así. Y si acaso el lector se preguntara sobre el porqué de tal afirmación, nosotros contestaríamos que simplemente no es el único estudio filológico del término que designa el juego. Y que tales estudios han mostrado la enorme variedad de sentidos que se le han asignado al término juego. Así, otro texto, el de *Homo ludens* de Huizinga que recién citamos, nos ofrece un amplio panorama de las distintas significaciones de los términos indoeuropeos que designa el término juego. En ese estudio filológico e histórico puede comprobarse que el juego en el mundo clásico quedó vinculado con la cultura. Dice Huizinga que la cultura helénica nació con el ánimo de un juego (Huizinga, J., 1954: 67). De modo que tal mutación de la cultura tomaba curso, para los individuos, fundamentalmente por medio de los juegos colectivos, el espectáculo sagrado y la fiesta agonal o de competición. Entonces, concluimos que el estudio filológico e histórico de los términos que designan el juego permite establecer la analogía entre el mundo espiritual del que habla Huizinga y el mundo literario del que nos da referencia Freud. Según lo testimonian los sentidos etimológicos vertidos en esos estudios²³, ocupa un lugar destacado el juego pues constituye su misma naturaleza. El juego es, en todo caso, una actividad creadora que implica la dimensión espiritual y literaria.

Es evidente la insistencia en colocar al juego como una actividad creadora. Hemos invocado a los estudios filológicos e históricos como fundamento de tal

²³ El estudio filológico e histórico de Huizinga no ha sido consignado en este documento.

idea. Sin embargo, puede prevalecer el escepticismo. Puesto que existe una enorme variedad en los términos que designan el juego ¿por qué reducirlo ahora al sentido de una actividad creadora?

Aducimos que definir el juego como algo creador de sentido no es necesariamente una reducción. En todo caso, es la oportunidad para enfatizar lo sustantivo del juego. Al respecto ¿cuál sería la opinión de Freud? Nos interesa el punto de vista que manifiesta en sus textos, pues es uno de los que definen el juego como una actividad creadora.

Para Freud, en su texto del chiste, es claro que el niño que juega crea un sentido al momento de manipular sus pensamientos y sus palabras,²⁴ con un evidente sentido del humor y sin respetar del todo las reglas de la lógica y la correspondencia entre su imaginación y la realidad material.

¿No es esa referencia freudiana prueba suficiente de los asertos que venimos manifestando sobre el juego? El juego ofrece al niño la oportunidad para recrear el mundo mediante las palabras, sean éstas simples símbolos o propiamente signos. En todo ello cumple una importantísima función la imaginación, pues constituye el recurso creador. Ya antes dimos referencia de esas ideas freudianas cuando mencionamos el vínculo entre el juego y la fantasía y nos referimos a las teorías sexuales infantiles, en ocasión de la revisión del texto freudiano del chiste. Conjeturamos entonces que los mecanismos inconscientes del desplazamiento (*Verschiebung*) y la condensación (*Verdichtung*), presentes en cada una de las formaciones del inconsciente, también lo estaban en el juego. De esa manera el juego era también una formación del inconsciente. Todavía más: el texto freudiano nos mostraba que en ese terreno lúdico hacía su aparición la investigación sexual que llevaba al niño a formular las teorías sexuales infantiles, en un claro ejemplo de creatividad lúdica.

Si la formulación de esas teorías es el aspecto creador del juego, sólo nos resta conceder que estamos ante un hecho verdaderamente relevante del mundo infantil.

Ciertamente esas teorías no eran otra cosa que fantasías elaboradas por el niño en ocasión de sus pesquisas en torno a los asuntos fundamentales del vínculo familiar y del proceso mismo de la vida²⁵. Ahora tendríamos nuevos

²⁴ “El juego –atengámonos a esta designación- aflora en el niño mientras aprende a emplear palabras y urdir pensamientos. Es probable que ese juego responda a una de las pulsiones que constriñen al niño a ejercitar sus capacidades (Groos, 1899); al hacerlo tropieza con unos efectos placenteros que resultan de la repetición de lo semejante, del redescubrimiento de lo consabido, la homofonía, etc., y se explican como insospechados ahorros de gasto psíquico. No es asombroso que esos efectos placenteros impulsen {antreiben} al niño a cultivar el juego y lo muevan a proseguirlo sin miramiento por el significado de las palabras y la trabazón de las oraciones. Un juego con palabras y pensamientos, motivado por ciertos efectos de ahorro placenteros, sería entonces el primero de los estadios previos del chiste” (Freud, S., 1905b: 123).

²⁵ Incluso destacamos del sentido freudiano, su utilidad para entender los mitos y cuentos tradicionales; además, supusimos que esa comprensión freudiana del mito y los cuentos tradicionales podría entrelazarse con la perspectiva de Huizinga sobre el juego, los mitos y los cuentos tradicionales.

elementos para responder a los cuestionamientos en torno a la definición del juego como actividad creadora, pues revisaremos la relación que a Freud se le planteó directamente por mediación de la función creadora presente en el vínculo entre el juego y la fantasía, y que desarrolló en el texto sobre el creador literario.

2.2. La comparación entre el jugar y el fantasear

En el texto del que venimos dando referencia, Freud compara el jugar infantil y el fantasear del adulto. Inicia con la estimación de las semejanzas y diferencias diciendo que el individuo no puede renunciar a un placer que conoció, sólo puede permutar una cosa por otra. Coloca de esa forma ambos fenómenos bajo el régimen del placer (Lustprinzip), principio conceptual que plantea como organizador del psiquismo humano (Freud, 1900, 1905a). Esa disposición al placer la expresa en los siguientes términos:

“Así, el adulto, cuando cesa de jugar, sólo resigna el apuntalamiento en objetos reales; en vez de jugar, ahora fantasea. Construye castillos en el aire, crea lo que se llaman sueños diurnos” (Freud, S., 1908a: 128).

Con esas ideas freudianas se abre el debate en torno a si hemos de considerar separados los procesos psíquicos del niño y del adulto. Preguntémosnos: ¿por qué separar tajantemente los procesos del niño de los del adulto?, ¿en los procesos psíquicos, los adultos y los niños no estarían en realidad más próximos?, ¿no es acaso el comportarse como un adulto lo que el niño (que juega) quiere?

Por otra parte, sabemos que desde el punto de vista de un adulto, podría haber objeciones para compartir sus características con un niño. Dado que en el contexto cultural en el que vivimos, ser adulto tiene sus prerrogativas. De suerte que una visión así, que privilegia el mundo adulto, podría convertirse en un prejuicio. Y como tal podría intervenir en el discurso del psicoanálisis.

Permitamos que en este debate intervengan otros personajes. Por ejemplo Dinerstein tendría importantes contribuciones al esclarecimiento de este asunto. En su reflexión acerca del debate entre Anna Freud y Melanie Klein sobre si es posible analizar un niño, hubo de considerar la comparación entre los adultos y los niños. Y se preguntó, qué se quiere decir con el término <<niño>> en psicoanálisis. Por lo pronto juzgó conveniente ubicar el sentido de ese término como un significante en la estructura edípica. De ese modo, ella creyó que se podría mantener el sentido de lo inconsciente en la investigación psicoanalítica. Así, designó <<niño>> al reprimido que desea hacerse oír. Consideró que el adjetivo de infantil se superpone a los términos freudianos de la sexualidad y la neurosis, cuando se habla de la sexualidad o la neurosis infantil. En conclusión planteó: “¿es que cuando analizamos hacemos otra cosa que analizar un niño?” (Dinerstein, A., 1987: 51).

Creemos que Piaget también puede participar en esas disquisiciones con una opinión calificada. Al respecto pudo afirmar:

“Freud es mucho menos genético de lo que se suele decir y sacrifica con demasiada frecuencia la construcción a la permanencia, al punto que atribuye al niño de pecho los atributos esenciales de la conciencia definida: memoria, conciencia del yo, etc.”
(Piaget, J., 1959: 254).

En su opinión el niño y el adulto son radicalmente diferentes, puesto que el segundo de ellos ha alcanzado el funcionamiento del pensamiento operatorio que lo separa del niño. De modo que sería del todo plausible su conclusión de que bien haría Freud en mantener claramente diferenciados los aspectos genéticos de su teoría.

Ahora bien, ¿es posible zanjar estas cuestiones?, ¿tiene mejores argumentos un psicoanalista?, o simplemente cabe decir: ¿los argumentos no dependen de otros factores más que los de la claridad del objeto sobre el que se aplican y del modo en que lo hacen?

Consideramos que no es por decreto que le asista la razón a un psicoanalista. Dinerstein se inclina por una solución terminológica, dándole al término <<niño>> un sentido significante en la estructura edípica (que estaría conformada, en esa lógica, por la madre, el padre, el niño y el falo) que no es el sentido evolutivo usual. Caso contrario es el de Piaget, quien precisamente insiste en mantener ese sentido evolutivo. Aún cuando pudiera parecer discutible, nosotros nos decidimos por una solución intermedia: el mundo de la fantasía se mantiene presente, en tanto corresponde a la dimensión inconsciente, en el niño y en el adulto. Sin que por ese pronunciamiento, desconozcamos las diferencias evolutivas entre el adulto y el niño.

¿Habremos resuelto, de alguna manera, la polémica acerca de si es compatible hablar a la par de niños y adultos en el terreno del juego y la fantasía? Suponiendo que sí, aún nos queda la siguiente pregunta: ¿Cómo interpretar la idea freudiana de que el aspecto fundamental de la comparación del juego y la fantasía es la vigencia del régimen del placer?; es decir, en el terreno del deseo, que es el del principio del placer ¿el niño y el adulto se encuentran a la par?

De acuerdo con los descubrimientos de Freud, el psiquismo inconsciente se caracteriza por ese régimen del placer. Y en tanto se trate de cualquier formación del inconsciente esa será su tendencia. Por eso hizo, creemos, la comparación entre el jugar y el fantasear. Ambos constituyen un cumplimiento imaginario de deseo. Dicho cumplimiento de deseos se presenta tanto en el psiquismo del niño como en del adulto. En el texto del cual venimos haciendo referencia, Freud comparó el jugar y el fantasear en los siguientes términos: el primero es más fácil de observar que el segundo; el niño que juega lo hace abiertamente mientras que el adulto que fantasea se avergüenza y se esconde de los otros; es curioso que ocurra eso cuando una de tales actividades es la continuación de la otra; y un tanto incomprensible resulta también, el aislamiento en el que se instala el adulto con su actividad de fantasía; incluso puede sentirse ajeno a lo humano, pues supone que lo que le sucede no le ocurre a otros.

Para nosotros esas diferencias que plantea Freud con respecto al niño que juega y el adulto que fantasea, pierden su vigencia, de alguna manera, cuando colocamos los dos fenómenos (juego y fantasía) a la par en la época en la que el niño juega, puesto que al jugar el niño fantasea, es decir, una cosa implica a la otra. Lo mismo podría afirmarse del adulto pues cuando fantasea juega con sus pensamientos. Las fantasías del niño son generalmente de carácter sexual (en el sentido de la noción de sexualidad infantil). Y al igual que el adulto, el niño, gradualmente las va escondiendo.

En el campo del psicoanálisis de niños, Melanie Klein hizo el descubrimiento del vínculo entre el juego y la fantasía inconsciente. Sin embargo, habría que dilucidar si predominaron las semejanzas o las diferencias entre su propuesta y la freudiana. Tal empresa, dada su magnitud, no está justificada aquí. Tenemos, sin embargo, la sospecha de que la relación entre el juego y la fantasía inconsciente, en el campo freudiano y por extensión en el kleiniano, sería comprensible si agregásemos la noción de escritura inconsciente de Freud. De suerte que comprendiésemos la función creadora de la imaginación, que la fantasía le proporciona al juego, como la capacidad del juego de constituirse en una escritura. A propósito de ello, consideremos el juego del <<fort-da>> como la progresiva instauración de la fantasía y de la palabra, también, y en un sentido más claro todavía el caso Dick. En efecto, Dick no presenta interés por los juguetes y el juego al iniciar su tratamiento con Melanie Klein, pero cuando ella le sugiere que un tren lo personifica a él y otro a su padre, dando pie así a la fantasía, el niño comienza a interactuar lúdicamente y a dialogar incipientemente con la psicoanalista. Consideramos que en esta posición de Melanie Klein se trasluce el concepto de niño en tanto humano dispuesto y capaz de simbolizar, de niño que juega, no obstante las circunstancias clínicas en las que el niño comparece ante ella.

Entonces, ¿van juntas las nociones de lo inconsciente, la fantasía, la sexualidad, la escritura y el juego? En efecto, cada una de las nociones mencionadas convoca a las otras. Constituyen una consistencia doctrinaria.

Para Freud los fenómenos del juego y de la fantasía se encuentran unidos al deseo. El niño que juega desea ser grande y adulto. Imita por mediación del juego lo que observa de los mayores. Mientras que del adulto se espera que ya no juegue ni fantasee, sino que intervenga en el mundo real.

De acuerdo con esas ideas, decimos que para el niño, al igual que para el adulto, ciertos deseos expresados en el juego deben ser progresivamente escondidos. Que los deseos que procesa en sus fantasías sexuales, inicialmente manifiestos cruda y abiertamente, merecen luego ese destino. De igual manera a como ocurre en los adultos con respecto a disimular o esconder su disposición de jugar y de fantasear. Vemos también que en ambos casos, ese desconocimiento de los propios deseos proviene quizá de las dificultades que presenta la traducción de la escritura inconsciente, que constituye la naturaleza de la producción imaginaria.

¿Cuál sería un ejemplo de tales procesos?

En el análisis del pequeño Hans, Freud reconoce que inicialmente el niño hacía una exposición despreocupada de su sexualidad. Su curiosidad sobre los temas sexuales, como las investigaciones acerca de si las personas, los animales y los objetos poseían una *Wiwimacher* (*hace-pipí*) como el suyo, o sus pesquisas en torno al proceso de embarazo de su madre, se declaraba sin ningún pudor. En ese contexto, gradualmente algunos de sus deseos sólo encontraban expresión por mediación del sueño. Por ejemplo: “Hoy, cuando estaba dormido, he creído yo estoy en Gmunden con Mariel”²⁶ (Freud, S., 1909: 12).

Reconocemos que la desestimación que hace el niño de sus deseos sexuales no es con la misma fuerza y significación con que lo hace el adulto, pero reconocemos que en ambos casos se trata del mismo proceso.

Ahora bien, ¿de dónde ha obtenido Freud la información sobre las fantasías de los adultos? Pues esta visto que del juego de los niños, uno se apropia por la mera observación. Lo que no implica que nos resulten materiales comprensibles. Podemos observar las fantasías sexuales del niño que juega, pero eso dista mucho de proporcionarnos los esclarecimientos necesarios de la naturaleza inconsciente de lo que escribe de esa forma. De nueva cuenta el caso Hans sería el ejemplo de ello. De hecho, fue por mediación del análisis que pudo comprenderse el sentido de sus interrogantes de carácter sexual. Pero ha quedado sin respuesta la primera interrogante sobre la fuente de información de las fantasías de los adultos.

Freud obtuvo la información del tratamiento de pacientes neuróticos. ¿No daría eso un sesgo indebido a la comparación de las fantasías de los adultos con el juego de los niños? Seguramente Freud contestaría que no. Puesto que dilucidó una línea de continuidad entre los procesos que podríamos denominar sanos y los neuróticos. Lo planteo así: “[...] hemos llegado a la bien fundada conjetura de que nuestros enfermos no nos comunican sino lo que también podríamos averiguar en las personas sanas” (Freud, S., 1908: 129).

De suerte que justificada la comparación entre el juego y la fantasía pues son aspectos comunes a enfermos y sanos, podemos retomar el texto de Freud que venimos revisando mediante la siguiente pregunta: para él, ¿cuáles serían los caracteres del fantasear?

Freud plantea, primeramente, que aceptemos que el dichoso nunca fantasea sólo lo hace el insatisfecho, así, el fantasear corresponde a un mundo de ese tipo. En su esquema conceptual, considera a los deseos insatisfechos como las fuerzas pulsionales de las fantasías, y el motivo de esas fantasías, la rectificación de esa insatisfactoria realidad propiciando que cada fantasía se convierta en un cumplimiento de deseos. Luego agrega que esos deseos insatisfechos pueden agruparse en dos grandes expresiones: deseo ambiciosos al servicio de la exaltación de la personalidad y deseos eróticos.

²⁶ Gmunden fue un lugar de veraneo al que Hans asistió. Y Mariel, diminutivo de Marie, era la hija del propietario de la casa en que se hospedaban.

Si intentásemos comprender la información que nos proporciona Freud, de modo que la pudiéramos integrar con lo antes visto, nos preguntaríamos: ¿cómo se vincula el principio de placer con la característica del fantasear, de cumplir por mediación suya un deseo insatisfecho en la realidad?

Para Freud el principio de placer implica que cualquier tensión psíquica causada por el surgimiento de un deseo debe alcanzar su descarga o satisfacción, a fin de mantener lo más bajo posible el nivel energético del aparato psíquico. En ese sentido, el fantasear cumple con una función análoga a la del sueño, pues propicia el cumplimiento imaginario del deseo. Y dado que el fantasear es la continuación del jugar, ésta actividad del niño tendría la misma función.

Nos resulta pertinente recordar que nos hemos propuesto discernir si el juego y la escritura son nociones en toda regla en el esquema conceptual freudiano. Y tal como se muestra en la información vertida en el párrafo anterior, constatamos que en efecto, la noción de juego tiene esa consistencia. Por tanto, el juego, al igual que el sueño y la fantasía, es el cumplimiento imaginario de un deseo. El procesamiento imaginario del sueño trae aparejada la dimensión inconsciente, de modo que el cumplimiento imaginario del deseo, en el juego, se realiza de modo inconsciente, es decir, como una escritura.

Prosigamos la exposición de Freud. Él descubrió que las fantasías siguen las oscilaciones de la vida, sufren cambios por ese medio, y reciben a cambio una <<marca temporal>>. De ahí concluyó que el fantasear se da en tres tiempos, correspondientes con el ritmo de nuestro representar. Lo cual significa que en el sueño diurno o fantasía, el pasado, el presente y el futuro se engarzan por mediación del deseo, como las cuentas de un collar. En efecto, en un primer momento, el trabajo anímico se anuda a una impresión actual, una capaz de despertar los grandes deseos de la persona; luego, en un segundo momento, se enlaza con un recuerdo, generalmente infantil en el que ese deseo se cumplía; así, se forma una situación referida al futuro, figurada como el cumplimiento de ese deseo.

Tenemos así nuevos elementos para fundar nuestra sospecha de que el juego y la fantasía son parte de las diversas formaciones del inconsciente, entre las que se encuentran el chiste, el sueño y la transferencia, pues dan cumplimiento del principio de placer regidos por la dinámica del deseo.

Freud nos ofrece el siguiente ejemplo: un joven pobre y huérfano, de camino al domicilio de un contratante, se forma el sueño diurno de ser bien recibido y plenamente aceptado. Luego, un vez convertido en alguien indispensable para el negocio, es integrado en la familia del dueño, se casa con la hija y dirige el negocio como copropietario y más tarde como heredero. Vemos en ello la sustitución que el soñante hace de su dichosa niñez: obtiene la casa protectora, los amantes padres y los primeros objetos de su inclinación tierna.

¿Qué otros aspectos de la fantasía es conveniente citar?

Freud agrega que las fantasías son los estadios previos a la neurosis y a la psicosis, y que existe un vínculo terminológico y de sentido entre el sueño y los sueños diurnos. Puesto que el lenguaje designa en alemán los sueños como <<Traum>> y a los sueños diurnos como <<Tagtraum>>. La única diferencia es que los sueños son la expresión desfigurada de unos deseos de los que el soñante se avergüenza y por eso los ha reprimido. Una vez que pudimos discernir la desfiguración onírica, ya no fue difícil constatar que los sueños y los sueños diurnos son unos cumplimientos de deseo.

2.3. La comparación entre quien sueña despierto (extensión del niño que juega) y el poeta

Freud reconoce que en su texto habló del fantaseador, pero del creador literario había dicho poco, pese a las expectativas que había creado titulando su texto con los términos del creador literario. Para subsanar de alguna manera esa carencia, expuso enseguida las características de los productos literarios a los que denominó narraciones egocéntricas. También especuló sobre la vida de los poetas, dijo que la fantasía ofrece el medio para que el deseo engarce a los tres tiempos (presente, pasado y futuro). Por último, revisó la técnica que utiliza el poeta para superar el escándalo que movilizaría la expresión de ciertos deseos, de la que dijo que era una auténtica *ars poetica*.

En su caracterización de las narraciones egocéntricas, Freud se circunscribe a las narraciones de novelas breves y cuentos. Un rasgo distintivo de ellas es la presencia central de un héroe. El poeta busca, por todos los medios, obtener para él todas las simpatías y protegerlo de cualquier evento adverso. Por ejemplo: si vemos al héroe, al final de un capítulo, sangrante y con graves heridas, al comienzo del siguiente capítulo, lo encontraremos bajo los mayores cuidados y en recuperación. En fin, ésta y mil peripecias más del héroe, lo llevaron a concebir esas peculiaridades como la marca reveladora de la invulnerabilidad, la majestuosidad del yo. Además, las aventuras del héroe se deslizan al terreno amoroso. Generalmente las mujeres de la novela se enamoran de él. En fin, al igual que el sueño diurno, esas narraciones pintan las diversas hazañas del héroe. También dividen a los personajes en buenos y malos. De modo que los primeros suelen ser los aliados del héroe y los segundos sus enemigos. He ahí un conjunto psicológico que para Freud implica la escisión del yo en los diversos personajes. Ese fenómeno puede observarse con particular claridad en las llamadas <<novelas psicológicas>> en las que el escritor penetra, con sus propias características, en la descripción de sus personajes.

Queda por referir la vinculación que hace Freud de la vida del poeta y las producciones narrativas. Supone que el poeta comienza con una intensa vivencia actual que lo conduce a un recuerdo, probablemente de su niñez, desde donde arranca el deseo que procura su cumplimiento en la creación poética. El poeta apela a los materiales provenientes de los mitos, las sagas y los cuentos tradicionales. Y sobre todo, hace valer su técnica para eludir las barreras que se levantarían en contra del contenido de sus narraciones, en ello reside su auténtica *ars poetica*.

Podemos inferir que esas características, con las que Freud pinta a las narraciones egocéntricas y con las que vincula la vida del poeta, pueden extenderse sin ninguna dificultad a la comprensión del juego de los niños. En efecto, el niño que juega es casi siempre el héroe, y el juego mismo es la división de personajes que escenifican los distintos aspectos de la personalidad del niño. Pero sobre todo, hemos de ver en esa producción imaginaria, como lo hemos dicho antes, la escritura inconsciente del psiquismo del niño. Jugando, escribiendo, el niño enlaza su deseo con una vivencia actual que busca escenificar como cumplida imaginativamente. Al igual que el poeta, por ese camino elude las barreras que impiden la expresión de la majestuosidad del yo y que se oponen a la libre expresión de sus deseos sexuales. El niño transforma así su realidad efectiva convirtiéndola en una realidad sustentada en los símbolos inconscientes.

CAPÍTULO 3

LA ESCRITURA INCONSCIENTE FREUDIANA

La tarea que nos ocupa, en esta sección de la investigación sobre el juego y la escritura en el psicoanálisis, es averiguar el sentido y la ubicación del término de escritura inconsciente en el esquema conceptual freudiano. Mostraremos que la escritura designa lo inconsciente. Y que la vinculación entre la escritura y el juego proviene de la consistencia inconsciente de una y otro. Es lo inconsciente, en tanto escritura, lo que designa el juego. Probaremos que esa afirmación tiene sustento en la obra de Freud.

De modo que presentaremos y analizaremos la analogía freudiana entre el lenguaje de los sueños y la escritura. Para ello revisaremos el simbolismo freudiano en tanto expresión de la escritura inconsciente en la *Interpretación de los sueños*, de 1900 y en el texto de Piaget, *La formación del símbolo en el niño*, de 1959. Proseguiremos nuestras pesquisas en el texto freudiano, *El interés por el psicoanálisis*, de 1913, en el que se da referencia directa del simbolismo del sueño como una escritura figural antigua. Y caracterizaremos a la escritura inconsciente freudiana como una escritura semasiográfica (Gelb, I., 1952) o pictográfica-ideográfica (A. C. Moorhouse, 1953). Finalizaremos con una revisión del sentido del lenguaje y la escritura en la obra freudiana, en la que se muestra la integración entre el método y la doctrina (Frida Saal, 1982).

Así que dilucidaremos si el término de escritura inconsciente se encuentra aislado y separado de la doctrina freudiana. Ahora bien, una evidencia difícilmente refutable del incipiente tratamiento conceptual del término de escritura inconsciente, proviene del hecho de que Freud no dedicó de manera expresa alguno de sus textos a fundamentar la designación de lo inconsciente como una escritura figural antigua (Freud, S., 1900: 359; y 1913: 180). Sólo dejó algunas referencias asiladas. Entonces, esa designación, basada por cierto en una analogía, ¿podría considerarse una simple alusión? A fin de indagar la veracidad de eso, daremos noticia del modo en el que se plantea la analogía en esos textos freudianos, en los que, reiteramos, se menciona explícitamente la designación de lo inconsciente como una escritura.

Tal estado de cosas no puede atribuirse a una actitud ni con mucho negligente de Freud. En descargo de él, hemos de reconocer que su obra pionera, necesariamente dejaba espacios abiertos, temáticas inconclusas que no dilucidaba de manera directa, pues suponía un grupo de investigadores que lo sucederían. De modo que partimos del conocimiento de la fecundidad de su obra y de la continuidad de la investigación psicoanalítica. De ahí que, para nosotros, esas pocas referencias pudieran ser suficientes para explorar el sustento de la idea freudiana de que lo inconsciente tiene la consistencia de una escritura. Luego, indagaremos si lo que designa el término de escritura inconsciente, lo inconsciente propiamente dicho, podría ser un sentido asignable al término de juego; otro término también aparentemente aislado y separado de la teoría freudiana. De modo que el juego sería, entonces, una escritura inconsciente.

Otros estudios, como el de Allouch (1984) y el de Derrida (1967) sobre la escritura en la obra de Freud, si bien no están separados del que nos proponemos aquí -y que indican los múltiples sentidos del término de escritura-, merecen un espacio aparte para exponerlos con detalle; estudios en los que se citan diversos textos freudianos, en un evidente contraste con nuestras pesquisas, en las que se reconocen pocas referencias textuales de Freud sobre el término de escritura inconsciente.

La definición de lo inconsciente como una escritura figural tiene ahora, en una mirada retrospectiva, consecuencias clínicas y doctrinarias importantes. Por ejemplo, en el tema del juego permite clarificar la confusión que llevó a que se interpretara el juego como un lenguaje y no como una escritura. Abrió pues la discusión en el psicoanálisis de niños sobre los términos de lenguaje y escritura. Dado que Freud utiliza los términos de lenguaje y de escritura en su obra, parece como si se refiriera a lo inconsciente indistintamente como un lenguaje o como una escritura. Sin embargo, en algunos pasajes, como el del texto sobre el interés del psicoanálisis para las ciencias del lenguaje, Freud diferencia muy bien el lenguaje de la escritura, a la que considera una forma figural antigua como los jeroglíficos; de la misma manera en la *Traumdeutung*, al referirse a la traducción del lenguaje de los sueños, deja entrever que el lenguaje y la escritura quedan subsumidos en su significación por mediación del sentido singular de una escritura.

Para nosotros, el texto freudiano conduce a pensar que lo inconsciente tiene la consistencia de una escritura. Luego, debido a su naturaleza inconsciente, el juego sería, en tanto acto creador, una escritura, de modo que buscaremos dar fundamento de esa conjetura mediante los argumentos freudianos. Aunque Freud no relaciona sustancialmente los términos de la escritura y del juego, para nosotros es una tarea justificada, pues implica la discusión de aspectos teóricos y clínicos de gran relevancia en el psicoanálisis de niños.

Una cuestión importante de plantear es que la analogía freudiana entre el simbolismo inconsciente del sueño y la escritura jeroglífica tiene un punto débil que no debemos perder de vista, y es que un sistema de escritura, aun cuando sea figural y antigua, posee ya la suficiente sistematización que la distingue y separa de una supuesta escritura inconsciente en la que no existiría ninguna forma de convención sobre el significado de los símbolos inconscientes.

Por lo demás, queda también la duda, sin que signifique para nosotros el compromiso de esclarecerla, de si es discernible lo inconsciente en tanto contenido singular pues el medio para ello es el lenguaje en todos los casos; así, ¿la singularidad puede ser expresada por un medio general, un sistema de signos que recurre a categorías generales?

Por tanto, el discernimiento de lo inconsciente en modo alguno se encuentra exento de problemas. Al respecto consideremos oportuno citar a Lacan:

“El sujeto del que se trata para nosotros, y sobre todo si tratamos de articularlo como el sujeto inconsciente, comporta otra constitución de la frontera: lo que forma parte del preconscious, en tanto que lo que nos interesa en el preconscious es el

lenguaje, el lenguaje tal como efectivamente, no solamente lo vemos, lo oímos hablar, sino tal como escande, articula pensamientos.

Todos sabemos que los pensamientos de los que se trata a nivel del inconsciente, incluso si yo digo que están estructurados como un lenguaje –desde luego, es en tanto que están estructurados en último término, y a cierto nivel, como un lenguaje, que nos interesan- pero lo primero a constatar es que a esos pensamientos de los que hablamos, no es fácil hacerlos expresarse en el lenguaje común. De lo que se trata, es de ver que el lenguaje articulado del discurso común, por relación al sujeto del inconsciente en tanto que éste nos interesa, está en el exterior, un ‘en el exterior’ que reúne en él lo que llamamos nuestros pensamientos íntimos, y ese lenguaje que corre en el exterior, no de una manera inmaterial, puesto que sabemos bien, porque toda clase de cosas están ahí para representárnoslo, sabemos lo que quizá no sabían las culturas donde todo transcurre en el soplo de la palabra, nosotros, que tenemos ante nosotros kilos de lenguaje, y que sabemos, además, inscribir la palabra más fugitiva en unos discos” (Lacan, J., Seminario de la Identificación, clase del 10 de enero de 1962, pág. 14).

Es clara la posición de Lacan cuando dice que los pensamientos inconscientes están estructurados, en último término y a cierto nivel, como un lenguaje. Esa trascendente afirmación de Lacan no intercala las necesarias articulaciones que habrían ahorrado muchas confusiones al hacer explícito lo que entiende con <<en último término y a cierto nivel>>. Hemos dado cuenta de las confusiones doctrinarias y clínicas derivadas de la no diferenciación entre el significado del lenguaje y de la escritura cuando se ha pretendido conceptualizar lo inconsciente. Entendemos que ese desconcierto está relacionado con la fórmula de Lacan de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Ahora bien, es un tema que no se ha agotado.

Por otra parte dice Lacan al respecto del discernimiento de los pensamientos inconscientes: <<esos pensamientos de los que hablamos, no es fácil hacerlos expresarse en el lenguaje común>>. Aunque él no hace referencia, como hacemos nosotros, a la complicada transformación de lo particular de la escritura en la generalidad del lenguaje. Y es que la singularidad que da consistencia a lo inconsciente de algún modo pierde sentido y vigencia cuando es comprendida por las categorías generales del lenguaje. A pesar de lo cual el proceso analítico mantiene su frescura y sentido creador. Pues de hecho Lacan, ante tal estado de cosas, es conducido al terreno de la inventiva. No se conforma con repetir las ideas de Freud. Ante un desafío de esa naturaleza, recurre a una salida topológica para decir que el lenguaje articulado del discurso común, con respecto al sujeto del inconsciente, está en el exterior. Un <<exterior>> que reúne lo que se denomina como <<nuestros pensamientos íntimos>>. Entonces, ¿para él la singularidad de la escritura inconsciente freudiana no es más que un espejismo pues eso que llamamos íntimo se resuelve en la exterioridad del lenguaje convencional?

Hemos mostrado el problema del discernimiento de lo inconsciente a fin de constatar su complejidad²⁷ y su indiscutible sentido de actualidad como

²⁷ Si lo dicho hasta ahora no es prueba suficiente de la complejidad del discernimiento de lo inconsciente, agreguemos estas ideas: “Ahora, la lengua es estructura socializada, que la palabra somete a fines individuales e intersubjetivos, añadiéndole así un perfil nuevo y estrictamente personal” (Benveniste, E., 1966a: 77-78). Nos parece del todo interesante comprobar dos versiones del problema: uno, el freudiano, en el que el lenguaje (la escritura) se

problema psicoanalítico. Pero reiteramos que ese problema excede los límites que nos hemos impuesto en este trabajo. Quedará, pues, como tema de futuras indagaciones.

3.1. Su implicación con el simbolismo (La interpretación de los sueños (1900) y Piaget)

El objetivo de esta sección de la investigación acerca del juego y la escritura es pesquisar el sentido del simbolismo²⁸ freudiano (cabe recordar que usamos el término de simbolismo en su sentido genérico), de modo que pudiésemos considerarlo como la condición psíquica que instaura el movimiento de inscripción psíquica, el movimiento de sustitución o de derivación, dando lugar así, según nuestra conjetura, al principio de significación que tendría la consistencia de una escritura.

A favor de la importancia y trascendencia del tema en cuestión digamos que el concepto de simbolización engloba a la representación psíquica; esa idea es clara e indiscutible en la obra de Freud, ahora bien, los estudios psicoanalíticos contemporáneos mantienen esa convicción (Saal, F., 1982: 32).

Amplíemos las referencias sobre este punto intercalando las ideas de Benveniste:

“Llegamos aquí al problema esencial, cuya urgencia testimonian todas estas discusiones y el conjunto de los procedimientos analíticos: el del simbolismo. Todo el psicoanálisis se funda en una teoría del símbolo. Ahora, el lenguaje no es más que simbolismo. Pero las diferencias entre los dos simbolismos ilustran y resumen todas las que indicamos sucesivamente. Los análisis profundos que Freud hizo del simbolismo del inconsciente iluminan también las vías diferentes por las que se realiza el simbolismo del lenguaje. Al decir del lenguaje que es simbólico, no se enuncia aún sino su propiedad más manifiesta. Hay que añadir que el lenguaje se realiza necesariamente en una lengua, y entonces aparece una diferencia, que define para el hombre el simbolismo lingüístico: es *aprendido*, es coextensivo con la adquisición que el hombre hace del mundo y de la inteligencia, con los que acaba por unificarse. Se sigue que los principales de estos símbolos y su sintaxis no se separan para él de las cosas y de la experiencia de ellas; debe apropiárselos a medida que las descubre como realidades” (Benveniste, E., 1966a: 84-85).

De ahí que el estudio del simbolismo provea lo esencial del sentido de escritura de lo inconsciente que implica el juego. Pues hemos visto como Freud plantea la coexistencia del simbolismo del juego, de la palabra y del pensamiento en el niño cuando descubre el mundo. En el texto de *El chiste* pudimos corroborarlo. Comprobamos el tránsito significativo de las cosas a las palabras cuando Freud

torna individual e intesubjetivo, y otro, el lacaniano, en el que el lenguaje es retraducido al anudamiento de los tres registros, el Real, el Imaginario y el Simbólico. Dice Lacan: “En el nivel actual de la vida del sujeto constituido, de un sujeto elaborado por una larga historia de cultura, lo que sucede es, para el sujeto, una lectura en el exterior de lo que es ambiente por el hecho de la presencia del lenguaje en lo real, y en el nivel de la conciencia...” (Lacan, J., 1962: 16). El lenguaje no sólo es algo vinculado al registro de lo Simbólico sino también al de lo Real.

²⁸ Esclarecimiento de términos: **Simbolismo**. m. Sistema de símbolos con que se representan creencias, conceptos o sucesos [...] (Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia Española, 2001: 2066).

dice que unas y otras son tratadas indistintamente por el niño. Y ahora podemos precisar con Benveniste que el simbolismo y la experiencia no pueden separarse. Ahora bien, para el niño la experiencia es el juego.

Y aunque en muchos estudios psicoanalíticos el símbolo ha sido sustituido por la noción de significante, para nosotros mantiene su vigencia²⁹. En efecto, consideramos que la diferenciación entre el símbolo lúdico y el signo lingüístico, tema olvidado en el psicoanálisis de niños, implica cierta visión del juego y del análisis de niños. Así, el juego es constitutivo de la subjetividad del niño, de donde se sigue que analizar un niño involucra la construcción de símbolos lúdicos ya por iniciativa del niño ya por mediación del analista.

Por cierto que diferenciamos el simbolismo ligado a la escritura del simbolismo como lenguaje, es decir, el simbolismo que admitiría una traducción sin mayores trabas a un significado preestablecido y que fue objeto de las investigaciones de C. G. Jung.

Para Freud el representar inconsciente comprende, en un sentido figural, la dimensión del simbolismo. Es un procedimiento indirecto, resultado del movimiento de sustitución. Lo común entre el símbolo y lo genuino que él reemplaza está oculto, está disfrazado. Los sueños son un ejemplo de eso. A fin de dar sustento a esa afirmación, revisemos el sueño paradigmático de Freud de la inyección de Irma. Remitámonos a la *Traumdeutung*, en el capítulo titulado, *El método de la interpretación de los sueños. Análisis de un sueño paradigmático*, en donde Freud muestra ese sueño y su análisis, así como las complicaciones de la interpretación de los sueños. Él relata el sueño con las siguientes palabras:

“Sueño del 23/24 de julio de 1985

Un gran vestíbulo –muchos invitados, a quienes nosotros recibimos.– Entre ellos Irma, a quien enseguida llevo aparte como para responder a su carta, y para reprocharle que todavía no acepte la <<solución>>. Le digo: <<si todavía tienes dolores, es realmente por tu exclusiva culpa>>. – Ella responde: <<Si supieses los dolores que tengo ahora en el cuello, el estómago y el vientre; me siento oprimida>>. – Yo me aterro y la miro. Ella se ve pálida y abotagada; pienso que después de todo he descuidado sin duda algo orgánico. La llevo hasta la ventana y reviso el interior de su garganta. Se muestra un poco renuente, como las mujeres que llevan dentadura postiza. Pienso entre mí que en modo alguno necesite de ello. – Después la boca se abre bien, y hallo a la derecha una gran mancha blanca, y en otras partes veo extrañas formaciones rugosas, que manifiestamente están modeladas como los cornetes nasales, extensas escaras blanco-grisáceas. – Aprisa llamo al doctor M. se ve enteramente distinto que de ordinario; está muy pálido, cojea, está sin barba en el mentón... Ahora también está de pie junto a ella mi amigo Otto, y mi amigo Leopold la percute a través del corsé y dice: <<Tiene una matidez abajo a la izquierda>>, y también señala una

²⁹ Veamos en qué modo la noción de simbolismo pudo crear confusión: “De lo latente a lo manifiesto, nada como el símbolo para fundar una técnica de <<traducción simultánea>>...” (Dinerstein, A., 1987: 102). Dice que la interpretación basada en analogías que buscan develar el sentido oculto del simbolismo, como hacía Melanie Klein, representa un uso no analítico del simbolismo. En parte para precaverse de estas ambigüedades es que los analistas comenzaron a sustituir la noción de simbolismo por la de significante. Pero en ese tránsito se omitió el significante lúdico. Además, hay que tener presente que esa práctica kleiniana que cuestiona Dinerstein otorga al símbolo un sentido que no es el de escritura que propuso Freud.

parte de la piel infiltrada en el hombro izquierdo (lo que yo siento como él, a pesar del vestido)... M. dice: <<No hay nada, es una infección, pero no es nada; sobrevendrá todavía una disentería y se eliminará el veneno>>... Inmediatamente nosotros sabemos de dónde viene la infección. No hace mucho mi amigo Otto, en una ocasión en que ella se sentía mal, le dio una inyección con un preparado de propilo, propileno... ácido propiónico... trimetilamina (cuya fórmula veo ante mi escrita con caracteres gruesos)... No se dan esas inyecciones tan a la ligera... Es probable también que la jeringa no estuviera limpia” (Freud, S., 1900: 128-129).

El relato del sueño de Freud nos muestra la forma en la que él se representa ciertas creencias, conceptos o sucesos relacionados tanto con su práctica médica y psicoanalítica como con su vida privada. Recordemos que la representación por medio de imágenes es la forma típica de los sueños. Nos dice Freud que el relato del sueño debe ser fragmentado para su análisis, a fin de desentrañar la relación entre los símbolos y lo genuino que representan. Sigamos entonces el análisis que Freud realizó de su sueño, presentando algunos pasajes del desciframiento del sueño. Por ejemplo, del fragmento, <<Irma se queja de dolores en el cuello, el estómago y el vientre; se siente oprimida>>, Freud establece una relación, de esos síntomas, con el cuadro clínico que aquejaba a esa paciente, pero no sabe decir más acerca de esos símbolos. En otro fragmento, <<Ella se ve pálida y abotagada>>, Freud supone que siendo Irma de tez siempre rosada la habría reemplazado por otra persona. Esta interpretación puede extenderse a los diversos personajes del sueño los que representan tanto a la persona que designan como a otros con los que se vinculan por una conexión simbólica. Un fragmento más del sueño, <<Me aterra la idea de que en efecto he descuidado algo orgánico>>, del que Freud entresaca como contenido subyacente a la angustia, comprensible, de aquellos médicos dedicados al tratamiento de las neurosis quienes podrían incurrir en un error al tratar como neurosis un padecimiento orgánico. El análisis practicado por Freud a su sueño se continúa todavía por un largo trecho, descubriendo la vinculación entre los símbolos y el contenido subrogado por ellos. Consideramos que con lo aquí expuesto resulta evidente el sentido que tiene la noción de simbolismo en el análisis de los sueños, es decir, la sustitución de un concepto (o de varios) por una imagen o un conjunto de ellas en la formación del sueño, y en el análisis, el proceso inverso, la transformación de las imágenes en palabras. Nosotros queremos ampliar tales discernimientos del sueño al juego.

Antes de hacer mención de las complicaciones del análisis de los sueños queremos detenernos en la definición que hace del término de interpretación. Para Freud interpretar³⁰ un sueño es indicar su <<sentido>>. De modo que el sueño pueda sustituirse por algo que se inserte con pleno derecho y con igual título en las acciones anímicas.

Encontramos de nuevo la idea de derivación o sustitución, justamente como el trabajo mismo de interpretación. Idea que debemos destacar pues nos permite,

³⁰ Esclarecimiento de términos: **Interpretar**. (Del lat. *interpretari*). tr. Explicar o declarar el sentido de algo, y principalmente de un texto. //2. Traducir de una lengua a otra, sobre todo cuando se hace oralmente. //3. Explicar acciones, dichos o sucesos que pueden ser entendidos de diferentes modos. // 4. Concebir, ordenar o expresar de un modo personal la realidad [...] (Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia Española, 2001: 1293).

por un lado, colocar un eslabón con la idea freudiana de dialecto de lo inconsciente (<<...lo inconsciente habla más de un dialecto³¹>>), y por otro, mostrar que ese es el movimiento de inscripción del psiquismo, es decir, del establecimiento de su condición simbólica. Creemos que es lícito hacer una vinculación de esa idea de derivación o sustitución con lo que dice Freud en su texto de 1895, *Proyecto de Psicología*, con respecto al complejo-percepción, una hipotética primera huella mnémica, pues ésta se descompondría por mediación del trabajo de juicio, en un ingrediente **a**, *la cosa del mundo* (Ding) y el ingrediente **b**, su actividad o propiedad, en suma, su *predicado*. Así, la inscripción psíquica poseería la cualidad de un movimiento incesante de colocar algo en el lugar de esa *cosa del mundo*, de esa mudez o de esa acción permanente de borrar lo escrito, escribiendo y hablando algo siempre nuevo, dando pie al trabajo de significación que es propio de lo humano.

Retomaremos ahora el tema de las complicaciones en la interpretación de los sueños de la *Traumdeutung*. Dice ahí que se encontró con dos posturas ante la interpretación de los sueños: las teorías científicas la rechazaban pues sostenían que el sueño era un simple proceso somático, mientras que el saber de los profanos, aprovechando la poca rigurosidad que se le exigía, sin negar lo incomprensibles y absurdos que son los sueños, no podía negarles un significado, por más que se tratara de un significado oculto para el soñante. Por tanto, una vez sustituido el contenido incomprensible del sueño por otro que fuese claro y accesible para el soñante, se habría develado su significado oculto. Entonces, ¿la sustitución del contenido incomprensible y absurdo del sueño, propiamente su interpretación, constituye la naturaleza intrínseca de lo inconsciente?, ¿es pues, la cualidad de poder ser sustituido o derivado lo que caracteriza propiamente lo inconsciente?, ¿significa entonces que lo inconsciente no es más que un lenguaje de los sueños, una escritura figural semejante a la egipcia?

Creemos que existen los elementos suficientes para dar sustento al aserto de Freud de que lo inconsciente es una escritura. Ahora bien, ésta sólo es discernible en tanto en cuanto quede unida al lenguaje. En efecto, tal discernimiento se logra sólo en la medida en la que se culmina el proceso mediante el cual el soñante intenta explicar las acciones, los dichos o los sucesos que se prestan a confusión, dado el modo de simbolización manifiesto en el sueño; sólo tras haber alcanzado las expresiones del modo singular de concebir la realidad psíquica (escritura) y de haberlas transpuesto al sistema convencional de expresión y de comunicación (lenguaje) es posible el discernimiento de lo inconsciente. Pero no salimos bien librados del problema, pues justamente ese proceso involucra de manera general lo que caracteriza al lenguaje. Escritura y lenguaje quedan subsumidos por el contexto de significación. Aunque la primera es la expresión singular de un sujeto y el segundo un sistema convencional, es necesario diferenciarlos más.

Digamos, entonces, que algo que cambia el sentido de la escritura y del lenguaje en el psicoanálisis, es su finalidad. Puesto que el segundo sirve para la comunicación entre individuos, y es ahí donde habrá de desplegar todas sus

³¹ Cfr. Freud, S., 1913: 180.

posibilidades de significación (y desde luego se aprovecha también para dar cuenta del simbolismo inconsciente), mientras que la escritura inconsciente, en tanto vale para la comunicación consigo mismo, habrá de convocar otro tipo de procesos³². En ambos casos habrá de intervenir la interpretación. Pero mientras que en el caso del lenguaje podrá apelarse a las normas que rigen su aplicación, en el caso de la escritura inconsciente sólo podrá reclamarse una exhaustiva comprensión por parte del soñante. Así, la finalidad de la interpretación es distinta en cada caso.

Ahora bien, ¿cuál fue el método que propuso Freud para desentrañar el significado de los sueños? La manera en la que Freud solventó el problema de la interpretación de los sueños fue adaptando el método de interpretación de los síntomas a los sueños. Este método de interpretación consiste en promover que el paciente disponga su atención hacia sus percepciones psíquicas y en que suspenda la crítica con la que acostumbra expurgar sus pensamientos. Entonces, debe tomar nota de todo cuanto pase por su cabeza para que lo comunique abiertamente, de manera neutral, sin dejarse llevar por juicios de valor en los que considere nimio, disparato o incomunicable lo que discernió. Antes de hacer estas consideraciones sobre el método, Freud hizo referencia a dos métodos de interpretación de los sueños que proponía el saber profano: el método simbólico y el de descifrado. Consideramos que es innecesario detenernos aquí a explicarlos en detalle, pues habrán de retomarse en otros de los textos que presentaremos. Simplemente los describiremos.

Dice Freud que la interpretación simbólica toma en consideración todo el contenido del sueño y lo sustituye de alguna manera analógica por otro contenido comprensible. Da el siguiente ejemplo de la interpretación de los sueños que hace José en el texto bíblico: sueña el Faraón con siete vacas gordas, después de las cuales vienen siete vacas flacas que se las comerían. Tal contenido onírico fue sustituido con la profecía de que vendrían siete años de hambruna en Egipto, que agotarían las reservas de siete años de buena cosecha. En este método de interpretación, la intuición ocupa un lugar de gran importancia, al grado de convertirse, por la expresión de esas agudas ocurrencias, a la condición de práctica de arte.

Con respecto a la otra forma de interpretación de los sueños, el método de desciframiento, lo fundamental es que el contenido del sueño, al que se trata como una suerte de escritura cifrada, cada signo habrá de traducirse, gracias a una clave fija, en otro de significado conocido. Freud da como ejemplo de este método de interpretación de los sueños lo siguiente: alguien ha soñado con una <<carta>> y con unas <<exequias>>; se busca entonces en un <<libro de los

³² A propósito de esto vale la pena citar algunas de las ideas de Tamayo: "Freud indicó en varias ocasiones que el psicoanálisis no era sólo una terapia, que también era investigación. Y esto no quiere decir que el analista, a la vez que aplica su arte, investiga al sufrido paciente, no. Un analista no interroga ni corrobora la veracidad de lo enunciado por su analizante. Un Analista no es un investigador sino una pantalla para la transferencia" (Tamayo, 2004:21). Y enseguida agregó que el único sujeto en el análisis es el analizante, pues el psicoanálisis es una investigación sobre el hombre pero en tanto sujeto. Con esas ideas nosotros podríamos decir que en el caso del análisis de niños, en tanto el juego tiene la consistencia de una escritura y es el escenario en el que del niño expresa su subjetividad, es el proceso mismo de transferencia y de investigación de la subjetividad.

sueños>> en el que <<carta>> se traduce por <<disgusto>> y <<exequias>> por <<esponsales>>. Luego el traductor ha de remitir a una trama los tópicos que ha descifrado siempre indicando en ese proceso un sentido de futuro.

Dejemos pues en claro que para Freud los métodos simbólico y de descifrado son distintos al método psicoanalítico. Y que éste comprende el proceso mediante el cual las formas simbólicas de que se compone el sueño, habrán de transformarse, merced a la asociación libre, en una forma discursiva comprensible pues no son claras de inicio.

Es cada vez más claro que lo inconsciente no puede ser un lenguaje. Vimos que la idea de la escritura inconsciente freudiana, en tanto designa el simbolismo, la representación psíquica, corresponde a modos de retranscripción como el que Freud explica en su *Proyecto de Psicología*. Tal representación se encontraría organizada al modo de una permanente sustitución.

Ahora bien, trasladadas esas concepciones de la escritura al juego este devino un importante espacio creador, pues cuando el niño juega, construye un nuevo mundo en el que él mismo es soportado por las acciones, las imágenes, los dibujos, las escenificaciones en las que escribe su historia de deseos y frustraciones.

Entonces, para Freud el vínculo entre el símbolo y lo genuino se encuentra oculto por efecto del desplazamiento ejercido por la censura, tanto en el sueño como en el síntoma –y en el juego del niño-. En cambio, para Piaget (1959), tal vínculo se encuentra expresado, en el juego del niño y en el sueño, por el pensamiento simbólico. De modo que su pensamiento simbólico, el pensamiento que corresponde evolutivamente al momento del nacimiento de la capacidad simbólica y de juego en el niño, lo conduce a ese ocultamiento. Entonces, el pensamiento inmerso en el juego simbólico del niño, se basa en el uso de símbolos. De acuerdo con la comprensión de Piaget de los conceptos saussureanos, el símbolo designa un significante <<motivado>> que testimonia una semejanza cualquiera con el objeto significado. En ese sentido nos dice Piaget, una metáfora es un símbolo pues la conexión entre la imagen empleada y el objeto al que se refiere no está impuesta por convención social sino que es sentida directamente por el pensamiento individual. Por lo que el pensamiento simbólico servirá más para la expresión de los sentimientos y experiencias vividas y concretas, una especie de <<lenguaje afectivo>> que para la expresión de los pensamientos impersonales del <<lenguaje intelectual>>. Para Piaget el pensamiento simbólico se diferencia del pensamiento operatorio, pues éste funciona ya con la participación de signos lingüísticos y es la expresión última del desarrollo del pensamiento, constituye propiamente el pensamiento racional. La materia prima de los pensamientos operatorios es el <<signo>>. De acuerdo con el sentido saussureano que le da Piaget, es un significante arbitrario, ligado a su significado por convención social y no por un lazo de semejanza.

¿Cuál es la finalidad de comparar el simbolismo freudiano y el piagetiano? En primer término, hemos querido indagar el sentido que le da Piaget a los

términos de símbolo o significante lúdico y de significante lingüístico, y luego establecer, en la medida en que eso sea posible, una analogía entre el significante lúdico y el simbolismo freudiano o escritura inconsciente freudiana. De ese modo incursionaremos en el tema del símbolo lúdico que ha sido olvidado en el análisis de niños.

¿Qué significa que el símbolo lúdico o significante lúdico haya sido olvidado? Dice al respecto Dinerstein:

“Si el niño entra a análisis con una pregunta sobre su ser que nos entrega con la demanda implícita es sus síntomas, el despliegue de una cura consistirá en dar lugar al discurso, dimensión significativa que, en él, encontrará su soporte, predominantemente en lo que llamaremos provisionalmente significantes lúdicos” (Dinerstein, A., 1987: 99).

Es digno de señalar que ese término de significante lúdico no fue desarrollado en el texto, *El juego. Escritura pulsional, constitución del yo*, que comprende el capítulo III del libro *¿Qué se juega en psicoanálisis de niños?* de Dinerstein. Otros psicoanalistas, de acuerdo con nuestra revisión, parecen no haber desarrollado el término y por consecuencia no esclarecieron la diferencia entre el símbolo y el signo. Por ejemplo, Mannoni, mientras trata de discernir el proceso del <<fort/da>>, establece las siguientes diferencias entre el símbolo y el significante:

“Pero el campo dentro del que se mueve es un campo de palabras y lo que en él es transportado es el lenguaje materno. El objeto con el que opera el niño es un objeto indiferenciado: arroja todos los objetos pequeños que se encuentra a su alcance, o bien los sustituye por un carretel. Tales objetos sustitutos no son símbolos sino significantes, es decir, que en sí mismos pueden ser cualesquiera (no son ‘semejantes’), sólo el uso que de ellos hace el niño aclara su relación con la madre; la experiencia que hace no solo de la presencia y de la ausencia materna, sino también de lo que interviene como falta en su relación con la madre (el falo). Por consiguiente, el niño no necesita tener un arsenal de juguetes. *Puede llegar a crear el sentido con cualquier cosa*” (Mannoni, M., 1967: 24).

Esta cita de texto es reveladora pues distingue los siguientes planos del juego: se hace una distinción entre los <<símbolos>> y los significantes lúdicos cuando se dice que los objetos con los que juega el niño no son predominantemente <<símbolos>>, entendiendo por <<símbolo>> la expresión de una suerte de semejanza que une indisolublemente un objeto y un significado, sino que esos objetos de juego son significantes, es decir, significantes lúdicos. Pues es evidente su proclividad a la creación de sentido sin que para ello sea trascendente la cualidad del objeto. Ahora bien, de acuerdo con los términos que venimos utilizando en este trabajo, cabe aclarar que usamos el término de símbolo en el sentido con el que designa Mannoni al significante lúdico. Para nosotros, de acuerdo con las precisiones de Piaget son equivalentes el símbolo lúdico y el significante lúdico. Otro psicoanalista de niños, Ricardo Rodulfo (1989) le llamó <<práctica significativa>> a la producción que el niño hace del símbolo o significante lúdico. Y su esposa y también psicoanalista Marisa Rodulfo definió así al significante:

“los juguetes, pequeños objetos a, mediadores entre el analista y el niño, no son una entidad prefijada, fabricada por un juguetero, sino que un objeto cualquiera y

por qué no, también un juguete, ha de transformarse en '*juguete*' por la posibilidad que le otorga el niño al mutar un real en significante" (Rodulfo M., 1986: 41-42).

Vemos pues que varios psicoanalistas de niños tenían presente el sentido específico del significante lúdico. Sin embargo, pusieron el énfasis en el aspecto fonográfico del significante lo que dejaba fuera necesariamente a la manifestación gráfica e imaginaria (ideográfica) del significante. Así, hablaban indistintamente de la palabra como entidad abarcadora de los aspectos propiamente discursivos y de las manifestaciones gráficas, gestuales y plásticas. Parece que la relación entre los aspectos ideográficos y fonográficos de la escritura (simbolismo inconsciente) no pudo ser vislumbrada con claridad. Es decir, que pasó desapercibido que el juego implica tanto la manipulación de objetos, la realización de trazos y dibujos, la escenificación de historias mediante personajes y tinglados (lo que compendia el sentido de una escritura ideográfica) como la creación de las palabras o la emisión de aquellas palabras precisas (lo que comprende la escritura fonográfica y alfabética) para el discernimiento de lo que, en tanto enigma, interpela al niño.

Recién vimos el sentido que Piaget les da a los términos de símbolo y signo. Nos interesa sobre todo el significado que le da al símbolo como metáfora y como significante que expresa una relación abierta de semejanza con el objeto significado. Creemos que ese sentido es semejante al que Freud le otorga al simbolismo inconsciente. ¿Pero no estamos confundiendo las cosas? Piaget no fue psicoanalista. Sabemos que intentó un análisis, y que los resultados fueron inciertos (Delahanty, G., 1994: 27). Que en modo alguno el psicoanálisis fue algo ajeno para él. Sin embargo, sabemos también que su enfoque evolutivo es diferente al freudiano. ¿Queremos una perspectiva genética del simbolismo inconsciente? No por cierto.

Simplemente queremos ampliar los márgenes de comparación del simbolismo que Freud estableció entre el lenguaje de los sueños, la escritura inconsciente, y la escritura figural antigua de los egipcios, agregando ahora la analogía con el simbolismo lúdico piagetiano. Tal comparación permite reafirmar lo específico de la propuesta de Freud justamente porque Piaget hace referencia al simbolismo inconsciente. Entonces, la comparación aclara que lo trascendente del simbolismo inconsciente es su sentido creador y su carácter intraducible, al mismo tiempo que permite reconocer el aporte del trabajo piagetiano con la noción de símbolo lúdico.

Hechas esas aclaraciones podemos ahora continuar con la presentación del pensamiento de Piaget. Él ofrece, en una apretada y por eso mismo limitante síntesis, la consideración de las siguientes cuestiones generales del psicoanálisis: describe el método del psicoanálisis como el único con el que contamos actualmente para la exploración sistemática de los esquemas <<inconscientes>>. Por cierto, para Piaget es suficiente, en el análisis de niños, discernir mientras se mira jugar al chico y se le escucha, la existencia y la importancia de estos esquemas, siguiendo en todo momento las asociaciones del niño mediante las cuales manifiesta sus propósitos. Mientras que en el caso de los adultos es necesario utilizar y aprovechar ampliamente el método de la asociación libre, del cual da la siguiente descripción: colocar al paciente en un estado de pensamiento no dirigido y dar continuidad de él sin intervenir; rogar

al sujeto decir exactamente todo lo que viene a la mente, sin buscar ni excluir nada. De esa forma el sujeto aprende a observar sus pensamientos más íntimos sin temor y desprovisto de toda preocupación pudorosa y de amor propio.

Luego, Piaget ofrece la descripción de la hipótesis freudiana del simbolismo en general. Menciona la definición del sueño como la realización de un deseo, en el que el contenido aparente de los sueños es la transposición simbólica de otro contenido que se encuentra latente. Tal transposición es producto de la censura psíquica. La censura es la expresión de la conciencia del sujeto y de la interiorización de la autoridad de los padres. La censura se ejerce por los contenidos del sueño, tendencias reprimidas que pugnan por expresarse. Finalmente, el sueño es la realización simbólica de un deseo reprimido.

Enseguida hace mención del determinismo psíquico, pues explica que los deseos reprimidos se engarzan con otros deseos del pasado, de donde toman su real fuerza. Dice que las etapas del desarrollo sexual, la oral, la anal, la narcisista y luego la elección de objeto y las tendencias edipianas, proveen de una organización jerárquica a las tendencias infantiles.

Concluye Piaget lo siguiente del simbolismo:

“El simbolismo procede por medio de identificaciones, proyecciones, oposiciones, disfraces, etc., y está en las antípodas de la lógica, puesto que no obedece sino al <<Lustprinzip>> y tiene por función engañar a la conciencia” (Piaget, J., 1959: 252).

Observamos una importante coincidencia entre las concepciones del simbolismo que Piaget recrea del psicoanálisis y las de la psicoanalista Melanie Klein³³. Ella dice lo siguiente:

“Ferenczi sostiene que la identificación, precursora del simbolismo, surge de las tentativas del niño por reencontrar en todos los objetos sus propios órganos y las funciones de éstos. Según Jones, el principio del placer hace posible la ecuación entre dos cosas completamente diferentes por una semejanza de placer o interés” (Klein, M., 1930: 225).

Y agrega:

“Entonces el simbolismo no sólo constituye el fundamento de toda fantasía y sublimación, sino que sobre él se construye también la relación del sujeto con el mundo exterior y con la realidad en general” (Ibíd: 226).

Las coincidencias que advertimos en Piaget y Klein en su designación del simbolismo son la regencia del principio del placer en la producción de símbolos, el aprovechamiento de la fantasía y sus distintas manifestaciones imaginativas para reconstruir la realidad en general, y por último, el principio de equiparación entre dos cosas diferentes mediante el mecanismo de la ecuación simbólica. Empero no hay que olvidar que para Piaget el simbolismo

³³ Estos aspectos del simbolismo kleiniano los hemos investigado. Sin embargo, por cuestiones de espacio y para dar prioridad al despliegue de la tesis de que el juego tiene la consistencia de una escritura es que lo hemos dejado para otra publicación.

comprende una etapa del desarrollo cognitivo mientras que para Klein es el fundamento del psiquismo inconsciente.

Por otra parte, podemos intercalar aquí sin ninguna complicación la idea de Piaget acerca de la forma de representar del niño, una forma que él denomina egocéntrica pues constituye una visión omnipotente y centralista del niño al concebir el mundo. Esa visión del mundo del niño es egocéntrica y lúdica.

Con respecto a la síntesis del pensamiento freudiano, que hemos mencionado antes y que hemos de retomar aquí, Piaget dice no estar de acuerdo con las explicaciones del carácter visual de los sueños, el que se explica como el movimiento regresivo que conduce a las representaciones reprimidas en un reflujo a los órganos sensoriales. Considera por otro lado que el psicoanálisis acierta en el método y su ajuste a los hechos. Para Piaget los dos asuntos fundamentales descubiertos por Freud son que la afectividad infantil pasa por etapas claramente diferenciadas y que en cada una de ellas el sujeto asimila inconscientemente las situaciones actuales con las pasadas. Sobre todo Piaget valora los descubrimientos freudianos porque son hechos paralelos al desarrollo intelectual. Lamenta que Freud sea mucho menos genético de lo que suele decirse. Luego hace una revisión de la noción freudiana de pulsión (que en la traducción consultada es designada con el término de instinto) y la califica de lenguaje sustancialista³⁴. Esa es la crítica fundamental que le dirige. Cabe aclarar que una esquematización del pensamiento de Piaget sobre el psicoanálisis como la que aquí ofrecemos, necesariamente lo empobrece. Sin embargo, en descargo nuestro invitamos respetuosamente al lector a que consulte directamente las fuentes a fin de evitar estas malas interpretaciones que nosotros hacemos por lo limitado del espacio. De cualquier modo sirva esta breve presentación como la exposición más o menos clara de lo que significa la visión freudiana del simbolismo para Piaget. Él propone recurrir a los términos de reacción en lugar de concebir lo inconsciente con el poder de experimentar sentimientos por cuenta propia como si fuera una segunda conciencia.

Por nuestra parte consideramos que efectivamente el freudismo se encuentra propenso a un lenguaje sustancialista. Pero también sabemos que la interpretación que hace Piaget del pensamiento de Freud no es la única ni la más representativa del descubrimiento freudiano. Piaget insiste, equivocadamente creemos, en que habría que traducir lo freudiano a esquemas de acción como él hizo con sus descubrimientos en su teoría.

Sin que sea ese nuestro propósito, vemos en el trabajo de Piaget observaciones de interés para nuestro tema del simbolismo y del juego. Por ejemplo, él muestra con claridad que en el juego el niño encuentra el espacio

³⁴ Esclarecimiento de términos: **Substancialismo**. Puede llamarse de este modo a toda doctrina según la cual lo que es real es de carácter substancial, es decir, es substancia... (Ferrater, J., 1986: 3157-3158). **Substancia**. El vocablo latino *substantia* (=«substancia») corresponde al verbo *substo* (infinitivo *substare*) y significa literalmente «la estancia debajo de» en el sentido de «el estar debajo de» y de «lo que está debajo de». Se supone que una substancia está debajo de cualidades o accidentes, sirviéndoles de soporte, de modo que las cualidades o accidentes pueden cambiar en tanto que la substancia permanece... (Ibíd: 3147).

propicio para el desarrollo del pensamiento simbólico. Descubre que el niño cuando juega pasa significativamente de los objetos a los símbolos lúdicos y de éstos a los signos lingüísticos. De modo que tal proceso constituye un referente importante para nuestra conjetura de que el juego tiene la consistencia de una escritura inconsciente.

Veamos directamente el planteamiento de Piaget:

“Las tesis que vamos a intentar desarrollar en este volumen son principalmente dos: La primera es la de que, sobre el terreno del juego y de la imitación, se puede seguir de una manera continua el paso de la asimilación y de la acomodación sensorio-motora (dos procesos que nos han parecido esenciales en la constitución de las formas primitivas y preverbales de la inteligencia) a la asimilación y la acomodación mentales que caracterizan los comienzos de la representación. La representación comienza cuando simultáneamente, hay diferenciación y coordinación entre significantes y significados” (Piaget, J., 1959: 9-10).

Todos sabemos que la asimilación es la transformación que experimenta el sujeto y de la que toma conciencia o simplemente conoce como una modificación interior. Mientras que la acomodación es la modificación del sujeto en función de la asimilación y de lo que él percibe como un nuevo contexto a partir del cambio operado en sí mismo, de modo que puede adaptarse activamente a su medio. El juego implica para Piaget un cambio significativo, que consiste fundamentalmente en una asimilación simbólica, pues es el conducto de la acción a la representación. En todo ello la acomodación participa en la medida en la que se va transformando el mundo material del niño por otro simbólico.

La función simbólica se constituye precisamente cuando se juntan la imitación efectiva de un modelo ausente y las significaciones aportadas por las diversas formas de asimilación. Así, dice Piaget:

“Es entonces cuando la adquisición del lenguaje, o sistema de signos colectivos, se hace posible y gracias al conjunto de símbolos individuales, lo mismo que al de esos signos, los esquemas sensorio-motores llegan a transformarse en conceptos o a conjugarse con conceptos nuevos” (Ibíd: 10).

De manera que la propuesta de Piaget sobre el juego nos presenta la transición simbólica que transforma a los objetos en significantes lúdicos y a éstos en signos. ¿Es entonces compatible ese proceso de creación de significantes lúdicos con la idea de escritura inconsciente freudiana? Creemos que sí.

Luego, hemos de detenernos en otros planteamientos sobre la función de la censura del sueño freudiana que hace Piaget. Dice al respecto:

“Esto nos trae por fin al problema del simbolismo inconsciente. ¿Se puede aceptar, después de todo lo que acabamos de ver en cuanto a las cuestiones generales, la explicación freudiana del símbolo: una imagen enlazada a una o varias significaciones por asociaciones inconscientes que escapan a la censura? En otras palabras, el objeto (o el significado) del símbolo es asociado en el inconsciente a toda clase de imágenes, pero de este objeto censurado, únicamente son toleradas por la conciencia las asociaciones con imágenes que no lo recuerdan de manera demasiado evidente; estas imágenes son, pues, simbólicas en la medida en que engañan a la censura y el papel de las asociaciones libres es entonces

precisamente encontrar aquellas asociaciones inconscientes que estaban censuradas en el momento de la formación del símbolo.

Mas, esta interpretación nos parece plantear dos dificultades esenciales, que se desprenden de lo anterior: la primera es que se comprende mal el mecanismo así como la existencia misma de la censura y la segunda es que el simbolismo y singularmente el simbolismo inconsciente, rebasa ampliamente el dominio de lo que es <<censurable>> o reprimido y parece constituir, mucho más que un disfraz o que un *camouflage*, la forma elemental de la toma de conciencia en el sentido de una asimilación activa.

En efecto, tanto cuanto la noción freudiana de la represión está clara y es importante (además de antemano conquistó a todos los espíritus), la noción de censura es oscura y ligada a la concepción de la pasividad de la conciencia de la que hablamos más arriba. La censura es un producto de la conciencia, nos dicen, cuando ésta quiere ignorar un contenido reprimido. Pero ¿cómo la conciencia puede ser causa de ignorancia, es decir, de inconsciencia? Esto no es comprensible si no se compara la conciencia con un proyector, que alumbró ciertos puntos y se desvía de otros, por voluntad de aquel que lo acciona. Si la conciencia es actividad e inteligencia ya no se comprende; y aun menos si el logro de una represión está ordinariamente ligado a una cierta colaboración de la conciencia (sin lo cual la represión <<falla>> y hay que psicoanalizarla, es decir, justamente hacerla consciente). Ciertamente, sucede con frecuencia que la conciencia desee ignorar lo que le disgusta, pero entonces no es víctima y, cuando, en la tentación moral, se <<cierran los ojos>> hasta el último momento sobre la naturaleza de la tendencia que acaba por triunfar, se sabe muy bien, en el fondo, adonde se quiere llegar y la conciencia es en realidad cómplice desde el punto de partida. ¿Son, pues, estos mecanismos los que explican el símbolo? Eso sería bien insuficiente, en presencia de la generalidad del simbolismo. En realidad, la <<censura>> del sueño no es sino una expresión tautológica para significar su inconsciencia y, o bien ella no expresa nada más que la noción de la represión misma, o bien traduce el hecho mucho más general de la incapacidad del soñador para tomar una conciencia clara de todas las tendencias que le agitan” (Piaget, J., 1959: 261-262).

Hemos citado de manera extensa el pensamiento de Piaget sobre el simbolismo inconsciente y hemos enfocado sus críticas a la función de la censura freudiana con la finalidad de hacer evidentes los puntos de acuerdo y de desacuerdo con dicho pensamiento. En efecto, resulta mayormente comprensible la función de la censura si se enfoca como una cualidad del psiquismo humano de denegar lo que no se condice con los deseos o expectativas del individuo. Y creemos que resultan complementarias esa cualidad de denegar lo que es contrario al *Lustprinzip* y la forma expresiva de lo inconsciente, su manifestación como múltiples dialectos que en modo alguno ofrecen claridad. Entonces, el dinamismo inconsciente del deseo sometido a la censura es proporcional a la traducción del simbolismo inconsciente como dialecto. En todo ello opera un movimiento perenne de sustitución y derivación. De ahí que los estudios de Piaget sobre el juego y el pensamiento simbólico nos ofrezcan los elementos necesarios y suficientes para formular una analogía entre el proceso de creación de los significantes lúdicos, esta asimilación simbólica en la que prevalece alguna semejanza entre el objeto y lo significado, y la forma misma de escritura de lo inconsciente, en la que prevalece toda suerte de vías asociativas guiadas por algún tipo de semejanza.

Para nosotros, la condición de ocultamiento de la que da cuenta Freud en el sueño, el síntoma, el juego y en los otros derivados de lo inconsciente, es el

resultado de que ese representar tiene la forma de una escritura y en tanto tal se sustenta en el movimiento perenne de sustitución.

Por cierto, el simbolismo tiene grandes alcances. Al respecto dice Freud:

“Este simbolismo no pertenece en propiedad al sueño, sino al representar inconsciente, en especial del pueblo; y más completo que en el sueño lo hallaremos en el folcklore, en los mitos, sagas y giros idiomáticos, en la sabiduría del refranero y en los chistes que circulan en un pueblo” (Freud, S., 1900: 357).

No es pues necesario un arduo trabajo de indagación para ubicar el simbolismo en la base del representar psíquico.

“Habíamos dicho que todo el sueño y que todas las restantes formaciones del inconsciente podían encuadrarse en el concepto de <<simbolización>> en un sentido amplio, tal y cual Freud lo introduce desde los *Estudios sobre la histeria* pero resta hablar de un capítulo especial que fuera motivo de polémica y de múltiples reflexiones por parte de Freud, y al que éste retorna contradictoriamente. Es el relativo a <<La figuración por símbolos en el sueño>> y que fuera retomado en la décima de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*” (Saal, F., 1982: 32).

La autora referida aclara que el otro término del que se diferencia el simbolismo es <<La simbólica>> (Die Symbolik) de significado más restringido, que designa concretamente a la traducción simbólica del contenido de los sueños. Entre ambas, finalmente, dice que no existe una tajante separación. Pues aclara que el simbolismo freudiano es el representar del psiquismo, y <<la simbólica>> es una parte de ese universo simbólico. En ese sentido, coincidimos plenamente con ella.

Continuemos citando el pensamiento de Freud con respecto al simbolismo y a la escritura. Dice lo siguiente:

“Las incertidumbres todavía adheridas a nuestra actividad de intérpretes del sueño proceden en parte del carácter incompleto de nuestro conocimiento, que una progresiva profundización podrá salvar, y en parte dependen precisamente de ciertas propiedades de los símbolos oníricos. Estos a menudo son multívocos, de modo que, como en la escritura china, sólo el contexto posibilita la aprehensión correcta en cada caso” (Freud, S., 1900: 359).

El enunciado es contundente, los símbolos oníricos en su multivocidad se asemejan a la escritura china, una escritura ideográfica. También es definitivo el reconocimiento de lo incompleto del conocimiento de ese simbolismo. Tenemos pues descrito el problema, ese carácter incompleto en el conocimiento del simbolismo de los sueños, que da plena justificación a nuestro estudio sobre el juego y sobre la escritura. Estudio que esperamos aporte algunas pequeñas aclaraciones al respecto.

Y tenemos otro pasaje en el que puede evidenciarse lo que describe Frida Saal en relación con la diferenciación entre el simbolismo y la simbólica. Freud concluye la sección <<E>> *La figuración por símbolos en el sueño. Otros sueños típicos de la Traumdeutung*, diciendo lo siguiente:

“Pero al mismo tiempo quisiera advertir de manera expresa que no debe exagerarse la importancia de los símbolos para la interpretación del sueño, como si el trabajo de traducir éste hubiera de limitarse a la traducción de símbolos, desechando la técnica que recurre a las ocurrencias del soñante. Las dos técnicas de interpretación de los sueños deben complementarse; pero tanto en la práctica como en la teoría la precedencia sigue correspondiendo al procedimiento que describimos primero, el que atribuye la importancia decisiva a las preferencias del soñante, viniéndose a agregar como medio auxiliar la traducción de símbolos que acabamos de introducir” (Freud, F., 1900: 365).

Luego, al precisar el método de interpretación de los sueños, en tanto en cuanto el método y el objeto de investigación son dos partes complementarias de un todo, Freud hace una serie de precisiones que delimitan lo que él entiende por símbolo: plantea que interpretar un sueño, interpretar sus símbolos, significa indicar su sentido, intercalar algo con pleno derecho en el encadenamiento de nuestras acciones anímicas; que el método freudiano de interpretación de los sueños tiene en cuenta tanto las circunstancias actuales, en su totalidad, que rodearon al sueño, como sus antecedentes, provenientes de la historia de vida del soñante, que por vía asociativa integró en la interpretación del sueño; además, que el procedimiento de análisis consiste en la fragmentación del sueño y la solicitud de asociaciones sobre cada uno de los elementos del sueño, para que de ese modo se pueda acceder al sentido oculto del sueño; que ese método se contrapone tanto al método del descifrado, el que conduce a la traducción, mediante una clave fija, de un símbolo por otro, como al de interpretación simbólica, que toma todo el contenido del sueño y busca sustituirlo por otro contenido, comprensible y en alguna forma análogo, pues ambos son poco confiables; en síntesis, que el símbolo onírico inconsciente no posee un significado preestablecido, de modo que no puede efectuarse una traducción de él sino que debe recurrirse a una amplia reconstrucción de su sentido tomando en cuenta la mayor cantidad de elementos actuales e históricos (Freud, S., 1900: 118-141).

En el psicoanálisis de niños no siempre se ha tenido en cuenta este tipo de clarificaciones de modo que la situación ha trascendido en cierta confusión en el sentido otorgado a los términos de lenguaje y escritura. A propósito de todo esto, demos un ejemplo del problema de la comprensión y uso equívocos del lenguaje al confundir el signo con el símbolo. Para hacer evidente esa comprensión y uso equívocos, presentamos y analizamos una brevísima viñeta clínica de Maud Mannoni. Ella describe y analiza el siguiente caso: Paul de dos años y medio padece insomnio desde su nacimiento y en el momento de la consulta presenta vómitos y rechaza el alimento. Otros aspectos de su patología son: que nació con una alergia en la piel y a los diez meses comenzó con actitudes de violencia contra sí mismo, golpeándose la cabeza en franco riesgo de lastimarse, tuvo también una laringitis sibilante. Estos son los rasgos generales del caso, veamos ahora la secuencia específica que nos interesa revisar:

“Lo *atiendo con su madre* y le transmito, en un lenguaje adulto, la síntesis de sus trastornos desde el momento en que nació, poniendo el acento en la situación dual que se creó de este modo con la madre, y sobre lo *incómoda* que es la ausencia de lenguaje en el bebé. El niño abandona entonces las rodillas de su madre, comienza un largo diálogo conmigo del que nada comprendo.
Yo le respondo: ‘ Me gustaría mucho hablar de esto con papá ‘.

-Ah, no. El gran jefe es Paul.

Yo respondo: 'No, el gran jefe es papá. Él creyó que mamá era demasiado grande como para recibir palizas. Por eso [es] que dejó que Paul y mamá se las arreglasen solos. Pero papá sabe que si las cosas no andan bien les puede dar una paliza a mamá y a Paul, porque papá manda sobre los dos'.

-Ah, no, mamá es buena. Paul, el gran jefe de mamá". (Mannoni, M., 1965: 83-84).

Consideramos que esta brevísima viñeta clínica es un claro ejemplo de la situación equívoca en la comprensión y en el uso analítico del lenguaje, pues la psicoanalista no hace la diferenciación correspondiente entre el signo y el símbolo. Mannoni nombra como <<lenguaje adulto>> al lenguaje convencional. Y es evidente, en el fragmento clínico, que no resultó de gran utilidad recurrir a ese lenguaje, al del uso del signo, pues mientras ella procedió de esa forma (<<le transmito, en un lenguaje adulto, la síntesis de sus trastornos desde el momento en que nació, poniendo el acento en la situación dual que se creó de este modo con la madre, y sobre lo *incómoda* que es la ausencia de lenguaje en el bebé>>), el niño respondió en un lenguaje incomprensible para la psicoanalista (<<comienza un largo diálogo conmigo del que nada comprendo>>) de modo que no se estableció diálogo alguno entre ellos.

Por cierto, ella quiso dar a Paul una explicación y una síntesis de sus trastornos (recurriendo al uso de signos), lo que resultó una clara contradicción con la forma de comunicación que implica la noción de transferencia, en la que el discurso abandona toda lógica a favor de la libre asociación de ideas. Esa condición de transferencia establece analíticamente el predominio del simbolismo inconsciente caracterizado por la dimensión de la sustitución. Y en el análisis de niños suele ser inducida con el juego. De modo que, apenas la intervención de Mannoni dio pie al uso de símbolos, cuando le dijo a Paul <<Me gustaría mucho hablar de esto con papá>>, el niño sustituyó el término papá por el de jefe, en un evidente sentido metafórico (recuerde estimado lector la definición de símbolo que propone Piaget y que ofrecimos antes), y fue posible entonces establecer una comunicación significativa entre la analista y su pacientito. En suma, es el juego en su consistencia simbólica, en el uso de metáforas, el que hace posible una comunicación en el sentido analítico, pues permite el proceso de sustitución entre símbolos y con ello la producción de un sentido antes inadvertido, en tanto sentido inédito, para el analista y para el propio individuo en análisis.

Ahora bien, Mannoni comprende el proceso de la siguiente manera:

"Los síntomas de Paul desaparecieron debido a que el analista los utilizó como un lenguaje, intentando dar un sentido a aquellos puntos en los cuales el niño estaba detenido, fijado por el pánico frente a la amplitud de las exigencias de su libido. Si se le hubiera culpabilizado con esas exigencias, no se hubiese logrado más que llevarlo a que continuase el combate en el terreno somático, acentuando las defensas. Fue precisamente esto lo que intenté evitar.

Solo el acceso a la palabra (al develar el deseo oculto de Paul: ser el gran jefe de mamá), pudo ayudarlo a tomar distancia respecto de una angustia vivida como malestar corporal" (Ibíd: 84).

No hay duda: Mannoni concibe a los síntomas como un lenguaje que debe traducirse. Empero, las circunstancias del trabajo clínico se orientaron por otro camino. La psicoanalista había señalado su interés de hablar con el papá de Paul. Y fue esa comunicación la que motivo el juego de Paul. Ahora bien, fue Paul (y no Mannoni) quien indicó el sentido de los síntomas cuando dijo <<El gran jefe es Paul>>. Fue en un sentido lúdico en el que esa comunicación cobró sentido pues substituyó la palabra <<papá>> por la de <<jefe>> y se atribuyó esa personificación. La psicoanalista respondió entonces en ese mismo sentido de juego. Dijo: <<No, el gran jefe es papá>>. Mannoni ya no regreso a su <<lenguaje adulto>>, ya no explicó nada a Paul sino que se dejó guiar por el juego del niño. Tampoco explicó nada cuando dijo -refiriéndose al padre de Paul-: <<Él creyó que mamá era demasiado grande como para recibir palizas. Por eso [es] que dejó que Paul y mamá se las arreglasen solos. Pero papá sabe que si las cosas no andan bien les puede dar una paliza a mamá y a Paul, porque papá manda sobre los dos>>. Por tanto, no se trata de una explicación pues aunque Mannoni tiene en cuenta la doctrina psicoanalítica del deseo y las vicisitudes edípicas, ella se comunica en un sentido de juego. Su intervención no es doctrinaria sino clínica. La psicoanalista comprendió *a posteriori* que ese deseo oculto, esa exigencia libidinal era la que estaba creando pánico en el niño. Y que su develamiento haría posible que Paul se distanciara de la angustia y el malestar corporal. Pero no le fue claro el papel que cumplió en ese proceso el juego.

Para Mannoni el contenido de la comunicación de Paul fue el elemento central de su intervención pero el sentido lúdico pasó desapercibido. Retroactivamente entendió que la expresión del niño <<El gran jefe es Paul>> contenía el motivo del síntoma. Pero no vio ahí el espacio creador, la construcción de un sentido inédito del juego. Todo fue atribuido a la palabra. Incluso también parece inadvertida la participación de la psicoanalista en el juego. Mannoni observa el efecto clínico y lo atribuye al develamiento del deseo oculto de Paul, a su expresión verbal. No es parte de la explicación doctrinaria que tal efecto clínico proviniese de la transformación de un símbolo en un signo. De que el juego hizo posible que Paul pusiera en palabras su deseo. De que una condición necesaria y suficiente para la palabra es el juego. De suerte que Paul, luego de jugar y verbalizar su deseo, ya no tenía que somatizar su malestar.

Expuesto el ejemplo de Mannoni podemos continuar. El psicoanalista, entonces, no trabaja con la palabra al modo del lingüista, sino con la escritura o sistema de símbolos que, de algún modo intraducibles para el individuo y dispuestos en una particular forma de cronología y de lógica, constituyen sus síntomas, sus sueños, sus juegos, en fin, toda suerte de manifestaciones inconscientes que se presenta ahí donde el discurso se rompe, se desgarran. Entonces, las limitaciones para ser psicoanalizado no son las del infante y las del niño que no se expresa de modo verbal o lo hace sólo con limitaciones, sino que los impedimentos provienen de la concepción que equipara equivocadamente las formas retóricas del lenguaje con el discurso oracionalmente articulado, lógico y racional. En resumidas cuentas, mientras exista expresión simbólica en el individuo es posible su análisis aun cuando no posea una expresión oral amplia y bien estructurada.

En todo caso, en el análisis de niños pequeños, la contribución de un tercero es indispensable puesto que se requiere de la participación de los padres, en tanto en cuanto es por mediación suya que el pequeño encuentra las vías de transformación de los símbolos en signos. Es decir, el infante consigue el procesamiento tanto de los aportes significantes transmitidos más allá de cada generación, de los cuales el lenguaje, los mitos, las leyendas y demás expresiones simbólicas y la propia interacción con los padres son el vehículo, así como la necesaria interrelación lúdica de esos significantes que el niño hace en ese espacio verdaderamente propicio para la recepción y el otorgamiento de sentido simbólico que constituye el espacio del juego.

Corroboramos, entre otras cosas, que no es necesario un arduo trabajo de indagación para ubicar el simbolismo en la base del representar psíquico, y que la propuesta de Piaget sobre el juego resultó una sugerente idea para nuestra conjetura de que el juego es una escritura, al designar el simbolismo como la transición que transforma a los objetos en significantes lúdicos y a estos en signos. De suerte que el juego de los niños, en tanto escritura, implica el espacio simbólico en el que el sujeto construye primero sus significantes y luego los signos. Así, el juego en sí mismo tendría una importante función simbólica y de estructuración del psiquismo humano.

Constataremos ahora lo que la escritura pictográfico-ideográfica o semasiográfica, descubierta en el origen de la escritura, aporta al esclarecimiento de nuestra conjetura de que el juego tiene la consistencia de una escritura. Puesto que ofrece elementos de gran interés para nosotros con la analogía de que la pintura o la imagen, el trazo y las escenificaciones, constituyeron formas de representación singular, de enorme semejanza con lo que Freud designó de la escritura inconsciente.

3.2. Su implicación con la escritura semasiográfica o pictográfico-ideográfica (El interés por el psicoanálisis (1913) Gelb y Moorhouse)

Indagaremos el origen y desarrollo del término de escritura inconsciente en el texto de Freud, *El interés por el psicoanálisis*, de 1913, de modo que podamos dejar constancia de sus principales articulaciones conceptuales. Es un término que parece aislado del esquema conceptual de Freud. Designa, de acuerdo con nuestra lectura de los textos freudianos, la consistencia singular y significativa propia de lo inconsciente.

En esta temática del inconsciente, la escritura y el juego ¿cómo podríamos intercalar los estudios más o menos contemporáneos de la historia de la escritura?, ¿cuál sería el sentido de esa inclusión?, ¿qué nos aportaría?

A fin de esclarecer esas interrogantes, presentaremos sucintamente la historia de la escritura, caracterizando a la escritura inconsciente freudiana como una escritura semasiográfica (Gelb, I., 1952, Moorhouse, A. C., 1953). De ese modo intercalaremos en la analogía freudiana entre lo inconsciente y la escritura, una nueva base de comparación. Sin que nuestro propósito sea hacer una arqueología de la escritura inconsciente, sólo ofrecemos una nueva analogía.

Con ella buscaremos delimitar mejor la analogía, en lo que cabe esperar de una contribución proveniente de una fuente no psicoanalítica. Suponemos que de este modo podría resultar claro que colocar lo inconsciente del lado de una escritura fonográfica o del lado de una escritura ideográfica tiene determinadas implicaciones. Por ejemplo, en la escritura fonográfica adquiere una importancia capital la homofonía y con ella los juegos de palabras, mientras que con la escritura ideográfica lo hacen las expresiones gráficas como los trazos, los dibujos, las escenificaciones lúdicas y los juegos de palabras basados en la laxitud del significado de las palabras. ¿En qué modo esto queda de manifiesto en el análisis de niños? Tendremos oportunidad de retomar esta pregunta a fin de mostrar las principales tendencias conceptuales y clínicas del análisis infantil.

Es sabido por todos que Freud supuso que la escritura inconsciente podría compararse con una escritura figural antigua como la egipcia o con una ideográfica como la china. Que incluso quiso encontrar en la historia de la escritura alguna forma de justificación de sus explicaciones evolucionistas. Sin embargo, tal pretensión resultó equivocada (Benveniste, E., 1966a)³⁵. De modo que nuestras pesquisas tendrán otra dirección. Tenemos la idea de ampliar la analogía freudiana entre lo inconsciente y la escritura figural antigua. Creemos que de esa forma podremos constatar las implicaciones que necesariamente tiene el colocar lo inconsciente del lado de una escritura fonográfica o de una ideográfica, revisando las consecuencias de la idea de que el simbolismo es una escritura ideográfica que da consistencia al juego.

Daremos curso, pues, a uno de nuestros primeros objetivos, la presentación del término de escritura freudiana, que constituye, una vez que podamos constatar que Freud lo diferencia del término de lenguaje y lo equipara con lo inconsciente, la prueba de que es un término que se encuentra plenamente justificado en la teoría freudiana y que puede vincularse con el término de juego.

Digamos, entonces, que el aporte específico del término de escritura inconsciente podríamos pesquisarlo en la diferenciación, que en modo alguno parece evidente de inicio, entre el lenguaje y la escritura. Desde la segunda mitad del siglo pasado, el psicoanálisis ha tenido un amplísimo trabajo de comprensión de lo inconsciente mediante nociones obtenidas de la lingüística, de manera que el resultado ha sido un conjunto de temáticas de gran actualidad.

³⁵ “Existe el riesgo de que la autoridad de Freud haga que esta demostración pase por cosa establecida, o en todo caso acredite la idea de que habría aquí una sugestión de investigaciones fecundas. Se habría descubierto una analogía entre el proceso del sueño y la semántica de las lenguas ‘primitivas’, en las que un mismo término enunciaría una cosa y también su contrario. Parecería abierto el camino a una investigación que buscara las estructuras comunes al lenguaje colectivo y al psiquismo individual. Ante semejante panorama, no está de más indicar que hay razones de hecho que quitan todo crédito a las especulaciones etimológicas de Kart Abel que sedujeron a Freud” (Benveniste, E., 1966a: 79). Enseguida Benveniste muestra a detalle las inconsistencias de la investigación de Abel. También describe el error de Freud en su visión evolutiva y en su perspectiva de lo <<originario>>.

Ahora bien, en modo alguno podríamos afirmar que la formulación del término de escritura inconsciente dio origen, sin más, a las ampliaciones conceptuales que vinculan lo inconsciente y el lenguaje, entre las que se destaca, sin duda, el trabajo de Jacques Lacan. Otros trabajos freudianos sirvieron de base para ello, así habrá de constatarse más adelante cuando presentemos el trabajo de Frida Saal³⁶. Por cierto, no estamos del todo seguros que una diferenciación entre la escritura y el lenguaje pudiera ser el horizonte que comienza a vislumbrarse en el psicoanálisis. De cualquier forma es evidente su actualidad. Al respecto, cabe citar, de una enorme lista, el trabajo de Allouch y el de Derrida sobre la escritura, de los que daremos cuenta más adelante.

En razón de que la conjetura que sostiene este trabajo es la de que el juego tiene la consistencia de una escritura, consideramos pertinente realizar la investigación de la situación conceptual del término de escritura inconsciente. La justificación de nuestras pesquisas proviene, por mencionar específicamente una, de las complicaciones que se habían constatado en el análisis de niños, concretamente de la falta de una cabal inteligencia de lo que implicaba el juego. Sabíamos que si el juego se concebía como un lenguaje, su naturaleza inconsciente quedaba convertida en un sistema de comunicación sin trabas, lo que no compaginaba con la experiencia clínica en la que una y otra vez se reiteraban las dificultades de comunicación y de comprensión del proceso del niño.

Prosigamos con nuestra tarea. Reiteremos la designación freudiana del término de escritura. En el texto *El interés por el psicoanálisis*, de 1913, se hace referencia expresa sobre lo inconsciente como una escritura y en el de la *Traumdeutung* se hace suponer que lo inconsciente tiene la composición de un texto pero de un texto sagrado (Freud, S., 1900: 508). En esas designaciones ¿existe polisemia de los términos? Sabido es que Freud supo sacar provecho de la pluralidad de significados de las palabras, pues pudo observar sus múltiples dimensiones y los distintos matices de los fenómenos que designan. O simplemente, ¿habría en todo ello una indeseada laxitud promovida por la analogía que Freud había establecido entre el lenguaje de los sueños y la escritura? O una y otra de esas dos opciones. Dejémosnos guiar por estas preguntas en nuestras indagaciones.

En el primero de esos textos, Freud da curso a su visión de futuro cuando concibe el interés que el psicoanálisis podría despertar en otras disciplinas. Al hacer referencia al interés para las ciencias del lenguaje, parece que resultó inevitable que él recordara sus pesquisas en el ámbito de las neurosis, que lo habían colocado ante la posibilidad de interpretar los sueños, los síntomas y los otros derivados del inconsciente como expresiones de un lenguaje peculiar. De ahí que desde el inicio de su texto le resultara necesario definir el lenguaje, a fin de evitar las confusiones que pudiese generar el uso de un término tan familiar como ese. Por cierto que acota su sentido cuando dice que es el modo de expresar una actividad anímica; y que ese modo de expresión, que en el

³⁶ Ella reproduce una cita de J.A. Miller en los siguientes términos: “La tesis de Lacan se apoya evidentemente sobre las primeras obras de Freud analista, en donde los hechos llamados sueño, lapsus y chiste, se presentan bajo la forma de mensajes a descifrar” (J.A. Miller, “Algorithmes de la psychanalyse”, en *Ornicar?*, núm. 16, 1978, p.15) (Saal, F., 1982: 14)

psicoanálisis es una interpretación, resulta en verdad poco familiar tanto para el propio paciente como para el analista. De suerte que el trabajo analítico tiene todas las complicaciones de la traducción. Esta es la manera en la que lo describe:

“Sin duda trasgredió el significado usual de los términos cuando postulo el interés del psicoanálisis para el investigador de la *lengua*. Por <<lenguaje>> no se debe entender aquí la mera expresión de pensamientos en palabras, sino también el lenguaje de los gestos y cualquier modo de expresar una actividad anímica, por ejemplo la escritura. Es que es lícito aducir que las interpretaciones del psicoanálisis son sobre todo unas traducciones de un modo de expresión que nos resulta ajeno, al modo familiar para nuestro pensamiento” (Freud, S., 1913: 79).

Ahora bien, la interpretación psicoanalítica conceptualizada como una traducción no coincide con la traducción de los lingüistas. Puesto que Freud está planteando el interés del psicoanálisis para las ciencias del lenguaje es conveniente hacer esa diferenciación. En primer lugar, porque en la interpretación psicoanalítica no hay dos sistemas de lengua³⁷ que permitan trasvasar el contenido de uno en otro. Lo prevaleciente en el psicoanálisis es un lenguaje que toma la forma de una escritura. Una escritura que como modo de expresión <<nos resulta ajeno>>; una escritura inconsciente. Luego, no hay un sentido definido de antemano que sea simplemente traducido. Así, al propio individuo se le escapa el contenido de lo que pretende expresar, pues si bien ha dicho, escrito o manifestado de algún modo algo, no necesariamente ha sido conciente de que era eso lo que quería comunicar o de que era sólo eso lo que había querido expresar. Quizá por todo eso Freud concibió a la interpretación psicoanalítica como un trabajo que se aproxima más al desciframiento como el que se emprendió para traducir los jeroglíficos que a la traducción. Es decir, no es la transposición de un idioma a otro, sino de una escritura ideográfica a una fonográfica y finalmente a una alfabética. Así, se completa el proceso de significación cuando la imagen y la palabra se enlazan sólidamente. Freud presenta esas consideraciones en los siguientes términos:

“Si reparamos en que los medios figurativos del sueño son principalmente imágenes visuales, y no palabras, nos parecerá mucho más adecuado comparar al sueño con un sistema de escritura que con una lengua. De hecho, la interpretación de un sueño es en un todo análoga al desciframiento de una escritura figural antigua, como los jeroglíficos egipcios. Aquí como allí hay elementos que no están destinados a la interpretación, o consecuentemente a la lectura, sino sólo a asegurar, como unos determinativos, que otros elementos se entienden. La multivocidad de diversos elementos del sueños halla su correspondiente en aquellos antiguos sistemas de escritura, lo mismo que la omisión de diversas relaciones que tanto en uno como en otro caso tienen que complementarse a partir del contexto” (Ibíd: 180).

Freud tiene claro que el trabajo de análisis de los sueños consiste en descifrar imágenes. En esa tarea no todo es factible de ser leído. Algunos elementos servirán como soporte de lectura de otros. Las imágenes del sueño encuentran su equivalente en los antiguos sistemas de escritura. Así, lo inconsciente es una escritura. La multivocidad de esa escritura proviene, de acuerdo con

³⁷ **Lengua.** (Del lat. *lengua*) //2. Sistema de comunicación verbal y casi siempre escrito, propio de una comunidad humana. (...) (Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia Española, 2001: 1362-1363).

nuestros supuestos, de su condición de escritura ideográfica y fonográfica. Es decir, la transposición de imágenes en palabras y de palabras en imágenes que da consistencia a ese proceso abre la multiplicidad de sentidos posibles. De modo que cuando se ha querido suprimir esa diversidad mediante un traslado mecánico del discurso hacia las figuras retóricas del lenguaje (como en la experiencia clínica de Dinerstein con su paciente Marcela) se ha omitido la importancia del necesario enlace entre imagen y palabra. O cuando se ha trasladado simplemente el simbolismo del juego a su expresión verbal (como en el ejemplo de Paul de Mannoni) pues se cree que el poner en palabras lo que complica al niño es suficiente. En modo alguno se ha buscado comprender que cuando el niño pone en palabras algo es porque antes tuvo la oportunidad de jugar. Creemos que ha sido el estudio psicoanalítico del juego el que ha dejado en claro eso. En efecto, el simbolismo lúdico no puede trasladarse a las figuras retóricas del lenguaje por medio de la intervención del analista. Tampoco se trata simplemente de verbalizar el proceso. Contrariamente, es el juego del niño el que provee el enlace entre la imagen y la palabra. El juego articula la escritura ideográfica y fonográfica. Es el juego del niño el que mantiene abierta las múltiples posibilidades de significación de la escritura que le da consistencia.

Así pues, antes de retomar otras pruebas que ofrece Freud con respecto a la aclaración de lo que él entiende por lenguaje en el psicoanálisis, resulta conveniente aclarar algunos términos.

En primer lugar veamos la definición del término de lenguaje³⁸. El lenguaje implica los sonidos articulados con los que el hombre da expresión de lo que piensa y siente. Es la forma personal de hablar y escribir. Es la expresión de la facultad de hablar. Ahora bien, otro de los términos fundamentales en la investigación del juego y la escritura, es el término de escritura. Veamos su definición³⁹. Escribir es en todo caso la acción y el efecto de escribir. Es un sistema de signos utilizados para escribir, de donde surgen las formas de la escritura alfabética, silábica, ideográfica y jeroglífica.

Recapitulemos ahora el sentido de los dos términos aludidos. Freud los acota, de modo que se diferencian de su uso común. Cuando hace mención del lenguaje, en realidad, nos dice, quiere designar más una escritura. Una escritura ideográfica. Una forma simbólica que implica en su composición imágenes, palabras y otros signos no convencionales. Algo que podríamos calificar como la expresión de lo propio de cada individuo. Que incluye la influencia cultural pero con los matices que las vivencias y experiencias le han proporcionado a ese individuo en particular. Pero sobre todo es una forma

³⁸ **Lenguaje.** (Del prov. *lenguatge*). m. Conjunto de sonidos articulados con que el hombre manifiesta lo que piensa o siente. // 2. **lengua** (El sistema de comunicación verbal). // 3. Manera de expresarse. *Lenguaje culto, grosero, sencillo, técnico, forense, vulgar.* // 4. Estilo y modo de hablar y escribir de cada persona en particular. // 5. Uso del habla o facultad de hablar. // 6. Conjunto de señales que dan a entender algo. *El lenguaje de los ojos, el de las flores...* (Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia Española, 2001:1363-1364).

³⁹ **Escritura.** (Del lat. *scriptura*). f. Acción y efecto de escribir. // 2. Sistema de signos utilizados para escribir. *Escritura alfabética, silábica, ideográfica, jeroglífica...* (Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia Española, 2001: 963).

simbólica que escapa a la advertencia consciente del sujeto, porque la rechaza, en tanto en cuanto le resulta inconcebible como algo suyo.

Luego de ofrecer algunos matices de la definición de los términos freudianos de lenguaje y escritura, demos paso a otras pruebas que ofrece Freud con respecto a considerar lo inconsciente como una escritura.

Dice Freud que la interpretación de un sueño es la traducción del contenido del sueño, vale decir, de los pensamientos oníricos latentes, <<el lenguaje del sueño>>, al lenguaje de la vigilia. Mediante ese procedimiento se toma noticia de que el llamado <<lenguaje del sueño>> es un sistema expresivo arcaico. Enseguida arguye, como prueba de su afirmación, que en el sueño no existe la negación, sino que los elementos contrarios se subrogan unos a otros. Al respecto escribió el texto *Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas*⁴⁰, de 1910. Difícilmente el recurso de lo primario o de lo original podría aportar las bases para sustentar la naturaleza expresiva del sueño que Freud califica de arcaica.

Luego, Freud ofrece otra prueba a favor de que el sueño es una especie de lenguaje, cuando señala que el contenido del sueño son imágenes que expresan su sentido por medio de ciertos símbolos que pueden traducir el contenido del sueño sin recurrir a las asociaciones del soñante. Y al igual que hizo con la primera prueba, remite estos símbolos, como antes hizo con la subrogación de elementos contrarios en el sueño, a un hipotético momento de la antigüedad en el que se estaba desarrollando el lenguaje y los conceptos.

Dos pruebas que además de resultar cuestionables, han generado cierta confusión entre algunos psicoanalistas, por lo menos eso parece, al dar por asentado que el contenido de los sueños era semejante a un lenguaje, sin considerar en sus supuestos que el mismo Freud había hecho la aclaración de que en realidad era más preciso compararlo con un sistema de escritura figural antigua. Quizá por eso se concibió la idea de que el sueño podría traducirse ya no mediante símbolos preestablecidos, como en la época freudiana, sino por juegos de palabras. Reconocida la posibilidad de diferenciar el lenguaje y la escritura en el psicoanálisis: ¿cuáles serían las consecuencias de concebir lo inconsciente como una escritura ideográfica?, ¿qué implicaciones teóricas y clínicas tendría la conjetura de que el juego tiene la consistencia de una escritura inconsciente? Quizás la posición de Dinerstein pudiera ilustrar los acontecimientos teóricos y clínicos que se seguirían de esa conjetura del juego, cuando escribe:

“Ya no se trataría del juego sino del jugar (en una división si se quiere arbitraria), actividad creadora que no podríamos adjudicar a un sujeto sino que, al contrario, lo soporta, lo trabaja, lo constituye. El jugar produciendo un sujeto. Winnicott, creemos, es quien más se ha acercado a aprehender la importancia de esta faceta” (Dinerstein, A., 1987: 98).

⁴⁰ Benveniste (1966a) mostró lo insostenible de esa afirmación freudiana.

Si el jugar produce un sujeto es, desde luego, en tanto en cuanto constituye una escritura. Así, el sujeto queda inscrito en un sistema simbólico al mismo tiempo que inscribe ese mundo en su psiquismo.

Retomemos nuevamente el texto, *El interés por el psicoanálisis*. Hasta aquí, se han destacado las ideas relativas al medio figurativo del sueño y su consistencia de escritura inconsciente; también se ha hecho referencia tanto a la interpretación de los sueños y el desciframiento de una escritura antigua, como a la multivocidad del sueño y de la escritura. Pero todavía Freud nos ofrecerá una idea más, realmente sugestiva:

“El lenguaje del sueño, podría decirse, es el modo de expresión de la actividad anímica inconsciente. Pero lo inconsciente habla más de un dialecto⁴¹” (Freud, S., 1913: 180).

La idea de derivación que implica el término de dialecto parece del todo conveniente a nuestros fines explicativos, pues concebimos a la escritura inconsciente, justamente, como la acción de separar una parte del todo, es decir, sacar del sistema de lengua el modo particular de simbolizar del individuo. Se trataría, en todo caso, de acciones de derivación con las que el individuo intenta dar cuenta de algo, siempre recurriendo a los medios de expresión que le son propios, sin lograr del todo comunicar lo que desea.

A fin presentar con la mayor claridad posible el sentido que le damos a la analogía entre la escritura inconsciente del juego y la escritura semasiográfica de Gelb (1952) y la pictográfico-ideográfica de Moorhouse (1953), veamos una apretada síntesis de las ideas de esos historiadores de la escritura.

Dice Gelb que lo que caracteriza externamente a la conducta humana es su disposición a la expresión y a la comunicación. Constituyen la conducta personal y la social, respectivamente. La primera, la disposición a expresar ideas y pensamientos, posee formas naturales y artificiales de manifestación. La expresión natural de la alegría es la risa y del dolor el llanto. La expresión artificial recurre a un poema o una pintura. Ahora bien, es el lenguaje, en sus distintas manifestaciones, la forma natural de expresión de las ideas en el hombre. Pero también es el medio más común para la comunicación. En efecto, el lenguaje representa la forma convencional o generalmente comprensible con la que el hombre puede comunicar sus sentimientos y sus pensamientos. Es decir, con el lenguaje se establece una zona de imbricación entre la expresión y la comunicación. De ese modo los fines de una y otra están mezclados, de suerte que al hablar de una se vuelve obligado hablar de la otra.

⁴¹ Esclarecimiento de términos: **dialecto** (Del lat. *dialectus*). m. Ling. Sistema lingüístico considerado con relación al grupo de los varios derivados de un tronco común. *El español es uno de los dialectos nacidos del latín.* // 2. Ling. Sistema lingüístico derivado de otro, normalmente con una concreta limitación geográfica, pero sin diferenciación suficiente frente a otros de origen común. // 3. Ling. Estructura lingüística, simultánea a otra, que no alcanza la categoría social de lengua (Diccionario de la Lengua Española de la Real Académica Española, 2001: 815).

Los dos aspectos que distingue Gelb en el lenguaje, la expresión y la comunicación, han sido objeto de revisión en esta investigación del juego. Los autores consultados designan del juego su capacidad expresiva y comunicativa. La tesis que defendemos de que el juego tiene la consistencia de una escritura pretende precisar el modo en el que jugando el niño se expresa y comunica.

Prosigamos el compendio de las ideas de Gelb sobre la escritura semasiográfica. Citemos un pasaje de su texto:

“La escritura se expresa no por los objetos en sí, sino por señales en los objetos o en cualquier material. Los símbolos escritos se ejecutan normalmente por medio de la acción motriz de las manos al dibujar, pintar, rayar o grabar. Esto queda reflejado en el sentido y la etimología de la palabra ‘escribir’ en muchos idiomas diferentes. La palabra inglesa *to write* corresponde al nórdico *rita* ‘grabar (runas)’ y al alemán moderno *reißen, einritzen* ‘rasgar, grabar’. La palabra griega *γράφειν* ‘escribir’ como en gráfico, fonografía, etc., es la misma que para ‘grabar’, *to carve* en inglés, *kerben* en alemán. El latín *scribere*, alemán *schreiben*, inglés *scribe, inscribe*, etc., significó originalmente ‘grabar’ como podemos ver por su conexión con el griego *σκαριφάσθαι* ‘grabar, rayar’. El gótico *méljan*, ‘escribir’, significó en un comienzo ‘pintar’, como indica el hecho de que el término alemán moderno *malen* significa ‘pintar’. Y, finalmente, en eslavo *pisati* ‘escribir’ hacía referencia originalmente a la pintura, como lo demuestra la conexión con el latín *pingere* ‘pintar’, presente también en las palabras inglesas *paint, picture, pictography, etc.*” (Gelb, I., 1952: 24-25).

Sabemos muy bien que cuando Freud se refirió al simbolismo inconsciente como una escritura antigua estaba planteando una analogía. De modo que no podemos buscar en la historia de la escritura una explicación del sentido del simbolismo inconsciente. Acaso de lo que se trata es de aportar nuevos elementos para la analogía. Por cierto, es evidente que la labor de Freud estuvo enfocada en crear modelos de escritura para describir un supuesto aparato psíquico. Cuando revisemos el texto de Derrida eso será por demás evidente. Por ahora es suficiente con reconocer la analogía entre el origen de la escritura y el trabajo de inscripción psíquica. En ambos casos algo trata de ser registrado, grabado. Y dado que nuestro interés en el juego se refiere tanto a la disposición para inscribir algo en el psiquismo como a la expresión de lo inscrito, estas referencias de Gelb nos proporcionan las bases para indicar que en el juego del niño no existe un predominio de la palabra. Acaso lo que prevalece es la proclividad a la manipulación de los objetos, la elaboración de dibujos y pinturas, la realización de trazos y marcas, es decir, la realización de una escritura.

A favor de la idea de una separación entre lo fonético y lo gráfico veamos la siguiente cita de Gelb:

“Por otro lado, sabemos por experiencia, corroborada por pruebas en el campo de la psicología, que podemos pensar sin una silenciosa fluencia de palabras y que podemos comprender el sentido de cosas de las que no disponemos de designación en la mente” (Ibid: 28).

De donde se sigue que el juego por sí mismo puede propiciar la inscripción psíquica de un evento sin que sea imprescindible el recurso de la palabra. De

hecho, en los distintos ejemplos del juego de los niños que hemos citado en este trabajo la palabra es el resultado final de un proceso de juego.

Veamos otras ideas de Gelb al respecto:

“Claro es que casi todos los sistemas de signos pueden ser transferidos a alguna forma lingüística, simplemente porque la lengua es el sistema de signos más desarrollado y más completo de que disponemos, pero deducir de esto que la lengua constituye la base de toda comunicación humana es una exageración” (Ibid: 28).

En el psicoanálisis, este predominio del lenguaje y la palabra, se había corroborado cuando los síntomas neuróticos pudieron ser comprendidos como símbolos inconscientes y transferidos luego a una forma discursiva. Pero en el análisis de niños ese descubrimiento se topó con el problema de la escasa capacidad de expresión verbal del niño. Entonces, erróneamente, se quiso trasladar la experiencia del análisis de adultos al de niños. De modo que se pensó que lo que había que hacer era poner en palabras el simbolismo propio de los síntomas y los juegos del niño. Pero se ignoró el papel del juego en ese proceso. Se desconoció la función constitutiva de la subjetividad que posee el juego. Pues es el juego el que hace posible que los significantes lúdicos se transfieran en lingüísticos. De donde se sigue que lo fundamental del proceso de análisis de niños no es transferir por medio del lenguaje el simbolismo de los síntomas y los juegos, sino de hacer posible el juego del niño, propiciándolo y dándole continuidad, de modo que sea el niño quien produzca las palabras propicias para nombrar lo que el juego ha constituido.

Gelb distingue claramente la etapa semasiográfica (que expresa sentidos y nociones vagamente relacionadas con el habla) de la fonográfica (que expresa el habla) de la escritura. Dice, además, que con la <<fonetización>> la escritura perdió gradualmente su carácter independiente⁴². Es decir, la <<fonetización>> hizo creer que el lenguaje y la palabra eran la base de toda la comunicación humana. Y que la escritura era simplemente un aspecto complementario. Sin embargo, Gelb nos permite advertir hasta qué punto la escritura se distingue del lenguaje y la palabra. Esa independencia que ha pasado inadvertida a pesar de las aclaraciones de Freud y de Lacan. Ellos vislumbraron que lo inconsciente tiene la consistencia de una escritura. Y para nosotros esas aclaraciones de Gelb han permitido alcanzar un mejor discernimiento de que el juego de los niños tiene la consistencia de escritura.

Continuemos ahora con las ideas de Moorhouse sobre la escritura pictográfico-ideográfica. Presentemos una breve semblanza de ellas:

“Un esquema simple de las diferentes clases de escritura puede trazarse como sigue:

- 1) Escritura pictórica directa: representación sinóptica de una escena o de un acontecimiento, tal como lo vio o lo imaginó el artista.
- 2) Pictogramas: separación de los diferentes elementos de la pintura, representación por medio de un número de signos distintos, cada uno de los cuales significa directamente el objeto representado.

⁴² De modo que la escritura en la actualidad se entiende como: “(...) *un sistema de intercomunicación humana por medio de signos convencionales visibles...*” (Gelb, I., 1952: 32).

- 3) Ideogramas: como en el número 2), salvo que aquí la relación entre el objeto representado en el signo y la idea significada, es indirecta, y obtenida por sugestión.

En la totalidad de las etapas 1) a 3) la escritura es independiente del lenguaje, como en nuestras señales de tránsito (dos líneas cruzadas, por ejemplo, indican al automovilista la presencia de un cruce de tránsito).

- 4) Fonogramas: el signo representa un sonido, y de esa manera se enlaza con el lenguaje. Los signos, de tres clases, son el equivalente: a) De un número indefinido de sonidos, y especialmente de una palabra completa (mono o polisilábica); b) De un solo sonido, la sílaba; c) En el alfabeto, o bien del sonido de una vocal, o de una consonante, que no es propiamente un sonido por sí misma.

Entre la etapa 1) y el resto existe una gran laguna, dado que sólo retrospectivamente podemos ver que la escritura simplemente pictórica es al fin y al cabo un sistema de escritura. La transición entre las otras etapas fue gradual, cuando la realizó un solo pueblo por su propio esfuerzo, como ocurrió, por ejemplo, con los egipcios; en tal caso, las huellas de una etapa más primitiva pueden perdurar mucho después de que han dejado de ser necesarios” (Moorhouse, A. C., 1953: 39).

Al parecer, el niño que juega reproduce de algún modo esa secuencia de la escritura. En efecto, representa los acontecimientos tal como los ve, ya sea mediante dibujos o escenificaciones, a veces en forma narrativa. De acuerdo con los autores revisados convierte a los objetos en significantes lúdicos. Dota a los objetos de una significación que hace de ellos personajes. Es decir, establece una ecuación entre el objeto y las personas significativas de su entorno. Luego, inventa su propio sistema de comunicación asignando a determinadas figuras u objetos la representación de un sentido particular; incluso, en ocasiones desarrolla para sí mismo y para sus compañeros de juego, formas de representación ideográfica. Por último, cada una de estas expresiones simbólicas del juego del niño es acompañado por manifestaciones verbales no convencionales y por diálogos bien estructurados. En este proceso no debemos olvidar que la asignación simbólica que el niño hace de los objetos se acompaña de transformaciones de su subjetividad. Es decir, que a la par que el niño incide lúdicamente en su entorno ese cambio simbólico incide en él.

Hemos constatado que el simbolismo inconsciente es equivalente de una escritura. Que el juego tiene la consistencia de una escritura pues comprende la producción de significantes lúdicos. Que existe una independencia relativa entre los aspectos ideográficos y fonográficos de la escritura. De donde se sigue que el juego no se circunscribe a una cuestión discursiva sino que posee la virtud de entramar esos dos aspectos de la escritura. Prosigamos nuestra tarea revisando el modo en el que el método y la doctrina se articulan en el psicoanálisis.

3.3. Su vinculación con el método y la teoría

En la revisión del tema de la escritura y lo inconsciente ¿cuál es el papel que hemos de atribuir al método psicoanalítico?, ¿fue su participación lo que hizo suponer que lo inconsciente tenía la consistencia de un lenguaje?

Para dar respuesta a esas interrogantes y para proseguir con nuestras pesquisas en torno a la escritura y el juego, haremos una revisión muy

específica del sentido del lenguaje en la obra freudiana, en la que se pretende mostrara la integración entre el método y la teoría. Con esta revisión buscaremos situar con mayor claridad lo que es lenguaje y lo que es escritura en el juego.

Nos proponemos el análisis y la interpretación del texto de Frida Saal, *El lenguaje en la obra de Freud*, de 1982, a fin de indagar si el sentido que se le otorga al término de lenguaje se contrapone con el de escritura. Que el título y el contenido de dicho texto resultasen favorables para retomar el debate entre los defensores de la idea de que lo inconsciente era un lenguaje y entre los que lo consideraban una escritura, era algo que debíamos demostrar. Sospechábamos la existencia de un gran vacío, pues parecía que el texto en cuestión no hacía referencia al término de escritura. ¿Habría influido en ello la enorme relevancia que la lingüística había alcanzado en el psicoanálisis mostrando en relieve lo fonético? Resultaba inquietante esa interrogante. Era algo así como decir que lo que había sido el sustento y el promotor de ciertos aspectos del psicoanálisis, en otros podría haber funcionado como obturador de su proceso.

Sin embargo, no parecía que la cuestión fuese ni de obturación ni de confusión, puesto que Frida Saal estaba clara en la relación de la lingüística con el psicoanálisis y en los beneficios de claridad conceptual que le había reportado al segundo de ellos. Escribió que, de acuerdo con las enseñanzas de Lacan, el psicoanálisis era una práctica del decir, del lenguaje, distinta a las prácticas de la lingüística. Por ejemplo, citó los casos de los psicoanalistas que elaboraron modelos semiológicos del proceso psicoanalítico, circuitos de comunicación y cómputos estadísticos de los enunciados de modo que pudieran relacionarse la prevalencia de adjetivos, verbos o sustantivos con ciertas estructuras psicopatológicas. Concluyó entonces, que en esas prácticas lingüísticas lo que quedaba fuera era la concepción de lo inconsciente como un lenguaje, nada menos que, nos decía, lo específico de su práctica. Ahora bien, todo indicaba que el problema era, entonces, que no había en el psicoanálisis una concepción de lo inconsciente sino dos. Y que una de ellas, la que lo ubicaba como una escritura, no había encontrado todavía su lugar en la teoría y en la clínica.

Era evidente entonces que la relación del psicoanálisis con las ciencias del lenguaje que Freud había vislumbrado en 1913, en su texto, *El interés por el psicoanálisis*, conducía a dos caminos, uno en el que se omitía lo inconsciente a favor de la comprensión de los circuitos de comunicación, y otro en el que lo inconsciente quedaba comprendido precisamente por su naturaleza de lenguaje. Sin embargo, quedaba fuera todavía la acotación del término de lenguaje que Freud hiciera en ese texto, aquella en la que se diferenciaba el lenguaje y la escritura.

Amplieemos las ideas con las que Saal da sustento a su posición:

“Lo que quedaba pues abierto es un campo, un espacio, que hace posible el *libre juego del significante*, único capaz de producir sentido en el sinsentido. El habla se articulará allí, acorde a reglas ajenas al *querer decir intencional del sujeto*, y el deseo habitará el discurso del que es él el productor, el motor” (Saal, F., 1982: 21).

No hay duda, para Saal existía el pleno convencimiento, ratificado en la clínica, de que la práctica psicoanalítica era una práctica del juego libre del significante. Ese juego, dada su consistencia de lenguaje, abría las posibilidades de significación, y curiosamente aludía a una forma de hablar en la que el individuo parecía quedar ajeno al proferir de las palabras. Sin duda, la participación del método psicoanalítico que establecía una forma específica de hablar en la que el sujeto se abandonaba al libre discurrir, tenía una significativa participación en la obtención de esos resultados. Ahora bien, ¿cómo entender ese procedimiento? ¿Era sólo una invitación a que el individuo se abandonase a sus pensamientos, percepciones y sentimientos sin ningún tipo de traba que los obstruyese, arguyendo razones lógicas de coherencia o de congruencia y que los comunicase entonces con la misma apertura? ¿O acaso ese método implicaba también disponerse a favor de la manera específica en la que el sujeto se expresaba, sin la expectativa de una forma de comunicación, ni mucho menos de algún requerimiento de claridad discursiva? ¿Sería entonces eso, el dar la continuidad y el desplegar adecuadamente las cualidades del método lo que habría de conducirnos a la acotación freudiana de que lo inconsciente, sobre todo el que se expresaba en la forma de un lenguaje de los sueños, un lenguaje figural antiguo, se parecía más a una escritura que a un lenguaje? ¿Ese método consistía entonces en ceñirse al modo específico de expresión del sujeto? En el caso de los niños la situación era clara: su expresividad no era fundamentalmente discursiva sino simplemente simbólica. Mediante el juego, el niño transformaba su mundo en uno simbólico. El niño demandaba del analista su comprensión del simbolismo lúdico. ¿Era el juego el espacio propicio para la viva y propia manifestación del niño? ¿Era el juego del niño el punto de retorno a aquella acotación de términos de Freud? Demos curso a tales interrogantes.

Empero, sabemos que Freud dijo mucho más que eso. Las pesquisas de Saal no conducirán por otros caminos. Veremos varios textos freudianos en los que se habla del lenguaje del cuerpo. Otros en los que se ilustra la comprensión de los síntomas por medio del trabajo de interpretación significativa. Incluso veremos la *Traumdeutung*, texto en el que es por demás evidente la comparación de lo inconsciente con una escritura. Pero queda la duda de porqué esas referencias freudianas no hicieron que Frida Saal se preguntara por la posibilidad de otra visión de lo inconsciente en la que se destaca su consistencia de escritura.

Quizá siguiendo el trabajo de conceptualización que hace Saal del término freudiano de lenguaje, nos resulte más claro el que, siendo por demás evidente su polisemia, ella no lo vincule en ningún momento con el término de escritura. Saal retoma el sentido del término de lenguaje desde lo que ella denomina la prehistoria del psicoanálisis, continúa con el acto fallido, el sueño y el chiste, prosigue con los casos clínicos freudianos y cierra con el fenómeno de la denegación. Por cierto, nos informa que el propósito de su texto es leer la obra de Freud desde la perspectiva de Jacques Lacan, puesto que él hace énfasis en la importancia del lenguaje. Dice Saal que reorganizará *a posteriori* el texto freudiano, mediante elaboraciones fieles a las fuentes y con el compromiso de

mostrar el aporte de Freud. De hecho, tiene el interés expreso de indagar las incidencias recíprocas entre la lingüística y el psicoanálisis.

Para dar fundamento a su punto de vista, Saal recurre a J. A. Miller, a su texto *Algorithmes de la psychanalyse*, de 1978, pues se trata de una autoridad en la materia, y de quien toma las ideas de que la tesis de Lacan se apoyó sobre todo en las primeras obras de Freud, en las que investigó el sueño, el lapsus y el chiste como mensajes a descifrar. De ahí que, concluyen tanto Miller como Saal, los conceptos freudianos, en su incesante transformación, encontraran su razón al ser relacionados con la estructura del lenguaje. Ofrecen una lista de conceptos que quedan claros a la luz de esa tesis, por ejemplo, el inconsciente, la pulsión, la transferencia o repetición, el fantasma, el narcisismo, la angustia, la sexualidad, e incluso los conceptos del psicoanalista, el psicoanálisis y la teoría misma. Deducimos de lo que dice Saal que todos ellos devendrían una formación del inconsciente, es decir, se convertirían en mensajes a descifrar, formas nominales abiertas a la transformación. Nombres provisionales que se mantendrían vigentes hasta en tanto no fuesen designados de otra manera como resultado del rastreo conceptual o del trabajo clínico. Ahora bien, ¿por qué Saal no hace lo propio con la noción de lenguaje? ¿Habría olvidado sus propias convicciones? ¿Habría dejado de interrogar analíticamente a los conceptos? De acuerdo con lo que llevamos revisado del texto de Saal, percibimos cierta disociación en su trabajo, pues las afirmaciones teóricas en algunos casos pierden congruencia con las conclusiones a las que conducen, como recién acabamos de mostrar.

Creemos que aquella referencia de Miller, encuadra perfectamente el interés y el propósito de la psicoanalista Frida Saal. Constatamos que su trabajo de argumentación es guiado por la óptica de Lacan de que el inconsciente esta estructurado como un lenguaje. Quizá para completar el panorama de lo que se propone, restaría simplemente agregar la información que explicase la estructura del inconsciente de la que hace mención Miller. Es decir, una explicación de porqué el campo que hace posible el *libre juego del significante* es el único capaz de producir sentido en el sinsentido. Al respecto ofrecemos la siguiente cita:

“Los polos del lenguaje considerados por Jakobson son el metafórico y el metonímico, y es él quien liga y pone en relación los trastornos producidos por la afasia con los modos del trabajo del sueño tal como los trabajara Freud, señalando que en su obra el <<desplazamiento>> es una metonimia, y la <<condensación>> una sinécdoque” (Saal, F., 1982: 30).

Para Saal esa equiparación de Jakobson requiere de una aclaración, pues existe demasiada laxitud en la definición de los términos en cuestión. Viene enseguida un intento de aclaración de Saal, quien recurre para tal propósito al *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje* de Ducrot y Tedorov. Encuentra ahí que la sinécdoque es el empleo de una palabra en un sentido del cual su sentido común es sólo una parte y de que la metáfora es el empleo de una palabra en un sentido parecido y no obstante eso, diferente del sentido habitual, de modo que coincidan una y otra, por la laxitud que poseen como figuras retóricas, con la condensación. Para nosotros sigue quedando comprometido lo específico de la significación de cada término, a menos que

se considere que su vinculación es tal que comparten esa especie de terreno común. De manera que, suponemos, no obstante esa laxitud o gracias a ella, el proceso central de sustitución se mantiene y pone en combinación a esos dos procesos.

Entonces, las figuras retóricas de la metáfora y la metonimia resultarían equivalentes de los mecanismos inconscientes del sueño, la condensación y el desplazamiento. Serían estos mecanismos los que tendrían la capacidad de producir sentido en el sinsentido del sueño. Serían los responsables de la gran laxitud que permite que se relacionen entre sí los significados tanto de los símbolos como de las palabras. De esa laxitud, o disposición o potencialidad de significación sería de donde surgiría el sentido de un sinsentido. Ahora bien, su capacidad significativa no se limitaría al sueño pues lo mismo esclarecerían los chistes, los síntomas y desde luego el juego de los niños.

¿Esa laxitud del sentido de las palabras fue la que llevó a Freud a suponer la existencia en el psiquismo de dos formas de registro, una simbólica, semejante a una escritura, y otra fonética, equivalente de las formas retóricas del lenguaje, y con ese supuesto realizar la acotación del término de lenguaje? ¿Y esa laxitud fue la que llevó a Lacan a invertir el orden, dando primacía al significante? Puesto que era evidente para él el juego homofónico, las elisiones, las alusiones y la polisemia que establecían la cadena significante.

Para nosotros se abría la pregunta: ¿Ese terreno de laxitud justificaría la idea de que el significante lúdico establecería el vínculo entre el símbolo y el signo? Esa laxitud nos había conducido a la idea de que el juego tenía la consistencia de una escritura y que esa escritura podía compararse con la escritura pictográfico-ideográfica o semasiográfica de la que se habló en la historia de la escritura. Por otra parte, si lo que caracterizaba a las figuras retóricas del lenguaje era precisamente su carácter laxo, entonces, cuando Benveniste (1966a) afirmó que la naturaleza de lo inconsciente estaba dada por mediación de ellas, ¿estaba inclinando la balanza del lado del lenguaje o del lado de la escritura? Mantengamos vigente el problema.

De suerte que lo siguiente era preguntarnos si el problema sería terminológico, que la solución simplemente significaría sustituir el término de lenguaje por el de escritura. Tan simple como eso. Pero habíamos visto ya cuanta tinta había corrido desde las acotaciones freudianas al término de lenguaje y los trabajos contemporáneos que versaban sobre el tema, sin que resultara en modo alguno un trabajo banal pero sin que tampoco se aclarase del todo la situación.

Por otra parte, nuestro trabajo sobre el juego nos había colocado ante el apremio de si lo inconsciente tenía la consistencia de un lenguaje o de una escritura. Los juegos de los niños evidenciaban cierto predominio en el uso de símbolos ideográficos, como trazos informes, dibujos, ciertas manipulaciones de los objetos, ciertas modificaciones plásticas del cuerpo propio y del de los compañeros de juego, escenificaciones diversas que parecían no apoyar su potencial de significación preferentemente en lo fonético. La revisión bibliográfica de los casos del análisis de niños nos conducía en la misma dirección. Sin embargo, ¿cómo pronunciarnos definitivamente a favor de la

visión de lo inconsciente como una escritura? Teníamos que pasar revista todavía a otras pruebas que aportaba Frida Saal en el texto en cuestión sobre la visión de que lo inconsciente tenía la estructura de un lenguaje, que nos parecieron en primera instancia verdaderamente convincentes.

Pero tuvimos que demorarnos todavía un poco en mostrar lo que nos parecía lo convincente de las pruebas, guiando la atención del lector a un pequeño detalle de la exposición de Saal. Cuando describe el caso Hans, del que nosotros haremos una presentación pormenorizada más adelante, cita varios aspectos relevantes. Por ejemplo, menciona el síntoma de Hans de angustia ante los caballos, tanto de que lo pudieran morder como de que se cayeran y se hicieran daño. El síntoma convoca un análisis como el que se practicaba con los símbolos del sueño, dice Saal. La angustia ante el caballo era algo que marcaba simbólicamente a ese objeto que no era sólo el representante de un objeto real llamado caballo. Esa angustia dejaba señalado el camino en el que se mantenía siempre abierto el proceso de la significación, ya mediante su disolución ya mediante su restablecimiento. Nada estaba de antemano ligado entre los significantes y los significados. De continuo se desgarraba esa ligazón, con la consecuente aparición de la angustia.

Y es en ese contexto humano de desgarramiento y resarcimiento de los lazos de significación, de gran trascendencia para la niñez, donde el niño se levanta vigorosamente sobre su condición simbólica como un artesano del juego, un creador infatigable de sentidos novedosos, en un movimiento perenne de resignificación. Es el terreno en el que el niño deja marcas e inscripciones en derredor suyo, dibujos y trazos, restos de un mundo en permanente transformación, que él hace habitable precisamente por esa modificación simbólica. Un espacio en el que probablemente se cuestione la noción de un interior y un exterior, pues de acuerdo con sus experiencias, el niño concibe que lo interior pasa a ser exterior y viceversa. Todas estas circunstancias de la niñez y su indiscutible influencia en las condiciones psíquicas de Hans, nos llevaron a preguntarnos porqué no se daba referencia de todo ello. El juego no constituía el escenario natural de Hans en el texto de Saal. Él jugaba constantemente a los caballos, solía ser el representante del caballo. No creemos que en ese contexto tuviera prevalencia lo fonético sobre lo ideográfico. No había una representación gráfica del caballo, no, Hans encarnaba el caballo. Tampoco comandaba el proceso la imitación de los sonidos que hace un caballo. De quien hace Hans una representación gráfica que tampoco se menciona, es la de una jirafa a la que le agrega un <<hacepipí>>. Del caballo, Hans era su símbolo, era quién lo sustituía simbólicamente. Así, ante la descripción de un proceso en el que es innegable la afluencia de símbolos lúdicos, comienza a parecernos verosímil la visión de que el juego, en su naturaleza inconsciente, tiene la consistencia de una escritura. Y de que el juego de los niños, dada su función simbólica, necesariamente habría de conducirnos, por un lado, a concebirlo como el pasaje del significante lúdico al signo, y por otro, como el camino para la reconstrucción de los temas de la sexualidad y la muerte, como en efecto ocurrió en el caso de Hans, temas que con gran frecuencia encontró Freud relacionados con el problema de la representación psíquica. Mientras que por otro lado, el señalamiento de los juegos de palabra que hacía Saal de Hans, reforzaba su visión de que lo

fonético y lo ideográfico se encontraban disociados, o en el mejor de los casos de que el primero comandaba al segundo.

Se mencionan otros eventos más de gran significación: algunos juegos de palabras y un sueño (sobre el cual volveremos cuando hagamos la revisión detallada del caso de Hans). Se menciona el simbolismo que encierra el término de *Lumpf* (excremento), con el que Hans establece la analogía entre un carruaje muy cargado y un cuerpo cargado de excremento. Luego se da referencia de un juego homofónico que Hans usa en sus juegos con sus compañeros. Los términos vinculados de esa manera son *wegen* (a causa de) y *Wägen* (carruajes). Saal cita el texto freudiano:

“[...] Y además yo completo por el niño lo que él no sabe decir: que la palabra <<*wegen*>> (por causa de) ha allanado el camino a la extensión de la fobia del caballo al <<*Wagen*>> (carruaje) (o, como Hans está habituado a escuchar o a pronunciar: <<*Wägen*>>). [La <<*ä*>> suena como <<*e*>>]. Nunca se debe olvidar cuánto más que el adulto trata el niño las palabras como si fueran cosas del mundo y cuán sustantivas son entonces para él las homofonías entre ellas” (Freud, S., 1909: 50, citado por Saal, F., 1982: 48).

Creemos que esta cita freudiana nos da los elementos necesarios para determinar dos cosas: primero, la convicción de que lo inconsciente tiene la consistencia de un lenguaje, pues resulta un ejemplo muy claro de juego homofónico; segundo, la convicción igualmente firme de que es un ejemplo de que lo inconsciente tiene la consistencia de una escritura, pues de acuerdo con las palabras de Freud, para el niño, las palabras y las cosas son equivalentes, es decir, son sustituibles por mediación simbólica. Regresamos entonces a la pregunta ¿son equivalentes el término de lenguaje y el de escritura en el psicoanálisis? ¿Bastaría con sustituir uno por otro para resolver la aparente contraposición que existiría entre ellos? O mejor aún ¿esa contraposición es solamente aparente? Lo que la cita de Freud nos muestra con claridad es que no pueden separarse la imagen y la palabra, el símbolo y el signo, que dadas las características del método psicoanalítico, lo inconsciente es a la vez escritura ideográfica y fonográfica. Que se encuentran vinculados de continuo, mientras que cuando no es así, de inmediato se presenta la angustia.

¿Qué explicación podríamos ofrecer de la posición de Saal? ¿Fue consecuencia de su adhesión dogmática a los conceptos de Lacan? De ella tenemos varias afirmaciones que resultan contradictorias. Cuando expone el caso de Hans, dice, por ejemplo, que sin la teoría poco o nada podemos escuchar, y luego advierte sobre los riesgos de que la teoría misma pueda obturar lo que clama por ser escuchado. Agrega que la teoría se ubica al inicio del camino, pero se le dejará flotar entre las palabras para poder atrapar al escurridizo pez del inconsciente (Ibíd: 47). ¿Acaso en la presentación misma de los avatares de Hans nos es ya evidente el modo en el que la teoría obtura la escucha de la psicoanalista Frida Saal? ¿No queda la noción freudiana de atención libremente flotante limitada a su sentido fonético de escucha? ¿No hay en eso la manifestación de la obturación de cierta visión de lo inconsciente?

Luego tenemos otras afirmaciones en el mismo tenor. Para Saal, en el caso del miramiento por la figurabilidad de los sueños, el esfuerzo de Freud es dar cuenta de que son las palabras las que vehiculizan la imagen y no a la inversa. ¿Cuáles son las razones para afirmar que la imagen no sirve de medio a la palabra si justamente en eso consiste el proceso del sueño? ¿Por qué atribuir a Freud esa afirmación que seguramente no suscribiría? Apenas consultásemos sus textos de *El interés por el psicoanálisis* o la *Traumdeutung*, comprobaríamos que para él resultaba claro que las imágenes del sueño eran la transformación de ciertos pensamientos que habían sido descompuestos en sus elementos constitutivos. ¿Por qué tratar de convencer y convencerse de la primacía de la palabra en el psicoanálisis? ¿Quiénes eran los interlocutores? ¿Quiénes eran los opositores? ¿La importancia de la palabra se encontraba en grave riesgo de modo que el psicoanálisis pudiera transformarse en algo totalmente distinto a lo que Freud había establecido? Quizá el contexto era desfavorable para el descubrimiento freudiano y para el fortalecimiento de la propuesta lacaniana.

Si tomamos en cuenta los fenómenos y las ideas que se citan con respecto a la llamada por Saal prehistoria del psicoanálisis, quizá comprendamos mejor el contexto en el que se inscribe el trabajo que venimos analizando. Tomemos como ejemplo a la orden poshipnótica que consistía en que a una persona se la daba una indicación en trance hipnótico, y una vez que despertaba de ese trance, solía cumplir al pie de la letra. Una vez realizada la tarea impuesta mediante esa orden, el sujeto buscaba justificar de algún modo su acción, es decir, racionalizaba su proceder.

Lo primero que señala Saal es que se trata de un hecho de discurso, del cumplimiento de un imperativo formulado por algún otro. Luego, se destaca la potencia de la palabra. Así, la palabra tenía la virtud de drenar las experiencias traumáticas, y se convirtió en boca de Ana O., la paciente de Breuer, el colaborador inicial de Freud, en la *talking cure*, en la cura por la palabra. Diversos casos clínicos y diversas experiencias demostraron la eficacia del procedimiento catártico instrumentado por la palabra.

Y entonces se produjo la reflexión teórica: ese procedimiento psicoterapéutico cancelaba la eficiencia de la represtación originaria no descargada, permitiendo a su afecto estrangulado, su libre decurso mediante el decir, hasta alcanzar la rectificación asociativa introduciéndola en la conciencia normal. Además, se reconoce la servidumbre y la alteridad radical del yo del hipnotizado puesto que no sólo ignora las <<determinaciones>> que le vienen de algún otro, sino que ante esa ignorancia su respuesta es la búsqueda afanosa por intentar resarcir, mediante la racionalización, su unidad vulnerada por esas determinaciones. Y aún más, en la técnica se postula la renuncia a ser amo del saber, tanto Breuer como Freud renunciarán al uso prepotente de la palabra, dirigiendo su atención, libremente flotante, al decir de las pacientes.

Constatamos lo que Miller y Saal plantean con respecto al psicoanálisis, la tesis de que lo inconsciente tiene la consistencia de un lenguaje deja sentir su peso y su influencia en los distintos conceptos freudianos. De modo que diferenciar entre lenguaje y escritura no parece una tarea sencilla. Estos

redescubrimientos influenciados por la visión de lo inconsciente como un lenguaje, difícilmente podrían ser refutados. Aún así, detengámonos en algunos aspectos discutibles. Si la palabra demostró su eficacia en la determinación tanto de una conducta inducida como en la solución de síntomas histéricos, lo mismo puede reconocerse para una serie de acciones o actos por ejemplo mágicos o ceremoniales. Distintos objetos simbólicos cumplen con una función semejante. Ahora bien, la servidumbre y la alteridad radical del yo pueden invocarse con la misma justificación con la que fueron mencionadas para explicar las determinaciones de la palabra en el sujeto. Y en la técnica, no sólo hay una renuncia al uso prepotente de la palabra sino también de los actos. Dice Freud:

“La regla, para el médico, se puede formular así: <<Uno debe alejar cualquier injerencia conciente sobre su capacidad de fijarse, y abandonarse por entero a sus 'memorias inconcientes'>>; o, expresado esto en términos puramente técnicos: <<Uno debe escuchar y no hacer caso de si se fija en algo>>” (Freud, S., 1912: 112).

En 1909, en el caso Hans (pág. 23) lo expresa en los términos de <<prestar atención pareja a todo cuanto hay que observar>>. Es decir, no se trata sólo de escuchar sino también de una disposición más amplia y general, la de observar con libertad. De suerte que lo que está en juego en el psicoanálisis no sólo es una realidad discursiva sino una simbólica, que incluye de manera muy importante a la palabra, pero sin desconocer otro tipo de manifestaciones simbólicas.

Pero regresemos a otro aspecto controvertido del texto de Saal cuando dice:

“Vale decir que lo que hace el soñante al imaginarizar plásticamente tiene la misma organización que lo que hace el hablante al metaforizar, más aún, que la metáfora y la metonimia trabajan sobre la materia significativa para producir la representabilidad onírica” (Saal, F., 1982: 31).

¡Hasta qué punto pueden obstruir nuestro juicio los conceptos! En una parte del texto se afirma que la palabra subordina a la imagen mientras que en otra se enuncia lo contrario, se sostiene que ese proceso tiene la misma organización que el de imaginarizar plásticamente la palabra. ¡Vaya laxitud en el manejo de los términos! Esta actitud de Saal ante los conceptos ¿es semejante a la que Freud asumió ante la polisemia de los términos? En modo alguno lo es.

Por otra parte, Freud demostró que un símbolo puede ser un acto (Freud, S., 1898: 277-289). En efecto, un acto suyo, una operación fallida, el olvido de un nombre propio, él mismo lo sometió a un detallado análisis que le permitió concatenar los acontecimientos que lo causaron, así descubrió el sentido de tal olvido. De donde se sigue que el símbolo no puede ser equiparado a un signo pues puede, incluso, ser un acto fallido. Es decir, en ese olvido hay una suspensión temporal de toda referencia lingüística. La palabra puede perder su lugar hegemónico. Puede prácticamente ¡desaparecer!

Por cierto, dice Freud en ese texto que el mejor procedimiento para recuperar el nombre olvidado es <<no pensar en él>>. De ese modo, el nombre irrumpe, de pronto, en la memoria del olvidadizo individuo. Recordemos, brevemente, el

análisis practicado por Freud a su operación fallida: durante un viaje entabló conversación con un compañero con el que habló sobre diversos temas, y quiso invitarlo a que viajara por Italia y contemplara allí las pinturas de la catedral de Orvieto, pero al tratar de recordar el nombre del pintor, éste se le escabulló. En su lugar vinieron a su mente los nombres de otros pintores, Botticelli y Boltraffio, pero pronto supo que ninguno de ellos era el nombre buscado; luego, partiendo de esos nombres y de su descomposición, es decir, de separar Botticelli, Boltraffio, y de separar otros términos surgidos en el análisis por él practicado, como el de Herzegovina y Bosnia, pudo acceder al recuerdo del nombre buscado, Luca Signorelli, y a la comprensión de lo que se ocultaba detrás de su olvido: los temas de la sexualidad y la muerte que había censurado durante su conversación, motivando entonces el olvido.

A fin de proseguir las disquisiciones en torno a la naturaleza simbólica del proceso analítico veamos la siguiente afirmación que parece contradecirla: Frida Saal afirma que la experiencia psicoanalítica inaugurada por Freud se da en su totalidad en el uso y el ejercicio de la palabra (Saal, F., 1982: 11-65). ¿Cómo entender esa afirmación? ¿Contradice la conjetura de que la naturaleza del proceso analítico se produce en un ámbito simbólico? Dice, en primer término que el sueño, el lapsus y el chiste se presentan bajo la forma de un mensaje a descifrar. En el conocido caso Signorelli, antes mencionado, ¿cuál sería el mensaje? Puesto que ese caso fue analizado por ella y como resultado de ese análisis afirmó que lo inconsciente habla en el acto fallido, en el sueño y en el chiste, inferimos que el mensaje es justamente la interpretación derivada de dicho proceso. Esto es, que el olvido de los nombres propios al ser accidentes del discurso, siendo esa la particular forma en la que se manifiesta, es también su modo de hablar; y que los nombres que sustituyen erróneamente al nombre olvidado también son accidentes del discurso.

Frida Saal agrega luego, que el análisis practicado por Freud a su acto fallido demuestra la existencia de una lógica subyacente que produce las sustituciones y guía las asociaciones. De modo que el significante que cae, en este caso el de Signorelli, como los que lo sustituyeron, interviene a favor del proceso de represión de los temas de la sexualidad y la muerte. El carácter inconsciente, de acuerdo con Saal, proviene del análisis mismo, de lo que denomina la resignificación retroactiva, pues es precisamente en el momento de la reconstrucción de esos temas olvidados cuando se convirtieron en pensamientos inconscientes; así, la significación retroactiva procede mediante los movimientos de desplazamiento y de condensación y transforma con ellos los pensamientos que motivan el conflicto. Agrega, finalmente, que en ese proceso, los nombres implicados en el olvido, reciben un trato parecido al de los pictogramas (signo de la escritura de figuras o símbolos) de una frase destinada a trasmutarse en un acertijo gráfico, un rébus. ¿Es esto semejante a la idea de que en el psicoanálisis lo constituyente es la primacía del significante y no del significado? ¿Es equivalente de que lo primordial es el simbolismo y no el signo? ¿Habría en todo esto una suerte de equivocidad de los términos de lenguaje y de escritura?

Ante este alud de preguntas lo que podemos concluir, provisionalmente, es que la primacía del significante es algo que se revela en el despliegue del método

analítico, que es allí donde adquiere sentido, que la experiencia analítica se da en el uso y ejercicio de la palabra y que el inconsciente habla en el acto fallido, el sueño y el chiste. Pero esta primacía del significante que la puesta en escena del método analítico revela, al ser equivalente -en la reflexión de Frida Saal- del tratamiento a que son sometidos los pictogramas de una frase al trasmutarse a un acertijo gráfico, implica que en este caso, como en el de cada análisis, el sentido oculto es a tal punto de carácter particular que sólo es comprensible en su contexto, es decir, como símbolo. En efecto, el trabajo de análisis, como lo revela el uso del método de interpretación de los sueños, consiste en transformar los símbolos oníricos en signos de modo que adquieran un sentido comprensible y revelador, para el individuo en análisis y para el analista mismo, de las representaciones inconscientes.

Consideramos que en el caso del psicoanálisis de niños, la situación puede resultar un poco más clara. Los juegos de los niños, gracias a la continuidad del juego y a la intervención de otros niños o de algún adulto que promuevan las ficciones y los juegos de palabras, van adquiriendo la consistencia de signos y, una vez alcanzado ese nivel, pueden entonces proporcionar los elementos necesarios para develar el sentido oculto de las representaciones inconscientes. ¿Acaso con lo que hemos recopilado hasta ahora sobre el juego podríamos dar sustento a la idea de que lo que Freud denomina proceso de represión sea, en parte, consecuencia del desfase entre la producción de símbolos y de signos?

Atendamos a esta pregunta mediante una referencia del Seminario de Lacan denominado *La identificación*, en el que hace algunas precisiones sobre las nociones freudianas de identidad de percepción y de pensamiento. Al respecto no dice:

“El mundo, por tanto, ese mundo cuya función de realidad está ligada a la función perceptiva, es de todos modos aquello alrededor de lo cual no progresamos en nuestro saber más que por la vía de la identidad de los pensamientos. Esto no es para nosotros una paradoja, pero lo que sí es paradójico, es leer en el texto de Freud que lo que busca el inconsciente, lo que quiere, si podemos decir, que lo que es la raíz de su funcionamiento, de su puesta en juego, es la identidad de las percepciones, es decir que esto no tendría literalmente ningún sentido si lo que está en juego no fuera sino esto: que la relación del inconsciente con lo que busca en su modo propio de retorno, es justamente lo que en *el una vez* percibido es lo idénticamente idéntico, si podemos decir, es lo percibido de *aquella vez*, es esa sortija que pasó al dedo aquella vez con el cuño {poinçon} de aquella vez.

Y esto es justamente lo que faltará siempre, es que en toda especie de otra reaparición de lo que responde al significante original, el punto donde está la marca que el sujeto ha recibido de aquello, sea lo que fuere, que está en el origen de lo *Urverdrängt*, faltará siempre, a lo que fuere que venga a representarlo, esa marca que es la marca única del surgimiento de un significante original que se presentó una vez en el momento en el que el punto, el algo de lo *Urverdrängt* en cuestión ha pasado a la existencia inconsciente, a la insistencia en este orden interno que es el inconsciente, entre, por una parte, lo que recibe del mundo exterior y donde tiene algunas cosas para ligar, y por el hecho de que, por ligarlas bajo una forma significativa, no puede recibirlas más que en su diferencia. Y es precisamente por eso que no puede de ninguna manera ser satisfecho por esta búsqueda como tal de la identidad perceptiva, si es eso mismo lo que lo especifica como inconsciente” (Lacan, J., Seminario 9, *La identificación*, sesión del 10 de enero de 1962, pág. 19).

Leemos en Lacan la idea de que el funcionamiento psíquico presenta un desfase entre la identidad de pensamiento y de percepción. Puesto que entre una y otra se desliza una diferencia. Es decir, se produce una falta que no podrá colmarse. Una falta que intentará cubrirse, sin éxito, por la ligadura del lenguaje, de la función significante. Entonces, ¿lo que Freud denomina proceso de represión sería, en parte, consecuencia del desfase entre la producción de símbolos y de signos?

Agreguemos ahora algunos conceptos freudianos a fin de avanzar en esa pregunta. Freud define al sistema inconsciente como aquél en el cual existe:

"[...] ausencia de contradicción, proceso primario (movilidad de las investiduras), carácter atemporal y sustitución de la realidad exterior por la psíquica [...]" (Freud, S., 1915a: 184).

Vemos que los atributos de que carece lo inconsciente se justifican precisamente por la ausencia de la aplicación del lenguaje convencional - principio de negación, ubicación temporal y principio de realidad-, sobre las representaciones y los afectos de manera que lo que prevalece, entonces, es lo simbólico. Así, resulta complementaria y ampliamente significativa del proceso de la represión la siguiente explicación:

"Ahora podemos formular de manera precisa eso que la represión, en las neurosis de transferencia, rehúsa a la representación rechazada: la traducción en palabras, que debieran permanecer enlazadas con el objeto" (Ibíd: 198).

De esa suerte Freud aclara que las representaciones conscientes e inconscientes no son diversas transcripciones de un mismo contenido pero ubicado en distintos lugares psíquicos, tampoco se trata de diversos estados funcionales de investidura en el mismo lugar sino que la primera, la representación consciente, abarca la representación-cosa más la correspondiente representación-palabra, mientras que la inconsciente a la representación-cosa solamente. Y en lo que ve al mecanismo de la negación,⁴³ explica que es un proceso introducido también por medio de la representación palabra con la finalidad de cubrir la función de censura entre los sistemas inconsciente y preconscious.

Así, creemos que los elementos que nos aporta Freud acerca del dinamismo inconsciente pueden apoyar nuestra conjetura de que la represión se

⁴³ Freud define en los siguientes términos la noción de negación: "Por tanto, un contenido de representación o de pensamiento reprimido puede irrumpir en la conciencia a condición de que se deje *negar*. La negación es un modo de tomar noticia de lo reprimido; en verdad, es ya una cancelación de la represión, aunque no, claro está, una aceptación de lo reprimido. Se ve cómo la función intelectual se separa aquí del proceso afectivo. Con ayuda de la negación es enderezada sólo una de las consecuencias del proceso represivo, a saber, la de que su contenido de representación no llegue a la conciencia. De ahí resulta una suerte de aceptación intelectual de lo reprimido con persistencia de lo esencial de la represión. En el curso del trabajo analítico producimos a menudo otra variante, muy importante y bastante llamativa, de esa misma situación. Logramos triunfar también sobre la negación y establecer la plena aceptación intelectual de lo reprimido, a pesar de lo cual el proceso represivo mismo no queda todavía cancelado" (Freud, S., 1925: 253-254).

encuentra implicada en el juego en una suerte de desfase en el funcionamiento psíquico entre el simbolismo y el signo.

CAPÍTULO 4

LA CONJETURA DE QUE EL JUEGO TIENE LA CONSISTENCIA DE UNA ESCRITURA INCONSCIENTE

Tengamos presente de inicio que el antecedente de la conjetura que nosotros planteamos es la escritura pulsional de Dinerstein. Ahora bien, la anomalía es que la escritura pulsional de Dinerstein no diferencia la escritura ideográfica y la fonográfica, tampoco plantea que sea posible relacionar una con otra en el juego. De modo que la consistencia inconsciente del juego conduce necesariamente a esa diferenciación pues el juego no es traducible.

El propósito de este apartado es hacer explícito cada uno de esos aspectos de la conjetura, es decir, el antecedente y la caracterización de la escritura ideográfica y fonográfica así como la relación entre ambas. De suerte que sea evidente que Freud dio un uso distinto a los términos de lenguaje y de escritura, que integró las nociones de juego y escritura en su esquema doctrinario y que sustentó la idea de que lo inconsciente es una escritura. Evidente serán también las implicaciones clínicas propias de la conjetura de que el juego tiene la consistencia de una escritura, a saber: que en el análisis de niños el juego no es traducible; que su proceso creador abre e inscribe las experiencias transmutando el factor traumático; que el juego es la vía simbólica de transformación de los símbolos en signos y que dejar jugar al niño es una experiencia propiamente analítica.

4.1. El Juego como la escritura pulsional en Aída Dinerstein

En el capítulo III, titulado, *El juego. Escritura pulsional, constitución del yo*, de su libro *¿Qué se juega en psicoanálisis de niños?*, de 1987, Dinerstein expone la supuesta articulación entre el juego y la escritura, no sin antes mostrar, eso lo habremos de constatar, que uno y otra constituyen sólidas nociones freudianas. Al respecto, esperamos corroborar tales asertos así como la solidez de los argumentos en los que se basa.

Para nosotros el texto de Dinerstein es un texto de enorme relevancia puesto que anticipa la articulación entre el juego y la escritura, que constituye nuestra hipótesis de trabajo, y que habíamos conjeturado luego de una detallada revisión conceptual, de la lectura cuidadosa de algunos casos clínicos publicados y sobre todo de la observación de diversos problemas de la práctica clínica. De modo que, siendo el propósito de Dinerstein tal articulación, suponemos que contendrá el camino trazado por Freud con respecto al juego y la escritura, tanto en la descripción de los fenómenos como en la designación de los conceptos. Sospechamos también que su texto habría alcanzado una presentación integral de las nociones de juego y de escritura freudiana.

Ahora bien, el trabajo de Dinerstein en modo alguno convierte nuestro esfuerzo en algo vano y redundante, no obstante que se propone, y quizá logre, la exposición de lo que también a nosotros interesa, a saber, la articulación entre el juego y la escritura, puesto que necesariamente habríamos seguido caminos

a la vez distintos y a la vez semejantes en algunos tramos de la investigación para apoyar esa conjetura. Así, resultaría, eso esperamos, una investigación que acaso amplíe la de Dinerstein. Es evidente en todo caso, que la conjetura que guía este trabajo de investigación es que el juego tiene la consistencia de una escritura, mientras que para Dinerstein el juego posee las cualidades a veces de un lenguaje y a veces de una escritura. Ahora bien, el recorrido que hemos hecho hasta ahora nos ha mostrado que resulta más apropiado designar el juego como una escritura que como un lenguaje. De suerte que con esa designación se torna más congruente lo conceptual y lo práctico del trabajo psicoanalítico del juego. Hemos de emprender la revisión del texto de Dinerstein teniendo presentes todos estos elementos.

De inicio, Dinerstein cita las ideas de Freud (1908) en las que dice que el niño que juega se comporta como un poeta. A fin de aclarar lo que expresan esas ideas, ella ofrece una definición de poesía, tomada del Diccionario de Filosofía de José Ferrater, en la que se indica que es crear algo con la palabra. Concluye entonces, que el juego freudiano designa al mismo tiempo la creatividad y lo constitutivo del ser como ser de palabra.

Todos sabemos que la definición que ofrece Freud en su texto, *El chiste y su relación con lo inconciente*, de 1905, coincide con esas ideas, precisamente en la manifestación del juego de palabras, pues enuncia el aspecto creador del juego y la expresión de un ser que cobra forma y presencia en la palabra. En su momento hicimos la presentación detallada de esas ideas. También mencionamos que esa noción de juego se entrelaza con los conceptos freudianos del principio de placer y del deseo inconsciente sexual infantil y reprimido. Comprobamos pues que el término de juego se encuentra entramado en el tejido conceptual freudiano. Sin embargo, Dinerstein no hace una descripción de esas ideas sino hasta el final del capítulo que estamos revisando.

Regresemos a la revisión del texto de Dinerstein, a fin de conocer la manera en la que enuncia sus ideas. Después de mencionar las ideas de que el niño que juega se comporta como un poeta y de que la poesía es el acto de creación por medio de la palabra, ella ofrece una nueva referencia, ahora sobre Platón, tomada del mismo Diccionario de Filosofía que mencionamos antes. En esa remisión se indica que Platón quería expulsar a los poetas de la República por mentirosos, sin dar mayores explicaciones de la supuesta intención del filósofo. Tampoco aclara el porqué transcribe esa información. Luego agrega un nuevo fragmento del texto en la que se dice que Platón admitía que la poesía era una locura pero locura divina. ¿Qué relación existiría entre la información de que Platón quería expulsar a los poetas porque supuestamente eran mentirosos y de que la poesía tenía la cualidad de locura divina? No vemos la relación entre los enunciados, vemos simplemente una asociación de ideas guiada por la palabra poesía. Para rematar sus ideas Dinerstein agrega una proposición de Lacan, expuesta en su *Seminario VII, La transferencia*, de 1961, en la que afirma que los dioses se encontrarían en lo real. Creemos que se trata de una nueva asociación de ideas. Enseguida, en un giro inesperado, Dinerstein ilustra la idea de locura con un nuevo pasaje, ahora del cuento de *Alicia en el País de las Maravillas*, de Carroll Lewis (Charles Lutwidge Dodgson, 1832-1898).

Informamos detalladamente la manera en la que procedió Dinerstein con la finalidad de plantear un problema: ¿Puede escribirse un texto de comunicación científica con el apoyo de la asociación de ideas? ¿En la escritura científica el lenguaje posee la misma cualidad que en el trabajo psicoanalítico? Creemos que no, que la escritura científica requiere del trabajo de clarificación y de argumentación propio de una comunicación científica, mientras que en el análisis no se discute ni se investiga la veracidad de lo que dice el analizante (Tamayo, L., 2004: 21). Ahora bien, ¿es este proceder de Dinerstein consecuencia de la relevancia que alcanzó la palabra en el psicoanálisis? ¿Sería el resultado de la propuesta lacaniana de la primacía del significante? No es suficientemente claro el asunto. Lo que si es claro es que la psicoanalista argentina articula sus ideas y cita los textos sobre la base de los significantes de poeta, de poesía, de dioses y de locura, sin detenerse a dar sustento a la vinculación que podría plantearse entre los fenómenos y los conceptos.

Una vez que ilustró la locura con el cuento de Alicia, Dinerstein hizo confluír sus ideas de la siguiente manera: la locura de Alicia, del Gato y de los otros personajes es una locura de poeta, de niño que juega, locura divina inspirada en lo real. Vemos en esta suerte de conclusión, la utilización del recurso de la analogía, en una forma semejante a la que usa el niño que juega. En efecto, los términos se combinan sin mayores aclaraciones. Sus significados se superponen. ¿Cómo enlazar las ideas de un filósofo, de un psicoanalista y de un escritor de narraciones fantásticas? ¿Cómo relacionarlas sin un trabajo de argumentación? ¿El lector se convierte entonces en escritor pues deberá llenar los huecos del texto? ¿Cuáles son los límites de la lectura y cuáles de la escritura? Es definitivo que un escrito vale por lo que se encuentra ahí expuesto. Difícilmente un escrito será valorado por lo que no está escrito. Aunque una cosa muy distinta es que un texto, por lo que tiene expresamente escrito, pueda evocar otras cuestiones trascendentes, es decir, que pueda tener una enorme capacidad de sugestión, pero siempre dispuesta por lo que efectivamente dice.

En franca contradicción con este proceder mediante una suerte de asociación de ideas, Dinerstein escribe en otra sección de su texto:

“No parece posible relacionar punto por punto los conceptos freudianos y los lacaneanos.

Si bien Lacan se reconoce estrictamente freudiano, esto no implica que los conceptos no se reinterpreten y reordenen según una nueva conceptualización” (Dinerstein, A., 1987: 62).

Es claro, pues, que el trabajo de Dinerstein es incongruente, pues la forma de enunciar en el capítulo sobre el juego y la escritura, por lo menos en lo que llevamos revisado, se contrapone con esa otra visión de Dinerstein, esa visión en la que es claro que el trabajo de conceptualización sigue su propia lógica. ¿Sería una incongruencia nacida de la confusión entre escritura y lenguaje? Nos queda esa duda puesto que una cosa es el simbolismo inconsciente que en tanto escritura posee sus expresiones particulares, y otra cosa muy distinta

es la del lenguaje que necesariamente ostenta un sentido convencional. Por consiguiente el simbolismo inconsciente recurre para su expresión tanto a los juegos de palabras como a toda una serie de exposiciones simbólicas, trazos, dibujos, gestos y un sinfín de revelaciones más, mientras que el lenguaje sigue sus propios lineamientos y normas para su estructuración clara y específica. De ahí que no sea lo mismo presentar el caso de un paciente que desarrollar una reflexión teórica sobre él. El ejemplo clínico, dispuesto en el texto con el propósito de ilustrar un problema de la práctica o de la doctrina, necesariamente incluirá la forma específica de comunicación del paciente en cuestión. En modo alguno se le pedirá al analizante claridad o congruencia en lo que plantea, acaso ya en la presentación escrita de ese material se hagan algunas modificaciones pertinentes para que sea legible. Mientras que en la comunicación científica la claridad y la congruencia serán requisitos indispensables.

De regreso al texto en revisión, nos encontramos con un nuevo eslabón de la cadena asociativa, una nueva cita del texto de Lacan, del *Seminario XX, Aún*, de 1981, en la que se lee que lo real es lo imposible. Que la psicoanalista argentina explica diciendo que lo imposible es “lo que no cesa de no escribirse” (Dinerstein, A. 1987: 88).

¿Qué implicaciones tiene esa idea? Dinerstein retoma su acervo teórico y dice:

“Lo que no cesa de no escribirse, la falta de relación, la cosa, imposible, incommensurable del Otro, evocado en la alternancia de ausencias y presencias y convocando, convidado de piedra, <<roca viva>> de la castración, (8)⁴⁴ por la escritura de lo que no cesa de escribirse. (9)⁴⁵ Estructura inconsciente imaginizada en palabras, sueños, juegos. Lo convocado: el más allá del principio del placer, la pulsión que, de muerte, opera en silencio. Que, como el infans, no habla. Siendo, sin embargo, fundamento de toda palabra” (Dinerstein, A., 1987: 88).

El lector notará de inmediato que hay una variación en las ideas de Dinerstein en la cita del texto recién expuesta, pues escribe primero: <<lo que no cesa de no escribirse>>, parafraseando la idea del registro de lo real de Lacan y enseguida: <<lo que no cesa de escribirse>>, subrayando aquella idea. Se omite la negación en el segundo enunciado. No sabríamos explicar tal omisión. Nuestra interpretación, que no pretende comprender el sentido que subjetivamente pudo haber tenido para Dinerstein, sino que quiere señalar la cualidad de la escritura de lo inconsciente en tanto suponemos que posee esa doble característica, es decir, que al tiempo que no escribe algo abre las posibilidades de escritura. Freud ilustró en su texto *Nota sobre la pizarra mágica*⁴⁶ una idea semejante. En ese texto Freud explica la diferencia de los procesos de percepción y memoria. Ahora bien, en el mecanismo del juguete que utiliza Freud como analogía ¿cuándo se borra la percepción se borra también la inscripción psíquica? Lo que nos lleva a otra pregunta: ¿puede

⁴⁴ Freud, S., 1937: 253.

⁴⁵ Lacan, J., 1981: 114.

⁴⁶ En ese texto freudiano puede corroborarse la idea de que el aparato psíquico concebido como el mecanismo de la pizarra mágica, un juguete por cierto, procede de tal modo que puede inscribirse algo en una superficie que lo registra pero que luego, al levantar esa cubierta desaparece. Ese mecanismo muestra con claridad la cualidad de la escritura que acabamos de mencionar.

interpretarse la cualidad de la memoria inconsciente, en tanto escritura, como aquello que inscribe algo con las cualidades potenciales tanto de escritura como de no escritura? ¿Sería esa precisamente la idea freudiana de escritura inconsciente? No hay duda de que las cualidades de la escritura inconsciente freudiana sugieren esa doble condición.

Luego, quisiéramos agregar otras observaciones sobre ese enunciado, <<lo que no cesa de no escribirse>>, pues se trata de una idea completa que no subordina ni se coordina con otras, y que lo que sigue a esa oración, que al parecer tiene la función de esclarecimiento de la misma, no predica nada, simplemente enumera una serie de características de quién sabe que cosa. Después, la estructura inconsciente de la que se habla ¿es lo real o es la escritura?, ¿o una y otra? Nada sabríamos decir de manera definitiva. Además, escribe <<estructura inconsciente imaginizada en palabras>>, es decir, imagen y palabra ¿en un mismo nivel de expresión? ¿El inconsciente comprende a una y otra? Se trataba de un contexto teórico en el que se suponía la separación de la imagen y la palabra debido a la hegemonía de ésta última. De hecho este es el problema que nos encontramos en nuestras pesquisas sobre el juego y la escritura.

Prosigamos la revisión del texto: ¿qué o quién convoca al más allá del principio del placer, la estructura inconsciente, lo real o la escritura? ¿O las tres cosas? ¿Serían sinónimos? Lo único que se discierne con claridad es el enunciado de que la pulsión de muerte opera en silencio y que es fundamento de toda palabra. Es decir, que se asemeja a lo real de Lacan, lo imposible, lo que no cesa de no escribirse. Estaríamos ante una metáfora: la pulsión de muerte evoca un silencio que es fundamento de toda palabra. En los términos freudianos del *Proyecto de Psicología*, sería, de acuerdo con su hipotética primera huella mnémica, el ingrediente *a* la *cosa del mundo* y el ingrediente *b* su predicado, el primero se mantiene <<mudo>> pues sólo se puede dar cuenta de él mediante lo que predica el segundo.

En el capítulo sobre el juego, hasta donde llevamos realizada la revisión de los enunciados, Dinerstein no consigue plantear con claridad la secuencia que nos llevaría desde los textos freudianos a los lacanianos para la comprensión de la noción de escritura. Y no localizamos los argumentos que darían fundamento a la idea de que el juego es una escritura.

Antes de continuar con la exposición sistemática de la lectura del trabajo de Dinerstein, retomemos algunas de las preguntas que hemos formulado, buscando darles respuesta desde otro de los capítulos de su texto, el capítulo II, *El marco teórico. Los conceptos fundamentales*, de manera que evitemos formarnos una idea de insolvencia teórica de la psicoanalista argentina.

Primeramente conviene centrar nuestra atención en la noción de Inconsciente. Hemos mencionado los términos de estructura inconsciente, de estructura inconsciente imaginizada en palabras, de lo real, de la escritura. ¿Para Dinerstein son sinónimos? Citemos sus ideas al respecto:

“Esta agencia representante, representante de la representación, Vorstellungsrepräsentanz, signifiante para Lacan, constituye el núcleo de lo

inconsciente en virtud de ese movimiento primordial, censura y represión, que expulsa para siempre jamás una representación del sistema preconsciente-consciente. Para lo más nodularmente reprimido la representación de que se trata es la de una falta. Y, a su respecto, no se trata de pensar que, habiendo una representación consciente de la falta ésta se viera expulsada de ese sistema según podría suponer un pensamiento que ubicara cronológicamente una primera y luego una segunda etapas. Exclusión e inscripción son una y la misma operación, inscribiéndose aquello que en sí mismo no es ni fue representación consciente. Será lo que en <<Lo inconsciente>> Freud define como representación-cosa, la propia y específica del sistema inconsciente a diferencia de la representación-palabra, ligada a imágenes mnémicas de tipo verbal y que corresponde al sistema preconsciente-consciente. La representación-cosa consiste, dice Freud, en la investidura, sino de la imagen mnémica de la cosa, al menos de huellas mnémicas más distanciadas de ella. (3)⁴⁷. Notamos la diferencia entre imagen mnémica y huella mnémica y señalemos además el parentesco conceptual entre esta representación-cosa, representante de la pulsión en el sistema inconsciente y lo que Freud ya llamara *la Cosa* en el <<Proyecto de psicología>>” (Dinerstein, A., 1987: 58-59).

Es notable la diferencia entre ésta última descripción del texto de Dinerstein y las anteriores. Nos dejan la impresión de ser pasajes de dos textos diferentes. Sin embargo, pertenecen al mismo texto. No conseguimos entender los motivos que condujeron a la psicoanalista argentina a escribir en dos estilos diametralmente distintos. Pues en el capítulo dedicado al juego, ella escribe siguiendo una suerte de asociación de ideas lo que produce grandes vacíos de significado que impiden la comprensión de lo escrito a menos que se recurra a la interpretación de lo que ahí se dice y entonces tengamos ya no una lectura del escrito sino una interpretación arbitraria de lo que supusimos de la lectura. Mientras que en el capítulo sobre el marco teórico, Dinerstein expone detallada y cuidadosamente articulada la doctrina freudiana y lacaniana.

De cualquier manera este contraste nos sirve para reconocer sus argumentos. Quizá en el capítulo dedicado al juego, Dinerstein considera que la argumentación psicoanalítica se hace por medio de juegos de palabras. Quizá su propósito fue jugar con las palabras. De cualquier manera son especulaciones nuestras. Lo cierto es que la argumentación psicoanalítica requiere del uso apropiado y riguroso del lenguaje; los vacíos de significado están justificados en tanto en cuanto el psicoanálisis no está exento de aporías⁴⁸. Pero no están justificados como resultado de un uso poco riguroso de la argumentación, de la gramática y de la sintaxis. Mientras que el análisis lo que requiere es el uso ajustado de la imagen y la palabra; en él son comprensibles y válidos los vacíos de significación. En el análisis, los procesos son guiados por los significantes lúdicos y por los juegos de palabras.

Continuemos la exposición del texto de Dinerstein. Ella describe el núcleo de lo inconsciente como la *Vorstellungsrepräsentanz*, la representación-cosa, el ingrediente *a la cosa del mundo*, cuyo proceso es la exclusión y la inscripción. Tenemos entonces que el núcleo de lo inconsciente corresponde a una forma de inscripción psíquica en modo alguno convencional, una manifestación

⁴⁷ Freud, S., 1915a: 197-198.

⁴⁸ Esclarecimiento de términos: **aporía**. (Del gr. ἀπορία, dificultad de pasar). f. Fil. Enunciado que expresa o que contiene una inviabilidad de orden racional. (Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia Española, 2001:184).

potencial de significación que retiene y expulsa, pues la represión constituye una fijación y una inscripción. Entonces, lo inconsciente tiene la consistencia de una escritura y no de un lenguaje. Pero no olvidemos que de eso inconsciente sólo podemos dar cuenta en su nexa con el lenguaje.

Para Dinerstein ese proceso coincide con la noción de significante lacaniano. Aunque reconoce, al respecto, ciertas dudas, veamos como lo escribe:

“No es fácil determinar si el significante lacaniano corresponde al primer tipo de representaciones o al segundo⁴⁹. Diferentes lecturas permitirán adjudicarlo a uno o a otro. El texto con el que estamos trabajando, el Seminario XI, no permite decidir al respecto, en la medida en que allí Lacan plantea como núcleo de lo reprimido el *Vorstellungsrepräsentanz* (que en Freud abarca ambos tipos de representaciones). En realidad Lacan aclara que significante es la parte *repräsentanz*, en tanto la *Vorstellung* es del orden de la significación” (Ibíd: 62).

Tendremos oportunidad de volver sobre este asunto cuando presentemos el trabajo de Allouch sobre la escritura. Por el momento dejemos vigentes las dudas de Dinerstein, puesto que ilustran con toda claridad las transformaciones del pensamiento de Lacan. Y a su vez quedemos advertidos que lo inconsciente no queda vinculado al sentido, al significado.

A diferencia de lo que habíamos supuesto antes, de que Dinerstein no mostraba claramente la relación de los esquemas conceptuales de Freud y de Lacan sobre lo inconsciente, ahora tenemos otra perspectiva en la que va quedando fundamentado lo que ella concibe como lo propiamente inconsciente.

“Freud, para pensar el aparato psíquico, pensó sistemas: inconsciente, preconscious, consciente, y, más allá de 1920, instancias que denominó Yo, Ello, Superyó. Lacan, en su intento de dar cuenta de las dimensiones de la subjetividad que pone en cuestión el inconsciente, dirá: Simbólico, Real, Imaginario. El sistema inconsciente, en tanto estructurado como un lenguaje implica predominantemente la dimensión de lo Simbólico. Regida por una ley, el automatismo de repetición, que Freud cerniera con más precisión en <<Más allá del principio del placer>>, pero al que ya se había acercado en 1900, con su trabajo sobre los sueños” (Ibíd: 64).

Dinerstein relaciona explícitamente lo inconsciente con el registro de los Simbólico, pero antes lo hizo también con lo Real cuando citó el aforismo <<lo que no cesa de no escribirse>>, y además con lo Imaginario cuando habló de la <<estructura imaginaria en palabras>>. Es evidente que Dinerstein no correlaciona esas ideas. El motivo de esa posición no resulta evidente. Son tres designaciones distintas de lo inconsciente. Acaso se diga a favor de Dinerstein y de Lacan que el pensamiento de éste último se encontraba en proceso de despliegue. Para nosotros lo más importante es plantearnos si esos tres registros son concebidos en su cualidad de registros vinculables entre sí, capaces de formar un verdadero nudo, de modo que ¿no sería más apropiado designar lo inconsciente como lo Real que convoca el anudamiento con los otros dos registros? ¿No sería lo inconsciente esa cualidad de propiciar el nudo de los tres registros? ¿No sería lo inconsciente la escritura que dadas sus propiedades de generar significación permita la articulación de imágenes y

⁴⁹ Sachvorstellung (representación-cosa) la primera, y Wortvorstellung (representación-palabra) la segunda.

palabras? Creemos que la respuesta es si. De hecho para nosotros el juego posee, en tanto fenómeno y concepto, las características de una escritura de esa naturaleza, pues da pie a la creación de símbolos lúdicos y signos. De suerte que designar el juego como una escritura encuentre en ello su fundamento.

Consideramos que ha sido aclarado lo que Dinerstein designa como inconsciente. Prosigamos la revisión de su texto. Ella recurre como prueba de sus asertos a la presentación de algunos casos clínicos. El primero de ellos es el juego del <<fort-da>> que no expondremos en detalle pues ya lo hicimos antes. Aquí sólo haremos referencias puntuales del caso, siguiendo las reflexiones de Dinerstein.

Aprovecharemos que el juego del <<fort-da>> ofrece la oportunidad de vincular las ideas sobre el inconsciente con la designación de la compulsión de repetición. Pero antes dediquemos un breve espacio para presentar el resumen que hace Dinerstein de las ideas freudianas sobre el psiquismo. Menciona el principio automático de regulación del funcionamiento psíquico que consiste en la tendencia a evitar el displacer. Ese mecanismo opera mediante los mecanismos inconscientes de la condensación y el desplazamiento. El principio que se instaura de esa manera es el del placer. Todo lo que pudiera provocar displacer es rechazado. En ese contexto teórico lo fundamental es el cumplimiento del deseo, pues es lo que resulta del principio del placer. Para aclarar la noción de deseo recurre al concepto de identidad de percepción, es decir, a la explicación de que el proceso psíquico consiste en reanimar la representación, en investirla, de modo que la satisfacción se obtiene entonces por vía alucinatoria. La satisfacción es entonces la reanimación de una representación, una representación que alude a un objeto perdido, un objeto que parece reencontrarse en cada satisfacción pero que en realidad constituye una sustitución del primero objeto. De ese modo se comprende el sentido de la noción de deseo sexual, infantil y reprimido freudiano.

Luego Dinerstein explica el sentido de la compulsión de repetición freudiana. Dado que parece una contradicción al principio de placer, pues señala la vivencia traumática que se reitera tanto en el juego de los niños como en el análisis, ella establece una diferenciación y una vinculación entre dos momentos de la teoría de Freud, el principio del placer y el más allá del principio del placer. La compulsión de repetición, que corresponde al segundo de ellos, implica también una forma de placer pero a la vez un placer distinto. Un elevado goce dice Freud. El goce, el placer de lo displacentero, que puede experimentar el espectador ante la representación de una tragedia, por ejemplo. Dinerstein nos describe de la siguiente forma esos dos momentos de la teoría freudiana:

“Nosotros vinculamos los fenómenos que responden al principio del placer con aquello que, del objeto, en el complejo del prójimo, resulta comprensible, asimilable por el sujeto a referencias a su propio cuerpo, aquello que constituirá toda la vertiente del narcisismo y de la relación con el otro constituida por y desde las investiduras libidinales yoicas posibilitadoras de identificaciones por las cuales el otro puede asimilarse como un igual, un semejante. En cuanto al placer de otra índole, a aquello que, displacentero, repite el automatismo, nos parece que debe pensárselo en relación al lado cosa del otro, lado que lo vuelve otro de una

diferencia radical y que, como ya señalamos, se inscribe como representante pulsional, representante-cosa. Núcleo del inconsciente. Inscripción de lo que en sí mismo es insentido, de lo que, sustrayéndose, escapa a la significación, alude a la falta que, en psicoanálisis, se denomina castración” (Ibíd: 67-68).

La tarea del psiquismo que parece imponerse en la visión de Freud es la de ligar las investiduras demasiado intensas que provee la vivencia traumática. Ese proceso se orienta a la inscripción psíquica, pues su contrario, la no inscripción psíquica conduce a la producción de angustia. Cuando el nietecito de Freud juega una y otra vez a lanzar el carretel fuera de su vista para hacerlo reaparecer de inmediato, o cuando juega a hacer algo parecido frente al espejo, de modo que mira su imagen y luego <<la hace desaparecer>>, el niño se encuentra tratando de hacer comprensible lo incomprensible del alejamiento de su madre, su partida, cierta forma de evidencia del deseo de la madre dirigido hacia otros objetos, de acuerdo con la interpretación freudiana.

Así, el juego designa el medio por el cual lo traumático entra en el proceso de elaboración psíquica. Pero el juego mismo abre el espacio de constitución del niño en tanto sujeto. Sujeto y objeto se eclipsan por momentos. La madre desaparece, el niño desaparece, una y otro reaparecen también en un juego en el que el distanciamiento se impone. Es jugando que el niño inicia su disposición y su capacidad de simbolización, es la instauración del poder para dar cuenta de lo que le ocurre a él y lo que ocurre en su entorno. Es el fenómeno y el concepto del juego que ilustra la repetición compulsiva de una experiencia que al mismo tiempo da apertura a su registro, a su trazo, a su dibujo.

A fin de constatar la relación entre juego y escritura que plantea Dinerstein citemos sus palabras:

“La compulsión a la repetición, en los sueños de la neurosis traumática, en los sueños de la transferencia, en el juego, repite y repite la escritura del fracaso en un intento de anulación del displacer, procurando que éste, el displacer de lo no simbolizable, lo no escribible, se inscriba y quede sometido a la economía del principio del placer” (Ibíd: 94).

Entonces, la escritura alude por una parte, en su vertiente de repetición, al registro del fracaso en el intento de anular el displacer, y ahí mismo alude a la cualidad de algo que no es simbolizable en un primer momento, mientras que, en un proceso diferente, contrario, la escritura alude a la inscripción, finalmente, de la experiencia que se resistía a ser integrada y comprendida a cabalidad en el psiquismo. Ya antes hicimos referencia al doble proceso de expulsión y registro, de fijación y de repetición, que implica lo inconsciente de manera que ya no nos detendremos a reiterarlo.

Ahora nos resta agregar la conclusión de las ideas de Dinerstein, quien dice:

“Ni satisfacción pulsional plena, re-encuentro de una supuesta vivencia primaria de fusión con el objeto, ni silencio impuesto por la represión. Entre-esos-dos, el juego articula nuevos trayectos pulsionales” (Ibíd: 95).

Tenemos entonces con toda claridad la posición de la psicoanalista argentina, para quien el juego no es discernible como una mera experiencia placentera pero tampoco una simple experiencia de goce, es una forma intermedia en la que se abren nuevos trayectos pulsionales. El juego se comprende en la expresión de su cualidad creadora, sublimatoria.

Agrega que ese nuevo trayecto pulsional lo es por el establecimiento de un trazado y de un corte, el primero en tanto cuanto constituye la potencia de nuevos sentidos, y el segundo de ellos, el corte o disociación del sujeto, tanto del niño que juega como de la madre, pues ambos quedan divididos en aquello que conocen y desconocen de sí. Es decir, la división fundamental en el sujeto que determina la presencia y la dinámica del deseo inconsciente.

Luego Dinerstein aclara que el juego se ha correlacionado con los derivados del inconsciente, como el síntoma, el lapsus, el sueño, y el acto sintomático, pero, sin desconocer su coincidencia con esa perspectiva, ella encuentra en la propuesta de Winnicott, la de diferenciar el juego del jugar, una sugerente visión del juego. Así, para ella se vinculan el juego y la transferencia, pues el jugar comprende la actividad creadora que soporta, trabaja y constituye al sujeto. Finalmente, dice que el gran logro del análisis sería la instauración y el desarrollo de la capacidad de jugar del niño (Ibíd: 98).

Con respecto al análisis de niños hace otras acotaciones. Una de ellas es que en el psicoanálisis hablar significa, no la transmisión de un mensaje, sino la expresión de la subjetividad mediante las preguntas que inquietan sobre el ser. Así, el análisis inicia con los interrogantes implícitos en los síntomas del niño, dando lugar a una forma de discurso que puede denominarse el de significantes lúdicos, mientras que el final del análisis tiene como fundamento que el niño juegue con palabras. Vemos en estas ideas el trayecto que nosotros hemos dilucidado siguiendo otros textos. En efecto, constatamos que el juego hace posible que el objeto se transforme en un significante lúdico y luego en un signo. Es un proceso en el que no puede negarse la intervención de la dimensión cognitiva del niño, pero en el que lo más relevante es la posibilidad de subjetivación.

Para Dinerstein la dirección de la cura incluye ese tipo de precisiones. Otra aclaración es que el juego siendo una manifestación del habla, como interrogación sobre el ser, implica necesariamente su contrapartida, es decir, una forma específica de escucharlo. De suerte que siguiendo a Lacan es mediante la operación de una metáfora, es decir, la inclusión de un significante en la cadena significativa, como se busca, una vez que el significante primero cae al nivel del significado, el simbolismo analítico. Dice que al igual que el sueño, el juego es una escritura, y que por lo tanto deberá escucharse (¿o leerse?) a la letra.

Cita como ejemplo el siguiente caso:

“Marcela, en el momento de su análisis en que predominan fantasías agresivas hacia su analista como primera forma de imaginarizar un corte tanto más deseado cuanto más inaccesible le parece, juega durante varias sesiones a las compañías de aviación. Ordena el juego de manera tal que, una y otra vez, ella, como

encargada de la venta de boletos, dispondrá de todo lo necesario para que la analista obtenga un pasaje hacia diferentes lugares de la república. El juego consiste solamente en eso: la analista debía comprar un boleto y una vez adquirido, el juego recomenzaba otra vez. Todo este despliegue lúdico, llevado a cabo a lo largo de varios encuentros, puede resumirse en esta única frase: <<Te mando a volar>>” (Ibíd: 103).

La interpretación de Dinerstein cumple con todos los requisitos que ella misma había descrito cuando hizo referencia a la manera de escuchar el juego de los niños. En efecto, ella introduce un nuevo significante <<te mando a volar>> para articular la cadena significativa colocando el primer significante, el juego reiterativo de vender boletos, en el nivel del significado. Ahora bien, si nos encontramos ante un juego repetitivo, un juego que manifiesta en su actualidad una experiencia traumática, ¿no sería conveniente mantener el juego en su nivel de expresión de significantes lúdicos? ¿Para Marcela lo impostergable sería reconocer el tinte agresivo de su relación con la analista? ¿Es el juego de palabras que ofrece la analista la manera de dar continuidad al juego y por lo tanto al análisis? ¿Es esa la manera de <<escuchar>> el juego a la letra?

Creemos que la lógica del juego es la que puede imponerse. Que el juego en tanto escritura que inscribe y abre nuevas posibilidades de significación representa el espacio propicio para dar continuidad a la interrogación sobre la subjetividad del niño que juega. Sospechamos que no es preciso introducir un juego de palabras, sino significantes lúdicos como los que el propio niño utiliza, para aprovechar ese efecto de elaboración del juego. Quizá recordar el caso Dick de Melanie Klein y el procedimiento de nombrar a los trenes como <<tren-Dick>> y <<tren-papito>>, con los efectos que produjo de iniciar el juego que el niño no había iniciado espontáneamente, nos advertirían de la importancia de trabajar lúdicamente, de manipular objetos, de escenificar historias y de trazar y dibujar las imágenes que den consistencia a la interrogación del niño.

El trabajo de Dinerstein ofrece información precisa y provee los vínculos apropiados para dar fundamento al estatuto conceptual del juego y de la escritura en Freud. Además, por mediación suya hemos comprobado que hay distintos caminos para fundamentar la conjetura de que el juego es una escritura. El camino que siguió la psicoanalista argentina es enormemente fructífero. En ese camino reconoce que para Freud el sueño y el juego son una escritura. Explica con claridad que el juego de palabras del chiste comprende el principio de placer y que el juego reiterativo de la compulsión de repetición va más allá del principio de placer. Ambas designaciones del juego son complementarias. Con esas dos nominaciones del juego muestran las dos caras de la moneda que constituye la consistencia de la escritura en su dimensión inconsciente. Lo inconsciente nombra un doble movimiento, de expulsión y de fijación.

Por otro lado, el texto de Dinerstein nos coloca ante una posibilidad, la de comprender la escritura en un proceso de anudamiento de los tres registros lacanianos. La escritura concebida como lo Real que convoca y anuda a lo Simbólico y lo Imaginario. Y el juego, en tanto escritura, siendo el que designa ese anudamiento.

4.2. El juego y la escena de la escritura

Hemos revisado la noción de escritura en varios textos freudianos. También hemos seguido la tesis freudiana de que lo inconsciente corresponde a una escritura figural antigua como la egipcia, o a una escritura ideográfica como la china.

Por otra parte, ha sido preciso deslindar si lo inconsciente es un lenguaje o es una escritura. Constatamos que quienes sostienen que lo inconsciente es un lenguaje, como Frida Saal (1982), Aída Dinerstein (1987) y Jean Allouch (1984), siguieron la tesis de Lacan de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Sin embargo, siendo el pensamiento de Lacan un proceso en constante cambio, necesariamente habría de tener sus variaciones y precisiones con respecto a esa tesis. Allouch, retomando el texto de Lacan sobre la conjetura del origen de la escritura, ofrece nuevos argumentos a favor de que lo inconsciente designe el rébus de transferencia, y vuelve a poner el acento en el aspecto fonológico del lenguaje.

En contra de esa posición y a favor de la tesis de que lo inconsciente es análogo a una escritura ideográfica se ubica el pensamiento de Derrida del que daremos cuenta aquí.

A fin de iniciar la presentación de su pensamiento, veamos como expresa el propósito con el que escribió su texto:

“[...] reconocer en el texto de Freud ciertos puntos de referencia y aislar, en el umbral de una reflexión organizada, aquello que en el psicoanálisis no se deja comprender bien dentro de la clausura logocéntrica, en tanto que esta delimita no sólo la historia de la filosofía sino el movimiento de la <<ciencias humanas>>, especialmente de cierta lingüística. Si la irrupción freudiana tiene una originalidad, ésta no le viene de la coexistencia pacífica o de la complicidad teórica con esa lingüística, al menos en su fonologismo⁵⁰ congénito” (Derrida, J., 1967: 274).

Es esta, pues, una buena oportunidad para seguir escrutando la relación del psicoanálisis con la lingüística. Una relación que Freud vislumbró en 1913, que luego Lacan desarrolló ampliamente, y que continúa siendo vigente en la vinculación de lo inconsciente con la escritura. En la parte final del siglo veinte, fue evidente el optimismo con el que se celebró tal conexión. Luego de esa festividad inicial el problema tomó una forma más densa y complicada. De suerte que es este también un momento favorable para reconocer la originalidad freudiana que Derrida encuentra en cierta grafía⁵¹ a la que recurre Freud. De eso da cuenta en los siguientes términos:

“Pero no es un azar que Freud, en los momentos decisivos de su itinerario, recurra a modelos metafóricos que no están tomados de la lengua hablada, de las formas verbales, ni siquiera de la escritura fonética, sino de una grafía que no está nunca

⁵⁰ Aclaración de términos: **Fonología**. (De *fono-* y *-logía*). f. Rama de la lingüística que estudia los elementos fónicos, atendiendo a su valor distintivo y funcional. (Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española, 2001: 1075).

⁵¹ Aclaración de términos: **grafía**. (Del gr. *γραφία*, escritura). f. Modo de escribir o representar los sonidos, y, en especial, empleo de tal letra o tal signo gráfico para representar un sonido dado. (Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española, 2001: 1150).

sometida, como exterior y posterior, a la palabra. Freud apela con ella a signos que no vienen a transcribir una palabra viva y plena, presente a sí y dueña de sí. A decir verdad, y este va a ser nuestro problema, en esos casos Freud *no se sirve simplemente* de la metáfora de la escritura no fonética; no considera conveniente manejar metáforas escriturales con fines didácticos. Si esa metáfora es indispensable, es porque aclara, quizás, de rechazo, el sentido de la huella en general, y en consecuencia, articulándose con éste, el sentido de la escritura en sentido corriente. Indudablemente Freud no maneja metáforas si manejar metáforas es hacer alusión con lo conocido a lo desconocido. Mediante la insistencia de su inversión metafórica, vuelve enigmático, por el contrario, aquello que se cree conocer bajo el nombre de escritura” (Ibíd: 274-275).

¡Eh aquí el problema! Para Derrida la metáfora de la escritura convierte en un enigma lo que conocemos como escritura; he ahí lo que debe desentrañarse, pues hasta aquí hemos visto una serie de designaciones de la escritura que apuntan sentido diversos, y de los cuales resulta pertinente saber si se contraponen. Luego, Derrida afirma que Freud no recurre a las metáforas para hacer conocido lo desconocido, sin embargo, cuando el psicoanalista vienés propone la analogía entre el niño que juega y el poeta, o entre los símbolos oníricos y la escritura figural antigua, por mencionar sólo dos analogías, busca, eso creemos, hacer comprensible lo incomprensible. Pero también consigue volver enigmático el término de escritura lo que constituye lo fundamental del aporte freudiano para Derrida. Aunque lo central de todo esto es recorrer el camino derridiano para comprender el sentido de la huella freudiana, pues suponemos que de ese modo obtendremos nuevos fundamentos para sustentar la tesis de que el juego de los niños tiene la consistencia de una escritura. En efecto, si para Derrida la memoria y la percepción constituyen los procesos que dan sentido y fundamento al psiquismo, y si una y otra explican la conformación de la huella, en tanto en cuanto muestran el modo de inscripción psíquica, cualquier intento de comprensión de la escritura inconsciente freudiana deberá seguir ese derrotero.

A fin de clarificar el problema que quiere plantear, Derrida presenta los siguientes asertos: que Freud interrumpió la seguridad y la confianza en lo que había significado el término de escritura; que como resultado de lo anterior, abrió un nuevo sentido para la metafóricidad, la escritura y el espaciamento en general; que la metáfora invadirá la totalidad de lo psíquico de modo que el contenido de lo psíquico será representado por un texto gráfico y que la estructura del aparato psíquico lo será por una máquina de escribir.

Entonces Derrida traza el siguiente problema sobre las implicaciones que tendría todo ello: la pregunta no sería si la máquina de escritura que propone Freud en su *Nota sobre la <<pizarra mágica>>*, de 1925, es una buena metáfora, sino qué cualidades requerirá para representar la escritura psíquica, pues deberá aclararse que es un texto y cuál es la naturaleza de lo psíquico para ser representado por un texto. De ahí que sea de gran importancia discernir la relación entre lo psíquico, la escritura y el espaciamento de acuerdo con la metáfora que conduciría al discurso teórico, a la historia del psiquismo, del texto y de la técnica.

Casi es seguro que nuestros intentos de ampliar la analogía de que lo inconsciente es una escritura figural antigua se encuentran en el camino

correcto. Puesto que si comparamos esa escritura figural antigua con el simbolismo lúdico de Piaget (1959), la escritura pictográfico-ideográfica de Gelb (1952), o semasiográfica de Moorhouse (1953), y la escritura pulsional de Dinerstein (1987), y en esa comparación nos guiamos por la analogía como el fundamento freudiano, los motivos y la justificación de tal posición pueden esclarecerse ahora por una propuesta distinta. Ésta sostiene que lo importante es preguntarnos por la naturaleza gráfica de lo psíquico, su cualidad de escritura. Es la manera en la que plantea el problema Derrida (1967). Ahora bien, creemos que las pesquisas sobre el juego nos condujeron en esa dirección, pues siendo su consistencia la de una escritura, necesariamente tuvimos que enfocar esa particularidad gráfica de lo inconsciente. Los dibujos, los trazos, las marcas, los gestos, la expresividad corporal, los sonidos y todas las manipulaciones lúdicas del niño no podían circunscribirse en su totalidad por medio de la palabra. Luego entonces, habíamos seguido dos caminos que finalmente confluyeron: el de la ampliación de la analogía y el del escrutinio de la cualidad de escritura del juego.

Retomemos el texto derridiano ¿cuál es el trayecto que sigue? La secuencia de textos revisados por Derrida va del *Proyecto* (1895) a la *Nota sobre la <<pizarra mágica>>* (1925), pasando por la *Traumdeutung* (1900). En todos ellos lo que se va dilucidando es el proceso de la huella escrita. Derrida comprende ese asunto del siguiente modo:

“Se sabe ya, pues, que la vida psíquica no es ni la transparencia del sentido ni la opacidad de la fuerza, sino la diferencia en el trabajo de las fuerzas” (Derrida, J., 1967: 277).

Derrida estudiará el problema de la memoria apelando primero a un lenguaje neurológico, una fábula neurológica dirá el filósofo francés, en el que aparecerán términos como los de <<barreras-contacto>>, <<abrirse-paso>>, y otros más, a fin de esclarecer un modo de trabajo de dichas fuerzas. Pero es claro que en la vida psíquica ni todo es transparente ni todo es opaco. ¿Cuáles son los enunciados de apoyo para confirmar ese aserto?

4.2.1. La primera prueba: el abrirse-paso y la diferencia

El problema freudiano consiste en explicar dos cosas, la permanencia de la huella y la receptividad virginal de la sustancia que la acoge. A fin de comprender ese doble proceso, Freud recurrió a distintos mecanismos, el primero de tipo natural y los subsecuentes de escritura. Del *Proyecto* se destacan varias ideas: que se tenía la pretensión de ofrecer una psicología que, como ciencia natural, se representara los hechos psíquicos como estados cualitativamente determinados; que en ese sentido la memoria significaba la capacidad del tejido nervioso de ser alterado de manera duradera por hechos que se producían una sola vez; que esa psicología pretendía dilucidar las propiedades receptiva y perceptiva de ese tejido nervioso; que todos estos términos significaban no una explicación biológica sino una metáfora neurológica.

En esta metáfora neurológica, Freud supone la existencia de un problema en los términos del <<abrirse-paso>>, es decir, en lo que implica que el camino

trazado abra una vía conductora. Lo que significa cierta violencia y cierta resistencia ante la fractura. Para explicar ese proceso describe el aparato neurológico compuesto tanto de neuronas permeables (ϕ), las que no ofrecen resistencia alguna y que por lo tanto no retienen ninguna huella de las impresiones, serían las neuronas de la percepción; como de neuronas (ψ), las que opondrían rejas de contacto al libre curso de la excitación y consecuentemente conservarían así la huella impresa. Éstas últimas son las portadoras de la memoria y por lo tanto de los hechos psíquicos en general.

Para Derrida, Freud se encuentra inmerso en el lenguaje de la cantidad y la cualidad como problemas específicos de su época. Lo que resulta comprensible dado el contexto en el que se había formado. Freud había pasado del estudio general del sistema nervioso al estudio de la memoria. A fin de ilustrar el modo en el que se explicaba Freud ese asunto Derrida señala:

“La huella como memoria no es un abrirse-paso puro que siempre podría recuperarse como presencia simple, es la diferencia incapturable e invisible entre los actos de abrirse-paso” (Derrida, J., 1967: 277).

Tenemos entonces una primera caracterización de la huella. Queda definida por la intervención de la diferencia, incapturable e invisible, entre los actos de <<abrirse-paso>>. Luego, la diferencia, en su condición de huella, instaura la cualidad de *psyché* y de *mnéme*, de psíquico y de mnémico. La producción de la huella presenta diversos momentos en la explicación freudiana del aparato neurológico. Uno de ellos es la diferencia entre las cualidades plenas, otro el intersticio entre las repeticiones de lo idéntico (que no agrega ninguna intensidad sólo tiene poder de abrirse-paso), uno más el abrirse-paso mismo, momentos que no pueden ser capturados por el naturalismo ni la fenomenología, de acuerdo con Derrida. Son lapsos que pueden reinterpretarse como momentos de la diferencia.

¿Cómo se relacionan estas ideas con el principio de placer y con el más allá del principio de placer? La diferencia describe el esfuerzo de la vida que se protege a sí misma difiriendo la inversión peligrosa mediante una reserva (*Vorrat*). El rodeo que implica la relación del placer con la realidad queda instaurado por el diferimiento⁵² del gasto o la presencia amenazadores con la ayuda del abrirse-paso o de la repetición. La diferencia sigue la economía de la muerte, la repetición, la reserva.

Luego, la repetición nace de la resistencia que se opone desde la primera impresión, del contacto entre dos fuerzas. Tal resistencia depende de que la oposición de las fuerzas perdure o se repita originalmente. Mientras que la idea de primera vez se vuelve enigmática.

“Como a pesar suyo, piensa uno aquí en el esfuerzo originario del sistema de neuronas, esfuerzo que persevera a través de todas las modificaciones para ahorrarse la sobre carga de cantidad (Q_n) o para reducirla en lo posible. Presionado por la urgencia de la vida, el sistema neuronal se ha visto forzado a conservar una

⁵² Aclaración de términos: **diferir**. (Del. lat. *differre*). tr. Aplazar la ejecución de un acto. // 2. intr. Dicho de una persona o de una cosa: Distinguirse de otra. // 3. Disentir, no estar de acuerdo. (Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española, 2001: 822).

reserva de cantidad (Q_n). Para este fin he tenido que multiplicar sus neuronas y éstas tenían que ser impermeables. Aquél se evita así ser ocupado, investido por la *cantidad* (Q_n), al menos en cierta medida, en cuanto que instituye los *pasos-abiertos*. Se ve, pues, que los *pasos abiertos sirven a la función primaria*" (Freud citado por Derrida, pág. 280).

Derrida afirma que hay que pensar la vida como huella antes de determinar el ser como presencia. Que esa es la única condición para decir que la vida es la muerte. Que el retardo (*Verspätung*) es lo originario. Que la vida se protege a sí misma mediante la repetición, la huella, la diferencia. Que la repetición y el más allá del principio de placer son originarios. Que es el no-origen lo que es originario. En su lugar puede pensarse el concepto de diferir. Que los conceptos de *Nachträglichkeit* y *Verspätung*, a destiempo y el retardo respectivamente, son conceptos rectores de todo el pensamiento freudiano. Que en el *Proyecto*, en ningún momento se le llama al abrirse-paso escritura. Que fue necesario para Freud introducir un nuevo tipo de neuronas de percepción (ω), entre las neuronas ϕ y ψ , para explicar las cualidades psíquicas como funciones consciente, mediante el recurso de la periodicidad.

Dice Derrida que cuando Freud renuncia a la neurología y a las localizaciones anatómicas hará una transformación topográfica, la huella se convertirá en grama y el medio de abrirse-paso en un espaciamiento cifrado.

Creemos que Derrida omite una idea importante del *Proyecto*, la explicación sobre la hipotética primera huella mnémica que se descompondría en dos ingredientes, *a la cosa del mundo* y *b su predicado*. Vemos ahí ya convertida la huella en grama.

¿Qué relación tendría las ideas sobre el abrirse-paso con nuestro tema del juego y la escritura? ¿Es el juego un abrirse-paso? ¿Es el juego reiterativo expresión de un abrirse-paso? ¿Es la inscripción psíquica y la apertura de nuevas significaciones la función primordial del juego? Inferimos que la repetición del juego cumple con la función del diferir. Y que de ese modo contribuye con el abrirse-paso. El juego procede a destiempo. La producción de la huella es su contenido.

Cuando Piaget dice que el juego cumple con la tarea de diferir el proceso de adaptación mediante la asimilación simbólica, se está refiriendo a un sentido distinto del término de <<diferir>>. En su esquema conceptual prevalece el principio evolutivo. Es el tributo al pensamiento operativo, máxima expresión de lo cognitivo, lo que lo lleva a dar sustento a esa idea. Sin embargo, más allá de ese sentido puntual del diferir piagetiano del juego, deducimos una coincidencia entre las ideas de Piaget y de Freud sobre el juego, en que el psiquismo humano responde a un proceso de rodeo. La cualidad simbólica de lo humano implica ese proceso.

4.2.2. La segunda prueba: la lámina y el suplemento de origen

Derrida menciona que en el *Proyecto* no hay una designación de escritura. Otros autores como Frida Saal (1982) y Aída Dinerstein (1987) consideran que las ideas freudianas sobre la descomposición del complejo percepción, es

decir, el ingrediente *a* la *cosa del mundo* y el ingrediente *b* su *predicado* son ya una referencia explícita sobre la escritura. De cualquier forma, esa aparente omisión no modifica sustancialmente lo que Derrida afirma sobre la escritura freudiana.

Continuaremos presentando el texto derridiano. En él se muestra el momento en el que hace su aparición el término de escritura en la obra freudiana. A ese asunto dedicaremos los siguientes párrafos. Ahora bien, para Derrida el problema es que la metáfora de la escritura incide al mismo tiempo en la cuestión a desentrañar del aparato psíquico y en la aclaración del tejido del texto psíquico. Empero nos advierte que las dos series de metáforas, la de la máquina y la del texto, no entran en escena al mismo tiempo.

Con respecto al momento en el que surge el término de la escritura, lo sitúa en el pasaje de lo neurológico a lo psíquico que ocurre en la carta 52 (del 6 de diciembre de 1896) de Freud a Fliess. Sus argumentos son que en esa carta aparecen varios términos alusivos a la metáfora de la escritura, a saber: signo (*Zeichen*), inscripción (*Niederschrift*), transcripción (*Umschrift*). Además, que es evidente en la carta el modo en el que Freud hace uso de esos términos, y para demostrarlo ofrece una cita de texto. Escribe:

“Como sabes, estoy trabajando sobre la hipótesis de que nuestro aparato psíquico se ha constituido por una superposición de estratos (*Aufeinanderschichtung*), es decir, que de tanto en tanto el material existente en forma de huellas mnémicas (*Erinnerungsspuren*) se somete a una *reestructuración* (*Umordnung*), según nuevas relaciones, a una *transcripción* (*Umschrift*). Lo esencialmente nuevo en mi teoría es la afirmación de que la memoria no está presente una sola y única vez sino que se repite, se consigna (*niederlegt*) en diferentes clases de signos [...]” (Freud, S., 1950: 274, citado por Derrida, J., 1967: 284).

Luego, que en la carta mencionada quedaron definidas las ideas sobre la comunicación de la huella y del retardo, y que lo verbal quedaba asignado a la interioridad de un sistema de escritura. Derrida parafrasea enseguida el texto freudiano, a fin de explicar que las neuronas de percepción no retienen la huella y que se encuentran vinculadas con la consciencia, que lo inconsciente no tiene relación con las representaciones verbales pues esa función le corresponde a lo preconscious. Ideas que no tendrán variación a lo largo de la obra freudiana.

Veamos ahora propiamente el problema del aparato psíquico y del texto psíquico en su tejido.

Tenemos una de las primeras afirmaciones de Derrida: la regresión tópica, temporal y formal del sueño habrá de interpretarse como el movimiento regresivo dentro de un paisaje de escritura; una escritura caracterizada por una litografía anterior a las palabras: metafonética, no lingüística, a-lógica. Tales características son consecuencia de la separación de esos contenidos de las representaciones verbales. Enseguida agrega otra: la *Traumdeutung* será, indiscutiblemente, una lectura y un desciframiento. Dedicamos las siguientes líneas a dar los fundamentos de esa idea. Remite a la *Traumdeutung* para describir los distintos métodos de interpretación de los sueños. Informa que Freud cuando contrasta los métodos populares con los científicos justifica sobre todo

a los primeros. Revisa el método <<simbólico>> el que trata el contenido del sueño como una totalidad que puede ser sustituida por otra totalidad inteligible y eventualmente premonitoria. Después, cuando habla del método del descifrado (*Chiffriermethode*) menciona que el sueño corresponde con una especie de escritura secreta (*Geheimschrift*) en la que cada signo es traducido mediante una clave (*Schlüssel*) fija. El ejemplo que cita Freud, dice Derrida, es un texto de escritura fonética que es investido y su transcripción fonética encadenada en una red de escritura muda; es el ejemplo del sueño en el que aparecen los temas de una carta y un entierro los que son consultados en un libro de los sueños y de esa manera quedan traducidos, carta por despecho y entierro por noviazgo. Finalmente, luego de una breve digresión por el tema de sueño y los jeroglíficos, y atendiendo al método de Artemidoro de Daldis (siglo II), Derrida muestra ciertos vínculos del sueño con los jeroglíficos, y ofrece su tesis:

“Indudablemente Freud piensa que el sueño se desplaza como una escritura original, que pone en escena las palabras sin someterse a ellas; indudablemente, piensa aquí en un modelo de escritura irreductible al habla y que comporta, como los jeroglíficos, elementos pictográficos, ideogramáticos y fonéticos. Pero convierte la escritura psíquica en una producción tan originaria que la escritura tal como se la cree poder entender en su sentido propio, escritura codificada y visible <<en el mundo>>, no sería más que una metáfora de aquella” (Derrida, J., 1967: 288).

Esa visión de Freud es la que Derrida considera como la irrupción original del freudismo. Otra manera de mostrar esa ruptura freudiana es:

“La escritura psíquica, por ejemplo la del sueño que <<sigue antiguos pasos-abiertos>>, simple momento en la regresión hacia la escritura <<primaria>>, no se deja leer a partir de ningún código. Sin duda, aquélla trabaja con una masa de elementos codificados en el curso de una historia individual o colectiva. Pero en sus operaciones, su léxico y su sintaxis se mantiene irreductible un residuo puramente idiomático, que tiene que llevar todo el peso de la interpretación, en la comunicación entre los inconscientes. El soñador inventa su propia gramática. No hay material significativo o texto previo que se *contentaría* con utilizar, aunque en cualquier caso nunca se priva de ellos. Tal es, a pesar de su interés, el límite del *Chiffriermethode* y del *Traumbuch*. Tanto como a la generalidad y a la rigidez del código, este límite afecta al hecho de que en ellos hay una preocupación excesiva por los *contenidos*, e insuficiente por las relaciones, situaciones, funcionamiento y diferencias” (Ibid: 288).

La comprensión derridiana del freudismo es radical. El proceso se invierte. De ese modo la escritura *codificada y visible <<en el mundo>>* es una metáfora de la escritura psíquica. En los textos de Allouch, *Traducción, transcripción, transliteración* y *La <<conjetura de Lacan>> sobre el origen de la escritura*, de 1984, vemos la otra cara de la moneda. La escritura psíquica, como cualquier otra forma de escritura, se entiende desde el lenguaje. ¿Realmente son dos visiones contrapuestas? ¿Serán acaso dos perspectivas distintas en tanto en cuanto se refieren a cosas diferentes? En principio, nada puede comprenderse sin una explicación suficientemente clara proporcionada por el lenguaje. Luego, cada una de las formas específicas de escritura confronta, por decir así, esa disposición y capacidad comunicativa del lenguaje. En medio de esa controversia se ubica, entendemos, la irrupción radical del freudismo.

Prosigamos la exposición del texto de Derrida. Ante la insuficiencia y falibilidad del código, dice que en la escritura psíquica y en toda escritura en general, la diferencia entre significante y significado nunca es radical. Pero tampoco el significante y el significado se mantienen unidos de manera natural. Entre ellos se crea toda una serie de posibilidades de significación y de traducción. Ahora bien, ¿la experiencia inconsciente crea sus propios significantes o simplemente los adopta? Dice Derrida que los crea, o por lo menos crea sus posibilidades de significación. Pero a partir de entonces ya no son propiamente significantes. De suerte que la traducción resulta limitada. ¿Cómo se vincula eso con la represión freudiana? Derrida cita el texto freudiano sobre *La Represión* para señalar la idea de que la represión opera de manera por completo individual, en el sentido de cada ramificación de lo reprimido la que sigue su destino propio. Enseguida define la traducción:

“No hay traducción, sistema de traducción, más que si un código permanente permite sustituir o transformar los significantes, conservando el mismo significado, *presente* siempre a pesar de la ausencia de tal o cual significante determinado. La posibilidad radical de la sustitución estaría, pues, implicada por el par de conceptos significado/significante, en consecuencia, por el concepto mismo de signo” (Ibíd: 289).

No obstante que la potencialidad de traducción de la experiencia inconsciente es limitada, y no obstante que la ejecución de la represión hace difícil propiciar y mantener las condiciones de la traducción, es decir, la existencia de un código permanente que permita sustituir los significantes conservando el mismo significado, Freud recurre constantemente a la traducción, dice Derrida. Por momentos Freud cree en la existencia de un código fijo y general. Para él la interpretación psicoanalítica es la sustitución de significantes. Pero como el sueño depende tan íntimamente de la expresión verbal que incluso Ferenczi ha dicho que cada lengua tiene su propia lengua de sueño, entonces, esa misma afirmación puede extenderse con respecto a una gramática individual, argumenta Derrida, haciendo del sueño algo intraducible, intraducible sin pérdida. Agrega que el hacer consciente lo inconsciente no es una simple traducción puesto que dentro del aparato psíquico no existe una relación de simple traducción. Los conceptos de traducción (*Übersetzung*) o de transcripción (*Ümschrift*) pueden hacer suponer un texto anticipado, inmóvil, presencia impasible de una estatua, de una piedra escrita o de un archivo cuyo contenido se transportaría sin daño al elemento de otro lenguaje, el de la preconsciencia o la consciencia. Entonces su conclusión es la siguiente:

“No hay, en general, texto presente, y ni siquiera texto presente-pasado, texto pasado como habiendo sido presente. El texto no se puede pensar en la forma, originaria o modificada, de la presencia. El texto inconsciente está ya tejido con huellas puras, con diferencias en las que se juntan el sentido y la fuerza, texto en ninguna parte presente, constituido por archivos que son *ya desde siempre* transcripciones. Laminas originarias. Todo empieza con la reproducción. Ya desde siempre, es decir, depósitos de un sentido que no ha estado nunca presente, cuyo presente significado es siempre reconstruido con retardo, *nachträglich*, a destiempo, *suplementariamente: nachträglich* quiere decir también *suplementario*” (Ibíd: 291).

Derrida había anticipado que uno de los problemas a dilucidar era la metáfora del texto, y ¡he aquí su presentación! Para nosotros es una cita de gran importancia pues ya habíamos mencionado que el juego sería una experiencia

a destiempo. En el juego hay un trabajo suplementario, el post-scriptum de las vivencias del niño que se experimentan como el presente. Dice Derrida que esa secundariedad del paso de lo inconsciente a la consciencia es la producción original e irreductible. El juego, entonces, es el escenario en el que el niño instituye sus experiencias, es el espacio en el que lo interno y lo externo borran sus fronteras, es el terreno en el que haciendo el niño es.

Derrida ofrece las siguientes ideas a favor de su tesis: que el trabajo de escritura borra la diferencia trascendental entre el origen del mundo y ser en-el-mundo; que la escritura psíquica no se presta a una traducción porque es un único sistema energético; la fuerza y el sentido (y el espacio) son resultado de la repetición que originariamente habita en la fuerza como su muerte; esa repetición inaugura la posibilidad de traducción, la repetición desdobra ya desde siempre la punta de la primera vez; la sexualidad y el tiempo son comprensibles en su retardo, la sexualidad en su resignificación y el tiempo en la transformación de lo que se ha llamado intemporalidad del inconsciente.

4.2.3. La tercera prueba: la dióptica⁵³ y los jeroglíficos

Derrida considera que la exposición de Freud sobre el sueño muestra cierta obstinación por la espacialidad, pues ya en el tema del paso de lo inconsciente a lo consciente había adelantado su premisa de lo insostenible de la descripción de ese proceso como el traslado de una inscripción a otra, tratándose de sistemas energéticos. Es decir, sistemas energéticos que no admitían traducción.

Por lo demás, Derrida advierte sobre ciertos riesgos que encaraba Freud: el de inmovilizar o aplacar la energía en una metáfora ingenua de lugar; el de abandonar antes que repensar el espacio o la topología de la escritura; el de que Freud no había encontrado todavía el modelo adecuado para representar el aparato psíquico, teniendo claro que el texto psíquico era de naturaleza grafemática⁵⁴.

En el contexto de estudio de esos riesgos, Derrida presenta ahora el modelo óptico de la *Traumdeutung*. Es un modelo que Freud justifica como representación intuitiva (*anschauliche Vorstellung*), la metáfora para Derrida. La idea central es que los pensamientos y los productos psíquicos no están localizados en los elementos orgánicos del sistema nervioso, sino entre ellos, entre las resistencias y los pasos-abiertos. Luego, en el modelo óptico su localización es virtual, se localizan en el espacio de la refracción de los rayos al pasar a un medio nuevo. Esta forma de representación en modo alguno implica una estructura simple.

Esa misma idea será retomada en el apartado sobre la *Regresión*. Freud describe el aparato óptico advirtiendo que el lugar de lo psíquico corresponde

⁵³ Aclaración de términos: **dióptico, ca.** (Del gr. διοπτρικός). adj. Perteneciente o relativo a la **dióptica**. // 2. f. Parte de la óptica que trata de los fenómenos de la refracción de la luz. (Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española, 2001: 1150).

⁵⁴ Aclaración de términos: **grafema**. m. *Ling.* Unidad mínima e indivisible de la escritura de una lengua (Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española, 2001: 1150).

con ciertos puntos ideales del telescopio y el microscopio. Explica ahí la relación de la percepción y la memoria con la huella mnémica, en los términos que ya nos son conocidos y que mantendrá en toda su obra. Al mismo tiempo se excusa por la imperfección de las imágenes en las que apoya su argumentación. Para Derrida ese fragmento permite clarificar la diferencia entre el sistema y lo psíquico. Esa diferencia es fundamental para seguir el trabajo de Derrida pues lo que expone es el proceso por medio del cual Freud dio lugar a la máquina de escritura. En ese sentido, lo que señala como los puntos básicos de esa máquina son: el funcionamiento, el orden de sus operaciones, el tiempo reglado de su movimiento tal como es registrado y marcado en las piezas del mecanismo.

Y dado que el problema freudiano se mantiene, es decir, la preocupación por dilucidar el doble proceso de aparto anímico, el de la memoria y el de mantener disponible la superficie de impresión, Derrida continúa su exploración por los textos freudianos, denominando la escritura de la luz a la que proviene del modelo óptico. Otro de los términos freudianos que examina es el de clisé. Remite al texto freudiano *Sobre la dinámica de la transferencia*, de 1912, en el que se hace alusión a las nociones de clisé y de impresión para dar cuenta del fenómeno de la transferencia. Otro texto mencionado es el de las *Nota sobre el concepto de inconsciente en psicoanálisis*, de 1912⁵⁵, donde recurre Freud para explicar lo psíquico a la analogía con la fotografía. Cabe señalar que lo fundamental de esas referencias freudianas es que muestran la diferenciación (*Differenzierung*) entre el sistema y el texto psíquico. Es también la expresión de un retardo pues lo psíquico ha sido dilucidado, mientras que el aparato óptico da cuenta imperfectamente del proceso simultáneo de memoria y de percepción.

Otra de las ideas que quiere destacar Derrida es la de que la escritura se caracteriza por el espaciamiento, diastema⁵⁶ y devenir-espacio del tiempo, despliegue en una localidad originaria, lo que tendrá sus complicaciones al ser vinculada con la escritura fonética. Dice:

“Ahora bien, en todo espaciamiento silencioso o no puramente fónico de las significaciones, son posibles encadenamientos que no obedecen ya a la linealidad del tiempo lógico, del tiempo de la consciencia o de la preconsciousia, del tiempo de la <<representación verbal>>. No hay frontera segura entre el espacio no fonético de la escritura (incluso en la escritura <<fonética>>) y el espacio de la escena del sueño” (Derrida, J., 1967: 298).

De ahí que Freud recurra a la escritura para explicar las relaciones lógicas y temporales del sueño, en cierto modo extrañas. Quizá las circunstancias que enfrentó el análisis infantil, que colocaba al juego en el centro del análisis, fueron semejantes al problema que aquí se señala con respecto al sueño. En el juego, como en muchos sueños, el espaciamiento silencioso es lo

⁵⁵ Seguramente Derrida consultó la versión en alemán fechada en 1913 y que era una traducción del original escrito en inglés.

⁵⁶ Aclaración de términos: **diastema**. (Del. gr. διάστημα, distancia). m. Zool. Espacio más o menos ancho en la encía de muchos mamíferos, como los roedores, los equinos o los rumiantes, que separa grupos de piezas dentarias. (Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española, 2001: 817).

característico del proceso, un policentrismo que no se concilia con la linealidad de las representaciones verbales. Afirma Derrida que en el sueño el discurso cambia de función y de dignidad, pues es rodeado, situado e investido. El discurso se inserta en el sueño como la leyenda en las historietas de dibujos de modo que en la combinación picto-jeroglífica se convierte en complemento no en el centro del relato. Tanto en los jeroglíficos como en los <<rébus>> la voz queda rodeada. Entonces, ¿la primacía discursiva que a veces se ha querido mantener en el psicoanálisis de niños no es contraria con los planteamientos freudianos? ¿No sería la prosecución del juego el modo más favorable para el trabajo de simbolización? Puesto que en la producción de significantes lúdicos el policentrismo se retoma en múltiples y variados planos y sentidos⁵⁷.

La desconstrucción que hace Derrida de la noción freudiana de la escritura figurativa (*Bilderschrift*) subraya que no es una escritura dada a percepción simple sino a una lectura. El sueño es un enigma figurativo (*Bilderräsel*). Entonces, la escritura figurativa, su contenido, es una cadena signifiante de forma escénica. ¿Es esta idea ilustrativa de lo que sucede en el juego? ¿Son las escenas lúdicas algo semejante a un enigma figurativo? Sin duda es una forma económica de la palabra. Enseguida es tratado un tema de gran relevancia para nuestra investigación. Es la vinculación entre las palabras y las cosas. Al respecto se manifiestan algunas ideas. Que las palabras son también cosas. Las palabras pueden experimentar las mismas transformaciones que las representaciones de las cosas. En esto contribuye la aptitud escénica de la palabra (*Darstellbarkeit*). No hay duda que esta aptitud escénica de las palabras se manifiesta ampliamente en el juego de los niños.

Derrida afirma lo siguiente:

“El modelo de la escritura jeroglífica se asemeja de manera más llamativa a la diversidad de modos y de funciones del signo en el sueño, pero cabe encontrarla en toda escritura” (Ibíd: 302).

Luego Derrida describe las aclaraciones que hizo Freud con respecto a que el lenguaje de los sueños es más una escritura jeroglífica que un lenguaje propiamente dicho.

4.2.4. La cuarta prueba: el trozo de cera de Freud y las tres analogías de la escritura

Es el punto culminante de la exposición de Derrida. Es la presentación de la máquina de escritura. Es la analogía entre un cierto aparato de escritura el aparato de percepción. Una analogía que presenta en varios momentos.

La primera analogía consiste en comparar la memoria con las anotaciones gráficas en una hoja de papel o en una pizarra. Por medio de ellas podemos auxiliar a nuestra memoria, pero hay una limitación, la capacidad receptora de la hoja o la pizarra se restablece borrando, sin conservar, empero, la información que se había anotado inicialmente.

⁵⁷ Consideramos que la propuesta de Winnicott de dejar jugar al niño o incluso de promover el juego tiene su fundamento en este tipo de consideraciones.

Esa primera analogía incluye también la comparación del aparato psíquico con una máquina de escritura. Esa máquina se conoce como el bloc mágico. Derrida reproduce la descripción freudiana:

“El bloc mágico es una lámina de resina o cera de color oscuro, encuadrada en un marco de papel, y sobre la cual va una fina hoja transparente, sujeta en su borde superior y suelta en el inferior. Esta hoja es la parte más interesante de todo el aparato. Se compone a su vez de dos capas separables, salvo en los bordes transversales. La capa superior es una lámina transparente de celuloide, y la inferior, un papel encerado muy delgado y traslúcido. Cuando el aparato no es empleado, la superficie interna del papel encerado permanece ligeramente adherida a la capa superior de la lámina de cera. Para usar este bloc mágico se escribe sobre la capa de celuloide de la hoja que cubre la lámina de cera. Para ello no se emplea lápiz ni tiza, sino, como en la antigüedad, un estilo o punzón. Pero en el bloc mágico, el estilo no graba directamente la escritura sobre la lámina de cera, sino por mediación de la hoja que la recubre, adhiriendo a la primera, en los puntos sobre los que ejerce presión, la cara interna del papel encerado, y los trazos así marcados se hacen visibles, en un color más oscuro, en la superficie grisácea del celuloide. Cuando luego se quiere borrar lo escrito basta separar ligeramente de la lámina de cera la hoja superior, cuyo borde inferior queda libre. El contacto establecido por la presión del estilo entre el papel encerado y la lámina de cera, contacto al que se debía la visibilidad de lo escrito, queda así destruido, sin que se establezca de nuevo al volver a tocarse ambos, y el bloc mágico aparece otra vez virgen de escritura y dispuesto a recibir nuevas inscripciones” (Ibíd: 306-307).

Esta primera analogía tiene varias consecuencias. Para Derrida uno de esos resultados es que el bloc mágico permite pensar en una *profundidad* sin límites, un infinito devenir, y una exterioridad completamente superficial. Entonces concluye que:

“En él se juntan las dos certezas empíricas que nos constituyen: la de la profundidad infinita en la implicación del sentido, en el envolvimiento ilimitado de lo actual y, simultáneamente, la de la esencia pelicular del ser, de la ausencia absoluta de fondo” (Ibíd: 307).

Observamos la semejanza en la construcción de los enunciados derridianos y freudianos. En modo alguno Derrida agrega algo distinto a lo que ya dejaba vislumbrar Freud. Acaso sólo lo amplía.

Luego expresa otro de los efectos de esa analogía. Puesto que el bloc mágico posee una capa protectora, y Freud había concebido una capa parecida que cumplía con esa función en el psiquismo, entonces concluye que no hay escritura que no se construya una protección, *en protección contra sí misma*, contra la amenaza que implica para el << sujeto >> dejarse escribir, al exponerse. Pero hasta aquí todavía no hay escritura. La escritura será la huella que sobreviva a la acción del punzón.

Antes de proseguir con la revisión de trabajo de Derrida, consideremos las posibilidades de vincular esa función protectora de la escritura, protección que implica al sujeto pues se encuentra en cierta forma inerme ante la acción de dejarse escribir, de quedar expuesto, con la función también protectora que Winnicott (1951) definió para el objeto transicional. Pedimos al lector que recuerde el maravilloso cuento de Alfonso Reyes titulado *La muñeca*, en donde

se describe cómo una niña recurre a ese juguete para protegerse de la influencia desmedida que las personas que le rodean o que recién conoce pueden llegar o producirle. Entonces, considerada la posibilidad protectora del juego y del juguete y la designación de un sujeto necesitado de protección ante las circunstancias de dejarse escribir, inferimos que el campo lúdico convoca incesantemente la construcción de sentido que provea de ese resguardo.

Continuemos exponiendo las reflexiones que suscitó el texto freudiano en Derrida. Presenta la segunda analogía. Ésta se basa en dos movimientos del bloc mágico, el primero es el levantamiento de la cubierta de celuloide y el segundo es la desaparición de lo escrito, dejando la superficie del bloc de nuevo virgen y dispuesta a acoger nuevas anotaciones. Empero en la lámina de cera ha quedado entretanto registrado lo escrito. Para Freud y para Derrida este mecanismo coincide con el supuesto de que el psiquismo implica dos funciones, el sistema perceptor registra pero no conserva huella alguna, mientras que la memoria se conserva en otros sistemas de suplencia. Derrida ofrece entonces algunas de sus conclusiones:

“La escritura suple a la percepción antes incluso de que aquélla llegue a aparecer ante sí misma. La <<memoria>> o la escritura son la abertura de ese aparecer como tal. Lo <<percibido>> no se deja leer más que en pasado, por debajo de la percepción y después de ella” (Ibíd: 308).

A partir de la escritura, Derrida reorganiza las nociones freudianas de la percepción y la memoria. La tendencia de Freud a considerar eventualmente el aparato psíquico desde una perspectiva naturalista, por ejemplo, cuando pretende explicar el simbolismo remitiendo a supuestas percepciones que antecedían y comandaban el sentido y el significado de algo, cede del todo ante la visión que aporta la escritura.

Por otra parte, Derrida menciona que Freud considera que la lámina de cera coincide con el inconsciente y agrega entonces:

“El hacerse visible lo escrito, alternando con su desaparición, sería el brillo (*Aufleuchten*) y el desvanecimiento (*Vergehen*) de la consciencia en la percepción” (Ibidem).

Propone entonces la tercera analogía. Corresponde con el tiempo de la escritura. Es la más interesante, dice. La presenta en los siguientes términos:

“Hay que contar aquí con el tiempo de este pedazo de cera. Tiempo que no es exterior a él, y el bloc mágico abarca en su estructura lo que Kant describe como los tres modos del tiempo en las *tres analogías de la experiencia*: la permanencia, la sucesión, la simultaneidad. Cuando Descartes se pregunta *quaenam vero est haec cera*, puede reducir su *esencia* a la simplicidad intemporal de un objeto inteligible. Freud, como lo que reconstruye es una *operación*, no puede reducir ni el tiempo ni la multiplicidad de capas sensibles. Y procede a ligar un concepto discontinuista del tiempo, como periodicidad y espaciamiento de la escritura, con toda una cadena de hipótesis que van desde las *Cartas a Fließ* hasta *Más allá del principio del placer*, y que, una vez más, se encuentran construidas, consolidadas, confirmadas y solidificadas en el bloc mágico. La temporalidad como espaciamiento no será simplemente la discontinuidad horizontal en la cadena de los signos, sino la escritura como interrupción y restablecimiento del contacto entre las distintas profundidades de las capas psíquicas, el tejido temporal, tan heterogéneo, del

propio trabajo psíquico. No se vuelve a encontrar ahí ni la continuidad de la línea ni la homogeneidad del volumen; sino la duración y la profundidad diferenciadas de una escena, su espaciamento” (Ibíd: 308-309).

Se hace referencia después a la idea de distribución discontinua. Es la metáfora de unas antenas del inconsciente que de tanto en tanto se dirigen al exterior y luego se retraen. En cada movimiento la conciencia se extingue. La noción de tiempo surge de la no-excitabilidad periódica y a la discontinuidad en el trabajo del sistema percepción-consciencia. Dice Derrida que el tiempo es la economía de una escritura.

Enseguida describe el proceso de la memoria. Las huellas producen el espacio de su inscripción permitiéndose su desaparición. En el presente se originan por la doble fuerza de la repetición y la desaparición, de legibilidad y de ilegibilidad. La máquina de la escritura implica el espaciamento, la deferencia y la desaparición del origen simple. Además, la escritura requiere de la represión, sin ella no puede concebirse pues su naturaleza no es la de un contacto permanente ni una ruptura absoluta entre las capas del psiquismo. La escritura es vigilancia y fracaso de la censura. Concluiremos la presentación de las ideas de Derrida con dos citas de texto. La primera es:

“El <<sujeito>> de la escritura no existe si por ello se entiende tal soledad soberana del escritor. El sujeto de la escritura es un *sistema* de relaciones entre las capas: del bloc mágico, de lo psíquico, de la sociedad, del mundo. Dentro de esta escena, la simplicidad puntual del sujeto clásico es inencontrable” (Ibíd: 311).

Y la segunda:

“La escritura es aquí la *techen* como la relación entre la vida y la muerte, entre el presente y la representación, entre los dos aparatos. La escritura abre la cuestión de la técnica: del aparato en general y de la analogía entre el aparato psíquico y el aparato no-psíquico. En este sentido la escritura es la escena de la historia y el juego del mundo. No se le puede reducir mediante una simple psicología” (Ibidem, pág. 313).

Ahora bien, de ese sujeto de la escritura es de quién concebimos un vínculo con el niño que juega, es decir, con el sujeto que el juego hace advenir, puesto que no siempre que un niño manipula objetos alcanza ese *sistema* de relaciones. Empero, si el niño juega, lo hace precisamente en tanto en cuanto se encuentra en ese *sistema* de relaciones (las capas del bloc mágico) de lo psíquico, de la sociedad, del mundo. Se ubica en el juego del mundo. Quizá de ahí es de donde podríamos obtener la otra punta con la que se pueda anudar la idea de Huizinga (1954) de que el mundo clásico nació con el ánimo de un juego. Es decir, que la disposición creadora que Huizinga asume del juego puede correlacionarse con la capacidad de representación que Derrida plantea de la escritura de lo inconsciente, y que por extensión nosotros la concebiríamos como la consistencia de escritura del juego.

4.3. La «conjetura de Lacan» sobre el origen de la escritura

Antes hemos analizado el texto de Allouch, *Traducción, transcripción, transliteración*, de 1984. El objetivo que nos propusimos fue dar continuidad a

los temas del simbolismo inconsciente y la escritura en el psicoanálisis. Dado que el psicoanálisis es una experiencia de interpretación y dado que hay varias concepciones acerca de cómo opera ese proceso, pretendíamos lograr una mayor claridad de esa situación: si se trataba de una traducción, una transcripción o una transliteración.

Pasaremos ahora al de *La <<conjetura de Lacan>> sobre el origen de la escritura*, de 1984, a fin de exponer las ideas con las que defiende que lo inconsciente se basa en el rébus de transferencia. ¿Es el rébus de transferencia una escritura? ¿Es el rébus de transferencia la forma de expresión del significante lúdico? Con la información proporcionada por Allouch, intentaremos dar respuesta a estas interrogantes.

Dilucidaremos el sentido en el que Allouch concibe a la transliteración como la operación del rébus de transferencia, es decir, como juego homofónico.

Por cierto, la metodología que hemos empleado es la del análisis de los enunciados de Allouch. Revisaremos la manera en la que da sustento a sus ideas, es decir, examinaremos los enunciados de apoyo a sus ideas principales, además, escrutaremos la relación lógica entre sus premisas y sus conclusiones. Dado que es un texto en el que algunas ideas no son explicitadas, trataremos, hasta donde nos sea posible, pues no disponemos de todos los textos y tampoco somos especialistas en la obra de Lacan, hacer manifiestas dichas ideas.

La revisión del texto de Allouch, acerca de la conjetura de Lacan sobre el origen de la escritura, cumple el propósito de sintetizar algunas de las ideas que hemos analizado hasta ahora en torno a la consistencia de escritura que posee el inconsciente. Es también la oportunidad para reforzar la comprensión de las nociones lacanianas básicas.

Allouch pretende mostrar que en la teoría de Lacan los tres registros, el Imaginario, el Simbólico y el Real se encuentran vinculados por un acto de escritura. Así, la exposición breve del itinerario conceptual de Lacan, particularmente de su conjetura sobre el origen de la escritura, sirvió para que se interpretara como la operación del rébus de transferencia. Para Allouch, Lacan va más allá de la simbolización del inconsciente cuando introduce las tres dimensiones del ser hablante.

Para cumplir con su propósito, Allouch formula problemas y ofrece alternativas de solución. Por ejemplo, analiza algunas fórmulas lacanianas. También expone la conjetura de Lacan sobre el origen de la escritura. Analiza el cuadro de Magritte de <<esto no es una pipa>>. Intercala un relato de niños, un juego de palabras. Plantea su interpretación de la conjetura. Revisa el tema de la pictografía y finalmente estudia la perspectiva de Foucault del cuadro de Magritte.

¿De qué lenguaje se habla cuando Lacan afirma que el inconsciente está estructurado como un lenguaje?

Dice Allouch que en el seminario de la identificación, Lacan afirma que la estructuración del lenguaje es lo que esclarece la estructura del inconsciente. De modo que el lenguaje al que se refiere Lacan es el lenguaje común.

¿Cómo demuestra Allouch que es el lenguaje común al que hace referencia Lacan? ¿Y que las fórmulas matemáticas y teóricas son un metalenguaje?

Para Allouch lo que se nombra con el término <<metalenguaje>> no es otra cosa que la palabra misma (y no el término). Es decir, nada puede expresarse en última instancia fuera del lenguaje, de la palabra⁵⁸, aún las fórmulas matemáticas y las fórmulas teóricas. Puesto que las fórmulas requieren de una explicación para su comprensión, sobre todo si su capacidad enunciativa se encuentra limitada. De modo que la oposición lenguaje-objeto/metalenguaje debe ceder su lugar a la simple oposición entre la palabra y el escrito.

Una vez planteada la idea de que la estructuración del lenguaje es lo que esclarece la estructura del inconsciente: ¿cómo expresa Lacan su conjetura del origen de la escritura?

“(…) la estructuración del lenguaje se identifica, si podemos decir, a la localización de la primera conjugación vocal con un signo como tal, es decir, con algo que ya se refiere a una primera manipulación del objeto.

Nosotros la habíamos llamado simplificadora cuando se trató de definir la génesis del trazo. ¿Qué hay más destruido, más borrado que un objeto? Si es del objeto que el trazo surge, es algo del objeto que el trazo retiene, justamente: su unicidad.

El borramiento, la destrucción absoluta de todas sus otras emergencias, de todas sus otras prolongaciones, de todos sus otros apéndices, de todo lo que puede haber de ramificado, de palpitante, ¡y bien!, esa relación del objeto con el nacimiento de algo que se llama aquí el signo, en tanto nos interesa en el nacimiento del significante, es precisamente alrededor de eso que no carece de promesa que hayamos hecho, si se puede decir, un descubrimiento, pues creo que lo es: esta indicación de que hay, digamos, en un tiempo, un tiempo localizable, históricamente definido, un momento en el que algo está ahí ya para ser leído, leído con el lenguaje, cuando no hay escritura todavía. Es por la inversión de esta relación, y de esta relación de lectura del signo, que puede nacer a continuación la escritura en tanto que ésta puede servir para connotar la fonematización” (Lacan, La identificación, clase del 10 de enero de 1962).

Como puede constatarse en la cita de Lacan y como lo informa Allouch, la estructuración del lenguaje se identifica con la localización de la primera conjugación de una emisión vocal con un signo. Es un momento en el que algo está ahí para ser leído cuando todavía no hay escritura. Luego, por una inversión de esa relación de lectura del signo es como nace la escritura, en tanto ella puede servir para connotar la fonematización.

Uno de los enunciados de apoyo que nos ofrece Allouch es que no hay una diferencia entre la operación de escritura, en tanto vuelve manifiesta su latencia

⁵⁸ Cfr. A propósito de esto ver lo que Gelb (1952) afirma acerca de la independencia de la escritura con respecto al lenguaje y la palabra. Y de que la <<fonetización>> hizo perder en cierto sentido esa independencia. Aspectos de la escritura que hemos expuesto brevemente en el apartado sobre la escritura semasiográfica.

en el lenguaje, y su descubrimiento. En efecto, para Lacan, en la historia de la escritura, es posible ubicar el momento en el que ciertas marcas, no todas pictográficas, se ven recuperadas en la escritura y para la escritura. El origen de la escritura es entonces esa misma recuperación.

Otro enunciado de apoyo es que los dibujos remiten pictográficamente al objeto pero son de un orden distinto a él. El dibujo es infiel, figurativamente, al objeto. La existencia de esos dos órdenes, el del dibujo y el del objeto, es lo que va a permitir la puesta en relación de uno y otro. Entonces, hay un equívoco que vuelve posible esa puesta en relación. Un ejemplo que hablaría por sí sólo es el del enunciado: <<esto es un buitre>>.

Un enunciado de apoyo más es el siguiente relato de niños: X-estás sólo en el desierto. Tienes un aparato de radio. Quieres fumar. ¿Cómo haces? Y-¿? X-¡Es muy simple! Ves pasar a la maestra de la escuela. Te ve ahí, escapado de la escuela y te dice como de costumbre: ¡insolente! Tienes el sol y la lente, sacas de ahí la lente. Tomas el aparato de radio. Esperas la hora en punto. Escuchas la hora oficial. Tocaban los <<tres pi>> para la hora oficial. Tienes los tres pipa-ra la hora. Tomas una pipa de las tres. Tienes una pipa. Hay un mosquito que te molesta. Lo dejas que te pique. Tienes una picadura. Tomas la picadura. Y la picas más fina. Pones la picadura en la pipa. Tomas la lente y la pones al sol. La enfocas a la picadura. Enciendes el tabaco de la pipa. Y puedes fumar (Texto equivalente del escrito en francés por Mathieu Hébrard escrito para Allouch).

Con este juego de palabras Allouch ilustra la técnica en la que se transmite el don del objeto al Otro (A) por mediación del rébus de transferencia (la operación de homofonía del objeto metonímico) que transita en sentido inverso. Para Lacan toda sociedad humana ha creado dos series de cosas: objetos que el lenguaje nombra y signos, marcas o trazos de los cuales algunos son imágenes de objetos.

La articulación entre los objetos y los signos ocurre por mediación de la escritura que elimina de alguna manera la ambigüedad que se genera en esa articulación. Por ejemplo: la pipa de pipa-ra la hora oficial no evoca nada de una imagen.

Agreguemos nuevos enunciados de apoyo. La conjetura requiere de entrada la eliminación de un indecible. Significa que antes de la escritura como signo existe un momento en el que éste puede ser leído. Es un tiempo constituyente del escrito.

La lectura del signo cambia la relación con el objeto puesto que el mismo nombre vale para el objeto y para ese trazo que lo representa, incluso fuera de toda figurabilidad, ese trazo es identificable como signo del objeto. De modo que es evidente que no existe un isomorfismo entre el signo y el objeto. Allouch cita de Lacan de su texto *D'un Autre à l'autre*, de 1969, lo siguiente:

“En esta reinscripción está el lazo que lo hace (al ser que puede leer su huella), desde ese momento, dependiente de Otro cuya estructura no depende de él” (Allouch, 1984:156). Es la relación del sujeto con el significante.

Luego se produce la inversión de la relación: el signo, enlazado al nombrarlo con el nombre del objeto, es considerado como si escribiera el elemento mismo del lenguaje que lo leía. El mismo trazado puede ser encontrado en una posición, la de ser leído, y en la otra, la de ser escrito. El signo vale como escritura del significante cuando el nombre se relaciona con el objeto que no corresponde al primer signo sino con otro objeto cuyo nombre es homófono del nombre con el cual el signo era leído.

En el rébus de transferencia, el signo toma el nombre por objeto, tratando ese nombre como un significante en su materialidad, en su literalidad. Ese significante denota otro sentido que el que el código le asigna. Con el rébus de transferencia el escrito da su estatus al significante al producir con el mismo movimiento al objeto como objeto metonímico. La disyunción del signo y el objeto es un hecho de escritura que permite en adelante la vinculación homofónica.

El rébus de transferencia es un juego de palabras, es una formación del inconsciente. Es también la operación de una transliteración, el apoyo en la homofonía. Lo transliteral es lo literal mismo. En el cuadro de <<esto no es una pipa>>, Magritte pinta, así fuese con el <<escrito>>. De acuerdo con Allouch, Lacan afirma que el término de rébus es freudiano.

La tesis que defiende Allouch es que la transliteración circunscribe el significante al literalizarlo y opera la escisión de los registros imaginario y simbólico al hacerse cargo con el signo del significante como significante (fuera de sentido) puesto que lo localiza, desuniendo así lo que, en el lugar del significante, correspondía al imaginario y al simbólico. Por tanto, la fórmula de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje significa que la estructura del inconsciente se revela por el escrito, uno en el que opera la transliteración. Y que la transliteración es el nombre de la operación por la cual el escrito no cesa de no escribirse.

Según esto lo inconsciente freudiano tiene la consistencia de una escritura que opera por medio del rébus de transferencia. Lo fundamental del texto de Allouch es que el rébus de transferencia es la expresión del movimiento de homofonía. Entonces, el juego, teniendo la consistencia de una escritura depende de un proceso de homofonía también.

CAPÍTULO 5

IMPLICACIONES CLÍNICAS DE LA CONJETURA DEL JUEGO COMO ESCRITURA EN LA PRÁCTICA PSICOANALÍTICA CON NIÑOS

Revisamos las nociones freudianas de juego y de escritura y estudiamos sus implicaciones conceptuales en el psicoanálisis de niños –sin separarlas tajantemente de la práctica-, por lo que corresponde ahora, de acuerdo con nuestras expectativas, indagar de manera más detallada y profunda sus implicaciones clínicas. Para tal efecto habremos de comparar la designación de la escritura en diversos autores, a fin de establecer las razones que nos permitan afirmar que la interpretación de la escritura freudiana, como una escritura ideográfica o fonográfica, no constituye otra cosa que dos momentos del proceso de significación. De esa suerte podríamos fundamentar la tesis de que el juego es una escritura primero ideográfica y luego fonográfica. En todo ello nos guiaremos por las siguientes preguntas: ¿En qué modo el saber freudiano sobre el juego y la escritura pueden compararse con lo textos de Dinerstein, Derrida y Allouch?, ¿cuál sería la finalidad de tal comparación?, y, ¿porqué hacer la comparación mediante los casos clínicos?

En lo que llevamos revisado de los textos freudianos hemos constatado que lo inconsciente tiene la consistencia de una escritura. De ahí que sea semejante a una escritura jeroglífica, es decir, que no es comprensible ni traducible sin más. En realidad resulta todo lo contrario, en tanto su condición es semejante a la de los jeroglíficos, habrá de ser descifrada. Esa metodología del descifrado consiste en que los distintos elementos de esa escritura se conciben a veces como símbolos mientras que en otras ocasiones sólo se disciernen como simples aspectos de conexión o de contexto de los símbolos. Así, la disposición inconsciente que define el sueño, el chiste y el juego, entre otros, es una escritura. De donde se concluye que el juego, dada su consistencia inconsciente, es un acto creador de sentido. Y que los símbolos del juego, los elementos de una escritura lúdica, no son traducibles sino que el proceso mismo del juego permite la transformación de los objetos en símbolos lúdicos y de éstos en signos.

Compendiada de esa suerte la perspectiva freudiana, ahora, cómo relacionaríamos esa información con la proporcionada por Dinerstein, Derrida y Allouch. Puesto que la posición de cada uno de ellos es diferente ante el tema de la escritura –e indirectamente del juego- no sabríamos como establecer un parámetro de comparación. Dinerstein y Allouch son psicoanalistas pero Derrida no, él es filósofo. Luego, la primera es psicoanalista de niños, mientras que Allouch es de adultos. Quizá la cuestión no sea tomar como punto de partida su labor especializada sino sus conceptos fundamentales. Entonces, ubicaremos en conjunto a Dinerstein y Allouch pues coinciden en designar lo inconsciente como una escritura fonográfica –sin olvidar que por momentos Dinerstein concibe a lo inconsciente como un lenguaje-, mientras que Derrida lo concibe como una escritura ideográfica. Recordemos que la escritura fonográfica se sustenta en el juego homofónico, en la palabra. La escritura

ideográfica no requiere necesariamente del vínculo con la palabra, es suficiente su cualidad de trazo, de marca, de registro gráfico. Luego entonces, la concepción de lo inconsciente queda sometida a una aparente contradicción.

No hay duda de que el punto de comparación es la noción de inconsciente que poseen los diversos autores. De suerte que de ese lugar de confluencia se puedan desprender las coincidencias y las diferencias que existirían entre esas diversas concepciones. Si aplicásemos la metodología freudiana podríamos recurrir a una analogía. Pensemos por ejemplo en el uso que hacen diversos países de una moneda común. Esa práctica no los transforma en una entidad informe pues continúan siendo países separados y diferenciados en muchos aspectos, simplemente los une la moneda en común. Entonces, esa moneda común en el psicoanálisis es la concepción de lo inconsciente como una escritura. Si bien, dos de los países, siguiendo la analogía, se reservan una manera específica de hacer transacciones con esa moneda común. Mientras que los otros dos no, pues cumplen rigurosamente con el uso de la moneda común. En efecto, para el caso del psicoanálisis, Dinerstein y Allouch corresponderían a esos dos países que hacen transacciones específicas, pues ponen énfasis en los aspectos homofónicos de la escritura. En tanto que los otros dos se corresponden con la escritura ideográfica freudiana y derridiana. Ahora bien, eso daría como consecuencia que existiera una disyuntiva. Pues dos países pretenderían un uso a la vez particular y general de la moneda común. Y si ante una disyuntiva como esa en la que dos países se reservan el uso específico de la moneda común, se solicitase la intervención de una instancia internacional para dirimir las diferencias de interpretación. Y si esa instancia determinara que no existe tal disyuntiva pues se trata simplemente de dos momentos en el uso de la moneda común. De modo que mientras se haga uso de la moneda en intercambios comerciales internos puede, indistintamente, recurrir a la moneda nacional y a la moneda común. Mientras que para las transacciones internacionales habrá de apegarse sólo al uso de la moneda común. Con tal que hagamos la traducción correspondiente de moneda nacional por escritura ideográfica y de moneda común por escritura fonográfica. Ambas son equivalentes, su configuración y su utilidad no es absolutamente coincidente pero pueden usarse indistintamente. Una se usa de forma interna, la escritura ideográfica, mientras que la otra se usa externamente. Es decir, el simbolismo inconsciente, la escritura figural antigua cuando se le mira en dirección al sujeto toma la forma jeroglífica mientras que cuando se considera su sentido de intercambio significativo necesariamente asumirá formas convencionales y más específicas del lenguaje. Para nosotros esa fue la conclusión que produjo la investigación del juego freudiano.

Ahora bien, parece una simple concesión de las partes en disputa. Una solución negociada para negar la complejidad que encierra el asunto de lo inconsciente.

Podemos ofrecer pruebas de que no se trata de una negociación esgrimida para negar la complejidad del asunto. Primero, cuando expusimos la teoría freudiana del chiste hicimos mención del chiste inocente, del chiste infantil, para contrastar su simplicidad con la ampulosidad e ingenio del chiste adulto.

En el primer caso el proceso significativo muestra en un plano casi de igualdad a la cosa y a la palabra. El niño ríe por el tratamiento de igualdad que les prodiga a ambas pues reconoce que no son lo mismo. El proceso lúdico está ya presente. Es por un juego que el niño hace la jocosa equiparación entre las cosas y las palabras. De modo que ahí, en esa comparación lúdica del niño puede observarse la coincidencia del uso de símbolos ideográficos y homofónicos. Recuérdese el ejemplo del niño que se cree locomotora y que pide a su padre, no sin un fino sentido del humor, que no lo bese porque los vagones podrían pensar que no es un tren de verdad. Fácilmente podemos imaginarnos al niño corriendo y haciendo sonar su silbato de tren, encarnando el objeto a plenitud. Al mismo tiempo, el niño hace uso del lenguaje tanto para exteriorizar el simbolismo que sólo él conoce como para indicar que se trata de un juego.

Permita el lector que ofrezcamos otra prueba a favor de nuestro aserto de que la escritura ideográfica y la fonográfica corresponden a dos momentos del proceso del simbolismo inconsciente. Para tal efecto le pedimos que recuerde una práctica comercial muy difundida en México, el llamado <<trato a la palabra>>. En ese procedimiento dos personas podían acordar un intercambio comercial o financiero sin que mediara ningún convenio escrito. Bastaba con que uno y otro empeñaran su palabra de que cumplirían lo estipulado. Ese procedimiento fue ampliamente difundido y utilizado. Al mismo tiempo y sin que hubiera contradicción entre ellos, las transacciones podían realizarse también de forma escrita mediante un contrato o convenio comercial. Ahora bien, en el <<trato a la palabra>>, la palabra tenía –y tiene en los casos en que se sigue practicando- el mismo valor que un contrato escrito por más que la palabra no sea un documento. En la práctica cumplen con la misma función y son equivalentes. De la misma forma, la escritura ideográfica y la fonográfica por comparación con la palabra empeñada y el contrato, es decir, una forma singular y otra convencional, cumplirían con una función similar.

Entonces, ¿las diferencias y las coincidencias antes señaladas servirán de referencia para el análisis de algunas experiencias clínicas que han sido documentadas y que enseguida se presentarán? Así es. El propósito general es que podamos constatar en ellas la coincidencia de esas dos formas de escritura inconsciente que proponen los psicoanalistas. Por cierto, son ejemplos del todo pertinentes al tema del juego y la escritura. Además, la intención es que corroboremos la importancia que tiene el juego en el proceso de transformación de la escritura ideográfica en fonográfica. Proceso que coincide con el cambio de los símbolos lúdicos en signos.

5.1. Hans: el saber, el jugar, los trazos de escritura

Todos sabemos que el caso Hans es paradigmático del psicoanálisis de niños. Freud lo expuso ampliamente en su texto *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (caso del pequeño Hans)*, de 1909. Uno de nuestros propósitos es mostrar la diferenciación de las interpretaciones de la escritura freudiana, la ideográfica y la fonográfica. Lo ilustraremos con los juegos de palabras y el tránsito de significación de los objetos a los significantes lúdicos y a los signos. De suerte que podamos responder a las siguientes preguntas: ¿en este caso

es evidente la consistencia de escritura del juego?, y, ¿es la escritura del juego, en este caso, a la vez ideográfica y fonográfica?

Freud dividió el escrito, en que también presenta y comenta las notas escritas por el padre sobre Hans, en tres partes: la introducción, el historial clínico y el análisis, y la epicrisis.

En la primera parte Freud pone en claro varias cosas: que no dirigió el tratamiento de Hans, que sólo lo orientó, pues aquella función la desempeñaba el padre, de quien recibió las notas que, sin someterlas a ninguna corrección que mal interpretara y velara la espontaneidad infantil, dio a publicación; que este caso clínico fue de tanto valor que corroboró su teoría sexual infantil, publicada en 1905. En efecto, la relevancia de este caso llevó a Freud a exhortar a sus discípulos a que hicieran tantas observaciones de la vida sexual infantil como les fuera posible. En las notas elaboradas por el padre se hace referencia a que Hans había dado una enorme importancia a una parte de su cuerpo, a la que asignaría el nombre de *Wiwimacher (hace-pipí)*, y al hecho de que su curiosidad sexual lo llevó a preguntarse si todas las personas, animales y objetos poseían un *hace-pipí*, habiendo de conjeturar, tras haber jugado con sus amigos a hacer pipí y tras haber visto animales en el zoológico, que no todos lo poseerían, acaso sólo las personas y los animales. Sus pesquisas, empero, no habrían de avanzar sin tropiezos, pues, según las notas, la respuesta que le diera su madre de que ella tenía también un *hace-pipí* llevó a un punto complicado su avance. Hans, en pleno desconcierto con lo escuchado, intentó esclarecer de tal forma el enigma que se le había planteado, formulando preguntas, estableciendo juegos y haciendo observaciones, que, ante la desnudez de su hermanita, dijo que su *hace-pipí* era muy chiquito, pero que después crecería. En torno a estos acontecimientos y vicisitudes se organizaría la trama del caso clínico.

Freud hace algunas consideraciones sobre ciertas dificultades de carácter técnico y metodológico que fueron sorteadas con éxito en el análisis de Hans: dice que la confianza de Hans para compartir sus enigmas, inquietudes, angustias y miedos era necesaria para su análisis; que en este caso el padre, depositario de tal confianza, además era su analista, lo que facilitaría la interacción, la observación y la aplicación de un tratamiento.

Y aporta otros datos relevantes: que Hans tenía una gran curiosidad por la vida sexual de sus padres y, en especial, por el embarazo y el nacimiento, después del alumbramiento de su hermanita Hanna, cuando él tenía tres años y medio de edad; que hacia ella experimentaba sentimientos ambivalentes de ternura y hostilidad; que por la misma época, más o menos, relataba el siguiente sueño: “Hoy, cuando estaba dormido, he creído yo estoy en Gmunden con Marield”⁵⁹ (Freud, S., 1909: 12); que luego de su partida de Gmunden, y a manera de evocación de su estancia allí, soñaba con Marield y fantaseaba jugar con los niños Berta, Olga y Fritzl a quienes se dirigía como si estuvieran presentes en una actividad que se prolongaba durante varias horas; que jugaba al inodoro en el gabinete de leña de su casa, al que llamaba su baño y en donde simulaba

⁵⁹ Gmunden fue un lugar de veraneo al que Hans asistió. Y Marield, diminutivo de Marie, era la hija del propietario de la casa en que se hospedaban.

hacer pipí; que en un segundo sueño, retomaba ese asunto: “Uno dice: ‘¿Quién quiere venir conmigo?’ Entonces alguien dice <<Yo>> Entonces tiene que hacerlo hacer pipí” (Ibíd: 19). Se trata de un juego conocido como juego de prendas, al que en realidad Hans se había dedicado con otros niños, y que consistía en preguntar de quién era una prenda y al identificarse el propietario se determinaba lo que debía hacer. Pero en lugar de establecer los besos o bofetadas como suele ser la costumbre, Hans en el sueño, deseaba que fueran condenados a hacer pipí. Vemos pues a Hans, en todos estos testimonios de su historia y de sus circunstancias, expresar abiertamente su curiosidad sexual, sus sentimientos y deseos amorosos respecto de la madre y de Marield; enfrentar las rivalidades a que lo condujeron esas disposiciones y, a jugar y fantasear cuando fue separado de sus amores. Así las particularidades de las interacciones de Hans le permiten trazar una historia en la que sus deseos necesariamente lo conducen a favor de la construcción de símbolos bajo una naciente subjetividad.

Las referencias y comentarios acerca de la primera parte del texto de *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* han llegado a su fin, coincidentemente con el ofrecimiento de un último dato, de gran importancia para la comprensión de nuestro tema de estudio. Ese dato fue extraído del informe del padre de Hans y se refiere a la producción de un trazo de escritura realizado por Hans: el padre había dibujado una jirafa para su hijo pues éste, luego de visitar en forma asidua el zoológico de Schönbrunn, habían expresado su interés por los animales en exhibición. Cuando su padre hizo el dibujo, le pidió que agregara el *hace-pipí*. El padre le contestó que lo hiciera él mismo; entonces, trazó dos rayas, una corta y otra que le agregó un tramo a la primera, al tiempo que decía: “El hace-pipí es más largo” (Ibíd: 14)⁶⁰. Lo ofrecemos como un material que muestra la vinculación entre la cuestión fálica y un hecho de escritura; en algún modo visto en la perspectiva de que lo que caracteriza a los niños es su producción de marcas, de trazos de escritura (Ferreiro, E., 1999). Es digno de notarse que Ferreiro, dedicada a la investigación psicológica de la adquisición de la escritura en los niños, le fuera significativo este aspecto de la subjetividad humana que se manifiesta como una necesidad apremiante de producir marcas simbólicas. Es innegable que el contacto directo y franco con la niñez y la infancia ofrece múltiples oportunidades de observar estos fenómenos de escritura. Y aunque nosotros hemos usado ese término de escritura no alfabética, de escritura onírica freudiana, no podemos separar tajantemente esos procesos simbólicos de escritura no alfabética y de escritura alfabética. A tal punto es así, que existe un hecho de observación: el niño juega a <<leer>> primero con imágenes y después con palabras. Esa primera lectura que enlaza la imagen con el signo, ya fue ampliamente explicada con el texto de Allouch (1984). Sólo resta insistir aquí, los fenómenos de escritura, la no alfabética y la alfabética encuentran puntos de cercanía y continuidad muy interesantes.

De la segunda parte del texto, es decir, el historial clínico y análisis, habremos de destacar los siguientes aspectos: que Hans sufría el síntoma del miedo de

⁶⁰ Cabe señalar que Lacan, en el Seminario sobre *La Identificación*, en la sesión del 20 de diciembre de 1961, hace mención del caso Hans y del asunto de la jirafa pero no habla de ese trazo del niño, no obstante que su propósito es introducir el tema del significante; acaso ahí, justamente, es donde nosotros sugerimos hablar del significante lúdico.

que un caballo lo mordiera por la calle y que nacía en él un pequeño investigador al plantearse los enigmas de la vida y la muerte; que las disquisiciones metodológicas de Freud y la evolución del análisis no pueden verse al margen del jugar.

El síntoma de Hans, su fobia, tenía una relación muy cercana con las cuestiones de los caballos, el *hace-pipí* y la relación con el padre y la madre. De hecho Hans escenificaba todo eso en juegos en los que a veces él era un caballo, a veces él veía caer o temía que se cayera un caballo. También relacionaba todo ello con la función de excreción ya que el tema de los caballos se encontraba unido al de los carruajes y cuando estos estaban cargados tenían para él una vinculación directa a un intestino cargado de excremento. Esa vinculación dependía de un simbolismo originado de la siguiente forma: el término *Lumpf*, formulado por Hans con ocasión de una deposición, se había derivado del término alemán *Strumpf*, calcetín, al que encontró parecido en forma y color al excremento, permitiendo con esa asociación de ideas construir el simbolismo.

Discernimos en tal proceso, un desplazamiento por homofonía entre los términos *Strumpf* que significa calcetín, y *Lumpf* que significa excremento para Hans, y una condensación por semejanza en la forma y el color de esos dos elementos comparados por él, lo que finalmente produjo metafóricamente el símbolo *Lumpf*. Todo ello tuvo para Hans el doble valor, de un símbolo y de un signo. En efecto, se trata de un símbolo porque el término *Lumpf* tiene un significado restringido al contexto inmediato de Hans y obviamente no ha recibido un significado por convención social; y al mismo tiempo, en ese ámbito familiar ha tomado ya el sentido de un significante lingüístico pues se conoce el sentido atribuido por el niño y se le concede ese valor. Así las cosas, tenemos en este proceso de juego con las palabras de Hans, un elemento de comprobación de que es mediante el juego que los símbolos se transforman en signos, aprovechando, para ello, todos los recursos del lenguaje con los que el individuo y sus familiares cuentan. Ahora bien, si el juego produce símbolos es porque posee una disposición creadora. Lo vemos en la invención terminológica (*Lumpf*) recién mencionada, en la imitación y personificación del caballo que Hans realiza en sus juegos, en la proyección en el escenario del juego de los vínculos primarios que realiza a fin de expresar sus preocupaciones y sus temores, sus resarcimientos y rectificaciones y con los que busca alcanzar una mejor concatenación de las diversas dimensiones de su existencia. Constituye así lo que Derrida (1967) denomina el juego del mundo que propicia la escritura, es decir, un sistema de relaciones de significación.

Además, Hans ante los enigmas del nacimiento se creaba narraciones maravillosas en las que mezclaba información proporcionada por los padres con sus propios inventos, por ejemplo decía, en tono de broma, que había puesto un huevo del que nació un pequeño Hans. Ofrecía así, nuevos matices a la historia, poco creíble, de la cigüeña. Pero la historia más importante, el enigma por excelencia para Hans fue el amor de la madre, la pregunta sobre la persona que ocuparía el primer lugar en su corazón. Las historias producidas acerca del arribo de Hans a la cama de la mamá por las mañanas sirvieron de

telón de fondo para que padre e hijo se confesaran su rivalidad y odio promovidos por un amor profesado a la esposa y a la madre respectivamente. Hans en su ingeniosidad ofrecía relatos increíbles para el padre y la madre con respecto a diversos sucesos de la vida familiar, para lo cual se valía del juego de palabras en tanto forma privilegiada de materialización de lo inconsciente. Es decir, se valía del humor y del chiste que servía de ropaje a ese jugar; de sueños y fantasías que encarnaban los deseos reprimidos del niño que todos seríamos en términos de lo inconsciente. Ese niño que promovería todo crecimiento y creación, inmerso en el espíritu del cual brotaría nuestra permanente renovación.

Todo cuanto involucraba la historia de Hans no podía menos que producir un fuerte impacto en aquellos que se encontraban con ánimo favorable, ya fuera por motivos familiares o profesionales, para prestar atención a las palabras de un niño. En un contexto en el que sobresalía la poca o nula importancia otorgada al decir de los niños, la soltura con que fue escuchado Hans, no obstante el desafío implicado, sería todavía meritoria. Arguyendo que en lo psíquico no hay arbitrariedad, Freud pudo desmentir ciertas atribuciones que se hacían a los niños por sus enunciados inciertos y arbitrarios pues aclaró que cuando faltan a la verdad lo hacen comandados por la fantasía. En ese sentido los niños no eran, comparados con los adultos, más proclives a decir mentiras, por el contrario, parecerían más dispuestos a decir la verdad. En todo caso, allí donde el niño era dominado por sus fantasías el adulto lo sería por sus prejuicios.

Incluso, el cargo que podría imponérsele al saber de Hans en la corroboración de las teorías de Freud, esto es, que el padre de Hans y el propio Freud estuviesen predispuestos sólo a corroborar las teorías freudianas, en modo alguno restaría importancia a la producción de un método con el cual resultó evidente y significativo lo que al jugar dijo Hans.

En la tercera parte denominada <<Epicrisis>>, Freud expuso sus reflexiones y los comentarios con respecto al caso clínico. Los cuales fueron centrados en la confirmación de la teoría por él formulada en *Tres ensayos de teoría sexual* de 1905. El material del que se valió para hacer ese trabajo de confirmación fue provisto con total naturalidad y espontaneidad por Hans, quién ofreció a su padre y analista y a Freud, informes con respecto a su vida afectiva y sentimental, con respecto a temas y objetos de su interés, entre los cuales resultaron evidentes los enigmas de la vida y la muerte. En los primeros, destacaban los interrogantes que se divulgaron con el término de teorías sexuales infantiles, es decir, las explicaciones con las que los niños afrontaban los acontecimientos de su vida familiar y sexual. Además, Hans informaba, para complacencia de Freud, de sus investigaciones sobre la presencia o ausencia, tanto en personas como en objetos inanimados, de lo que él llamaba el *hace-pipí*, tema verdaderamente trascendente pues confirmaba la importancia de la primacía fálica en el desarrollo sexual del niño.

En la intimidad de su vida familiar, tal como el padre poco a poco delineó la historia de Hans, vimos emerger como parte de la interioridad del niño, toda una gama de manifestaciones de su saber, en el que se daba por sentado algo,

por ejemplo: él supuso que hombres y mujeres poseían lo que llamó un *hace-pipí*, pudo diferenciar mediante ese recurso lo animado de lo inanimado y a lo largo de toda la trama analítica ese factor constituyó el eje sobre el que gravitaron todos los esclarecimientos que el psicoanálisis promovió. Además, tuvo el firme asentimiento y conformidad de que su madre poseía un *hace-pipí* y que Hanna, su hermanita, tenía uno pequeño que le crecería, de manera que los esfuerzos del padre por disuadirlo de tal creencia resultaron ineficientes.

Hemos recopilado la información necesaria y suficiente para sustentar la conjetura de que el juego es una escritura no alfabética. Ofrecimos varios ángulos de apreciación de esa idea. Mostramos que en los textos freudianos del chiste, el de los sueños, el de los actos fallidos, el de más allá del principio de placer, en el caso Hans y otros más, el simbolismo inconsciente se expresa en la forma de las figuras retóricas del lenguaje, privilegiando un proceso incesante de sustitución que caracteriza el dinamismo inconsciente del juego. Mostramos también que en el terreno del psicoanálisis de niños es fácil caer en ciertas ambigüedades en lo que respecta al uso analítico del juego. De suerte que a veces al símbolo lúdico se le atribuye la función de signo. Consideramos que ese equívoco ha sido, en algún modo, despejado. En todo caso vemos que el uso analítico es aquél que permite establecer trazos de escritura que luego desencadenen un sentido de la subjetividad infantil.

5.2. Dick y el inicio del juego

Este fragmento de caso de Melanie Klein, lo tomamos del texto, *La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo*, de 1930, del libro *Amor, culpa y reparación*. Ahora bien, sabemos que Klein no utilizaba la noción de escritura inconsciente. Ella concebía el juego como un lenguaje. Sin embargo, en su práctica aprovechó el juego para el análisis de los niños de una forma que consideramos digna de ser estudiada. De ahí que el propósito que nos guía en esta presentación sea constatar en qué sentido el trabajo de análisis comenzaría con el juego. ¿El juego abriría un espacio específico, un <<adentofuera>> con el que resultaría comprensible para el niño su dimensión subjetiva y la transformación de lo que le resulta adverso? ¿El juego daría pie a la comunicación verbal significativa mediando en ello la labor del analista? Serían estas las interrogantes con las que guiaremos nuestras pesquisas. Es evidente que las preguntas nos orientan hacia la conjetura de que el juego tiene una consistencia de escritura.

Para ilustrar sus ideas con respecto al simbolismo, Melanie Klein recurre a la presentación de un caso clínico. Se trata de un caso de gran interés para el psicoanálisis. Su exposición y análisis permiten discusiones de carácter psicopatológico, terapéutico y teórico. En cuanto al primero de estos rubros, Klein disiente del diagnóstico realizado a Dick de demencia precoz, puesto que no presenta una regresión, signo característico de aquél cuadro y también de la esquizofrenia infantil. Para ella el diagnóstico es de una inhibición del desarrollo. Conjugando la descripción de la patología y la explicación teórica, expone la tesis de que Dick había detenido su desarrollo emocional e intelectual, debido a la angustia.

Cabe aclarar que la detención del desarrollo coincide con la fase temprana en la que el infante establece con la madre una relación, en el mundo de la fantasía, en la que se apropia y destruye sádicamente el interior de la madre. Habitualmente los infantes cubren satisfactoriamente esa fase de modo que les resulta posible la unión entre la fantasía y la realidad. Pero dado que para Dick eso no había ocurrido, el resultado había sido que no establecía una relación afectiva y simbólica con las personas y las cosas, es decir, no hacía uso de la fantasía, de modo que el análisis tuvo que comenzar con la difícil tarea de iniciar el contacto simbólico con el paciente. Klein no se limita, en lo terapéutico, al análisis de las asociaciones verbales ni del simbolismo de los juegos, tampoco del simbolismo evidente en el comportamiento de Dick. Dado que la capacidad simbólica de Dick está gravemente afectada, ella recurre a interpretaciones basadas en sus conocimientos generales. Así, su intervención tiene el propósito de instaurar el simbolismo como tendremos oportunidad de constatar más adelante. Eso permite movilizar la angustia y los afectos de manera que las representaciones poco a poco se tornaron más completas y entonces Klein puede retornar a su técnica habitual. Para Klein, otra de las reflexiones que suscita este caso es que la interpretación del material analítico sólo se hace cuando las diversas representaciones se han podido conjuntar de modo que no dejan lugar a la duda acerca de lo que significan. Mientras que otras interpretaciones, contrarias a las kleinianas, se hacen prematura y abruptamente.

Dick tiene cuatro años, al hablar no utiliza correctamente las palabras; en ocasiones articula sonidos que no se entienden y repite ruidos incesantemente hasta hartar a todos. No desea hacerse entender. Incluso la madre advierte en Dick una actitud negativa en la que expresa lo contrario de lo que se espera de él, por ejemplo: primero, la madre logra que pronuncie con ella algunas palabras, después, siendo evidente para Dick el interés que la madre ha depositado en que él reproduzca las palabras, las altera.

Es indiferente a la presencia o ausencia de la madre o la niñera. Rara vez manifiesta angustia. Cuando se lastima da muestra de una gran insensibilidad al dolor y no expresa su deseo, como es común en los niños, de ser consolado y mimado.

No juega y no muestra intereses comunes a los niños. Es evidente su torpeza física. En general, en sus conductas de oposición y obediencia no hay expresión de sus afectos y tampoco de comprensión de los motivos que subyacen a esos comportamientos.

Dick no pudo ser amamantado por su madre. Ella lo intentó sin éxito por varias semanas hasta que el niño estuvo en riesgo de morir por inanición. Luego se recurrió a una lactancia artificial. A los siete meses tuvo una nodriza pero ya no pudo ser amamantado pues no manifestaba ningún deseo de mamar. Cuando se le dio el biberón también se negó a tomarlo. Los alimentos sólidos también los rechazó y aceptó, con cierta oposición, sólo aquellos que tuvieran la consistencia de papilla.

La actitud de la madre hacia Dick fue siempre de excesiva angustia. No tuvo hacia su hijo los cuidados amorosos que él requería; el padre y una primera niñera tampoco le demostraron afecto.

Caminó a edad normal. El control de esfínteres comenzó con algunas dificultades pero la presencia de una nueva niñera, hábil y afectuosa, ayudó a que Dick lograra hábitos de limpieza sin grandes complicaciones. La influencia de la nueva niñera fue evidente en el control de esfínteres y en la alimentación, sin embargo, dice Klein que no fue suficiente como para alcanzar una relación afectiva en el sentido de experimentar comodidad y satisfacción en la relación con otros, pero con la evolución del tratamiento si pudo lograrse.

A los cuatro años se manifestó sensible a los reproches. Su niñera lo reprendió al sorprenderlo masturbándose y lo llamó <<malvado>> al tiempo que le dijo que no debía hacerlo. Esta prohibición condujo a temores y sentimientos de culpa.

Klein señala que en el primer encuentro con Dick, él no expresó ninguna respuesta afectiva cuando la niñera lo dejó con ella. Al mostrarle los juguetes no manifestó ningún interés. Entonces Klein tomó un tren grande y lo colocó cerca de otro pequeño y los designó como <<Tren papito>> y <<Tren Dick>>. Luego, el niño tomó e hizo rodar éste último hasta la ventana y dijo: <<Estación>>. Klein interpretó: <<La estación es mamita; Dick esta entrando en mamita>>. Enseguida Dick dejó el juguete y se fue al espacio entre las puertas exterior e interior y dijo: <<oscuro>>, para luego salir corriendo. Prosiguió Klein con sus interpretaciones: <<Dentro de mamita esta oscuro. Dick esta dentro de mamita oscura>>. Mientras Klein le decía esto, Dick había vuelto a tomar el tren y se había escondido entre las puertas al tiempo que dijo en tono interrogativo <<¿Niñera?>> (haciendo un uso convencional del término). Finalmente, Klein le dijo: <<Niñera viene pronto>> (completando el diálogo). Esta secuencia de comunicaciones ilustra el método analítico de Klein y muestra la forma en la que se inició el proceso terapéutico. En las dos siguientes sesiones se repitió en forma semejante lo ocurrido en la primera pero fue evidente que comenzó a emerger un sentimiento de angustia unido a la dependencia hacia Klein y luego hacia la niñera. Incluso en una de las sesiones en las que se produjo este cambio, Dick recibió con placer inusitado a la niñera. Además, había observado con interés los juguetes.

Podemos observar en la secuencia de acciones entre la analista y Dick el modo en el que se articula la capacidad creadora de la imaginación y de la palabra mediante el juego. En efecto, Klein introduce la dimensión del simbolismo cuando personifica los objetos como <<Tren papito>> y <<Tren Dick>> ante la inhibición del juego que presenta el niño. De inmediato Dick reacciona con un incipiente juego. El escenario de juego se ve ampliado. Ahora están presentes los personajes del padre, la madre y el hijo. Además, se inicia la historia, el relato fantaseado que acompaña a todo juego. Es evidente entonces la noción de lo inconsciente de Klein: el conjunto de supuestos o conjeturas con las que el niño pretende comprender su mundo. Tal noción de lo inconsciente puede equipararse, creemos, al sentido de escritura ideográfica y fonográfica. En efecto, los símbolos del juego, como los del sueño, participan

en un proceso en el que se equiparan los objetos con las palabras para crear los símbolos y luego, en un segundo momento, ya constituidos los símbolos lúdicos pueden dar paso al uso convencional del lenguaje. En ocasión de la revisión del texto freudiano, *El creador literario y el fantaseo*, de 1908, expusimos la importancia y la trascendencia que tienen en el niño esa articulación simbólica. Debemos subrayar a su vez el sentido que tiene la participación del psicoanalista en el inicio y la continuidad del juego.

Prosiguieron los símbolos acerca del cuerpo de la madre, símbolos en los que se entrelazaban las aportaciones del niño y de la analista; de modo que al símbolo de la estación le siguieron el de un carrito de carbón y luego el de un lavabo. Dick, en la secuencia de juego con el carrito dijo: <<corta>>. Y entonces Klein le acercó unas tijeras y él trató de raspar los trocitos de madera que representaban el carbón, pero no pudo usar las tijeras. De manera que Klein, que había recibido una mirada de él (que inferimos como una mirada con el sentido de <<corta aquí>>) (mirada que sin ser una palabra es promotora de sentido), hizo los cortes que considero necesarios. Los trocitos fueron arrojados por Dick al tiempo que dijo: <<se fue>>. Klein intervino diciéndole que con esa acción sacaba heces del cuerpo de su madre. Luego Dick continuó con actividades que hacía desde la primera sesión: la de ocultarse entre las puertas, de manera que para Klein se mantenía el simbolismo en torno al cuerpo de la madre. Ahora bien, con el juego que hacía intervenir al lavabo, se continuó el tema del cuerpo de la madre, las heces y la orina, consideradas sustancias dañinas y peligrosas, en la fantasía del niño y en la reconstrucción teórica de la analista. En el ínterin Dick lloró cuando la niñera lo dejó, pero pronto se calmó.

Para Klein, Dick no pudo proseguir en su fantasía los ataques al cuerpo de la madre con las materias fecales, la orina y el pene. En especial, no pudo utilizar su pene, en tanto instrumento sádico por excelencia, para tales fines, por lo que tuvo que recluirse en el interior de su madre, en lo oscuro de ella, deteniendo su vida de fantasía y rompiendo sus lazos con la realidad. Sin embargo, el proceso analítico, el escenario del juego y la fantasía, hizo posible que, movilizados los impulsos epistemofílicos y sádicos, disminuyera la ansiedad y apareciera la relación simbólica con los objetos y con las personas. El campo de interés fue ampliándose gradualmente. Se estableció una transferencia más intensa hacia Klein, una relación de objeto sustentada en el proceso simbólico impulsado por el sadismo de Dick. Entonces, la traslación de sentidos y significados, la concatenación de la escritura y el lenguaje, la apertura y el cierre entre una y otro, dio paso a una verdad que tomaba consistencia de su real irrealdad.

Resulta interesante constatar que para Klein la vinculación entre las fantasías del niño y sus nociones es, además de evidente, de una enorme proximidad. Se trata de un verdadero entramado. Se despende de la observación de los niños el corroborar que las funciones fisiológicas del cuerpo ocupan un lugar primordial para el niño. Recuerde el lector al respecto el material del pequeño Hans. No hay duda pues de que las fantasías del niño contienen esa información. Tampoco queda duda de lo que Freud designó como las teorías sexuales infantiles, es decir, las hipótesis que el niño formula de sus vínculos

primarios mediante esas fantasías. Teorías que Klein retoma de Freud y que utiliza con gran desenvoltura en el análisis de niños. Ahora bien, esas fantasías en modo alguno pueden concebirse como simples construcciones imaginarias. En realidad constituyen combinaciones de la imagen y la palabra. Lo que nosotros argüimos como la sucesión de la escritura ideográfica y fonográfica.

Por otro lado, Klein suponía que interpretaba el contenido de las fantasías del niño, es decir, que hacía conciente lo inconsciente. Sin embargo, nuestra lectura de su proceder analítico nos conduce a plantear la idea de que ella promovía el juego y lo reforzaba. De ese modo aprovechaba la capacidad simbolizante del juego. Entonces, el niño conseguía el tránsito de los objetos a los significantes lúdicos y de éstos a los signos, en un movimiento de subjetivación.

5.3. Edmund: el enlace entre el discurso y el juego

Iniciamos ahora la presentación del fragmento de caso de Edmund. Lo transcribimos del texto de Winnicott, *El juego (exposición teórica)*, de 1971, con el propósito de establecer una comparación entre las ideas de Winnicott y las de otros psicoanalistas sobre el juego. Aprovechamos esa comparación para mostrar la importancia que tiene en el análisis, la diferenciación entre los símbolos y los signos, pues hace del análisis algo posible y comprensible; también el modo en que influye para que los procedimientos terapéuticos se orienten bajo la consistencia inconsciente del juego, es decir, en dirección de la articulación entre la escritura ideográfica y fonográfica; además, la participación que tiene en el enorme colorido que posee la interacción de la madre y el hijo, pues constituye un ámbito de vinculación lúdica mediante los símbolos y las palabras; y finalmente, la comprensión que aporta a la interpretación que Winnicott hace del juego de los niños. Cabe aclarar que él no utilizó la noción de escritura inconsciente pero es un supuesto nuestro considerar que esa noción se encuentra implícita en los planteamientos de Winnicott.

Debemos precisar que Edmund no fue paciente de Winnicott. Él acudió a la consulta para acompañar a su madre. Sin embargo, el modo en el que participó para que la consulta de ella tuviera continuidad, interactuando ambos en un ámbito objetivo y subjetivo, en un espacio de transición, según lo concibe Winnicott, convierte su material en algo pertinente para los problemas que aquí estamos planteando. En particular, el de la interpretación del juego de los niños en el análisis. Por cierto, Winnicott dedicó gran parte de su trabajo a ese tema, pues el contexto en el que se inscribió su obra estuvo marcado por la insistencia kleiniana, que él no compartió, de que se debía interpretar el contenido del juego de los niños. Hechas esas salvedades, pasemos a conocer el caso:

“Edmund de dos años y medio.

La madre fue a consultarme por sus propios problemas y llevó a Edmund consigo. Este permaneció en mi consultorio mientras yo conversaba con ella, puse entre nosotros una mesa y una sillita que él podía usar si quería. Parecía serio, pero no asustado ni deprimido. ‘¿Donde están los juguetes?’. Preguntó. Eso fue lo único que dijo en toda la hora. Era evidente que se le había dicho que encontraría

juguetes, y yo le dije que hallaría algunos en el otro extremo de la habitación, en el piso, debajo de la biblioteca.

Pronto trajo un puñado de juguetes y se dedicó a jugar de forma deliberada mientras avanzaba la consulta entre su madre y yo. Ésta pudo señalarme el importante momento exacto, a los dos años y cinco meses, en que Edmund empezó a tartamudear, después de lo cual dejó de hablar 'porque el tartamudeo lo asustaba'. Mientras pasábamos por una situación de consulta referente a ella y a su hijo, éste colocaba unas piezas de un tren sobre la mesa, las ordenaba y las hacía coincidir y vincularse. Se encontraba apenas a medio metro de la madre. Pronto se trepó al regazo de ésta y durmió un rato, como un bebé. Ella respondió en forma natural y adecuada. Luego Edmund se bajó por su propia decisión y volvió a jugar sobre la mesa. Todo ello sucedió mientras su madre y yo estábamos enfrascados en una profunda conversación.

Al cabo de veinte minutos Edmund comenzó a animarse y se dirigió al otro extremo de la habitación para buscar más juguetes. De entre el revoltillo que había allí trajo un cordel enredado. La madre (sin duda afectada por la elección, pero no conciente del simbolismo) dijo: 'En sus momentos más no-verbales Edmund se muestra más apegado a mí, más necesitado de contacto con el pecho real, con mi regazo real'. En la época en que empezó el tartamudeo había comenzado a pedir, pero volvió a la incontinenencia junto con el tartamudeo, a lo cual siguió el abandono del habla. En el momento de la consulta colaboraba de nuevo. La madre veía en ello una recuperación parcial, luego de un retroceso en su desarrollo.

Pude mantener la comunicación con la madre gracias a que presté atención al juego de Edmund.

Éste formó un globo con la boca mientras jugaba. Se concentró en el trozo de cordel. La madre comentó que el pequeño había rechazado todo, salvo el pecho, hasta que creció y pasó a usar una taza. 'No acepta sustitutos', dijo, queriendo decir con ello que había rechazado el biberón, y el rechazo de los sustitutos se convirtió en un rasgo permanente de su carácter. Ni siquiera su abuela materna, a quien quiere mucho, es aceptada del todo, porque no es su verdadera madre. Durante toda su vida ha contado con su madre para ayudarlo por la noche. Cuando nació hubo problemas con el pecho, y durante los primeros días y semanas solía aferrarse con las encías, quizá como garantía contra la sensible autoprotección de su madre, quien tenía una piel delicada. A los diez meses le salió un diente, y en una oportunidad mordió, pero no hizo sangrar.

'No fue un bebé tan fácil como el primero'

Todo esto llevó tiempo, y se encontraba mezclado con las otras cosas que la madre quería examinar conmigo. A Edmund parecía preocuparle un extremo del cordel que se veía con claridad, pues el resto era una maraña. A veces hacía un ademán, como si 'enchufara' el extremo del cordel, como el de un cable, en el muslo de su madre. Era preciso observar que si bien 'no aceptaba sustitutos' usaba la cuerda como símbolo de unión con su madre. Resultaba claro que el cordel era a la vez un símbolo de separación y de unión por medio de la comunicación.

La madre me dijo que tenía un objeto transicional llamado 'mi frazada'; podía usar cualquier frazada que tuviese un orillo de raso como el de la manta de su primera infancia.

En ese punto Edmund dejó sus juguetes con toda naturalidad, se trepó al sofá, se arrastró hacia su madre como un animalito y se acurrucó en sus faldas. Ella exhibió una respuesta muy natural, nada exagerada. Luego volvió a los juguetes. Depositó la cuerda (que parecía gustarle) en el fondo del cubo, como un colchón, y comenzó a poner los juguetes encima, de modo que tuviesen un lugar blando y

agradable para dormir, como una cuna o catre. Después de aferrarse una vez más a su madre y de regresar a los juguetes, se mostró preparado para irse, ya que su madre y yo habíamos terminado con nuestra ocupación.

En el juego había ejemplificado gran parte de lo que decía aquella (aunque la mujer hablaba también de sí misma). Comunicó la existencia, en sí mismo, de un movimiento de flujo y reflujo, que lo alejaba de la dependencia y lo llevaba de vuelta a ella. Pero eso no era psicoterapia, pues yo trabajaba con la madre. Edmund no hizo más que exhibir las ideas que ocupaban su vida, mientras su madre y yo hablábamos. No interpreté, y debo dar por supuesto que el chico habría podido jugar de la misma forma sin que hubiese nadie presente para ver o recibir su comunicación, en cuyo caso quizá habría sido una comunicación con alguna parte de su yo, el yo observador. Pero esa vez yo estaba presente, reflejaba lo que sucedía y de ese modo le otorgaba una cualidad de comunicación” (Winnicott, D. W., 1971: 65-7).

De acuerdo con la tarea que nos propusimos, de aprovechar la diferencia entre el símbolo y el signo -que propone Piaget y que Freud había discernido con claridad aunque no lo había descrito con esos términos-, para estudiar el modo en el que se interpreta el juego en el análisis, trataremos de establecer, por la mediación de esa diferencia, un punto de comparación y de eventual coincidencia con Winnicott. Para tal efecto, recordemos del caso recién descrito lo siguiente: mientras se conversaba sobre una situación referente a la madre y a Edmund, él ordenaba unas piezas de tren sobre la mesa, de modo que coincidieran y se vinculasen. Situado a una corta distancia de la madre, él parecía expresar, mediante tales acciones, los símbolos correspondientes al contenido del discurso de la madre. No podemos decir que mientras ella estaba en coloquio con Winnicott, Edmund mantenía un <<discurso de acciones>>. Pero lo que si podemos destacar como algo de interés analítico, es la resonancia lúdica que tienen las palabras de la madre y viceversa, la resonancia discursiva que tienen las acciones del niño. Hay que hacer notar que Winnicott estaba cómodo por la presencia de Edmund; que reconocía la participación del niño con la madre para hilvanar su discurso; y que el discurso materno no estaba de ninguna manera desgajado de las acciones del niño. El texto de Maud Mannoni, *La primera entrevista con el psicoanalista*, de 1965, esta dedicado a ese tema del enlace entre el discurso de la madre y los síntomas del hijo. Con todo, en ese texto de Mannoni se encuentra ausente el dispositivo lúdico que propone Winnicott; y en el de éste último, se encuentra ausente el dispositivo discursivo de aquella.

Ahora bien, vemos la justificación del proceder analítico de Winnicott, en el argumento de que actuando así, se aprovecha la inventiva que impregna las interacciones entre la madre y su hijo. Por cierto, es necesario intercalar aquí otras justificaciones y otros conceptos que permitan comprender mejor esa justificación. En el texto *Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño*, de 1967, Winnicott describe la idea de que el niño cuando mira, en una hipotética primera época, lo que mira es el rostro de la madre y lo que ve en él es a sí mismo. De esa manera, todo lo que la madre hace a favor del hijo, sean acciones de nutrición o higiénicas, pero sobre todo acciones en respuesta a lo que ella supone e imagina de los requerimientos afectivos, se constituye en una respuesta que cumple con las funciones de espejo para al niño; así es como él recibe su propio reflejo. De lo que recibe en respuesta a su mirada, dice Winnicott, nace la capacidad creadora del juego (un ejemplo

especialmente claro de esto en la clínica quedó expuesto cuando se describió el pasaje en el que Klein respondió a la mirada de Dick). Entonces, cuando el niño juega se encuentra en íntima conexión con la subjetividad de la madre. Ese es, pues, el proceso que ilustra Winnicott con la descripción de la secuencia de acciones que realiza Edmund mientras su madre habla. Para ampliar la pintura que hace de la interacción de la madre y el hijo, agreguemos lo siguiente, que Edmund pronto se trepó al regazo de la madre y durmió un rato, como un bebé. La respuesta que él recibió de su madre fue natural y adecuada. Luego Edmund se bajó por su propia decisión y volvió a jugar sobre la mesa. Todo ello ocurrió mientras la madre y el analista conversaban. Ahora mismo podemos completar nuestros comentarios: el simbolismo del juego de unir los vagones del tren se encuentra en una profunda conexión con lo que la madre le reporta a Winnicott de la historia de Edmund; de alguna forma el niño escenifica ese vínculo que la madre ofrece mediante su discurso; y ciertamente, la madre se ofrece como espejo del hijo, respondiendo adecuadamente a sus requerimientos de cercanía y de atención.

La consulta prosiguió y Edmund se decidió a continuar el juego, informa Winnicott. Trajo entonces un cordel enredado y la madre hizo algunos comentarios, de alguna manera influida por la elección lúdica de su hijo, pero sin ser consciente del simbolismo. Dijo entonces: que en los momentos en los que el niño no establecía comunicación verbal se mostraba más apegado a ella, más necesitado de un contacto real. En ese material clínico vemos que el discurso de la madre y el juego del niño se entrecruzan en una suerte de traslación, en un pasaje significativo entre los símbolos lúdicos y las palabras lo que constituye la historia de transferencia de Edmund. Y en lo que respecta a la madre, los símbolos lúdicos de su hijo le permiten formular lo que le aqueja en su condición de madre. A tal grado que Winnicott dice que pudo mantener la comunicación con la madre, gracias a que prestó atención al juego de Edmund. Ante esto, el analista no considera pertinente hacer alguna interpretación a la madre o al niño. Les permite proseguir su propio diálogo, por decir así, mientras juegan.

Por último recordemos que Mannoni establece como lo específico del proceder del psicoanalista a la escucha. Lo que implica el apego estricto al método psicoanalítico, pues su disposición es la de permitir la emisión de un discurso libre tanto de ataduras lógicas o racionales como de reparos éticos o emotivos. De esa forma la escucha del psicoanalista se torna una escucha distinta a la de la vida cotidiana y a la de los espacios médico y religioso. El individuo en análisis discurre así por caminos insospechados. Explora lo más recóndito de su mundo de representación. Ahora bien, en el caso del psicoanálisis con niños ¿cómo escucharlos? y ¿cómo intercalar el discurso de los adultos que lo acompañan y lo que el propio niño presenta, ya en forma de juego ya mediante palabras? Consideramos que el caso de Edmund nos ofrece algunas respuestas a las interrogantes formuladas. El simbolismo de la cuerda, de unión y de separación del niño y su madre por medio de la comunicación, representa el correlato de lo que discursivamente la madre podía expresar. De ahí que la prosecución del juego de Edmund tuviera una doble finalidad: por un lado, la de dar continuidad a la formulación de los símbolos, y por otro, dar continuidad al discurso de la madre. Y viceversa. De ahí también la disposición

de no interpretar el juego. Entonces, la visión psicoanalítica del juego de Winnicott, en efecto, constituye un recurso práctico pues hace posible el deslizamiento asociativo desde dos niveles distintos, el de los símbolos y el de los signos.

Antes de concluir con la exposición de este trabajo de tesis resulta pertinente puntualizar algunas cosas, puesto que como todo trabajo de investigación, éste ha experimentado varios cambios. Muy pronto fue innegable que el tema del juego en el análisis implica una gran cantidad de problemas. De modo que la necesidad de abocarnos a explicitar con todo detalle cada uno de ellos, de revisar a profundidad la forma en la que estaban enunciados, estaba fuera de nuestro alcance. En efecto, constatamos que no podía ser tarea de un solo investigador ni de una sola investigación. De modo que sin abandonar la expectativa y el trabajo de desconstrucción que nos habíamos propuestos, aceptamos reconsiderar los alcances de nuestro estudio dándoles una versión más modesta.

Al mismo tiempo, reiteramos que algunos de los procedimientos freudianos nos parecieron pertinentes para nuestro estudio. Puesto que el psicoanálisis es una teoría, un método y una técnica como lo sostiene Freud en su texto, *Psicoanálisis y teoría de la libido*, de 1922, y siendo evidente en su obra la congruente vinculación de esos tres aspectos, cuando se estudia la obra de cualquier psicoanalista resulta imprescindible situar esos tres aspectos, a fin de conocer cómo se articulan en esa obra y hasta qué punto son congruentes. Otro modo freudiano de escritura es el de la polisemia. Este procedimiento resulta de inicio controvertible pues parece contrario a la expectativa de dotar a los conceptos de claridad. Sin embargo en la obra de Freud cumple una función muy importante, la de abrir a la exploración filológica y la de permitir el despliegue de líneas de argumentos con los cuales establecer el enlace entre el fenómeno y la designación.

No obstante que son claros esos recaudos en la presentación de los trabajos psicoanalíticos, en la práctica no siempre se respetan. De ahí que algunos de los estudios psicoanalíticos posteriores a Freud incurrieron, en muchos casos, en excesos. A propósito de eso, dice Laplanche, en su texto, *La sublimación*, de 1980, que los términos freudianos han perdido su uso coherente, pues algunos psicoanalistas los designan en sentido personal. En efecto, éstos han introducido su propia forma de conceptualizar el término pulsión de muerte, por ejemplo, fuera del trato riguroso que le dio Freud. De modo que cada cual, dice con humor, lo utiliza aquí como motor, allá como freno y más allá como quinta pata del gato. A este método él lo llama *bricolage* (que es asociado con chapuza), término tomado de Lévi-Strauss. Así, agrega, que el narcisismo se concibe como una “instancia psíquica” y que la pulsión es “invertida”. Por el contrario, su método es el del uso razonado de los tesoros freudianos, su uso categorial, un uso que evita los desvíos, sin que ello impida que, en un momento dado, con él pueda llegar a reestructurar los conceptos freudianos.

Caso contrario es el de Rodolfo, quién en su texto de *Estudios Clínicos*, de 1992, designa el carácter de *bricolage* que tiene el diálogo entre diversas doctrinas psicoanalíticas y que constituye propiamente un dispositivo analítico.

Curioso ejemplo de polisemia. Lo que para Laplanche es cuestionable para Rodulfo es encomiable. En fin, éste es el contexto de la transmisión del psicoanálisis. De cualquier manera para nosotros la propuesta de Rodulfo es bastante rescatable puesto que el carácter de *bricolage*, en tanto dispositivo de relación entre diversas expresiones doctrinarias del psicoanálisis, hace posible la apertura de nuevos problemas o nuevas formas de enunciar los problemas.

Rodulfo establece por cierto, a propósito de eso, un método que sostiene la diferencia entre línea y posición. El resultado es una suerte de lucha de contrarios: afiliarse a una línea, adherirse a un Otro mítico-social, contra el irse haciendo una posición, es decir, una experiencia, algo provisional, algo que de lugar a la diferencia. Un trayecto del analista en el que marca los lugares en donde se conjugan los debates con la clínica, con los textos, incluso con su propio análisis y la historia de vida. Propone pues, la siguiente tesis: “[...] analista es aquél que pierde la línea, más aún, que no cesa de no encontrarla [...]” (pág. 38). Con esta cita de Rodulfo volvemos al tema de la escritura freudiana como aquello que no cesa de no escribirse que describimos al presentar los textos de Dinerstein y de Allouch. Ahora toma la forma de una escritura del psicoanalista. Una escritura en la que el analista no asume lo que otros dicen para repetirlo. Una escritura en la que el analista construye su propio trayecto. Tal es el desafío que asume quien pretende ser psicoanalista.

Los métodos del uso razonado de las categorías freudianas que propone Laplanche y el de <<irse haciendo una posición>> de Rodulfo se enfocan en aspectos diferentes y no necesariamente contradictorios del estudio, difusión y transmisión del psicoanálisis. Para nosotros constituyen caminos apropiados para transitar en la investigación sobre el juego en psicoanálisis. De hecho hemos recurrido a ambos métodos. Pero especialmente nos hemos enfocado en la forma en la que son enunciados los conceptos, puesto que así conseguiremos apreciar con mayor justeza lo que designan de suerte que tendremos mejores oportunidades de exponerlo con rigor. Constatamos por medio de nuestro estudio, como ya dijimos antes, la tendencia al esquematismo y a la ambigüedad en la presentación de las obras de los psicoanalistas. Nuestro propósito es hacer una presentación que aunque breve del tema del juego sea suficientemente justificada y clara en el tratamiento de los problemas que involucra la afirmación de que el juego es una escritura no alfabética. Esperamos haberlo conseguido pero será el lector de esta investigación quien lo determinará.

Sabemos que Winnicott estuvo interesado en decir las cosas a su manera. Beatriz Grego, compiladora del texto *Lecturas de Winnicott*, de 1996, escribe el primer capítulo, *La enseñanza de Winnicott*, en el que afirma que el método del psicoanalista inglés fue el deseo irrenunciable de expresar con sus propias palabras el legado de sus maestros. Partícipe de la histórica controversia entre Anna Freud y Melanie Klein, envuelto en los efectos de la repetición monótona de los conceptos y en el establecimiento de sistemas teóricos, Winnicott propone del analista una posición creativa que consiste en ir más allá de donde lo llevó su analista. Desde los primeros trabajos sobre la obra freudiana, ha existido la tradición en la que las investigaciones vinculan la historia personal del psicoanalista con la formulación de los conceptos que él elabora. Tal es el

caso de Winnicott, como podría ser el de cualquier psicoanalista, de quien se dispone de la información sobre sus análisis didácticos, de modo que se llegan a expresar hipótesis que justifican los conceptos que él formula mediante los recursos que aportan las circunstancias de su historia de vida. Reconocemos que ese método ha resultado favorable en muchos casos para el estudio y la difusión de las obras psicoanalíticas. Empero no ha sido nuestro principal recurso.

Ahora bien, consideramos que la temática de la escritura es de una enorme complejidad en el psicoanálisis. Su comprensión no es patrimonio de todos los psicoanalistas. De hecho, siguiendo el camino que nos ofreció el estudio del juego, pudimos alcanzar una mejor comprensión de lo que implica la escritura para Freud. Sin embargo, estamos lejos de tener la proximidad y la claridad suficientes para intercalar en la temática de la escritura mucho otros aspectos centrales del psicoanálisis. De cualquier modo hemos podido constatar que el trabajo con los enunciados resulta una tarea imprescindible. Sobre todo en nuestro medio intelectual latinoamericano.

CONCLUSIONES

La comparación de la teoría del chiste y la teoría del juego hace evidente el espíritu freudiano de inclusión a favor de la concatenación de los descubrimientos plenamente entramados en el tejido conceptual. En una secuencia que va del sueño al chiste y de éste al juego, corroboramos que los mecanismos de condensación y desplazamiento son el fundamento de la naturaleza inconsciente. Constatamos que el motivo de esos mecanismos es el cumplimiento de deseos sexuales y hostiles que el juego manifiesta mediante la transformación de las palabras. Y que el juego del niño es la manifestación de las argucias del intelecto y del potencial de significación de la palabra. Además, que el chiste produce en el juego las condensaciones placenteras que en épocas posteriores se consigue por medio de las zambullidas del pensamiento en la lógica inconsciente del chiste. Corroboramos que el juego es el pensamiento inconsciente. Y que el juego implica el principio de placer, el mecanismo represor y al mismo tiempo una solución creativa al conflicto psíquico. Concluimos que la técnica del chiste es la técnica del juego. Y que en el análisis es conveniente diferenciar la producción de símbolos y de signos.

Luego, el juego es integrado en un más allá del principio del placer, en una tendencia del aparato psíquico al nivel cero de excitación. De esa suerte, el juego comprende las vivencias que para el niño trascienden como vivencias traumáticas en tanto en cuanto se encuentran más allá del placer. Vivencias que, ante las dificultades de su inscripción psíquica, retornan una y otra vez, para el caso específico, mediante juegos repetitivos. Así, el retorno de esas vivencias traumáticas anula, por lo menos durante cierto tiempo, la cualidad de acto creador que caracteriza el juego puesto que congela temporalmente la producción de sentido. Por otra parte, no hay duda sobre el discernimiento freudiano de la función simbólica y subjetiva que el juego cumple en la vida del niño.

Concluimos entonces que la noción de juego del <<fort-da>> difícilmente puede comprenderse como un lenguaje, puesto que su condición específica es contraria a la comunicación de un significado establecido de antemano, es decir, comprende una escritura. Es justamente lo que el juego manifiesta con el fenómeno de la repetición. Es en la repetición en donde podemos localizar la construcción de la significación. Y es en la reiteración de lo aparentemente igual donde nace la diferencia. De modo que es en el diferimiento, en la demora, en donde el juego abre el espacio de la simbolización. Luego tenemos la posibilidad de expresión y de comunicación de un significado múltiple.

De ahí que una de las implicaciones clínicas de esta visión del juego es que el analista de niños puede participar en la promoción, la continuidad y el fortalecimiento del juego, sin detenerse por la reserva analítica, pues su concepto del juego es el de la construcción de la subjetividad. Creemos que no es suficiente con interrogar el sentido del juego. Por más que como lo señala Dolto se siga una comunicación abierta, un diálogo respetuoso y libre con el niño. Puesto que ¿dónde quedaría ubicada la importancia de la repetición del juego? y ¿dónde podría retomarse la diferencia que acompaña a esa repetición de lo supuestamente igual? Hemos encontrado suficientes elementos para

afirmar que es en la promoción, en la continuidad y el fortalecimiento del juego donde se inserta el diferimiento, es decir, el trabajo de reinscripción psíquica y de elaboración del conflicto psíquico.

Ahora bien, la analogía freudiana entre el niño que juega y el poeta resulta plena de sugerencias. Da los argumentos requeridos para afirmar que el juego es un acto creador. Idea que ya habíamos revisado al comparar la teoría del chiste y la del juego. Antes en el chiste y ahora en la comparación del niño que juega y el poeta, es evidente que el juego está vinculado con los mecanismos inconscientes de la condensación y el desplazamiento en el proceso del cumplimiento de deseos inconscientes. Pero hay nuevas inferencias del juego. Concluimos que el juego es el escenario en el que lo patológico puede hacerse sublime. Damos como prueba el caso Hans, puesto que con su exposición se ilustra tanto la manifestación del síntoma de la fobia a los caballos como la transformación plástica de sus vivencias mediante las <<escenificaciones>> y <<dramatizaciones>> del tema de los caballos.

Por otra parte, dedujimos que el adulto y el niño no son distintos para el psicoanálisis. Revisamos algunos conceptos de Dinerstein y de Piaget al respecto. Para la primera el problema se plantea en la forma de la interrogante ¿acaso es factible analizar otra cosa que un niño? Mientras que para el segundo, resulta imperativo que Freud esclarezca con mayor firmeza el componente evolutivo de su teoría pues el pensamiento formal es, en el terreno cognitivo, lo que diferencia al adulto del niño. Nuestra conclusión fue una solución intermedia pues en el juego resulta evidente la composición inconsciente intemporal unida a los aspectos evolutivos característicos del niño y del adulto.

Luego, inferimos que el juego borra la separación entre la realidad psíquica y la material que se supone desde cierta racionalidad. En efecto, el juego concibe un <<adentrofuera>>. Esa idea fue ampliamente desarrollada por el psicoanalista inglés Donald Winnicott con su noción de espacio y objeto transicional. Para nosotros es una consecuencia derivada de los conceptos freudianos, en particular de la capacidad creadora del juego.

Vemos también que el niño encuentra en el juego el escenario para transformar las determinaciones inconscientes y la vulnerabilidad psíquica. Ofrecemos como prueba de tal aserto el cuento de <<La muñeca>> de Alfonso Reyes. Mediante su pluma nos hace saber las cualidades protectoras y transformadoras que el juguete y el juego pueden ofrecer a un niño cuando éstos ocupan un lugar importante en la subjetividad infantil. De nueva cuenta comprobamos las coincidencias de estas ideas con la teoría winnicottiana.

El fundamento freudiano es que la función psíquica del juguete y el juego consiste en poner en un mismo plano a la realidad y al lenguaje de modo que se correspondiesen. El recurso que nos proporciona la remisión a las ideas de Huizinga y de Lacan sobre ese aspecto particular, es decir, el esclarecimiento del modo en el que jugando se vincula la realidad y el lenguaje, nos da las bases suficientes para constatar aquel aserto. De ahí que el juego designa el

movimiento por medio del cual brota espontáneamente el espíritu creador del lenguaje enlazando lo material y lo pensado.

Con la comparación del niño que juega y el adulto que fantasea constatamos que es la imaginación el componente del juego que contribuye a la función creadora. Para decirlo con mayor precisión, es el lazo que se establece entre la imagen y la palabra lo que hace posible el espíritu creador del juego. Recordemos que tomamos como ejemplo de ello a las teorías sexuales infantiles. Por medio de ellas el niño expresa un saber en ciernes en el que se mezclan y transforman dialécticamente las fantasías y las nociones del niño, sus percepciones y sus recuerdos. Además, el juego del <<fort-da>> y el caso Dick dan evidencia de la importancia de la fantasía para la elaboración de vivencias traumáticas. En el segundo de ellos, en el caso Dick, también es factible observar el efecto favorable que tuvo la intervención de Melanie Klein cuando transformó los objetos de juego, los trenes, en personificaciones del niño y su padre, permitiendo de esa forma el inicio del juego y del trabajo de análisis.

Por otra parte, con respecto a la comparación entre los procesos cognitivos del niño y de adulto que el juego discierne, se abre un tema de gran trascendencia pero que nosotros no hemos revisado aquí, se trata del tema de la relación entre el pensamiento y el juego que Feyerabend concibe así: “Los niños usan palabras, las combinan, juegan con ellas hasta que atrapan un significado que hasta ese momento ha permanecido fuera de su alcance. Y la actividad inicial con carácter de juego es un presupuesto esencial del acto final de entendimiento. No hay razón para que este mecanismo tenga que dejar de funcionar en el adulto” (Feyerabend, P., 1970: 18). Este tema será objeto de futuras indagaciones.

Cuando Freud describe los tres tiempos de la fantasía nos da las bases para completar el proceso del juego. En efecto, mediante el cumplimiento de deseos del juego se engarzan como las cuentas de un collar el pasado, el presente y el futuro del niño. Vemos también que el juego puede compararse con las producciones literarias, las narraciones egocéntricas de las que habla Freud. En ambos casos hay un héroe, para el caso del juego el propio niño, que ve cumplidos sus deseos de poder y de conquista sexual.

Recapitulemos de los textos freudianos consultados la designación del lenguaje como la expresión de pensamientos en palabras, el lenguaje de los gestos y cualquier modo de expresar una actividad anímica, por ejemplo, la escritura. Ese sentido fue luego acotado. En efecto, Freud dijo que si reparamos en que los medios figurativos del sueño son principalmente imágenes visuales, y no palabras, sería mucho más adecuado comparar al sueño con un sistema de escritura que con una lengua. Y agregó que la interpretación de un sueño sería análoga al desciframiento de una escritura figural antigua, como los jeroglíficos egipcios. También retomamos la idea de derivación que implica el término de dialecto, del enunciado freudiano de que lo inconsciente habla más de un dialecto. Idea del todo conveniente para nuestros fines explicativos, pues concebida la escritura inconsciente, justamente, como la acción de separar una parte del todo, es decir, sacar del sistema de lengua el modo particular de

simbolizar del individuo, constatamos que lo inconsciente tiene la consistencia de una escritura.

Estas ideas de Freud sobre lo inconsciente resultaron plenamente coincidentes con la descripción y el procedimiento del método psicoanalítico. Es decir, considerado ese procedimiento como el desciframiento jeroglífico, era cada vez más claro que lo inconsciente no podría ser un lenguaje. Dicho de otra manera, lo inconsciente no es traducible porque no es un lenguaje. Entonces, lo inconsciente sólo es descifrable. Para lo cual se recurre al juego homofónico pero no de manera exclusiva. Por lo que es necesario considerar que diversos elementos discursivos cumplen con la función de conexión o de contexto. Incluso es necesario pensar, puesto que el análisis de los niños así lo ha evidenciado, que existen aspectos que no son palabras pero que generan un proceso significativo. Cuando revisamos la historia de la escritura pudimos ofrecer el sustento de estas ideas. Como ejemplo de ello considere estimado lector la producción de dibujos que con sólo verlos se crea un proceso significativo.

Además, la idea de que la escritura inconsciente freudiana designa la representación psíquica resulta del todo comprensible cuando se le considera como una retranscripción, tal como fue presentada por Freud en su *Proyecto de Psicología*, es decir, al modo de una permanente sustitución. De ahí que lo propio del psicoanálisis sea el seguimiento de la perenne sustitución mediante la asociación libre.

Ahora bien, trasladadas esas concepciones de la escritura al juego, éste resultó un espacio creador de múltiples significados y sentidos. El niño que juega construye un nuevo mundo en el que él mismo es soportado significativamente por las acciones, las imágenes, los dibujos, las escenificaciones en las que escribe su historia de deseos y frustraciones. Un proceso de sustitución simbólica que se produce por medio de imágenes plásticas, de trazos, de dibujos y de escenificaciones.

Uno de nuestro propósito es extender los márgenes de comparación del simbolismo freudiano de los sueños, la escritura inconsciente, la escritura figural antigua de los egipcios, al simbolismo piagetiano, mediante el significante lúdico, y a la escritura pictográfico-ideográfica o semasiográfica localizada en los orígenes de la escritura, mediante los rasgos característicos de esa forma de escritura.

De esas analogías se desprende que el simbolismo se encuentra en la base del representar psíquico, y que la propuesta de Piaget sobre el juego resulta una sugerente idea para nuestra conjetura de que el juego es una escritura, al designar el simbolismo como la transición que transforma a los objetos en significantes lúdicos y a éstos en signos. De suerte que el juego de los niños, en tanto escritura, implica el espacio simbólico en el que el sujeto construye primero sus significantes y luego los signos. Un claro ejemplo de este proceso lo encontramos en el juego del <<fort/da>>. En efecto, el nietecito de Freud arroja lejos de sí tanto algunos objetos como un carretel que se encuentra amarrado a un piolín, objetos que han recibido la carga simbólica de

representar a la madre que se va y regresa. De ese modo se ha producido el símbolo lúdico. Luego, el infante saluda la desaparición del objeto con un prolongado <<o-o-o-o>> y su reaparición con un <<da>>. Así, el simbolismo lúdico se une al incipiente uso de la palabra. En consecuencia, el proceso lúdico irá consolidando el uso del lenguaje.

Así, el juego en sí mismo tendría una importante función simbólica y de estructuración del psiquismo humano. A la par de ese proceso, el niño que juega advierte, de algún modo que no puede reducirse a cierto racionalismo, el saber que se encuentra en un proceso de comprensión de su subjetividad. Mientras que la escritura pictográfico-ideográfica o semasiográfica, descubierta en el origen de la escritura, aporta elementos de gran interés para nosotros, pues nos presenta de manera analógica que la pintura o la imagen, el trazo y las escenificaciones, constituyeron formas de representación singular, una escritura inconsciente.

Freud aclara que las representaciones conscientes e inconscientes no son diversas transcripciones de un mismo contenido pero ubicado en distintos lugares psíquicos, tampoco se trata de diversos estados funcionales de investidura en el mismo lugar, sino que la primera, la representación consciente, abarca la representación-cosa más la correspondiente representación-palabra, mientras que la inconsciente a la representación-cosa solamente. Y en lo que ve al mecanismo de la negación, explica que es un proceso introducido también por medio de la representación palabra con la finalidad de cubrir la función de censura entre los sistemas inconsciente y preconsciente.

Así, creemos que los elementos que nos aporta Freud acerca del dinamismo inconsciente pueden apoyar nuestra conjetura de que la represión se encuentra implicada en el juego en una suerte de desfase en el funcionamiento psíquico entre el simbolismo y el signo. Damos una prueba a favor de esa idea cuando citamos a Lacan con respecto al desfase entre la identidad de pensamiento y de percepción que ocurriría en el psiquismo como consecuencia del diferimiento que introduce el lenguaje. Y es que el orden significante que se introduce de esa manera en el funcionamiento psíquico, necesariamente constituye una diferencia, una sustitución puesto que el significante original nunca será recuperado.

Por otra parte, la noción de escritura, de acuerdo con nuestras pesquisas, comprende con mayor claridad el proceso de transformación de las vivencias traumáticas en representaciones psíquicas. Es decir, concebido lo inconsciente como una escritura ideográfica (y fonográfica) se comprende claramente el proceso en el que se abre un espacio potencial de significación. Y concebido el juego como una escritura se describe el proceso en el que participa el juego propiciando precisamente la apertura de dicho espacio. No hay duda de la agudeza con la que Freud discierne el proceso de inscripción psíquica en el que las vivencias inicialmente traumáticas se transforman propiamente en experiencias integrables y compatibles con la vida psíquica del niño por mediación del juego.

De manera que el juego y la escritura son nociones que pueden relacionarse entre sí. Ello es posible por medio de la consistencia singular y significativa del juego. En efecto, son una escritura las expresiones pictográficas, los gestos, las jerigonzas, los simples dibujos, los trazos, los ruidos y guturizaciones, en fin toda suerte de manifestaciones de la disposición simbólica y de comunicación, así como las escenificaciones y manipulaciones lúdicas más diversas, puesto que constituyen experiencias que abren el espacio de inscripción psíquica y de elaboración de las vivencias traumáticas creando múltiples sentidos inéditos. Esas expresiones infantiles de juego son parte del lenguaje pero no son, estrictamente hablando, un lenguaje. Freud fue muy claro al hacer la acotación de que el simbolismo inconsciente, la escritura figural (*Bilderschrift*) semejante a una escritura jeroglífica, era el modo característico de manifestación de lo inconsciente. Para nosotros, extender esa aclaración al juego, fue una acción del todo justificada. Así, el juego es una escritura y no propiamente un lenguaje.

En razón de que el análisis de niños no constituye una experiencia de comunicación sin trabas, esa distinción del juego es de gran trascendencia. Puesto que no hay ahí un lenguaje lúdico que sea traducible, sino un juego de escritura que, por su naturaleza inconsciente de singularidad y significación, da lugar al sujeto y permite desplegar en toda su potencialidad esa disposición subjetiva creadora de sentido que constituye el propio acto de jugar. La visión del juego como un doble movimiento de inscripción psíquica y de borrado de la significación le da al juego una importancia notable (sentido que resulta semejante con el que propone Lacan de lo inconsciente: <<lo que no cesa de no escribirse>>). En efecto, el juego del niño cumple con la función simbólica y subjetiva que se requiere en el mundo de lo humano. Una función lúdica de escritura en la que algo se inscribe o se intenta inscribir. De esa suerte, el juego ya no es más un simple instrumento de comunicación, sino el proceso mediante el cual el niño dota de significación a su mundo, una significación que lo envuelve (por ejemplo, cuando Dick dijo <<Niñera>>, haciendo un uso convencional del término, estaba implícito que él, en tanto niño, se asumía como alguien bajo el cuidado de otro, bajo la tutela de una niñera). El aprovechamiento del juego en el análisis ya no es fortuito. Sus alcances trascienden cualquier espacio. Permitir y reforzar la disposición del niño a jugar es un acto propiamente analítico.

Así pues, la consistencia de lo inconsciente es análoga a una escritura. Esto pudo aclararse en los textos freudianos. Dada la proclividad de Freud a la polisemia de los términos y a la laxitud de las analogías, el juego y la escritura constituyeron verdaderos enigmas. Las analogías utilizadas con el juego, por ejemplo la comparación entre el niño que juega y el poeta, o aquella otra usada en relación con lo inconsciente, la comparación entre el simbolismo del sueño y la escritura figural antigua, entre otras, permitieron desentrañar la diferencia entre los términos del lenguaje y de la escritura en el psicoanálisis. No hay duda de que la propuesta freudiana de lo inconsciente es su designación como una escritura.

Ahora bien, que la escritura sea concebida como una escritura ideográfica o fonográfica, de acuerdo con la revisión realizada, no implica otra cosa que la

descripción de dos momentos diferentes del trabajo del psiquismo. Si nos remitimos al caso Hans será evidente que en sus juegos de palabras intervinieron ambas formas de escritura. Por ejemplo, en la invención del término *Lumpf*, Freud discernió un desplazamiento por homofonía entre los términos *Strumpf* que significa calcetín, y *Lumpf* que significa excremento para Hans, y una condensación por semejanza en la forma y el color de esos dos elementos comparados por él, lo que finalmente produjo metafóricamente ese símbolo. Luego, todo ello tuvo sentido a partir de su análisis de donde pudo discernirse que para Hans ese término tenía un doble valor, de un símbolo y de un signo. En efecto, adquirió el valor de símbolo porque el término *Lumpf* tiene un significado restringido al contexto inmediato de Hans y obviamente no ha recibido un significado por convención social; y, desde luego es un símbolo porque su construcción estuvo basada en la forma y el color de dos objetos comparados, es decir, es un símbolo lúdico porque se guía por el proceso de asimilación simbólica descrito por Piaget, o si se prefiere la descripción derridiana, por un grafismo que sólo con la interpretación adquirió una significación fonética que en modo alguno alcanza a presentar a plenitud lo que para Hans significa. Sin embargo, siendo como era un símbolo, al mismo tiempo en ese ámbito familiar había tomado ya el sentido de un signo pues se conocía el sentido atribuido por el niño y se le concedía ese valor.

Estamos advertidos del riesgo de relacionar simplistamente explicaciones teóricas distintas. Pero también, como fruto de la investigación realizada, dudamos de que las diferencias sean tajantes y disyuntivas. No se trata de unificar en una nueva teorías esas diversas versiones sobre el juego o sobre la escritura. No. Una de nuestras conclusiones es que puede mantenerse abierta cada ruta de investigación sin que signifique que una desmerite a la otra. Solamente son diferentes versiones de un proceso complejo. Incluso en algunas citas freudianas, como la del caso Hans cuando se analiza el término <<*Wagen*>> (carruaje), puede observarse la coincidencia en la explicación del término mediante el recurso de la homofonía y del grafismo. En el primero de ellos Freud nos muestra un deslizamiento fonético, un juego homofónico con el que se construye ese término. Y en el segundo caso, nos dice que mediante el juego se hace de las palabras cosas y de las cosas palabras, es decir, nos muestra el modo de trabajo del acertijo gráfico. El <<*Wagen*>> (carruaje) escribe un cuerpo y un carruaje repletos de algo.

De igual manera el texto de Dinerstein, en sus contraposiciones e inconsistencias, nos coloca ante la posibilidad de comprender la escritura en un proceso de anudamiento de los tres registros lacanianos. En efecto, por momentos la escritura queda asignada a lo Real y en otros a lo Simbólico. De suerte que una posibilidad es la de concebir la escritura como lo Real que convoca y anuda a lo Simbólico y lo Imaginario. Y el juego, en tanto escritura, siendo el que designa ese anudamiento. Creemos que con esta idea del juego el análisis de niños no daría preferencia alguna a las manifestaciones verbales del niño. Tampoco a la construcción de símbolos y a la escenificación de historias. En todo caso daría una importancia semejante a cada una de las expresiones del niño. Además, el analista podría intervenir favoreciendo el juego del niño.

Por otra parte, el caso Dick de Melanie Klein muestra la trascendencia del enlace de la escritura ideográfica y fonográfica. Es mediante la escenificación de una escritura que el ámbito analítico adquiere sentido y como el proceso realmente se inicia, puesto que de ese modo específico y evidente de la simbolización y del juego en el niño es el que inicia el análisis. Klein le ofrece a Dick juguetes que funcionan como personajes de una historia que ahí se va construyendo. Dick da acuse de recibo del simbolismo que es inherente al juego y responde jugando y hablando. La personificación del juego de los niños de la que habla Klein puede comprenderse en esa perspectiva de la escena del juego. Puesto que las palabras tienen la aptitud escénica (*Darstellbarkeit*), las palabras pueden experimentar las mismas transformaciones que las representaciones de las cosas.

Otro de los resultados trascendentes de estos descubrimientos en el análisis de niños es que el discurso, tal como ocurre en el sueño, se inserta como la leyenda en las historietas de dibujos de modo que en la combinación picto-jeroglífica se convierte en complemento no en el centro del relato. Tanto en los jeroglíficos como en los <<rébus>> la voz queda rodeada. De ahí que la primacía discursiva que a veces se ha querido mantener en el psicoanálisis de niños sea contraria con los planteamientos freudianos.

De donde se sigue que la prosecución del juego sea el modo más favorable para el trabajo de simbolización. Tal como lo vimos en la presentación de la experiencia psicoanalítica de Mannoni con Paul. Ahí fue evidente que el juego y su continuidad propiciaron la resignificación de lo que preocupaba a Paul en la forma de un deseo acrecentado. El análisis, es decir, el juego, dio pie a que Paul pusiera en palabras ese deseo y que en consecuencia desaparecieran los síntomas que le aquejaban.

Otra evidencia del resultado que proporciona el juego y su continuidad es la experiencia de Winnicott con Edmund y la madre. En ese caso la palabra de la madre se entrelazaba con el juego del niño y el juego de niño con el discurso de la madre. Quizá ese procedimiento winnicotteano se asemeje más de lo que suponemos con la <<conversación>> libre de Mannoni. En efecto, qué manera más libre de conversar que permitiendo que hable quien tenga algo que decir respecto a sus enigmas. Incluso que <<hable>> en la forma en la que le sea posible, ya sea mediante palabras o mediante símbolos. No hay duda de que el psicoanálisis convoca necesariamente el proceso de recepción, de escucha. Así, el analista se atenderá a las particularidades tanto de la producción simbólica misma, es decir, el aspecto de expresividad del hombre como su disposición y capacidad comunicativa. Entonces el psicoanalista de niños responderá con una receptividad adecuada a la expresión y comunicación de lo inconsciente, es decir, posibilitando el juego y la puesta en palabras del niño.

Por cierto, Mannoni y Winnicott admitieron en el espacio analítico al niño y a la madre. Lo específico de su práctica analítica los colocó ante la disyuntiva de trabajar solamente con el niño o con el niño y su madre. Ante ese tipo de disyuntivas, para nosotros, luego del trabajo realizado, lo importante ha quedado circunscrito a la promoción de un espacio lúdico para la palabra y la

escenificación, para la invención de juguetes y de personajes, para el enlace de la palabra y la imagen en que se sustenta el juego y la subjetividad.

El psicoanálisis de niños y el juego, desdeñados por algunos psicoanalistas ya dudando que el primero fuese psicoanálisis ya valorando en menos el aporte del juego al análisis, han sido revalorados pues, como fruto de nuestro estudio, no sólo hemos reconocido su innegable condición psicoanalítica sino que incluso nos hemos replanteado asertos considerados firmes e inobjectables. Tal es el caso del uso indistinto de los términos de lenguaje y escritura no obstante que Freud dejó claro que no eran sinónimos. El trabajo de Lacan, no sin ciertos tropiezos, concluyó lo mismo. Otra de las afirmaciones cuestionadas es la de concebir la tarea analítica con niños sustentada en la interpretación del juego. Sabemos ahora que otro camino puede ser el de la promoción y el seguimiento de la continuidad del juego para que sea el niño quien en último término ponga en palabras su proceso. Finalmente, dado que la asociación libre implica una forma de racionalidad en la que se suprime la búsqueda del sentido convencional de las palabras pues justamente es ese sentido el que se descompone con el trabajo del análisis, podemos ahora considerar a la asociación libre como una racionalidad lúdica. Ésta comprende la disposición creadora no sólo del juego de palabras sino también del juego en sí mismo, es decir, el descubrimiento de lo diferente en la repetición, la concentración en el ahora por contraste con la predisposición hacia el pasado y el futuro de la racionalidad, la transposición de lo trágico con un tono de humor y la amplia disposición simbólica con la que el sujeto recrea su mundo.

BIBLIOGRAFÍA

Allouch, Jean. 1984. *Letra por letra. Transcribir, traducir, transliterar*. Edelp. Buenos Aires.

Argudin, Y. y Luna, M. 1996. *Aprender a pensar leyendo bien*. Editorial Plaza y Valdés y Universidad Iberoamericana. México.

Bleichmar, Norberto y Leiberman, Celia. 1989. *El psicoanálisis después de Freud*. Teoría y clínica. Eleia Editores. México.

Benveniste, Émile. 1966. *Problemas de lingüística general I*. Editorial siglo veintiuno. México.

Copi, Irving. 2004. *Introducción a la lógica*. Editorial Limusa. México.

Corominas, Jean. 1961. *Breve Diccionario etimológico de la Lengua Castellana*. Editorial Gredos. Madrid.

Delahanty, G. y Perrés, J. (compiladores). 1994. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. México.

Derrida, Jacques. 1989. *La escritura y la diferencia*. Anthropos. Barcelona.

Diccionario de la Lengua Española. 2001. Real Academia Española. España.

Dinerstein, Aída. 1987. *¿Qué se juega en psicoanálisis de niños?* Editorial Lugar. Buenos Aires.

Dolto, Françoise. 2005. *Psicoanálisis y pediatría*. Editorial Siglo veintiuno. México.

Dorsch, Friedrich. 1991. *Diccionario de Psicología*. Editorial Herder. Barcelona.

Eco, Umberto. 2004. *Cómo se hace una tesis*. Editorial Gedisa. México.

Escobar, María Eugenia. 1992. *Acto, juego y objeto*. Revista Anamorfosis 2. México.

Ferrater, José. 1986. *Diccionario de Filosofía*. Editorial Alianza. Barcelona.

Ferreiro, Emilia. 2003. "La adquisición de los objetos culturales: el caso particular de la lengua escrita". En *Vigencia de Jean Piaget*. Editorial Siglo XXI. México.

Feyerabend, Paul. 1989. *Contra el método*. Editorial Ariel. Barcelona.

Freud, Anna. 1964. *Psicoanálisis del niño*. Editorial Hormé. Buenos Aires,

Freud, Sigmund. 1894. (Trad. José Luis Etcheverry). “Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias)”. En *Obras completas* Vol. III. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1898. (Trad. José Luis Etcheverry), “Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria”. En *Obras completas* Vol. 3. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1900. (Trad. José Luis Etcheverry). “Interpretación de los sueños”. En *Obras completas* Volúmenes IV y V. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1905a. (Trad. José Luis Etcheverry). “Tres ensayos de teoría sexual”. En *Obras completas* Vol. VII. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976. Págs.176-179.

Freud, Sigmund. 1905b. (Trad. José Luis Etcheverry). “El chiste y su relación con lo inconciente”. En *Obras completas* Vol. VIII. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1905c [1904]. (Trad. José Luis Etcheverry). “Sobre psicoterapia”. En *Obras completas* Vol. VII. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1908a. (Trad. José Luis Etcheverry). “El creador literario y el fantaseo”. En *Obras completas* Vol. IX. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1908b. (Trad. Luis López-Ballesteros). “Teorías sexuales infantiles”. En *Obras completas* Volumen II. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid. 1973.

Freud, Sigmund. 1909. (Trad. José Luis Etcheverry). “Análisis de la fobia de un niño de cinco años”. En *Obras completas* Vol. 10. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1910. (Trad. José Luis Etcheverry). “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”. En *Obras completas* Vol. 11. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1912a. (Trad. José Luis Etcheverry). “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”. En *Obras completas* Vol. 12. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1912b. (Trad. José Luis Etcheverry). “Sobre la dinámica de la trasferencia”. En *Obras completas* Vol. 12. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1912c. (Trad. José Luis Etcheverry). “Nota sobre el concepto de lo inconciente en psicoanálisis”. En *Obras completas* Vol. 12. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1913. (Trad. José Luis Etcheverry). “El interés por el psicoanálisis”. En *Obras completas* Vol. 13. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1914. (Trad. José Luis Etcheverry). “Introducción del narcisismo”. En *Obras completas* Vol. XIV. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1915a. (Trad. José Luis Etcheverry). “Lo inconciente”. En *Obras completas* Vol. XIV. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1915b. (Trad. José Luis Etcheverry). “Pulsiones y destinos de pulsión”. En *Obras completas* Vol. XIV. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1920. (Trad. José Etcheverry). “Más allá del principio de placer”. En *Obras completas* Vol. 18. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1921. (Trad. José Luis Etcheverry). “Psicología de las masas y análisis del yo”. En *Obras completas* Vol. XVIII. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1923a. (Trad. José Luis Etcheverry). “El yo y el ello”. En *Obras completas* Volumen XIX. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1923b. [1922]. (Trad. José Etcheverry). “Dos artículos de enciclopedia: ‘Psicoanálisis’ y ‘Teoría de la libido’”. En *Obras completas* Vol. XVIII. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1923c. (Trad. José Luis Etcheverry). “La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)”. En *Obras completas* Volumen XIX. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1924a. (Trad. Luis López-Ballesteros). “La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis”. En *Obras completas* Volumen III. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. 1973.

Freud, Sigmund. 1924b. (Trad. José Luis Etcheverry). “El problema económico del masoquismo”. En *Obras completas* Volumen XIX. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1925a. (Trad. Luis López-Ballesteros). “La negación”. En *Obras completas* Volumen III. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. 1973.

Freud, Sigmund. 1925b. (Trad. José Luis Etcheverry). "Nota sobre la <<pizarra mágica>>". En *Obras completas* Volumen XIX. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1927. (Trad. Luis López-Ballesteros). "Fetichismo". En *Obras completas* Volumen III. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. 1973.

Freud, Sigmund. 1937. (Trad. José Luis Etcheverry). "Análisis terminable e interminable". En *Obras completas* Volumen XXIII. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1950 [1892-99]. (Trad. José Luis Etcheverry). "Fragmentos de la correspondencia con Fliess". En *Obras completas* Vol. 1. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Freud, Sigmund. 1950 [1895]. (Trad. José Luis Etcheverry). "Proyecto de psicología". En *Obras completas* Vol. 1. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1976.

Gelb, Ignace. 1987. (Trad. Alberto Adell). "[Capítulo 1] La escritura como un sistema de signos", En *Historia de la escritura*. Alianza editorial. Madrid.

Greco, Beatriz. (Compiladora). 1996. *Lecturas de Winnicott*. Editorial Lugar. Buenos Aires.

G. Heymans. 1896. "Aesthetische Untersuchungen im Anschluss an die Lippssche Theorie des Komischen". En *Z. Psychol. Physiol. Sinnesorg.* 11.

Huizinga, Johan. 1954. *Homo ludens*. Editorial Alianza. Barcelona.

Klein, Melanie. 1975. (Trad. Hebe Friedenthal). "Principios psicológicos del análisis infantil". En *Obras completas* Vol. 1 Amor, culpa y reparación. Editorial Paidós. Buenos Aires.

Klein, Melanie. 1975. (Trad. Hebe Friedenthal). "Simposium sobre análisis infantil". En *Obras completas* Vol. 1 Amor, culpa y reparación. Editorial Paidós. Buenos Aires.

Klein, Melanie. 1975. (Trad. Hebe Friedenthal). "La personificación en el juego de los niños". En *Obras completas* Vol. 1 Amor, culpa y reparación. Editorial Paidós. Buenos Aires.

Klein, Melanie. 1975. (Trad. Hebe Friedenthal). "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo". En *Obras completas* Vol. 1 Amor, culpa y reparación. Editorial Paidós. Buenos Aires.

Klein, Melanie. 1975. (Trad. Samuel Zysman). "La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado". En *Obras completas* Vol. IV Nuevas direcciones en psicoanálisis. Editorial Paidós-Hormé. Buenos Aires.

- Lacan, Jacques. 1991. (Trad. Tomás Segovia). "En memoria de Ernest Jones: sobre su teoría del simbolismo". En *Escritos II*. Editorial Siglo veintiuno. México.
- Lacan, Jacques. 1984. (Trad. Tomás Segovia). "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud". En *Escritos I*. Editorial siglo veintiuno. México.
- Lacan, Jacques. (s.f). (versión crítica). Seminario 9 *La identificación*. Sesiones del 20 de diciembre de 1961 y del 10 de enero de 1962.
- Laplanche, Jean. 1983. (Trad. Silvia Bleichmar). *La sublimación (Problemáticas III)*. Editorial Amorrortu. Buenos Aires.
- Mannoni, Maud. 1981. *La primera entrevista con el psicoanalista*. Editorial Gedisa. Barcelona.
- Mannoni, Maud. 1976. *El niño, su "enfermedad" y los otros*. Editorial Nueva Visión. Buenos Aires.
- Martínez Figueroa, Pedro., *MINIMA DE MALIS, ESCRITOS, TRADUCCIONES Y REFLEXIONES DE PERSPECTIVA CLÁSICA*, libro que está por publicar.
- Miller, J.A. 1978. "Algorithmes de la psychanalyse". En *Ornicar?* núm. 16. (Citado por Saal, 1982: 14).
- Moorhouse, A. C. 2006. (Trad. Carlos Villegas). "[Cap. 1] El desarrollo de la escritura". En *Historia del alfabeto*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Piaget, Jean. 1973. (Trad. José Gutiérrez). *La formación del símbolo en el niño*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Roudinesco, Elisabeth y Plon, Michel. 1998. (Trad. Jorge Piatigorsky). *Diccionario de psicoanálisis*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Reyes, Alfonso. 2000. "La muñeca". En *Cuentos*. Editorial Océano. México.
- Revista L'arc. "D.W. Winnicott". Número 69.
- Rodulfo, Ricardo. 1989. *El niño y el significante*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Rodulfo, Marisa. 1992. "La transferencia como garabato. Apuntes generales". En *Clínica psicoanalítica en niños y adolescentes*. Editorial Lugar. Buenos Aires.
- Rodulfo, Ricardo. 1992. *Estudios Clínicos. Del significante al pictograma a través de la práctica psicoanalítica*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Saal, Frida. 1982. "El lenguaje en la obra de Freud". En *El lenguaje y el inconsciente freudiano*. Editorial siglo veintiuno. México.

Sladogna, Alberto. 2005. "El porvenir sin ilusión, y el deseo ¿qué? En Revista *Psicología y Sociedad* núm. 3 Nueva época. Fac. de Psicología UAQ. México.

Tamayo, Luis. 2004. *El discipulado en la formación del psicoanalista. Un aporte del psicoanálisis a la pedagogía*. CIDHEM (colección sello de agua). México.

Winnicott, D. W. 1958. (Trad. Jordi Beltrán). "Objetos y fenómenos transicionales. Estudio de la primera posesión <<no-yo>>". En *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Editorial Laia. Barcelona.

Winnicott, D. W. 1981. (Trad. Jordi Beltrán). "La teoría de la relación paterno-filial". En *El proceso de maduración en el niño*. Editorial Laia. Barcelona.

Winnicott, D.W. 1992. (Trad. Florial Mazía). "Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño". En *Realidad y juego*. Editorial Gedisa (Colección Psicoteca Mayor). Barcelona.

Winnicott, D. W. 1992. (Trad. Florial Mazia). "Capítulo tres [El juego: exposición teórica]". En *Realidad y juego*. Gedisa (Colección: Psicoteca mayor). Barcelona.